

Alessandra Neymar

TRAICIÓN

La segunda entrega de MÍRAME Y DISPARA



¿Qué serías capaz de hacer por la persona que amas...?

Cristianno no desiste en su empeño por encontrar a Kathia. Sabe que está en manos de Valentino y que corre peligro su integridad física. Tortura, mata, y se desespera intentado dar con una pista que la lleve a ella junto a sus fieles compañeros, Mauro, Alex y Eric, que le seguirán en esa dura travesía.

¿Quién traiciona? ¿Quién miente?

Kathia cuenta las horas lejos de Cristianno en su cautiverio. No sabe que ocurrirá ni si volverá a verle. Pero la distancia no hace que su amor por él mengüe, mientras que su odio hacia Valentino crece cada vez más.

¿Qué perderá en el camino?

Todo cambia con el evento que Adriano Bianchi organiza para conmemorar la toma de posesión de la alcaldía. Kathia y Cristianno se reencontrarán sin saber que las consecuencias les llevará a atravesar una dura situación. Su amor era imposible desde el principio, pero no se darán cuenta hasta ese momento.

Más pasión, más intriga, más traición... ...Continua *Mírame y dispara...*



Alessandra Neymar

Traición

Mírame y dispara - 02

ePub r1.0

Eibisi 19.05.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Traición*
Alessandra Neymar, 2014
Editor digital: Eibisi
ePub base r1.1

*A mi familia,
Que siempre creyó en mí y nunca han dejado de apoyarme.
A Pepa García, Consu Martínez y Mariaco Ros,
Por su confianza y cariño incondicional.
A todos los fans de la saga,
Por haber sabido esperar y estar siempre ahí.
Esto es para vosotros,
Pero, en especial, para mi madre,
Y mi abuelo; sé que me ves desde allí arriba.*

Roma no paga a los traidores,
Hispania

NOTA DE LA AUTORA

DEBIDO al enorme espacio de tiempo que han provocado las editoriales entre la publicación de la primera entrega y la presente, la novela ha sufrido ciertos cambios en cuanto a las fechas. He querido *adaptarla* a la actualidad. Por tanto, encontraréis ciertos cambios en relación.

En la primera entrega no se me permitió adjuntar agradecimientos ni dedicatorias, y tampoco una nota de autora en la que especificara ciertos aspectos de la historia que me hubiera gustado compartir con vosotros. Por eso aprovecho esta ocasión.

Todos los lugares que aparecen a lo largo de la historia son reales: Piazza della Repubblica, Puerto de Civitavecchia, etc. Tan solo, lugares como el Edificio Gabbana o la mansión Carusso forman parte de mi imaginación.

Prólogo

KATHIA

Reconocí la letra al mismo tiempo en que le sentía tras de mí.

Mírame. Estoy aquí.

Me di la vuelta, ansiosa por verle.

Cristianno esperaba entre las sombras de un rincón alejado de la entrada al cenador, enloquecedoramente atractivo. Con el gesto cabizbajo, intensificando el bellissimo resplandor de sus ojos y vigorizando su figura.

Contuve el aliento, sintiendo la urgencia de besarle allí mismo y enmendar los errores que cometí aquella mañana. Pero solo fui capaz de llevarme una mano a la boca y olvidar el control sobre una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—¿Cómo has sabido que vendría aquí? —pregunté sin apenas voz, más concentrada en él que en la posibilidad de que le descubrieran.

—Te he seguido —resolló.

Fue entonces cuando me di cuenta que estaba caminando hacia él sin voluntad sobre mí misma, atraída completamente por la incuestionable seducción que desprendía.

—¿Cuándo tiempo llevas aquí? —jadeé.

Cristianno entrecerró los ojos y torció el gesto lentamente.

—He llegado a tiempo de ver cómo Valentino te besaba —aludió, ignorando que me dejaría desolada. Tanto que no pude seguir manteniendo su mirada.

Agaché la cabeza, tocándome las manos con nerviosismo y buscando desesperadamente una forma de demostrarle todo lo que se paseaba por mi mente. Él merecía una explicación, ambos necesitábamos que yo le contara lo que sentía. Eso era lo que me había pedido en el probador y lo que yo no supe darle.

—Cristianno, yo... nada de esto... —tartamudeé cabizbaja.

—Cállate... —gimió colocando un dedo sobre mis labios. Me estremeció el contacto y él supo reconocer que era porque acaba de tocarme—. No hace falta que digas nada.

Se acercó a mi boca, creando un suspense terriblemente excitante que me hizo cerrar los ojos un instante. No debería haberme impresionado tanto, porque Cristianno solía ser así de provocativo, pero había algo más tras aquellos gestos. Lo noté en el calor que desprendía.

—¿Vas a besarme? —suspité.

—¿Es lo que quieres?

—Siempre lo he querido.

Observó como uno de sus dedos se deslizaba por mi clavícula.

—No lo parecía esta mañana —espetó antes de mirarme fijamente—. Te lo pondré bien fácil, amor. O te resistes o te dejas llevar, tú decides.

Se me contrajo el vientre.

PRIMERA PARTE

1

CRISTIANNO

Supe quién me apuntaba segundos antes de que hablara.

—¡Basta! —gritó Angelo. Todo el aeródromo se silenció de golpe.

Kathia dejó de disparar al cuerpo de su primo Marcello, se giró y apuntó hacia nosotros sin saber que yo estaría en la trayectoria de su revólver. El brillo que habitaba en su mirada antes de que estallara todo aquel desastre desapareció de golpe. Kathia gimió aterrada y yo empalidecí ahogándome en su mirada.

Nunca me había importado morir. Arriesgaba mi vida día a día sabiendo las consecuencias que acarrearía y admitía que sentir ese tipo de adrenalina me volvía loco. El peligro me seducía constantemente, y me gustaba sentirlo. Me gustaba saber que era capaz de vencerlo y manipularlo a mi antojo. Había nacido para la mafia.

Nunca me había importado morir... hasta que en ese momento la miré y supe que si moría, algo de Kathia sucumbiría conmigo.

No quería ese destino para ella.

Fue inevitable especular. Pensé en cómo habría sido todo si yo hubiera sido un chico normal; del tipo de chavales que te recogen para ir a cenar o al cine, que te regalan flores el día de San Valentín o que te sorprende con un mensaje de amor. Le hubiera pedido una cita y habríamos paseado de la mano sin miedo a que su maldito padre me apuntara con una pistola. Nuestro primer beso habría sido en la puerta de su casa, al despedirnos, y no en su habitación después de haberme colado a hurtadillas y descubierto que se casaba con Valentino.

Kathia jamás habría conocido el peligro con alguien así, y yo no me sentiría tan culpable por haber arriesgado su vida. Mi deseo y amor por ella nos había llevado hasta ese momento.

Kathia cogió aire entrecortadamente y apretó los dientes tensando los brazos. Sabía que sería capaz de disparar a Angelo si la tentaban demasiado.

—Suéltale —masculló, adelantándose lentamente un par de pasos—. Juro que te mataré si no le sueltas, papá. —Estaba muerta de miedo, pero ello no evitó que sentenciara con decisión.

—¿Estarías dispuesta a matar a tu padre por un Gabbana? —Angelo hizo una mueca de fingida desolación.

—Sí. —Rotunda e inquebrantable, Kathia habló entre dientes—. Una y mil veces si hacen falta. Ahora, suéltale. —Terminó exigiendo.

De reojo, vi a mi padre. Su silencio me indicó que atacaría si era necesario, pero no quería que los míos arriesgaran su vida en un enfrentamiento que ya habíamos perdido. Todo estaría más o menos controlado si yo no intervenía como Angelo esperaba.

Miré a Kathia y entrecerré los ojos intentando analizar los suyos. Pero no me lo permitió porque me esquivó nerviosa. Supe que su mente había encontrado una solución al problema y no me hizo ni puta gracia reconocer lo que se proponía.

—Está bien —dijo, y cometió el error de mirarme. Ladeé la cabeza muy despacio y le supliqué en silencio que no continuara. Pero no sirvió de nada—. Me cambio por él. Es eso lo que quieres, ¿no? Pues ahí lo tienes. Ahora, baja el arma y deja de apuntarle.

—No, no dejaré que lo hagas —mascullé y avancé hacia ella ignorando las represalias. Angelo me siguió con el arma y ella retrocedió más pendiente de su padre que de mi cercanía.

—Tú decides, papá. Pero si le matas, yo te mataré a ti. ¡Elige!

Angelo sonrió, bajó el arma y me empujó hacia su hija.

—Hecho.

Kathia me silenció con un beso, pasando sus brazos alrededor de mi cuello y apretándose contra mí. Me aferré a su cintura, frenético, sintiendo como mi aliento rugía en su boca. Estaba furioso con ella por lo que acaba de hacer, intercambiarse conmigo no solucionaba las cosas, pero mis instintos se impusieron y me perdí en ese beso. Hasta que nos separaron a

empujones.

Ella no opuso resistencia. En cambio yo me resistí hasta que la distancia se impuso.

—¡¡¡Soltadla!!! —grité.

Caí al suelo mientras arrastraban a Kathia hacia el coche de Valentino. Intenté levantarme, pero volví a caer. Esta vez era mi primo Mauro quien me retenía. Me colocó los brazos tras la espalda y presionó su cuerpo contra el mío apresándome para que no pudiera levantarme.

Me di por vencido en cuanto la vi llorar.

KATHIA

Miré al cielo.

No podía dejar de pensar en que a esas horas habría estado sobrevolando Europa junto a Cristianno de haber salido todo como estaba planeado. Resultó tan sencillo imaginar que saldría bien que ninguno de los dos pensamos en lo contrario. Sin embargo, en ese momento ni siquiera sabía si volvería a verle.

La agonía se hizo más grande con cada kilómetro que me alejaba de Roma y apenas me dejaba respirar. Sí, yo me había buscado esa sensación y sabía que había herido a Cristianno, pero también supe que mi padre dispararía. ¿Qué podía hacer?, ¿permitir que le mataran?, ¿dejar que su familia le viera morir? La elección estaba entre su vida o alejarme de él, y preferí lo segundo a perderle para siempre.

—Me resulta patético verte llorar de esa forma, ¿lo sabías? —Valentino no escatimó en emplear toda su arrogancia.

Detuvo el coche frente a una cancela y se acomodó en el asiento para no perderse detalle de mi reacción ante la propiedad que teníamos delante.

La verja, de varios metros de alto, protegía una casa de estructura moderna y glacial. Casi parecía una nave espacial: con terminados cuadrados y puntiagudos y fachada blanquecina. Ni siquiera la playa y el frondoso jardín de pega armonizaban el diseño. Era horrorosa.

—¿Dónde estamos? —pregunté sin quitarle ojo a los dos hombres que custodiaban la entrada. Eran enormes y estaban armados hasta los dientes.

—Pomezia, mi amor —ronroneó—. Concretamente, en la mansión Viola Mussi. ¿Sabes quién...?

—¡Sé quién es Viola Mussi, gilipollas! —interrumpí con un gruñido.

Era su abuela materna. Falleció hacía unos tres años de una forma un tanto extraña. Al principio creía que podría haber sido una negligencia médica, pero después de conocer la realidad del mundo que me rodeaba podía asegurar que había sido una especie de ajuste de cuentas.

—Me alegro —sonrió—. Es tú nuevo hogar.

Le miré de súbito más alarmada de lo que me hubiera gustado demostrar.

Uno de sus hombres terminó de abrir la verja y Valentino aceleró suavemente exhibiendo una sonrisa poderosa y segura de sí misma. Él disfrutaba con la situación. Le encantaba saber que ahora tenía poder sobre mí.

Bajó de su Jaguar, caminó hacia mi puerta y la abrió. Después me arrastró fuera e hizo gala de toda su cortesía empujándome contra la carrocería.

—Quiero que escuches bien lo que voy a decirte, mi amor —murmuró intimidándome con su cercanía. Que utilizara adjetivos cariñosos para amenazarme me exasperó—. Aquí hay unas reglas que te conviene seguir si no quieres tener problemas.

—¿Más de los que tengo ahora? —Le desafié, alzando el mentón.

Valentino dio un puñetazo en el techo del coche sabiendo que me asustaría. Sabía que mi vida no corría peligro, pero aquello no significaba que estuviera a salvo. Ya había demostrado lo bien que se le daba maltratarme cuando me golpeó con toallas húmedas después de cazarme en el cementerio con Cristianno.

—Muchos más, Kathia —repuso—. No podrás comunicarte con el exterior, como tampoco podrás salir del perímetro. —Señaló toda la zona que rodeaba la casa con un dedo tieso. —Hay

doce hombres supervisando la zona. Aunque no los veas, estarán vigilándote constantemente. Confío en que seas buena y no necesite llamar a más.

—Espías. —Torcí el gesto.

—Vigilantes —remarcó Valentino. Estaba claro que odiaba que le llevara la contraria aunque ambas palabras significaran prácticamente lo mismo—. Aparte, tú madre ha enviado a una de sus sirvientas.

Fruncí el ceño; si en aquel momento me hubieran sacado sangre, no habrían encontrado ni una pizca. Sabía que mi madre era de lo más perversa, pero no esperaba que estuviera detrás de todo aquello. La muy zorra era cómplice sin saber siquiera adonde se llevaban a su hija.

—¿Por qué me hacéis esto? —Dije sin aliento—. ¿Qué es lo que tanto te interesa para que seas capaz de secuestrarme?

—No te estoy secuestrando, amor. —Me besó en la frente, sin dejarme espacio para esquivarle.

—¿No? Entonces, ¿cómo lo llamas?

—Salvaguardar mis bienes —rezongó poniendo los ojos en blanco.

—Tú no me quieres, Valentino.

Su rostro se tensó y clavó sus ojos verde esmeralda en los míos mientras se acercaba un poco más. Me puse nerviosa al notar sus labios tan cerca.

—Eso no lo sabes. Ni siquiera me has dado la oportunidad de demostrártelo —reivindicó en voz baja.

Le empujé con todas mis fuerzas. No podía creer que estuviera intentado convencerme de que había adoptado aquella actitud de psicópata porque me amaba.

—¡¡Y una mierda!! —bramé—. ¡Lo único que te pasa es que no concibes la idea de que ame a Cristianno en vez de a ti! —No me importaron las consecuencias que empecé a reconocer en sus duras facciones—. Asume de una maldita vez que no te quiero cerca, Valentino.

No habló, ni demostró hasta qué punto le había molestado escucharme. Solo se encargó de soltarme un bofetón que me hizo perder el equilibrio. Pude agarrarme a la puerta a tiempo de caer al suelo, y me llevé la mano a la mejilla sintiendo como un doloroso escozor se extendía por mi cara.

—Pegándome no has hecho más que darme la razón —jadeé antes de mirarle encolerizada.

Valentino aprovechó mi pequeño desconcierto para cogerme del brazo y zarandearme.

—Miro a mi alrededor y no veo a nadie más que a ti, conmigo. Puede que tú le ames como dices, pero ¿él?... —Vanidoso, me retó con la mirada—. Cristianno no ha sabido protegerte, cariño. De lo contrario, no estarías aquí —remarcó con saña.

—Le habéis apuntado con una pistola y habéis acorralado a su familia —dije entre dientes—. ¿Cómo actuarías tú en su lugar?

—Aceptando mi destino: morir.

—¿Morir? —Repetí incrédula—. ¿Morirías por mí, Bianchi?

—Eres lista —habló bajo y siniestro—. Tanto que a veces me resulta increíble que seas mujer.

—Y tú eres un hijo de puta —imité su tono de voz sabiendo que con ello terminaba de tentarle.

La poca distancia que nos separaba desapareció cuando me arrinconó contra el coche. Estaba tan pendiente de esquivar su boca que apenas fui consciente de cómo mis pies resbalaban por la arena y de cómo su pecho me mantenía erguida.

—Dejémonos de tanta verborrea y entremos, te tengo una sorpresa a la altura de la situación.

—Rozó mis labios y sonrió insidioso.

No fue una sugerencia, sino una orden.

CRISTIANNO

Me removí, ignorando los calambres que tenía en las extremidades, y miré a mí alrededor. El aeródromo era un caos. Había muerto gente y sus cuerpos desfigurados y sin vida estaban tirados en el suelo, derramando sangre. Cristales por todos lados, coches ametrallados, restos de bala... El aire arrastraba un ligero aroma a pólvora y batalla. Un tiroteo que debería haber ganado.

Busqué a mi padre y lo encontré mirando al horizonte con aire ausente. Tenía la mandíbula en tensión y la frente fruncida marcando aún más sus arrugas. Sabía lo que estaba pensando. Dios, y tanto que lo sabía. Había estado a punto de perderme y no pudo hacer nada, más que observar. Me hubiera gustado acercarme a él y decirle que no pasaba nada, que estaba bien y que no había sido peor que en otras ocasiones. Pero no podía. Ahora no.

Gemí cuando Mauro se acercó a mi oído. El muy cabrón sabía cómo controlarme, pero también debería haber sabido que le conocía tan bien como a mí mismo y encontraría el modo de liberarme de él.

—Si te suelto, ¿prometes no hacer ninguna locura? —Me obligaba a prometer porque sabía que jamás rompería una promesa.

—Sabes que no... —Y Mauro dejó espacio suficiente entre su costado y el mío.

Mis reflejos se activaron de golpe y busqué con la mirada el vehículo más cercano, calculando todas las salidas. Cogí aire y cerré los ojos. Mala idea. Porque hubiera sido mucho más sencillo actuar si Kathia no se hubiera cruzado por mi cabeza en ese momento.

—Cristianno, por favor —resopló Mauro, como si ya intuyera lo que yo pretendía.

—¡Suéltame! —bramé atrayendo la atención de todos.

Lo lancé a un lado con todas mis fuerzas, sintiéndome dolorosamente liberado, y me incorporé tan rápido que perdí el equilibrio cuando Mauro me soltó una patada en el muslo.

—¡Alex! —gritó, y pude ver cómo nuestro amigo ya venía corriendo hacia nosotros.

Si Alex me agarraba, no tendría nada que hacer. Así que me adelanté rápidamente, esquivando como pude las manos de mi primo luchando por agarrarme las piernas.

—¡Basta, Cristianno! ¡Te matarán! —exclamó Alex a punto de capturarme.

Me zafé de él de milagro, di un traspié y salí corriendo hacia el *Lamborghini* rojo de mi hermano Diego. Me lancé al asiento y arranqué en el mismo momento en que Mauro saltaba sobre la puerta. Maniobré evitando que la abriera y derrapé en dirección a la salida del aeródromo creando una humareda blanca.

Mi primo se resbaló y rodó por el suelo, pero Alex continuó corriendo tras de mí a una velocidad asombrosa.

Giré bruscamente, aceleré y me incorporé a la carretera en cuanto atravesé la verja. El retrovisor derecho se desintegró al rozar el muro y el coche comenzó a tambalearse. Por un segundo perdí el control, pero logré continuar con mi trayectoria.

Ya no veía a Alex reflejado en el espejo del retrovisor, había desistido. Pero estaba muy equivocado si pensaba que tenía vía libre.

Un coche negro apareció al final del camino. Se acercaba a mí a toda velocidad y no parecía tener intención de frenar. Pero yo tampoco. Estaba lo bastante jodido como para importarme una mierda estrellarme contra él. Apreté el volante y me concentré en aquella mancha negra que cada vez se hacía más grande.

De repente, supe quién era.

Enrico.

Fue demasiado tarde para dudar. Su *Bentley* maniobró magistralmente y me echó de la carretera dándome un suave y eficaz toque en el lateral. Fui a parar contra uno de los muros que franqueaban aquel camino de grava después de que el coche diera una violenta cabriola.

Impacté con una dolorosa fuerza contra el airbag que salió del volante. Pero nada más; ni huesos rotos ni heridas sangrantes. Enrico sabía cómo darme para detenerme y no herirme, y me llenó de rabia descubrir que para colmo había tenido consideración.

«Me cago en la puta...» pensé.

Solté un grito de frustración y le di un puñetazo al airbag antes de abrir la puerta y lanzarme al suelo a tiempo de ver cómo Enrico caminaba encolerizado hacia mí.

—¿Qué coño pretendes?! —gritó mirándome desde arriba.

En raras ocasiones se enfadaba y siendo asquerosamente sincero siempre que lo hacía llevaba razón. Pero no estaba dispuesto a dársela. Sí, era estúpido ir en busca de Kathia después de lo sucedido en el aeródromo. Una parte de mí sabía que actuando así empeoraría las cosas tanto para ella como para mí. Pero la ira me dominaba y no me dejaba ver las cosas con objetividad.

Golpeé el suelo y me levanté de súbito colocándome a un palmo de Enrico. Mostró una frialdad maravillosa aun sabiendo que le empujaría contra su coche.

—¡Apártate de mi camino, joder! —rugí.

Enrico se incorporó colérico y me devolvió el empujón. Sus ojos azules se oscurecieron de golpe. Supe que estaba dispuesto a pegarse conmigo si era necesario.

—Ni lo sueñes —dijo entre dientes.

—Pienso retirarte con mis propias manos.

—Adelante. —Alzó el mentón, y yo mostré los dientes como un perro rabioso.

Ni siquiera era capaz de hablar. Me sentía completamente fuera de control, colapsado. Solo necesitaba encontrar a Valentino y matarle con mis propias manos.

Torcí el gesto sin dejar de mirar a Enrico.

—¿Crees que no podría? —pregunté amenazante.

—Lo dudo, viendo el estado en el que te encuentras —continuó insolente.

—No deberías subestimarme, Enrico.

—Nunca lo he hecho —negó.

—Apártate. —Avancé un paso.

—No.

—Apártate o...

—... ¿o qué? —me interrumpió—. Vamos, ¿dime qué harías? ¿Pegarme? ¿Piensas que no voy a responder? —Enrico me observaba con autoritarismo, con el dominio total de la situación—. Te equivocas. Si para salvarte la vida tengo que partirme la cara, créeme, lo haré gustoso.

Odiaba enfrentarme a él. Enrico era mi hermano; no corría la misma sangre por nuestras venas, pero le quería como tal. La situación ya era demasiado difícil como para complicarla aún más con aquel enfrentamiento.

—¿Crees que puedes darme órdenes? —pregunté.

—Ya lo creo.

—¡Y una mierda! ¡¡¡Tú no eres nadie!!! —exclamé empujándole de nuevo.

Enrico me esquivó y se colocó tras de mí con una resolución asombrosa. Magistralmente me inmovilizó los brazos tras la espalda con una sola mano y con la otra estampó mi cara contra el capó de su coche. Intenté liberarme, pero fue inútil. Ahora sabía lo que sentían los delincuentes cuando se topaban con él en un arresto.

—¡Basta! —gritó—. ¡Ponte como quieras! ¡Patalea como un niño! Después de todo, así es como estás actuando. —Daba la sensación que Enrico había perdido los nervios, pero sabía que no era así. Solo pretendía darme un toque de atención—. ¿Dónde está ese hombre del que tanto hablas? ¡¿Dónde está?! —Me quedé quieto y cerré los ojos. Él resopló—. Creo que no vas a conseguir nada. Ni siquiera sabes adonde ha ido —terminó susurrando.

—Deja que eso lo decida yo.

—Te aniquilarían —admitió—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que Kathia te vea morir?

Abrí los ojos de golpe.

No, claro que no. Y a esa conclusión ya había llegado cuando Angelo me apuntaba con su arma. Entonces mantuve la calma... por ella. ¿Por qué no la mantenía ahora?

«*Porque ella no está.*» Porque su presencia me daba fuerzas y su ausencia me las quitaba.

—Le harán daño —musité con un extraño malestar estrujando mi garganta.

—Sabes que me encargaré de que eso no suceda, Cristianno. —Me bastó que pronunciara aquellas palabras para empezar a sentir un poco más tranquilo.

—Está bien, puedes soltarme —dije sincero y ahogado—. No haré ninguna locura.

Enrico aflojó lentamente, evaluándome. Cuando le miré tenía los labios apretados y los ojos completamente dilatados. Su rostro reflejaba la desazón que le produjo enfrentarse a mí.

—No pienso descansar hasta reunirme con ella, Enrico —murmuré concentrado en su mirada—. Y después mataré a Valentino.

Él asintió con la cabeza y colocó una mano sobre mi hombro.

—No es eso lo que intentó impedirte. Solo quiero que hagas las cosas con esa frialdad tuya.

—Tiró de mi brazo y me abrazó con fuerza, sin saber lo mucho agradecería ese gesto—. Uno a uno, Cristianno. Lentamente —me susurró a mi oído, contenido y furioso—. A nuestro estilo.

Sus palabras me recorrieron como un torrente y dejé que el coraje que me enfundaron me invadiera.

Miré al horizonte por encima de su hombro.

Vi la sangre que derramaría.

Y después la vi a ella.

KATHIA

No me equivoqué al pensar que el interior de aquella casa sería frívolo. Me sentía demasiado sola allí dentro, rodeada de hombres armados... Y esa sensación no hizo más que intensificarse en cuanto escuché el sonido de unos tacones. La silueta de una mujer se dibujó presuntuosa tras un muro de ladrillos de cristal opaco.

—Hola, Kathia. —Reconocí aquella voz y temblé notando como las pupilas se me dilataban. Todo mi cuerpo se tensó en cuanto me encontré con su mirada.

Erika había cambiado. Ya no era la chica alegre que sonreía amable y se movía coqueta. No quedaba rastro de la amiga que en su día compartió la vida conmigo, y me dolió descubrir lo cómoda que se sentía en aquella versión de sí misma. La persona que se deslizaba por el salón como la modelo más experimentada era la auténtica Erika. Conmigo solo había fingido.

—¿Qué es esto? —pregunté tan concentrada en su sonrisa arrogante que no puse objeciones cuando sentí los labios de Valentino jugueteando con el lóbulo de mi oreja.

—¡Sorpresa! —susurró Valentino.

—He pensado que merecías una explicación y te vendría bien que te la diera una cara amiga —intervino Erika, cambiando de postura.

—¿Qué explicación? —exigí saber sin apenas pestañear—. ¿Qué haces aquí, Erika? —Di un salto al notar los dedos de Valentino acariciando perversamente la parte baja (muy baja) de mi espalda—. ¡¡¡Quiero que me expliquéis que está pasando!!! —grité.

—¡Oh, cariño! Es sencillo —repuso Erika.

—Ahora tiene vía libre —canturreó Valentino.

Me llevé las manos a la sien, presioné con fuerza y negué con la cabeza incapaz de entender aquello.

—¿Vía libre para qué?

—Para Cristianno —gruñó Erika—. Esa estúpida azafata, Giselle, no ha sabido interpretar bien su papel. Bueno, no del todo porque la pobre ha terminado con un tiro entre ceja y ceja. —Se burló poniendo los ojos en blanco y yo terminé aún más confundida.

—¿Cómo sabes eso?

—Cariño, yo lo sé todo. —Se balanceó de un lado a otro, exhibiéndose—. Nunca me fui a Turquía. Ni siquiera he salido del país. Todo este tiempo he estado con Marco Bianchi —señaló a Valentino con la barbilla—, su primo, en Imperia. Un gran lugar, por cierto.

—Sabía que te gustaría, Erika —sonrió Valentino.

Dios, aquella complicidad me tenía tan desconcertada que hasta me costaba mantener el equilibrio. Nunca imaginé que las cosas pudieran llegar a ese límite.

—Yo fui quien pagó a Giselle para que actuara en mi lugar —admitió Erika, como quien explica las reglas de un juego de mesa.

—¿Cómo sabías que Cristianno y yo estábamos en el aeródromo?

—Tengo mis contactos —repuso Erika.

Una ola de calor subió por mi vientre. Empezaron a temblarme las manos y las cerré en un puño tensando los brazos. Valentino me acarició el brazo mientras se acercaba de nuevo a mi oreja.

—¿Sabías que tú Cristianno se acostó con la azafata cuando viajó a Hong Kong? —musitó excitado.

Le miré furiosa.

—Sí pretendes hacerme daño con ese comentario, te advierto que no lo has conseguido —mascullé haciendo malabarismos para no rozar su boca con la mía—. Él podía hacer lo que le diera la gana. Ni siquiera nos llevábamos bien.

Y era cierto.

—No te desvíes, Valentino —gruñó Erika, con dominio—. Y haz el favor de callarte.

—Os conocéis —murmuré negando con la cabeza—. Dios mío, Erika... tanto tiempo siendo amigas y...

—¡No! —bramó—. Tanto tiempo fingiendo ser tu amiga. Tú nunca me has interesado. Siempre con tu cara perfecta y tu bonito cuerpo, siendo el centro de atención y consiguiendo que todos estuvieran a tus pies con solo pestañear. —Empezó a caminar siniestra—. Siempre con buenas notas y una conducta ejemplar, hasta los profesores babeaban por ti. Mientras que yo no he sido más que un cero a la izquierda. La amiga de Kathia, la que nadie ve porque están más pendientes de tu forma de mover el culo.

No supe si sería capaz de hablar.

—Pero, ¿porqué...? —balbucí.

—¡No sabes cuánto te aborrezco! —Exclamó alzando los brazos—. Cuando mi madre murió, me fui del internado Saint Patrick utilizando esa excusa para perderte de vista. Entonces, le conocí y supe que era mi oportunidad. No todos los días se logra a un Gabbana —sonrió de medio lado, más interesada en el apellido que en el amor que decía sentir por...

—Cristianno —susurré. Por eso la azafata habló de él como si estuviera enamorada. Tan solo representaba lo que sentía Erika.

Se me nubló la vista mientras mi mente analizaba rápidamente todos y cada uno de los momentos desde que había llegado a Roma. Era cierto, Erika estaba enamorada de Cristianno y había utilizado a Mauro para acercarse a él. Que estúpida había sido al no darme cuenta de cómo lo miraba, de lo mal que le sentaba que Cristianno me prestara atención, aunque solo fuera para fastidiarme.

—Exacto —dijo chasqueando los dedos. Aquel sonido me trajo de vuelta a la realidad. —Estuve meses intentando acercarme a él, aguantando a su grupito de amiguitos: Eric, Alex, Daniela...

—Pronunció el último nombre con algo de sorna—... Cristianno nunca le había prestado atención a ninguna chica, nunca había tenido pareja estable. Siempre con sus cientos de rollos de una noche... Pero entonces llegaste tú. En cuanto vi cómo te miraba, supe que se había enamorado de ti. En un principio, creí que para ti no sería más que un juego, como todos los demás chicos con los que te has liado. Un juego que terminaría en cuanto te enteraras de quien era en realidad. Pero no, continuaste con él.

—¡No me lo dijiste! —exclamé asfixiada intentando coger a Erika por los brazos para hacerla entrar en razón. Tal vez, si apelaba a nuestros años juntas, podría lograr que todo aquello cambiara—. ¡Si lo hubiera sabido, ni siquiera le habría mirado, y lo sabes!

—Se suponía que debías saberlo —remarcó Erika alejándose de mí, repelida.

—Por Dios, Erika... Siempre te he respetado, siempre he estado ahí. ¿Por qué no hablaste conmigo?

—Hay cosas que escapan de tus manos, Kathia. —Se cruzó de brazos y se llevó un dedo a los labios—. Si piensas que mi amor por Cristianno lo mueve todo, estás muy equivocada.

—¿Qué? —Fruncí el ceño. Estaba empezando a entender lo que realmente se estaba dando allí, y no era solo un ataque de celos. Los intereses de cada uno tenían incluso mayor cuantía.

—Eres tan... necia. —Remarcó la última palabra rozándose los labios con la lengua—. Recuerda que mi padre también tiene negocios y estoy aquí para proteger mi patrimonio. ¡Soy la única heredera! —Aplaudió, sonriente.

—No le amas —murmuré más para mí que para ella, pérdida y atrapada. Confundida y agotada.

—Puede que no tanto como tú. —Hizo una mueca—. Pero a mi familia le interesa su poder, y a mí su cuerpo. Dos pájaros en un solo tiro. ¿No es una buena noticia?

Daba igual lo que dijera, no había nada que hacer y no querer admitir lo que estaba pasando allí simplemente complicaba aún más las cosas. Erika no era mi amiga y sería imposible llegar a una tregua con ella. Mucho menos si Valentino estaba de por medio y de su lado.

—De un solo tiro —corrigió Valentino.

—¡Lo diré como me salga de la pelotas, imbécil! —atacó.

Fue entonces cuando vi que Valentino llevaba una pistola enganchada al cinturón. Resultaría muy sencillo quitársela...

—No lo conseguirás —dije entre dientes.

—¿No?, ¿tan segura estás de su amor? —ironizó ella.

—No sabes cuánto.

—Entonces, pasaremos al plan B —sonrió acariciándose un mechón de pelo.

—¿Plan B? —Tragué saliva.

De reojo volví a mirar la pistola... Que cerca la tenía.

—Sí —susurró—. Si no es mío, no es de nadie.

Hubo unos segundos de silencio que se llenaron de miradas perspicaces y calculadoras y de sonrisas insidiosas. Erika y yo compartimos un mismo sentimiento: el odio.

—Ni se te ocurra ponerle un dedo encima —gruñí para diversión de todos.

—No pretendo ponerle un dedo, sino todo el cuerpo, querida.

Todos los hombres que había en la sala, incluyendo Valentino, rieron abiertamente. Y yo comencé a imaginar lo que pasaría si Cristianno se negaba a Erika. De nada habría servido salvarle la vida en el aeródromo.

«*Tres segundos y me lanzo a por la pistola*», pensé sin dejar de mirar a Erika.

—Maldita seas —susurré—. Debí suponerlo. Debí darme cuenta por tu forma de actuar. Ni siquiera te despediste. —Recordé como Cristianno intentó consolarme en la puerta de San Angelo. Después me pidió que me fuera con él.

«*A cualquier parte*», me dijo. Su voz sonó en mi cabeza de una forma tan real que creí tenerle a mi lado.

—No te soporto, Kathia. Siempre te he odiado, ¿cómo iba a despedirme de ti? —Decidió darle más profundidad a sus palabras cogiendo aire teatralmente—. Son negocios, ya deberías saberlo —sonrió maliciosa, se acercó a una silla y cogió un pequeño bolso Guess de piel verde—. En fin, me voy. Tengo que conquistar a Cristianno —añadió con cinismo.

—Una conversación muy interesante, ¿no te parece, Kathia? —se burló Valentino, pero no le presté atención.

Estaba calculando qué trayectoria tomaría la bala en cuanto disparara, como hubiera hecho Cristianno Gabbana.

—No te acerques a él —volví a gruñir—. No le hagas daño.

—Eso tendrá que decidirlo Cristianno —contestó Erika, indiferente—. Si no acepta estar conmigo, no estará con nadie. Y, créeme, soy muy obstinada.

—¿Serías capaz de matar al hombre que amas? —pregunté irónica.

—Kathia, si lo que quieres saber es si me desharía de Cristianno si no deja de quererte, la respuesta es: sí, lo haría.

Intentó marcharse por donde había entrado, pero mi voz la detuvo.

—No.

—¿Cómo dices? —preguntó.

Mi fuero interno contó hasta tres.

—Que no te acercaras a él.

Me lancé a la cintura de Valentino, cogí el arma y la empuñé con rapidez. Un instante después, presioné el gatillo en dirección a Erika. Ella abrió los ojos, sorprendida y aterrada al mismo tiempo, cuando la bala impactó en su pecho. La sangre salpicó las paredes y empapó la alfombra cuando cayó al suelo.

Enseguida me giré para arremeter contra Valentino. Intenté disparar de nuevo, pero alguien se lanzó a por mí desviando el tiro, que impactó en el techo formando una lluvia de yeso. Caí

bruscamente al suelo y noté como varios huesos me crujían al sentir el peso del esbirro, pero pude ver cómo Valentino se agachaba acobardado.

Otro hombre más intentó reducirme.

—¡Trae el cloroformo, rápido! —gritó Valentino.

—¡No! —chillé antes de morder la mejilla de uno de los hombres que me tenían amarrada.

Apreté con fuerza, haciendo caso omiso a los gritos del esbirro, hasta que alguien me cogió del cuello y me estampó un trapo en la cara cubriéndome la boca y la nariz. Un fuerte olor, similar al alcohol, penetró en mis fosas nasales provocándome un ligero mareo.

Pensé en él antes de caer en un sueño profundo.

SARAH

No vi las estrellas esa noche; miles de luces las ocultaban. Tokio era una ciudad increíble, pero un tanto caótica para mi gusto. Me atraían mucho más los lugares históricos que metropolitanos. Aunque, si hubiera tenido elección, seguramente me habría encantado.

Mesut Gayir me miró sonriente. Estábamos en el interior de una lujosa limusina: él, orgulloso de tener el control absoluto sobre mí, y yo asqueada con aquella situación.

—Estás increíble esta noche —ronroneó entregándole su copa de champán a su fiel secuaz ruso para que le sirviera más. Vladimir obedeció enseguida, con movimientos rígidos. A veces, creía que no era humano.

Mesut se bebió el champán de un sorbo, dejó la copa en una pequeña mesita saliente y se pasó la lengua por los labios. Siempre hacía ese movimiento antes de hablar.

—Ese vestido azul te favorece. Te convierte en alguien más dócil...

Reprimí las ganas de mirarle y agaché la cabeza. Mesut era una enorme mentira con patas esbeltas y media melena negra. Su presencia engañosa convencía a cualquiera de que era un hombre amable y honesto, pero la realidad era mucho más perversa. Sus castigos eran buena prueba de ello.

Aunque sabía todo aquello, no pude evitar sentirme furiosa. Odiaba que hablara de su negocio como si fuera una forma íntegra de ganarse la vida.

—¿No hablas? —preguntó, curioso.

—No tengo nada que decir —repose sin dejar de mirar por la ventana. Acabábamos de pasar por el Palacio Imperial.

—Eso es extraño en ti, Grecia. —No pude evitar mirarle indignada. Él sabía bien que odiaba que me llamara de ese modo.

—¿Se te ha olvidado mi nombre, Mesut? —dije torciendo el gesto.

Se llevó un dedo a la boca y soltó una carcajada que me heló la sangre.

—Veamos, ¿cómo quieres que te llame? —Cerré los ojos y dejé escapar el aire—. ¡Oh, vamos, no te enfades conmigo! En fin, aprovechando que estás bien calladita, repasaremos las preferencias de Rashir.

Rashir Gadaf era un empresario petrolero con influencias en el gobierno jordano. Había pagado mucho dinero por mis servicios y dentro de sus peticiones estaba que me reuniera con él en Tokio, aprovechando que estaba en la ciudad por negocios. Lo que ascendió aún más el precio debido al traslado.

—Llevas tres días hablando de lo mismo. —Debería haberme arrepentido casi al instante, pero continué—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Por supuesto que lo sabes, Sarah. —Tragué saliva al verle incorporarse—. Yo mismo te lo enseñé.

—¿Estás orgulloso? —No esperé que la pregunta sonara acusadora.

«*Cierra la boca, Zaimis*», me aconsejó mi fuero interno. Cuanto me hubiera gustado poder hacerle caso.

—No sabes cuánto —rezongó.

—Sabes que con lo que he ganado esta semana ya debería estar saldada mi deuda. —Una deuda que no era mía, sino de mi madre.

—No te equivoques, pequeña. —Apoyó los codos en las piernas y se inclinó un poco más hacia mí—. El tiempo crea intereses y los intereses son mucho más difíciles de pagar. Deberías estarme agradecida. —Me señaló con desgana—. Hay chicas en tu posición que están encerradas en un zulo, en Dios sabe qué país, esperando a morir, exactamente por haber hecho lo mismo que tú. —Lo que significaba que estaba atrapada en aquella red de por vida—. Pero tienes suerte, a ti te tengo un cariño... llamémoslo, especial. —Terminó chasqueando la lengua.

—Pues prefiero que no me tengas tanto cariño —murmuré incomprensible. Pero Mesut entendió, y la ira se paseó por sus ojos negros.

Vacilé, y él se dio cuenta y no dudaría en aprovecharse de ello.

—Cuidado, Sarah, todavía puedo arrepentirme —dijo torciendo el gesto—. Aun no has visto nada de lo que puedo llegar a hacer.

Estaba tentándole demasiado. Mesut no era paciente, en cualquier momento podía aniquilarme sin importarle una mierda la deuda o intereses que dejara al debe.

—Me amenazas —suspiré.

—Solo porque, en ocasiones, olvidas quien soy.

—Sé muy bien quién eres y lo que haces. —Hablaron mis impulsos y lo hicieron de una forma exigente y osada.

Mesut me envió una mirada espeluznante. La mantuvo hasta que supo que el miedo se me había instalado en la garganta, y volvió a reír antes de levantarse de su asiento. Se sentó a mi lado, acercando su boca a mi mejilla y cogiendo mi mano. Apretó hasta que me crujieron los dedos y se mantuvo a la espera de que me quejara. Pero me contuve y apreté los dientes intentando controlar las náuseas que me producía su cercanía.

—Tú eres la que provocaste esta situación, te escapaste de Hong Kong. ¿Creías que no te encontraría? Que estúpida eres. —Me susurró dejando que su aliento resbalara por mi piel—. Hicimos un trato, Sarah: tú me decías quién te ayudó y yo reducía tú deuda conmigo. Y todavía estás a tiempo: dame un nombre y eliminaremos algunos ceros.

«*Cristianno Gabbana*» Cerré los ojos sintiendo como se me erizaba el vello.

Jamás hablaría, jamás pondría en peligro a la única persona que me había ayudado y que había mostrado un poco de empatía por mí. Si Cristianno era capturado por Mesut, podía darse por muerto.

Nunca diría su nombre.

—Sabes que no diré una palabra —tartamudeé.

Mesut resopló y me cogió de la barbilla, obligándome a mirarle.

—Entonces, no vuelvas a compadecerte de ti misma, y mucho menos delante de mí —gruñó, mostrando los dientes—. La próxima vez te arrancaré esos labios tan bonitos que tienes. —Los acarició con el pulgar—. Eres de mi propiedad, Sarah. Tu cuerpo entero me pertenece y haré lo que me plazca con él.

Cerré los ojos en cuanto me soltó, saboreando la agonía de sus palabras.

La limusina se detuvo frente al hotel *Grand Hyatt* en Roppongi, un barrio rico del centro de Tokio lleno de ofertas culturales y ocio de primera calidad no apto para un bolsillo cualquiera. Qué ironía que todo fuera tan hermoso a nuestro alrededor...

Respiré y apreté los labios con fuerza frenando las repentinas ganas de echarme a llorar.

—Ahora entra y sé una buena... Humm, ¿cómo se dice, Vladimir? —le preguntó a su guardaespaldas con un chasquido de dedos.

—Escort —repuso este en tono mecánico.

—Exacto... Buenas noches, Sofía. —Ese debía ser mi nombre aquella noche, porque Rashir así lo había decidido.

Mesut se regocijó sabiendo que me había dejado completamente desolada.

CRISTIANNO

Silencio...

... Y una gota de sangre golpeando el suelo. El rastro de un hilo denso y rojo resbalando de mi chuchillo. Un grito de dolor. Mi reflejo atrapado en la hoja de acero, frío, distante. Un jadeo penetrante. Temblor.

El silencio de un hombre perteneciente a la mafia se paga con la muerte. Sin embargo, es una muestra de lo implicado que se está con la familia a la que se debe.

Los ojos oscuros de aquel esbirro mostraban dos cosas: dolor y circunspección. No diría una palabra. Me entregaría su vida por guardar los secretos de Angelo Carusso.

Oh, sí, lo habían amaestrado bien.

Detuve el *Maserati* a unos metros del acantilado. Enseguida nos rodeó una espesura tenebrosa. En Anzio no llovía, pero la niebla y el frío había hecho su aparición de la forma más inquietante.

Había seguido a ese maldito sicario Carusso hasta ese pueblo con la expectativa de encontrar a Kathia. Pero solo había jugado al despiste conmigo. El por qué no lo sabía, pero el cómo terminaría aquello, sí.

Le torturamos, como habíamos hecho con los doce anteriores, y le obligamos a hablar. Tras varias horas supimos que no serviría de nada, y apenas le quedaban dedos con los que negociar. Así que ya no hacía ninguna falta que siguiera vivo.

Respiré profundo y miré el acantilado, vacío y sin remordimiento. Solo un susurro interior obligándome a continuar con aquello; por mí, por ella. Por casi la semana que había pasado sin saber su paradero.

Mauro me miró expectante desde el asiento del copiloto, esperando mis órdenes. Eric y Alex estaban en el asiento trasero. El primero, recostado con los brazos cruzados sobre el pecho. El segundo, fumando un cigarrillo mientras observaba el oscuro paisaje.

—Alex, saca a esa rata de mi maletero —decidí antes de que cogier su cigarro y mirar a mi primo.

Él asintió con la cabeza y siguió a Alex y Eric fuera del coche.

Fue entonces cuando mi mente proyectó a Kathia entre la niebla. Volvía a evocar el momento en que la apartaron de mí en el aeródromo. Su último beso cuando Angelo me empujó contra ella, su última mirada antes de que Valentino se la llevara. Mi pensamiento estaba dedicado a ella en todo momento. Era imposible reprimir la ansiedad que me proporcionaba saber que estaba en manos de un Bianchi.

Alex arrastró al esbirro hasta al borde del acantilado y le obligó a arrodillarse mientras Eric retiraba la bolsa que le cubría la cabeza.

Puse el cigarro en mis labios, salí del coche recomponiendo los puños de mi chaqueta, caminé lento hacia ellos. Me acuclillé al lado del hombre, tiré el cigarro y observé como evitaba mi mirada. Su continua obstinación podría haberme sacado una sonrisa en otro momento, pero ahora solo logró que apretara los labios y entrecerrara los ojos, suspicaz.

—¿Qué tal te encuentras? —Pregunté con sátira—. ¿Has tomado una decisión?

Último intento.

—Sí... —baluceó con los labios ensangrentados e inflamados—. ¡Qué te jodan, Cristiano!
—clamó.

Resoplé, me incorporé y miré a mi amigo Alex indicándole que se retirara. En cuanto lo hizo, atacé al esbirro dándole un rodillazo en la barbilla. Escupió sangre, lo que indicaba que le había partido el labio, pero lo extraño es que no gritó. Seguramente porque ya lo tenía partido de antes.

Volví a agacharme y presioné su cabeza contra el asfalto hasta que su dificultad para respirar

fue más que evidente.

—Te lo volveré a repetir, ¿dónde está Kathia? —Soltó una carcajada.

—Está con Valentino calentita y en su cama. —Temblé, y el tipo se dio cuenta—. A estas alturas deben de estar hartos de...

—Cállate. —Habría dado cualquier cosa por haber evitado sonar tan vulnerable.

—¿Qué se siente cuando no tienes lo que quieres?

—He dicho que te calles.

Me ignoró.

—Valentino llamó hace dos días y dijo que era espectacular...

Sin tan siquiera mirarle, Alex lo cogió de un brazo y le puso en pie. Yo también me incorporé, pero con mucha más lentitud. Imaginarme aquella escena fue demasiado para mí. Y Mauro se dio cuenta de ello.

Se acercó a mí y colocó una mano sobre mi hombro.

—Terminemos con esto, Cristianno —susurró mientras Eric y Alex ataban a los pies del esbirro varios discos de peso y volvían a amordazarle. Se ahogaría en segundos.

Un instante, exhalé y después estampé mi pierna contra el pecho del tipo. Todo pareció ocurrir a cámara lenta. Antes de desprenderse del suelo, sus pies removieron la arenilla y crearon una pequeña polvareda. Su cuerpo se elevó y se precipitó al vacío. Cayó agitando los brazos y las piernas desesperadamente, luchando por encontrar la forma de salvarse.

Esperé allí hasta que la marea lo engulló.

SARAH

Miré a Rashir mientras me llevaba un trozo de carne a la boca. No quería comer, pero no hacerlo suponía más complicaciones. Si Mesut se enteraba de que no complacía al cliente como era debido, volvería a enfadarle y no estaba segura de poder resistir otra paliza como la que había recibido días antes.

Después de nuestro pequeño desafío en la limusina, a la mañana siguiente regresé a la casa que Mesut había adquirido al este de Tokio. Se suponía que tendría un par de días de descanso, pero me enteré que debía volver al hotel donde se hospedaba Rashir porque me había contratado para toda la semana. Me enfurecí y encaré a Mesut recapacitando demasiado tarde. Por suerte aquella era mi última noche con el jordano y la enorme alegría que eso me producía me tenía al borde del llanto.

Rashir no me había tratado mal, todo lo contrario, y ni siquiera me había tocado, pero tenía una mirada que me cortaba el aliento. Llena de un anhelo que me hacía sentir comestible.

Forcé una sonrisa y me bebí todo el vino que había en mi copa haciendo malabarismos para no atragantarme. Rashir comenzó a hacer espavientos con las manos mientras hablaba a toda velocidad en su extraño idioma. Enseguida apareció un camarero japonés (que seguramente se había enterado de lo que el jordano le había dicho por sus gestos) con una botella de vino, dispuesto a servirme más vino.

—Deja que te sirvan otra copa, Sofía —sonrió Rashir, esforzándose en hablar.

Habíamos decidido comunicarnos en francés ya que él no sabía otro idioma.

—Es muy amable, señor Gadaf. —Coloqué la servilleta sobre la mesa—. Permítame ausentarme un minuto. Necesito ir al tocador.

Sonrió y me indicó que me retirara.

Mi fuero interno exigía un momento a solas, respirar y controlar esa extraña desazón. Día y noche luchaba por asumir que aquello era lo que me esperaba de por vida, pero a veces era inevitable derrumbarme.

Salí del comedor y entré en un pasillo notando que había empezado a llorar. No quería que nadie me viera. Lo más probable era que me estuvieran vigilando los secuaces de Mesut y no me apetecía darles el placer de verme repentinamente hundida. Así que me lancé a mi bolso en

busca de un pañuelo. Pero se me escapó y terminó en el suelo desparramando todo lo que había en el interior. Enseguida me agaché para recoger mis enseres, pero mi cuerpo se paralizó por completo, incapaz de reaccionar. Una tarjeta sobresalía del bolso mostrando su nombre y los primeros dígitos de un número móvil de teléfono. Gemí y dejé que una ardiente sensación de satisfacción me desbordara.

«No dudes, Sarah. A cualquier hora», me dijo Cristianno al oído.

Recuerdo que me la entregó al despedirse de mí en el aeropuerto de Hong Kong y que la guardé creyendo que no me haría falta utilizarla. Después la olvidé y Mesut me encontró en Atenas, paseando por el casco antiguo aferrada a ese bolso que no volví utilizar hasta esa noche.

Fue muy duro encontrar fuerzas para moverme, pero logré recogerlo todo y arrastrarme hacia el servicio dando traspiés. Terminé hincada de rodillas en el suelo en cuanto la puerta se cerró tras de mí.

CRISTIANNO

Eran más de las cuatro de la mañana cuando llegué al Edificio Gabbana, despedí a los chicos en el rellano de Mauro y subí a mi piso.

Al entrar en el vestíbulo, esperé encontrar la oscuridad propia de aquellas horas. Todo el mundo dormía y sin embargo Enrico miraba por los ventanales sentado en el pequeño rincón que había frente a la terraza principal. La única luz que le alumbraba procedía de una lámpara que había en la mesita.

Me acerqué a él silencioso.

—Debo suponer que no has conseguido nada, ¿no es así? —Enrico me extendió la mano a modo de saludo mucho antes de que yo apareciera en su campo de visión.

Pestañee lentamente y capturé su mano acercándome al sillón que había a su lado.

—Lo das por hecho —suspiré notando el cansancio en cuanto me senté.

—No estarías aquí de lo contrario —admitió manteniendo mi mirada.

—¿Y tú? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada —resopló cansado—. Angelo no quiere hablar. Ni siquiera Olimpia sabe dónde está su hija y tampoco parece que le importe —añadió nostálgico.

A Enrico no le gustaba sentirse tan imposibilitado. Él conseguía cualquier objetivo sin apenas moverse, pero nadie sabía dónde estaba Kathia, excepto Angelo y Valentino. Y ellos no parecían querer hacerle partícipe de ese plan en concreto. Tal vez porque sabían que Kathia era su niña mimada.

—He revisado todas las propiedades que los Carusso y los Bianchi tiene en Roma y alrededores. También mandé unos guardias a Latina, donde vive la hermana de Olimpia —explicó pellizcándose el puente de la nariz—. Incluso he llamado a Marzia para saber si está en Portofino con ella.

—Joder... —dije entre dientes—, ¿adónde demonios se la habrán llevado?

La indignación me estaba atrapando y ni siquiera me di cuenta de cómo Enrico se inclinaba hacia mí y colocaba una mano en mi antebrazo. Sus dedos estaban fríos y mi piel demasiado caliente.

—La encontraremos, Cristianno. He mandado a uno de mis hombres de confianza de la comisaría para que siga a Valentino —dijo, torciendo el gesto.

Él era el comisario de la sucursal de Trevi y uno de los inspectores más influyentes del cuerpo que dominaba mi padre. El departamento de policía de Roma seguía estando bajo jurisdicción Gabbana. Así que, eso debía beneficiarnos, ¿no?

—¿Y cuándo sabremos que Valentino está en la ciudad? —pregunté.

—Vivo en la mansión Carusso, ¿recuerdas? —Frunciendo el ceño. Estaba fingiendo que mi pregunta le había molestado—. Que Angelo no me diga donde está Kathia no significa que no sepa de los demás movimientos.

—Ten mucho cuidado, Enrico. Si los Carusso se enteran de que estás infiltrado en su familia, tendrás problemas. Y no quiero que estés en peligro.

—Nadie sospecha nada —sonrió—, sé hacer muy bien mi trabajo.

Y tanto que sabía.

—Eso no hace falta que lo jures —murmuré, cansado. Me apoyé en el sillón y recordé que había mencionado a su esposa—. Entonces, ¿Marzia está en Portofino? ¿Y qué hace allí?

Enrico no pudo evitar poner los ojos en blanco; su puñetera esposa le creaba dolor de cabeza.

—Velar a su querido Marcello. Ha preferido marcharse de Roma porque todos los lugares le recuerdan a él —comentó fingiendo aflicción—. Dice que se asfixia en la mansión.

Sonreí amargamente recordando cómo Kathia disparaba a su primo en el aeródromo.

—Y pensar que Kathia es su hermana...

El rostro de Enrico palideció. Sus ojos titubearon demasiado y cometió el error de tragar saliva. Enseguida se recompuso, pero yo ya había percibido el gesto y me preguntaba qué era lo que le había desconcertado.

—Sí, son increíblemente diferentes —añadió antes de que yo pudiera preguntar—. Pero es mejor así. De ese modo, no tengo que estar fingiendo que la amo. Y también tengo más espacio en la cama.

Sonreímos, escrutándonos con la mirada. Enrico me ocultaba algo y supo que le estaba analizando.

—¿Alguna pretendiente? —repuse con la mirada fija en sus ojos azules.

—Sabes que no soy de esos —negó.

Todo se vio interrumpido por la vibración de mi móvil. Rápidamente me lancé al bolsillo del pantalón y lo cogí. Un número desconocido parpadeaba en la pantalla.

—¿Sí? —respondí violentamente.

—¿Cristianno Gabbana? —preguntó una voz ronca y grave.

Mi cabeza comenzó a especular creando el perfil de ese hombre:

Hombre adulto.

Alrededor de los treinta años.

—¿Quién eres? —gruñí.

—Alguien que tiene información que puede interesarte —dijo, socarronamente.

Corpulento.

Adicto a algunos estupefacientes; generalmente, nocivos.

—Habla —impuse.

—No, por teléfono no.

—Di un lugar.

—En el polígono, está noche.

Convicto; de dos a cuatro veces en la cárcel.

—Dame un nombre.

—Eres un poco desconfiado, ¿no?

—Quiero un nombre —exigí rabioso.

—Joshua Chiellini —repuso—. Estaré junto al bunker de las apuestas. No vengas armado si quieres saber dónde está Kathia.

Traficante.

Impulsor de carreras ilegales. Solo coches.

—¿Acaso tienes miedo, Joshua? —me burlé encorvándome en el sillón.

Enrico no me quitaba ojo de encima, prestando atención a mis palabras y sacando sus propias conclusiones.

—Humm... Es muy inquietante tener enfrente a un Gabbana con un revolver. Y todos conocen la habilidad que tienes, Cristianno. Ya sabes lo popular que eres en esta ciudad.

«*Me conoce*», pensé.

—Entonces también deberías saber que no me hace falta una pistola para matarte. —Encogí una pierna y apoyé el brazo en ella.

—No me amenaces. —Dejó la jactancia—. Pretendo ser tu amigo.

—Dame la hora —ordené.

—A medianoche. De paso te diviertes un poco con las carreras. Trae tu *Bugatti*.

—No pienso competir —contesté.

Había participado en varias carreras, pero no recordaba a ningún Joshua.

—Lastima, habría sido un placer verte conducir.

Listo, no nos conocíamos. Al menos no en persona.

Colgué y miré a Enrico.

—Así que Joshua Chiellini, ¿eh? —apuntó

—Tienen información sobre Kathia.

Entrecerró los ojos y apretó los labios, desconfiado.

—Sabes que puede tratarse de una trampa, ¿verdad?

—Por eso iré preparado, Enrico —dije alzando las cejas. Supo con ese gesto que tenía trabajo que hacer y que lo mejor era ir preparándolo ya.

Pero el móvil volvió a sonar, y esta vez se trataba de un número internacional.

SARAH

Salí del tocador apretando el bolso contra mí pecho, como si en su interior estuviera el botín de un casino, y miré a mí alrededor en busca de un teléfono. Pero no había nada más que las escaleras que llevaban al comedor superior. Tal vez allí tuviera más suerte. Empecé a subir frenética.

Descubrí un salón enorme, vacío y a medio ordenar al tiempo en que tropecé y me clavé el último escalón en el costado. Me habría permitido unos segundos de queja sino hubiera visto como un camarero salía de la cocina. Así que me levanté del suelo y corrí hacia él desbocada. El chico contuvo un gritito cuando le cogí del brazo.

Pero antes de hablarle pensé en las opciones que tenía de conseguir su ayuda. No tenía tiempo de pararme a convencerle, ni tampoco de averiguar si era honesto. El soborno era la mejor opción para obtener su favor y de paso comprar su silencio, pero no tenía dinero... Hasta que miré mis manos. Rashir Gadaf me había agasajado durante toda la semana con prendas caras y joyería de calidad. Aquello debería valer, ¿no?

—¿Hablas inglés? —pregunté ignorando que había empalidecido por el susto.

Asintió con la cabeza y me lancé a por la pulsera; siempre podría decirle a Rashir que la había perdido o que se me había caído por el váter. Pestañeando más de lo normal y poniendo mohines le convencería rápido.

Le mostré la pulsera de oro blanco y diamantes al joven japonés. Del susto pasó a la codicia. ¡Qué mono!

—Sabes que tiene mucho valor y que valdrá para aceptar lo que voy a pedirte —dije agitando la pulsera frente a sus morros como si fuera un péndulo. Él la miraba hipnotizado.

—¿Qué necesitas? —quiso saber cogiendo la joya y escondiéndosela en el bolsillo del pantalón.

—Déjame llamar por teléfono.

Soltó una risilla que me crispó los nervios.

—Señorita, ¿tanto por una llamada? —Sugirió incrédulo—. Dispone de un teléfono público y gratuito en la planta baja. —Le miré con dureza y él frunció el ceño comprendiendo al fin la situación.

—No quiero que nadie me vea y tú vigilarás y mantendrás la boca cerrada.

Miró a su alrededor.

—Sígueme. Puedes utilizar el teléfono del servicio —reconoció bastante emocionado. No sé lo que se estaba imaginando, pero aquello no era una película de Michael Bay; al menos por el momento.

Me guió por la cocina hasta un pequeño rincón entre las neveras. Abrió una puerta y me empujó dentro de un cuarto claustrofóbico, tan pequeño que apenas podía moverme.

—¡Vamos! —Instó el chico japonés—. Si alguien me pilla aquí contigo, me echarán.

—Está bien. —Temblé al tocar el aparato.

Me lo llevé a la oreja y lo sujeté con el hombro mientras buscaba la tarjeta en el bolso. Empecé a marcar incapaz de recordar los números.

—Estaré vigilando —susurró—. No tardes, por favor.

Sonó un tono, después otro... y descolgó. Escuché un ligero resoplido al otro lado de la línea.

—¿Cristianno? —balbucí.

—¿Quién es? —gruñó. Y yo tuve una fuerte sacudida que hizo que me flaquearan las piernas. Me apoyé en la pared y me dejé caer hasta el suelo.

—Eres tú... —bufé, recomfortada al reconocer su voz—. Cristianno, yo... yo...

Sorbí y me froté la nariz.

«*No llores ahora. Dile dónde estás*», me animó mi fuero interno.

—Dime quien eres —ordenó Cristianno.

—Sa-Sarah... Zaimis... nos conocimos en...

—... Hong Kong —me interrumpió. Exhaló y, al parecer por el ruido que escuché de fondo, se incorporó de golpe—. Dime que ha pasado. —Ahora su voz sonaba desquiciada.

—Me encontraron... —tartamudeé. Comencé a hiperventilar.

—Deja de llorar, Sarah, y dime dónde estás.

—En Tokio... Dios mío, Cristianno... —Me llevé la mano a la boca.

Debía controlarme para poder ser más concreta, pero no podía. Era toda ansiedad, miedo, descontrol. Incluso mastiqué la soledad que había sentido hasta que escuché su voz.

—Escúchame, Sarah, iré a por ti —dijo Cristianno con aquel autoritarismo que le caracterizaba. Casi pude sentirle allí, conmigo, transmitiéndome la fuerza de sus palabras cara a cara. Deseé abrazarle.

—¡Viene alguien! —exclamó el chico, desencajado—. ¡Vamos, cuelga!

—Tengo que colgar —susurré sobresaltada. Pero no estaba dispuesta a hacerlo sin más.

—¡Sarah, mantente en la ciudad, iré a...!

No llegué a escuchar el final de la frase porque el camarero colgó por mí y me arrastró fuera del cuarto.

CRISTIANNO

—¡Sarah, mantente en la ciudad, iré a por ti! —Pero ella no escuchó el final de la frase.

Enrico me observaba extrañado, mucho más que con la anterior llamada. Él sabía que existía una chica a la que ayudé en mi viaje a Hong Kong, pero no esperaba que fuera ella la que estuviera al otro lado de la línea. Ni siquiera yo lo creía. Cuando le di la tarjeta, no esperaba que se pusiera en contacto conmigo. Creí que ya estaría a salvo, pero no conté con que Mesut Gayir era persistente y no la dejaría escapar tan fácilmente. Para él, sus chicas eran de su propiedad. Me pasé unos minutos observando el móvil, apretándolo con fuerza. Estaba desconcertado, furioso y también imposibilitado, porque Sarah estaba muy lejos de mi alcance. Tardaría horas en llegar a Tokio y mientras tanto podrían hacerle algo. Tal vez incluso irse de la ciudad.

Cerré los ojos y me desplomé de nuevo en el sillón.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enrico.

De repente caí en la cuenta. Si iba a Japón en busca de Sarah, podía perder la oportunidad de conseguir una pista sobre el paradero de Kathia. Estaba atrapado.

—Cristianno, habla, por favor. —Yo no era el único preocupado en aquel salón.

—¿Recuerdas la chica griega que ayudé en Hong Kong?

—Sí, ¿qué le ha pasado?

—La han capturado. Ahora está en Tokio y necesita mi ayuda.

—Joder... —resopló, más para sí mismo.

—Estaba destrozada, ni siquiera podía respirar. —Me llevé las manos a la cabeza. El corazón me latía en la sien. Solo quería tumbarme en la cama, junto a Kathia y olvidarme de aquella pesadilla—. No quiero imaginar las barbaridades que han podido hacerle.

Mesut Gayir era un multimillonario turco dueño de una de las mayores redes de prostitución de lujo del mundo. También hacía sus pinitos en el narcotráfico. Actualmente vivía en una isla de Chipre donde blanqueaba dinero y ocultaba la droga. Tenía todo tipo de clientes: desde actores mundialmente conocidos hasta jugadores de los mejores equipos. Un increíble negocio tan asqueroso como él. Mi familia y yo le conocíamos desde hacía algún tiempo porque le gustaba hacer negocios en Italia. Siempre es bueno conocer a tus enemigos. Eso te deja un margen.

—¿Qué piensas hacer? —La voz de Enrico me extrajo de mis pensamientos.

—No lo sé —murmuré.

¿Y si había colgado porque la habían descubierto? ¿Y si no volvía a saber de ella? O peor aún, ¿y si la mataban? La culpa me perseguiría el resto de mi vida si no hacía algo por ella.

«*Menuda mierda de noche*», pensé.

—Enrico, tienes que ir a por ella, por favor. —Hablé de súbito, sin pensar lo que iba a decir. Simplemente dejé que mis impulsos dominaran.

La primera reacción de Enrico fue abrir mucho los ojos, después frunció el ceño, incrédulo, y me miró suspicaz. Tomó aire antes de hablar, pero me adelanté. No le daría tiempo a que lo pensara demasiado.

—Debo reunirme con Joshua y averiguar cuál es la información que tiene.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —protestó—. Es muy difícil disimular un viaje tan largo en la mansión Carusso. Si me descubren, estamos acabados.

—Lo sé, pero no te lo pediría si pudiera encargarme de ello yo mismo. —Me acerqué a él y susurré—: Enrico, Sarah corre grave peligro allí. Conoces a Mesut Gayir mejor que yo y sabes que si pospongo este viaje, puede que sea demasiado tarde para ella.

—No la conoces —señaló entre dientes.

—Lo suficiente para que me importe.

—¿Y crees que merece la pena el riesgo de ir hasta Tokio y enfrentarte a uno de los mayores proxenetas del mundo? —No utilizó la contundencia que siempre empleaba cuando el tema de

conversación era peliagudo. Lo que me indicó que Enrico estaba valorando con minucia todas las posibilidades que teníamos de salvar a Sarah.

—La miré, Enrico. La vi llorar... —murmuré.

Se perdió en sus pensamientos acomodándose en el sofá y escrutándome con la mirada. Después resopló, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y comenzó a marcar.

—Eres muy persuasivo, Cristianno, y no sabes cuánto me molesta. —Se llevó el teléfono a la oreja—. Thiago, soy yo. Lamento despertarte, pero necesito que me prepares el jet y los permisos para volar a Tokio lo antes posible... —Suspiré aliviado—... Sí, salimos en unas horas... Bien, saldré enseguida para allá. —Colgó y volvió a marcar.

—Sarah se pondrá nerviosa al verte —comenté sin dejar de mirarle.

Los ojos comenzaban a picarme y los párpados me pesaban. Caería rendido en cualquier momento, y esa idea le hizo gracia a Enrico.

—¿Por qué? —quiso saber, curioso y bastante interesado.

—Porque no espera a un desconocido. Puede ser muy inaccesible. —Comencé a verle borroso, acordándome de mi primer encuentro con Sarah. No dudó en echarme cara.

—Como si eso fuera un problema. —Alzó un dedo para hacerme callar—. Hola, quisiera contratar los servicios de Sarah Zaimis. Sí... en Tokio, por favor... No, la quiero a ella, mañana por la noche... ¿Ni siquiera por cien mil?... Bien, atiende a mis condiciones... —Enrico empezó a exigir ciertas exigencias para poder reconocerla—. Haré la transferencia en una hora. Me hospedaré en el hotel *Península*, a las diez, hora de Tokio. La esperaré en el restaurante de la planta baja. Gracias. —Colgó y lanzó el aparato sobre la mesa—. ¿Contento? —Hizo una mueca de falso enfado.

KATHIA

Me asombró la rapidez con la que cayó la noche. El mar se tragó la orilla y acarició mis pies desnudos. Cerré los ojos sintiendo como el agua martilleaba mi cuerpo. Llevaba tres días lloviendo sin parar, pero la tormenta de aquella tarde estaba siendo más intensa que las anteriores.

El cielo se iluminó y segundos después sonó el potente crujido de un trueno. Por un momento pensé que la tierra se partiría en dos, pero continué impertérrita mirando a lo que antes había sido un horizonte gris y perturbador.

Cogí aire sintiendo como las gotas de agua se colaban por mi nariz. Estaba empapada, y no me importaba.

Una semana.

Siete días.

Sin él.

«*Cristianno*», susurró mi fuero interno.

—¿Pensas quedarte ahí toda la noche? —preguntó entre chillidos uno de los esbirros de Valentino.

Le ignoré y continué mirando la oscuridad.

—¡Eh, tú! —exclamó antes de acercarse a mí—. ¿Es que no me has oído?

Me cogió del brazo y me zarandeó para que le mirara, pero lo único que consiguió fue mi silencio. No diría ni una palabra hasta saber de Cristianno. Aunque tuviera que esperar años.

—¡Maldita niñata! ¡Quiero que respondas! —Me abofeteó cuando otro relámpago iluminó el cielo con una nitidez perfecta.

Tuve tiempo suficiente para ver que el oleaje era descomunal. La tormenta era agresiva y el agua ya nos cubría hasta los tobillos. Estaba subiendo la marea.

—¡Basta! —gritó Sibila corriendo hacia nosotros—. ¡Quiero que la sueltes inmediatamente, Lorenzo!

Enseguida me soltó y se limpió el agua que tenía en los labios con el reverso de la mano, como si eso fuera a servir de algo. Miró a Sibila y caminó hacia ella con gesto amenazador. La joven aguantó bien el tipo cuando solo les separaban unos centímetros.

—Haz que hable —dijo Lorenzo entre dientes.

—No tiene por qué hablar si no quiere —contestó Sibila con valentía y manteniendo la mirada del hombre.

Por suerte, mi madre eligió bien cuando decidió que una de sus sirvientas me acompañara. Ella era la única que escuchaba mi voz.

Lorenzo resopló y se encaminó a la casa.

—¡Kathia, por Dios, tienes que entrar! —gritó Sibila, envolviéndome en una manta.

Acarició mi cara con las manos temblorosas cuando asentí. Segundos después descubrí que no era ella la que temblaba. Me envolvió con sus brazos y me instó suavemente a que comenzar a caminar.

Al entrar en la casa, ambas soltamos unos litros de agua sobre el suelo. Uno de los guardias, que tomaba una cerveza mientras miraba la televisión (algo que por descontado jamás habría hecho estando Valentino), nos observó como si el agua fuera la cosa más repugnante.

—Iremos al lavabo. Un baño de agua caliente te vendrá bien. —Sibila volvió a arrastrarme.

Me desvistió mientras la bañera se llenaba de agua caliente. Echó unas sales y un poco de gel y me extendió la mano para ayudarme a entrar. No tenía ganas de darme un baño, pero aquello podría hacerme dormir.

Tuve el impulso de llorar, pero lo evité concentrándome en la lluvia y en los dedos de Sibila masajeándome el pelo.

Cerré los ojos.

—¿Qué crees que estará haciendo, Sibila? —murmuré sin atreverme a decir su nombre en voz alta.

Tampoco hizo falta porque Sibila supo de quién hablaba.

—Buscarte —susurró con cariño.

Una lágrima cayó de mis ojos.

«*Estoy aquí, Cristianno. Estoy en Pomezia*», grité en silencio.

CRISTIANNO

Estaba vistiéndome cuando los chicos entraron en mi habitación armando un jaleo de mil demonios.

Miré el reloj.

23:03 *p.m.*

Solo quedaba una hora para reunirme con Joshua Chiellini y descubrir qué clase de información podía tener sobre Kathia un tío como él. Me detuve a suspirar. Si ella hubiese sabido lo mucho que la necesitaba se hubiera sorprendido y mucho.

Salí del vestidor colocándome la chaqueta sin saber que era el centro de las miradas de mis amigos. Eric casi babeó.

Sonreí y negué con la cabeza. Mauro se estaba descojonando de la risa y Alex se retorció en el sofá. Casi parecía que no teníamos ningún problema, que simplemente estábamos allí reunidos porque nos íbamos de fiesta con las chicas.

Casi parecía una reunión como las que teníamos hacia unas semanas. Pero a nuestras risas les faltaba algo, no eran plenas. Los cuatro sabíamos bien lo que podía suceder esa noche.

—Si Luca se enterara de esto... —rio Alex.

—Luca sueña con Cristianno, él me comprenderá —añadió Eric, repantingado en el sofá, como si con él no fuera la cosa.

Me senté en el filo de la cama, junto a mi primo.

—Bueno, ya vale. Parecéis unos pervertidos —sonreí.

—Los somos —dijo Mauro, incorporándose—. Bien, ¿cómo nos lo montamos, jefe?

La situación era sencilla, pero necesitábamos programar cada paso que diéramos. Podría tratarse de una trampa y nosotros solo seríamos cuatro contra lo que seguramente sería toda una banda. Estábamos en gran inferioridad de número tratándose de una carrera que congregaba a más de trescientas personas.

Enrico le había investigado durante el día mientras volaba hacia Tokio y me había expuesto exactamente el perfil que imaginaba. Ese hombre había estado en la cárcel tres veces por tráfico de drogas y vehículos de lujo. También era uno de los jefes de una banda llamada *The Tigers* dedicada al robo de joyerías. Había cambiado seis veces de identidad, pero había sido legal al darme su auténtico nombre.

—Llegamos, trincamos a ese tal Joshua y lo linchamos hasta que suelte prenda —explicó Alex, estrujándose los nudillos.

Todos le miramos frunciendo el ceño. Sabíamos que eso era exactamente lo que Alex deseaba hacer.

—¡Genial, Alex! —Exclamó Eric—. Decisivo y nada comprometedor. Eres el puto amo.

Alex se encogió de hombros pasando del tono irónico de Eric.

—Escuchadme —comencé—: cuando lleguemos, esperaremos a que Joshua decida el momento. No es bueno que vea lo desesperados que estamos por la información que quiere darnos, si es que tiene algo. Cuando se acerqué, conversaremos con él, tranquilamente. —Miré a Alex—. Solo entraremos en disputa si él la inicia. Mientras tanto, os quiero quietecitos, ¿entendido?

—¿Y si nos echa cara? —preguntó Mauro, esta vez mucho más serio—. O peor aún...

Le miré fijamente y descubrí en su mirada que él tenía tanto miedo como yo a no encontrar nada sobre Kathia.

—Entonces, ya puede rezar todo lo que sepa. No pasará de esta noche —mascullé enseñándoles el dispositivo que uno de los hombres de Enrico me había dado aquella tarde.

Era un localizador, del tamaño de un mechero, con un pequeño botón en la parte superior. Con solo pulsarlo, tendría a todos nuestros hombres allí en cuestión de minutos. Incluida mi familia.

Enrico se había encargado de protegerme antes de irse. Yo solo tuve que encargarme de exponerles la situación a mi padre y a mi tío Alessio para que estuvieran al corriente y pudieran organizar el dispositivo desde el Edificio si la cosa se ponía fea.

—Bien, ¿listos? —pregunté y ellos asintieron con la cabeza.

Fui el último en salir de la habitación.

CRISTIANNO

Decidí que si me concentraba en la voz de Kanye West cantando *No Church in the wild* y el trayecto se me haría más corto. Pero ni por esas.

La gente se asustó con mi maniobra de frenado cuando detuve bruscamente mi *Bugatti* bajo un túnel de metal oxidado. Después se pusieron a contemplar mi coche como si fueran un grupo de cavernícolas ante una fogata, algo que no me hizo ni puta gracia.

Abrí la puerta y salí lentamente dejando que la muchedumbre confirmara quien era. Aquello bastó para que se alejaran intimidados y dejaran una distancia prudencial entre ellos y mi coche. Incluso se escucharon exhalaciones y sonrisas nerviosas. Lo cerré y comencé a caminar sabiendo que nadie se atrevería a tocarlo una vez nos adentráramos en la congregación.

Sí,... adoraba que me tuvieran miedo.

—¡Ja! Me encanta que hagas eso —sonrió Alex, siguiéndome.

Le devolví la sonrisa y busqué a mi primo con la mirada (había venido en su *Audi R8* con Eric). Ambos ya se acercaban a nosotros.

Estábamos en la parte abandonada del polígono. Toda aquella zona era un laberinto de callejones y fábricas en estado de descomposición que apestaban a cloaca. Desde allí apenas se podía ver el cielo: había puentes y placas de metal que escondían la explanada subterránea en la que nos encontrábamos. Avanzábamos por un suelo de cemento lleno de surcos de agua podrida. En cada esquina podía verse tuberías roídas por las ratas y algún que otro vagabundo intentando dormir escondido tras un cartón. A su alrededor, todo estaba lleno de cristales y jeringuillas.

No era la primera vez que iba, pero me sentí diferente. Algo había cambiado. Antes no me importaba nada; ahora, lo único en lo que pensaba era en salir de allí pitando y refugiarme en los brazos de Kathia.

—Bien, nos estamos acercando —dijo Mauro, encendiéndose un cigarrillo.

Me lanzó el paquete de tabaco cuando giramos al final de la calle y descubrimos todo lo que había organizado.

Cientos de vehículos tuneados, puestos en marcha y gastando rueda. Sus dueños vacilaban y hacían apuestas sobre el capó defendiendo la velocidad de sus coches. En un lado, varios tíos se pegaban mutuamente puñetazos en la cara mientras sus amigos animaban; en otro, algunas parejas se desnudaban excitados sin importarles que la gente pudiera verles. Es más, parecía que disfrutaban con la idea de que fuéramos testigos de sus relaciones sexuales.

Varias mujeres excesivamente ligeras de ropa se subieron a los altavoces y demás plataformas para bailar frenéticas y muy pasadas de rosca en cuanto empezó a sonar *Me estás tentando*, de Wisin y Yandel. Comenzaron a acariciarse sin quitarnos ojo de encima. Una de ellas incluso se bajó del coche y caminó hacia mí como si se hubiera escapado de un videoclip. Pegó sus caderas a las mías y me acarició el cuello con sus labios cubiertos de carmín barato. La retiré a tiempo de que me besara. Pero cuando quise mandarla a la mierda, descubrí a Mauro coqueteando con una chica que apenas se había molestado en comprarse una minifalda. Supe que era necesario intervenir cuando vi como las manos de mi primo desaparecían y la chica comenzaba a jadear.

—Me estás tentando —cantó ella, coincidiendo con la canción.

—Humm... tú a mí también, nena —resopló Mauro en su boca.

Le cogí del cuello de la chaqueta y tiré de él interrumpiendo el beso. No quería ni imaginar lo que habría pasado si no le hubiera detenido.

—¡Casi! —exclamó sonriente—. Dios, que buena está.

—Ya —repuse buscando a Joshua con la mirada.

—Soy el único que no tiene pareja, Cristianno —se excusó entre lamentos—. Tengo que

buscarme mis entretenimientos.

—Sabes que no me importa, pero después.

Una voz interrumpió la música avisando que la carrera iba a dar comienzo. El rugido de los motores inundó el lugar al tiempo en que un hombre corpulento se acercaba a nosotros acompañado de un sequito de siete pavos, en su mayoría latinoamericanos.

—¡Cristianno! —Joshua Chiellini debería haber sabido que tenía una voz de mierda en persona. Me cogió del brazo con la intención de tirar de mí para darme un abrazo, y le permití que me tocara, pero ya está. Le observé con violencia, dejándole petrificado aunque creyendo que aquellas piedras negras que tenía por ojos podrían doblegarme. Sin embargo, fue él quien terminó empalideciendo y mostrándome el enorme respeto que le causaba tener que enfrentarse a mí.

De acuerdo, era once o doce años menor que él, pero yo era un Gabbana y serlo comportaba un poder sobre la gente.

—¡Ah, me encanta esta canción! —exclamó disimulando su tensión y alzando los brazos al cielo para moverse torpemente al ritmo de la nueva canción que sonaba: *Abusadora* de Jory—. ¿A ti no, Cristianno? —me preguntó como si no hubiera pasado nada.

Mauro contuvo una risa al ver bailar a aquel tío. Otro hombrecito se puso a su lado y se cruzó de brazos mirándole de forma acusadora. Medía metro sesenta, llevaba un pañuelo en la cabeza, varios piercings y ropa de rapero. Un puertorriqueño vestido de neoyorquino.

—¿Pero porque coño siempre ponemos reggaetón, Joshua? —preguntó el hombrecito, y Joshua lo fulminó con la mirada.

—Porque me sale de las pelotas, Gómez. Y como no cierres ese puto agujero que tienes en la cara, te coseré a balazos, ¿entendido? —Le mostró la pistola que llevaba colgada del pecho.

—Tranquilo, jefe. Ya sabes que a mí me encanta esta música —mintió, y desapareció tras sus compañeros.

Joshua suspiró y me miró de nuevo.

—Bien, Cristianno, vayamos a un lugar más tranquilo —añadió.

—¿Adónde? —mascullé, entre cerrando los ojos.

—Relájate, Cristianno. Tengo un material excelente que te ayudará a divertirte un rato con nosotros. Si quieres, también disponemos de compañía femenina. —Señaló a varias chicas latinas que bailaban tocándose explícitamente. Dios, estaba tan harto de estar allí.

Atrapé su muñeca con una mano, capturé su cuello con la otra y le empujé contra la pared. Sus hombres ni siquiera tuvieron tiempo de reacción y miraron a mi primo y a mis amigos sin saber muy bien qué hacer.

—Mira, matón de pacotilla, me paso por el forro de los cojones quien seas o las veces que hayas estado en la cárcel —gruñí apretando su cuello. Joshua comenzaba a ponerse rojo—. No busques calentarme y terminemos con esto. Sabes bien lo que soy capaz de hacer.

Asintió con la cabeza estrellando su barbilla contra mis dedos antes de le soltarle. Enseguida se llevó la mano al cuello.

—Está bien, sígueme —dijo tosiendo y señalándome la dirección a tomar.

Entramos en la sala de una de las naves abandonadas. No había iluminación, solo la luz de una lámpara que colgaba del techo y enfocaba los restos de narcóticos que había sobre una mesa. Había dos sillas en las que Joshua y yo tomamos asiento. Los demás, nos rodearon.

Miré a Mauro y este asintió; solo estaba a unos metros de mí, y Alex y Eric le acompañaban con semblante atento. En aquel momento, nadie podía decir que éramos adolescentes de dieciocho años.

—Tengo información sobre Kathia —dijo Joshua, de pronto. Le miré con fijeza y apenas pude disimular el latigazo que recibió mi vientre—. Por tu cara veo que te importa mucho. Debe de ser increíble en la cama para que haya logrado cazar al mismísimo Cristianno Gabbana —añadió

echando mano a una bandeja llena de polvo blanco.

Cogí mi pistola, la estrellé contra la mesa y la aplasté. Joshua ni siquiera alzó la cabeza, se quedó muy quieto observando el arma con temor.

—Dije que no vinieras armado —gimió, pero le ignoré.

—Mauro, ¿dónde prefieres que dispare, en la cabeza o en el pecho? —pregunté.

—En ambos lados, primo —dijo, sonriente.

SARAH

Vladimir me despertó dándole una patada a mi colchón. Di un saltó y me incorporé de súbito sintiendo un ligero mareo. Ignoraba que mis movimientos habían dejado muy expuestos mis muslos y el ruso me observó con una mirada depravada.

Enseguida cogí la colcha y me tapé.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté furiosa y con el corazón latiendo sobre las cejas.

Vladimir se humedeció los labios y cogió aire sin dejar de mirar mis piernas. Puede que ya estuvieran tapadas, pero su imaginación ya había obtenido suficiente.

—El señor Gayir quiere que bajas a desayunar para ultimar los detalles del servicio de esta noche.

Fruncí el ceño y apreté los dientes.

Aquel era mi día libre. Mesut me lo había prometido después de que Rashir Gadaf le dejara una succulenta propina por mi estupendo comportamiento con él, y que surgiera un cliente de última hora me molestó muchísimo.

Al parecer, ese cliente era un hombre italiano de sugerencias bastante selectas, como llevar un pañuelo rojo atado a la muñeca o una rosa roja. El típico multimillonario gilipollas y delicado. Pero contradecir a Mesut, después de los cien mil euros que ese hombre le había pagado por una sola noche, era un suicidio. No me quedaba otra que obedecer.

—Tengo entendido que el encuentro es a las nueve de la noche y no a las ocho de la mañana

—repuse con exasperación—. ¿Para qué me necesita a estas horas?

—Ya te lo he dicho. Ahora baja —ordenó.

—Podemos ultimar mientras llegamos al hotel. Dile que quiero seguir durmiendo. —Tuve la inercia de volver a acostarme, pero el rostro del ruso se endureció tanto que me dio miedo siquiera moverme.

—Eso no es posible —masculló—. El señor Gayir quiere que todo sea perfecto. Así que te acompañará a comprar un vestido.

¿Qué? Había tenido que ser muy mala persona en otra vida.

—Tengo vestidos negros de sobra —dije contenida. Mosquear a Vladimir no era bueno.

Era un tipo enorme, con unos brazos y manos increíblemente grandes y su espalda era tan ancha que apenas entraba por la puerta. Hacía poco más de dos años que le habían expulsado del ejército ruso por tráfico de información y atentados contra los derechos humanos, entre otras cosas. Así que tenía experiencia en hacer mucho daño.

—Está bien, dile que ahora bajo —me resigné por el bien de mi integridad—. Voy a vestirme.

—Creí que se marcharía, contento por haber conseguido su objetivo, pero se quedó allí, esperando a que me desnudara—. ¿Puedes darme intimidad? —sugerí irónica.

—No seas tan recatada, Grecia —se mofó.

Apreté los dientes y contuve el estúpido impulso de abofetearle. Lo que vendría a ser el picotazo de un insignificante mosquito para él y un vendaje hasta el codo para mí.

—Sal de aquí si no quieres que te arranqué la cabeza —gruñí ilusa, y él soltó una carcajada antes de llevarse su asqueroso y prieto culo fuera de la habitación.

Por suerte no todo fueron impresiones desagradables esa mañana. Cristianno me había dicho que me mantuviera en Tokio y milagrosamente lo había conseguido gracias al maldito cliente de última hora.

CRISTIANNO

—Captado, no te gusta que hablemos de la chica —dijo Joshua haciendo un gesto de calma con las manos. Curiosamente miró a Mauro, olvidando que el peligro lo tenía mucho más cerca.

—¿Dónde está? —Exigí saber.

—Antes hablemos de las condiciones —repuso un tanto nervioso—. Soy un hombre de

negocios, tengo que ganarme la vida.

Fruncí los labios y cogí aire.

—Cuánto —resoplé y eso pareció hacerle gracia.

—Vaya, ¿lo dejas a mi elección?

—Cuánto, Joshua —repetí.

El hombrecito puertorriqueño saltó junto a Joshua y comenzó a convulsionar.

—¡Cien mil! ¡No, doscientos mil! —exclamó.

—¡Cállate! —Gritó Joshua y después me envió otra sonrisa—. Quiero quinientos mil euros y mi historial de antecedentes limpio. Sé que tu padre es el dueño de la policía romana. —Terminó alzando el mentón.

Solté una carcajada y eché la cabeza hacia atrás. No podía creer que aquel hombre estuviera pidiéndome semejante retribución a cambio de una pista que ni siquiera sabía si existía.

—No me hagas reír —ronroneé.

—Es lo que hay —exigió—. Podrías hundir Roma en billetes de quinientos si quisieras, eso lo sabe todo el mundo. Medio millón pavos es calderilla para ti, Gabbana. Y se trata de esa chica, ¿no?

Supo que si mezclaba a Kathia en la negociación terminaría cediendo a sus peticiones, y así fue. Pero hubo algo más. Un cosquilleo en el cogote me advertía de que nada de aquello serviría de nada. Joshua estaba en lo cierto al pensar que tenía suficiente dinero, pero ¿me valdría para sacar algo de aquella reunión? ¿Medio millón de euros me haría encontrar a Kathia? Seguramente no, pero suspiré y me arriesgué sabiendo que perdería.

—¿Cómo los quieres? —pregunté bajo la sonrisa de Chiellini.

—En efectivo. —Hizo un redoble con los dedos—. Repártelos como te dé la gana.

—Ahora, habla.

—Antes el dinero. —Determinó Joshua.

Me apoyé en la mesa con las palmas de la mano y me incliné hacia él lentamente, más que harto de todo aquello.

—No te cachondees de mí —susurré.

—No lo está haciendo, ¿o sí, Joshua? —Una tercera voz intervino de improvisto—. Qué gracioso, ¿no te parece, Cristianno?

Cerré los ojos admitiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

CRISTIANNO

Se trataba de un esbirro de Valentino y tras él entró lo que parecía ser una parte de la escolta más novata de los Bianchi y los Carusso, más que dispuestos a fusilarnos.

—Lo sabía —murmuré. Aunque no me fustigué con la evidencia del engaño, sino que comencé a trazar una huida y pulsé el dispositivo calculando que dispondríamos de refuerzos en unos minutos. Solo teníamos que resistir.

—¡Ah!, lo sabías. —El esbirro soltó una carcajada a la que rápidamente se le unió Joshua. Al muy cobarde le divirtió ver que no teníamos el control... Eso creía él—. Lo sabías, pero aun así estás aquí. Y solo sois cuatro contra... —Miró a su alrededor y contempló a los hombres que nos rodeaban—. ¿Cuántos? ¿Unos cincuenta? —Su ironía me tocó demasiado las pelotas—. Estáis acorralados —dijo Joshua en tono cantarín.

El guardia de Valentino chasqueó los dedos y enseguida se acercó un hombre portando una caja de cartón ensangrentada. La depositó en el suelo, terminó de abrirla y extrajo la cabeza de un hombre. A priori no entendí bien lo que tramaban con aquello, pero lo averigüé un segundo antes de que hablara.

—Está muy mal espiar a las personas —dijo mientras yo miraba la expresión de terror que tenía el rostro de aquel hombre. Era el policía que Enrico había dispuesto para que siguiera a Valentino. Otra posibilidad que se iba a la mierda y un paso más lejos de Kathia—. Ahora soltad las armas —nos ordenó.

Le miré fijamente y curiosamente sonreí. Mauro me siguió al entender lo que empezaba a pasarse por mi cabeza y le indiqué con solo pestañear que estuviera listo. Eric apretó los labios a modo de respuesta y Alex, simplemente, no soltaría la pistola.

Debíamos actuar rápido, ágiles. Así que cogí mi pistola, torcí el gesto y levanté los brazos.

—Regla número uno: no es bueno meterse con un Gabbana —expuse notando como la adrenalina me acariciaba—. Regla número dos: habéis sido muy necios al pensar que podíais asustarnos. Y regla número tres. —Miré a mi primo, él era el mejor en las coberturas—: a mi izquierda, Mauro.

Disparé al esbirro en la garganta y me lancé al suelo con una pirueta antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar. Joshua intentó coger su arma, pero Mauro le disparó por mi izquierda, como le había pedido.

Me quedé acuclillado y disparé a otro esbirro, esta vez en el tobillo. El tipo se hincó de rodillas en el suelo y lo silenció con un disparo que atravesó su cabeza y eliminó a otro tío que había tras él.

Alex trincó a un hombre del cuello, se lo partió y se deshizo de él mientras disparaba a un par de hombres más utilizando el cadáver como escudo. Eric y Mauro se habían escondido tras la mesa de metal y disparaban continuamente. Los hombres de Joshua ya eran historia, pero todavía quedaban demasiados esbirros de los Carusso y los Bianchi. Fue una suerte descubrir que Angelo y Adriano habían enviado a sus hombres menos preparados. Seguramente creyendo que la intimidación bastaría y que no nos arriesgaríamos a un tiroteo.

—¡Cristianno, tienes que ponerte a cubierto! —gritó Mauro a unos metros de mí. Yo era el que estaba más desprotegido de los cuatro.

Le hice una señal para que me cubriera hasta que llegara a las columnas. Mi primo asintió y comenzó con el fuego de cobertura mientras yo corría a lanzarme tras una columna. Descansé la espalda en ella, descargué mi arma, me saqué un cargador del bolsillo y la cargué. Pero apenas escuché el chasquido cuando alguien me cogió del cuello y apretó con brío queriendo asfixiarme. Exhalé y me impulsé hacia arriba para colocarme en pie. No tendría posibilidad de deshacerme de él si no me incorporaba.

Apoyé una pierna en la columna y me empujé hacia atrás aplastando al esbirro contra la pared.

Le di un cabezazo y escuché que ahogaba una exclamación, pero, aun así, no fue suficiente. Ese hombre era enorme y yo no tenía modo de defenderme porque se me había caído la pistola. Maldije entre dientes. Cuando llegué al polígono, estaba preparado para cualquier cosa y sabía que podía tratarse de un truco, pero también podía equivocarme. Albergaba una pequeña esperanza. Ahora, esa esperanza se paseaba delante de mí, robándome el aliento.

CRISTIANNO

Kathia.

Cerré los ojos y la imaginé ante mí, observándome con la misma intensidad de siempre. Fue tan real que por un momento creí que podría tocarla. Todo lo que había a mi alrededor desaparecería, excepto ella.

No podía irme.

No podía dejarla.

Era demasiado estúpido morir de aquella forma.

«Control, Cristianno. Eres un Gabbana», me dije concentrándome en el poco aliento que me quedaba.

El suficiente para vencer.

Apreté los dientes y gruñí profundamente. Tanto que el esbirro comenzó a dudar, y eso le costó un codazo en el estómago. Después otro y un cabezazo con tanta saña que hasta a mí me dolió. Aflojó los brazos en torno a mi cuello lo bastante para que pudiera alejarme de él, me giré tambaleante y le di una patada en el pecho. Enseguida cogí su cabeza y la estampé contra el muro una y otra vez hasta que supe que jamás volvería a levantarse.

Le miré tambaleante y jadeando frenético antes de caer de rodillas en el suelo. Necesitaba una pequeña tregua para poder volver a respirar con normalidad, pero no la conseguí. El cañón de una pistola apuntó mi cabeza.

—En pie, Gabbana —dijo el hombre.

«Me cago en la puta», pensé, y fue muy curioso escuchar cómo mi yo interior hablaba entre dientes.

Levanté las manos y me incorporé lento, aun asfixiado.

—Cállate, Cristianno, y date la vuelta —me ordenó; era increíble la cantidad de personas que querían deseaban matarme.

Me giré lentamente y enmudecí en cuanto le vi la puñetera cara. Era un secuaz de los... Calvani. La familia de Luca nos había traicionado.

—¿No lo esperabas, eh? —sonó jocoso—. No es nada personal. Solo cumplo órdenes.

—¿De quién? —pregunté un tanto agresivo. Puede que tuviera un arma a unos centímetros de mi cara, pero dudaba mucho que pudiera hacerme daño con el seguro puesto; y para cuando él se diera cuenta de ello, yo ya le habría partido el cuello.

Eso, o esperar a que terminara con él... mi padre.

—Es increíble que tengas una pistola apuntándote las narices y te atrevas a provocar de esa forma. Eres tan... —Frunció los labios cuando le interrumpí.

—¿Confiado? —sonreí sabiendo que aquello terminaría de enervarle. El muy gilipollas no sabía que tenía a Silvano Gabbana detrás de él.

Sus brazos comenzaron a temblar. Estaba deseando disparar, pero le podían las ganas de tocarme las pelotas. Necesitaba saber que dominaba la situación por encima de mí, necesitaba alimentar su ego.

—Creí que eras más inteligente —añadió.

—Lo soy —afirmé.

—¡Ja! Discrepo, pequeño. —¿Pequeño? Joder, eso sí era bueno. Entrecerró los ojos fijándolos en los míos—. No has sido capaz de descubrir a Luca, y ha estado pasando información del Edificio desde hace dos meses.

Noté como me crujía la mandíbula al apretar los dientes y cómo mi padre me miraba con fijeza. Su rostro no se había alterado en absoluto, seguía impertérrito, pero yo sabía que estaba clasificando esa información.

—¿Qué se siente al saber que morirás siendo el único que lo sabe? —Se preparó para disparar,

y fue casi halagador ver el brillo que le provocaba en la mirada la idea de matarme. Apenas rozó el gatillo con el dedo índice cuando un hilo de sangre atravesó toda su cara, desde la frente hasta la boca. Algunas gotas me salpicaron antes de que se desplomara en el suelo y pudiera ver a mi padre sosteniendo su arma con esa personalidad tan poderosa que le caracterizaba.

—Siento haber tardado, había un tráfico de mil demonios —dijo irónico mientras yo me limpiaba los restos de sangre de la cara con la manga de la chaqueta. Después me cogió por los hombros y me miró—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —asentí, acariciando sus manos—. ¿Le has escuchado, verdad? —repuse y él bajo la mirada hacia aquel tipo.

Yo, en cambio, no pude mirar. Sentía una tensión aguda en la nuca, que se lanzó por mi espalda contrayendo todos mis músculos. No podía creer que Luca hubiera sido capaz de informar a los Bianchi de todos nuestros movimientos y que para colmo utilizara a uno de mis mejores amigos. Pensar en él y en cómo sufriría cuando se enterara, me estremeció.

—Papá, no le digas a Eric nada de esto.

—¿Decirme qué? —preguntó Eric apareciendo de golpe junto a Alex y Mauro.

Tragué saliva.

—¿Estás bien?! —Me preguntó Alex—. Me han acorralado y no he podido... —se interrumpió al reconocer el cadáver—. ¡¿Pero qué coño...?! —exclamó, interrumpiéndose él mismo.

Mauro y Eric siguieron la mirada de su amigo. Mi primo formó una línea con los labios y me miró interrogante. Enseguida comprendió lo que pasaba en cuanto asentí. Sin embargo, Eric se quedó concentrado en la cara del hombre, asimilando que su pareja estaba detrás de todo aquello.

Alex le colocó una mano en el hombro, pero Eric no reaccionó. Estaba totalmente perdido.

—¿Eric? —dije, buscando su mirada. No me gustaba ver como mi amigo estaba perdiendo el control sin apenas inmutarse.

Noté las miradas extrañadas de mi padre sobre mí, preguntándome porque demonios Eric estaba tan ensimismado y al borde del llanto. Pero supe en cuanto le miré de reojo que acaba de descubrirlo por sí mismo.

Avance hacia mi amigo y le sacudí por los hombros.

—¡Eric! —exclamé.

—No puede ser —tartamudeó—. Esto... no... puede estar ocurriendo.

Fue mi padre quien me apartó y le abrazó. Eric se perdió entre sus brazos dándonos la sensación de que estaba llorando. Pero pasados unos minutos, nos dimos cuenta que no había derramado una lágrima. Todo había sido el temblor. Miró a mi padre con los ojos enrojecidos y las mejillas encendidas. Me pareció tan niño...

—Vas a matarle, ¿verdad? —gruñó, para asombro de todos.

Mi padre asintió lentamente con la cabeza, sabiendo lo que significaba afirmar aquello ante uno de sus ahijados.

—No puedo permitir lo contrario, Eric —habló consternado, peinándole algunos mechones de pelo—. Ya sabes cómo funcionan las cosas. No voy a tolerar más traiciones.

—Lo sé —susurró cabizbajo—. ¿Cómo ha podido jugar con la vida de las personas que más me importan, con mi familia? —Volvió a mirar a mi padre, sabiendo que este ya sabía que él quería a Luca, y un destello de furia iluminó sus ojos—. Deshaceros de él.

Se marchó antes de que pudiéramos contestar.

—Síguele, Alex. No le dejes solo —hablé—. Utiliza la fuerza si es necesario.

Mi amigo asintió y Mauro echó mano a la llave electrónica de su *Audi*.

—Llévatelo. Yo iré con Cristianno —añadió mi primo.

Alex echó a correr tras Eric al tiempo en que mi padre se pasaba una mano por la cabeza,

pensativo y angustiado. Supe que estaba intentando asimilar lo que acaba de descubrir y buscando una forma de solucionarlo, pero no la había.

Me adelanté hasta él.

—Si piensas echarte atrás porque Eric tiene una relación con Luca, te equivocas —espeté.

—Ese chico no solo tiene una relación, Cristianno —refutó—, lo he visto en su mirada. Deberías haberme contado que estaban juntos.

—No es sencillo, tío —intervino Mauro.

—Lo sé... Lo sé... —Suspiró y puso los brazos en jarras—. ¿Qué debo hacer? Le voy a romper el corazón.

—El corazón se lo ha roto Luca, papá —murmuré—. Tú no vas a hacer nada que no haría él.

—Bien. —Miró a su alrededor—. Debo arreglar este estropicio antes de capturar a Enzo y Tiziano.

—Deja que yo me encargue de Los Calvani —le pedí y él me observó durante unos segundos sabiendo que haría un trabajo casi tan perfecto como el suyo.

—De acuerdo, pero que sea rápido, y no le digas a tu hermano Diego nada hasta haberlos eliminado antes. No quiero ensañamientos. —Mi padre se alejó de nosotros echando mano a su móvil.

Me quedé contemplando la nave. Ahora que todo se había más o menos calmado, notaba lo vacío que me sentía. Nada de todo aquel desastre había valido la pena. Seguía sin saber nada de Kathia y para colmo Eric estaba herido.

—Cristianno, comienzo a sospechar que estás reprochándote algo —soltó mi primo—, y no me gusta.

—Que malo es conocerse, ¿no? —bromeé con desgana.

Mauro me miró fijamente. No me incomodó que lo hiciera, pero no pude mantenerle la mirada. Agaché la cabeza antes de sentir que se apoyaba en mis hombros.

—Ya no nos queda nada y varios de los nuestros nos han traicionado —admití, considerablemente jodido.

—Solo Luca, Cristianno —gruñó.

—Suficiente —mascullé—. Nos ha vendido sin importarle nada. Ha jugado con Eric y ha puesto la vida de Kathia en peligro.

Al escuchar mis palabras, Mauro empalideció y clavó la vista en el suelo. Supe que estaba analizando todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado hasta ahora, y empezaba a pensar como yo, pero no lo demostraría.

—Estoy seguro que tuvo algo que ver con lo del aeródromo —proseguí—. Era imposible que los Carusso supieran donde estábamos Kathia y yo. Alguien tuvo que advertirles.

—De todos modos, creo que tuvo ayuda de alguien —añadió.

—Eso lo averiguaremos en cuanto demos caza a Luca —dije ahogado. Aun me dolía la verdad—. Mientras tanto, vayamos a por los Calvani.

SARAH

El chofer de Mesut detuvo la limusina en la entrada del hotel *Península* y advirtió a su jefe, pero este estaba más pendiente de mi absoluta quietud.

—Procura no aburrirle con tanto silencio —dijo refiriéndose al cliente con el que iba a reunirme—. Odiaría tener que devolverle el servicio.

Se supone que debería haberme sentido herida por el comentario, que tendría que haberle mirado ofendida una vez más, pero no podía dejar de pensar en que, cuando terminara la noche, abandonaríamos Tokio. Cristianno no tendría forma de encontrarme y yo no sabía si volvería a tener oportunidad de hablar con él.

Sin embargo, puede que fuera lo mejor. Las cosas debía estar en su sitio: el suyo era Roma y el mío junto a Mesut Gayir. Debía empezar a aceptarlo.

Quise salir del coche cuando el turco me cogió del brazo.

—¿No vas a despedirte? —La primera vez que me dijo eso tuve que besarle, y eso era exactamente lo que estaba esperando ahora. Tragué saliva y obedecí sabiendo que no tenía alternativa. Le besé—. Buena chica.

Cerró la puerta y esperé bajo la nieve a ver como el coche se incorporaba al tráfico y desaparecía. Mientras tanto, maldije, porque tenía los labios maquillados y no podía limpiarme. No esperé más tiempo, entré y me acerqué a recepción.

—Bienvenida al hotel *Península* de Tokio. ¿En qué puedo servirla? —dijo la mujer japonesa con una acento inglés extraordinario.

Forcé una sonrisa y le entregué la tarjeta que me había dado Mesut. La mujer comprendió enseguida por qué estaba allí y su amable rostro desapareció. Sus ojos se tornaron acusadores y me hicieron sentir sucia; de ese tipo de suciedad que no puede eliminarse con agua. Me hubiese gustado decirle que no era esa clase de mujer, que estaba allí obligada. Pero seguramente me diría que escapara, y no creería que lo hice una vez y que casi me cuesta la vida.

Contuve el aliento y deseé que aquel reproche mudo terminara cuanto antes.

—Te esperan en el restaurante de la planta baja —me indicó entregándome la rosa que Mesut había encargado por indicación del cliente—. Sigue este pasillo y, al final, gira a la derecha. No tiene pérdida.

Ella volvió a su trabajo y yo me quedé allí plantada mirándola hasta que mi cabeza asimiló que debía moverme. Caminé lentamente, sintiendo escozor en los ojos y un extraño temblor instalándose veloz en mi estómago. Conforme avanzaba por el pasillo, más grande se hacía y más inquieta me sentía.

Llegué a mi destino, cerré fuertemente los ojos y recé, como en las demás ocasiones, que aquello fuera rápido.

CRISTIANNO

Eran más de las tres de la tarde cuando Mauro subió a mi coche.

—¿Qué has averiguado? —pregunté contemplando el oleaje. Estábamos en una de las naves que teníamos en el puerto de Civitavecchia, a unos ochenta kilómetros de Roma.

Decidí no entrar al interrogatorio porque supe que no sería paciente. Enzo y Tiziano tenían muchas cosas que decir y estaban más que dispuestos a negociar con esa información a cambio de sus vidas. Pero yo no era amigo de los traidores y tampoco soportaría estar con las manos quietas mientras ellos hablaban. Así que esperé en el coche.

—Hay alguien más, Cristianno —medió Mauro mirando al frente. Supe enseguida que lo que dijera a continuación me causaría la misma impresión que a él—. No puedo negarte que Kathia ha estado presente en la conversación.

Noté como empalidecía y como mis pulsación iban en aumento. Empezaba a arrepentirme de

no haber entrado.

—¿Qué tiene Enzo y Tiziano Calvani que decir de ella? —pregunté con todo el control que pude. Y, aun así, no fue suficiente—. ¿Acaso saben dónde está?

—No, pero si lo sabe Erika. —Mauro sonó contundente y le miré boquiabierto. De todas las cosas que podía esperar, aquella fue la más impensable.

—¿Qué? —jadeé.

Mauro me explicó todo. Que Erika estaba celosa de Kathia, que nunca la había soportado y que haría cualquier cosa por quitarla de en medio; que si llegó a ser nuestra amiga y tener algo con mi primo, fue para acercarse a mí, porque yo era lo único que le importaba. Me contó que Luca informó a Erika de que Kathia y yo abandonábamos el país —recuerdo que se lo conté a mi círculo más íntimo creyendo que podía confiar—. Ella nos delató a los Carusso y se alió a Valentino.

Me atraganté con la ira y me pasé las manos por la cabeza buscando una calma que no llegó —¿Dónde está? —dije ahogado e imaginando la cantidad de cosas que le haría en cuanto la encontrara.

—Eso es lo sorprendente, primo —espetó Mauro mirándome de soslayo—. Está muerta.

Mentiría si no admitiera que me encantó saberlo.

—¿Quién lo ha hecho? —Pero cuando pregunté no esperé una respuesta como aquella.

—Kathia. —A Mauro también le costaba digerirlo.

Me hundí en el asiento.

—¡Oh, joder! —murmuré, pensando en la reacción que habría tenido Kathia al descubrir que su amiga la exponía de esa manera. Maldije por no haber podido evitarlo y no haber sabido protegerla mejor. La agonía por encontrarla cada vez era mayor. Pero había una persona que sabía su paradero—. ¿Y Luca?

—No saben nada de él. —Negó con la cabeza.

—¿No lo saben o no quieren hablar? —pregunté incrédulo.

—Sabes el *modus operandi* de Emilio. —Nuestro jefe de seguridad adoraba las torturas con sangre de por medio—. Créeme, no saben nada —añadió Mauro con gesto bravucón.

—Bien. —Volví a mirar al mar un instante antes de salir del coche. Mauro me siguió y reconoció por mi forma de caminar que no habría preámbulos y que entraría en la maldita nave con un objetivo claro—: Yo me encargó de Enzo...

Y lo hice, no sin antes estrecharle la mano. No esperó que ese gesto terminara con su vida. Seccioné su brazo desde el bíceps a la muñeca y me senté en una silla a esperar que se desangrara.

Mauro prefirió el cuello de Tiziano.

SARAH

Entré en el restaurante extrañamente inquieta. Apenas había gente, a excepción de los músicos tocando una melodía suave, dos camareros y un hombre que había sentado en uno de los reservados. Todo lo demás eran sillas vacías en un espacio inmenso y mi vulnerabilidad extendiéndose por la sala.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos y me obligué a avanzar hacia la barra ignorando que un escalofrío me recorrería la espalda. Al principio no entendí bien por qué me detuve, pero entonces le vi y sus profundos ojos azules me cortaron el aliento.

Había escuchado millones de veces que cuando dos personas se miran de esa forma todo lo demás se detiene y desaparece, pero en mi caso no fue así. Caí al vacío a la velocidad de la luz ignorando el tremendo error que cometía.

Su belleza me había cautivado, llenándome de sensaciones y anhelando poder compartirlas con él. Me ahogué en su forma de mirarme, en la curva sensual y un poco cruel de su boca... en sus dedos acariciando el filo de su copa.

Lentamente pestañeé. Ese hombre acaba de entregarme el sentimiento más auténtico y puro que había sentido, pero mi sentido común no tardó en hacerme recapacitar, y él se dio cuenta. Toda la magia que nos había envuelto durante aquel maravilloso instante, desapareció de repente. Él apretó la mandíbula y endureció su increíble rostro; y yo bajé la cabeza y rogué que no fuera el cliente. No lo soportaría.

«*Olvidalo, Sarah. No ha pasado nada*», me sugirió mi fuero interno mientras me acercaba a la barra.

Me senté en uno de los taburetes, dejé la rosa roja a la vista y pedí un agua con gas. Esperaría al cliente, me marcharía de allí lo más rápido que pudiera y lo olvidaría todo. Aunque fuera imposible.

Cerré los ojos. Un aroma dulce y cítrico al mismo tiempo. Como los primeros días de una primavera lluviosa. Y un tacto delicado e intenso envolviendo mi mano.

—Sarah Zaimis —dijo una voz tras de mí.

Abrí los ojos de golpe, sobresaltada y completamente paralizada con lo que acababa de escuchar. ¿Quién podía saber mi nombre real? ¡¿Quién?! Aquello tenía que ser una maldita broma, era imposible que un cliente lo supiera.

Me inundaron tantas preguntas que olvidé por completo la cercanía de aquella persona. Su mano aún estaba sobre la mía cuando giré la cabeza y le miré. Reconocí aquella boca, la misma que me había trastornado segundos antes.

—¿Cómo sabes mi nombre? —susurré, asustada y creyendo que se alejaría. Todo lo contrario, se acercó un poco más.

—Me envía un amigo —me murmuró al oído, y pensé que si en ese momento cerraba la boca hubiera podido besar su cuello.

—Yo no tengo amigos —gruñí retirando la mano e intentando levantarme.

Era desquiciante lo confundida que me tenía aquella situación. Apenas podía pensar con claridad y su cercanía tampoco me ayudaba demasiado. No podía creer que el mismo hombre que me había paralizado con su mirada estuviera a solo unos centímetros de mí y supiera mi nombre.

Se alejó un poco, extrañado por la furia con la que le había hablado.

—Creo que sí. —Torció el gesto y continuó susurrando—. ¿Te suena *Cristianno Gabbana*?

Me tambaleé. Todas mis terminaciones nerviosas se paralizaron de golpe y comencé a hiperventilar. Me sentí tan inestable que creí que en cualquier momento me desplomaría.

Cristianno Gabbana. ¡Dios mío!

Aquel hombre había sido enviado por *Cristianno*. Se había hecho pasar por un cliente y había

contratado mis servicios por un precio que sabía Mesut no desperdiciaría. Todo estaba planeado.

Había empezado a temblar y el hombre quiso sostenerme, pero le esquivé y me levanté de golpe ignorando lo mucho que le costaron a mis piernas mantenerme en pie. Me arrepentí de esa reacción en cuanto le miré. Supe que no me haría daño, que jamás me tocaría con la intención de otros, pero mi cuerpo se resistía.

Tragó saliva, extendió su mano y me pidió permiso con una mirada penetrante.

—¿Me acompañas? —dijo bajo. Sentí humedad en las mejillas cuando asentí.

Miré su mano y tomé aire antes de cogerla. Él se encargó de que nuestros dedos se entremezclaran, acercándose a mí lento, sin dejar de observarme. Una mirada más como aquella y lograría que me volviera loca por él.

Nos guió al ascensor e indicó al botones el número de la planta a la que nos dirigíamos mientras yo me apoyaba en la pared y me limpiaba las lágrimas. Pensé que soltaría mi mano, pero tiró de ella y me apegó a él todo lo que pudo.

—Deja de llorar, por favor —susurró, y tuve un estremecimiento que duró todo el trayecto desde el ascensor a su suite.

Me quedé contemplando la ciudad a través de los ventanales del salón en cuanto entramos. Nevaba con más fuerza y algunos copos se quedaban pegados al cristal. Me acerqué y dibujé uno de ellos.

—No enciendas luz. —Le pedí sin saber muy bien porqué antes de volver a notar su presencia tras de mí. Comenzaba a fascinarme tenerle tan cerca.

—¿Me entregas tu abrigo? —preguntó al tiempo en que yo obedecía.

Él sonrió cuando vio el pañuelo anudado en mi muñeca.

—¿Puedo? —sugirió antes de tocarme.

Le mostré mi muñeca y dejé que me quitara el pañuelo. Lo tiró al suelo antes de darse la vuelta y tomar asiento en el sofá. Le seguí y me senté frente a él sin poder evitar maravillarme con las líneas de su cuerpo bajo aquel traje gris. Se cruzó de piernas, apoyó el codo en la rodilla y se llevó el dedo índice a los labios. Todo ello con movimientos lentos y excitantes.

Suspiré. No era buena idea enamorarme de él sin saber siquiera su nombre.

—Necesito pedirte algo, Sarah —dijo algo ronco. Tragué saliva, indecisa, pero terminé aceptando—. Tienes que contármelo todo, por favor.

¿Qué? ¿A qué se refería con todo? De repente, me horrorizó la idea de explicarle lo que había vivido, lo mal que lo había pasado. Me aterraba... decepcionarle y... que su mirada se convirtiera en hielo al saber la verdad.

—Yo... no... no puedo... —tartamudeé, inquieta. No sabía si levantarme o continuar sentada.

Él decidió incorporarse.

—Sarah, sé que no me conoces, que esperabas encontrar a Cristianno en lugar de un desconocido —indicó paciente—. Pero estoy aquí por él, para ayudarte.

En realidad, si Cristianno hubiera aparecido me habría sorprendido igual. Ni siquiera él sabía toda la verdad, solo la imaginaba porque sabía quién era Mesut Gayir.

—No tendría que haberle llamado —susurré pensando en la enorme estupidez que había cometido al marcar el número de Cristianno. Ahora, no solo era yo la que tenía problemas, sino que le había involucrado a él y a ese hombre que me observaba atento a un metro de mí.

—Te arrepientes porque tienes miedo —siseó y quiso volver a coger mi mano, pero se arrepintió en el último instante—. Nunca podrías tener problemas estando conmigo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Casi jadeé.

—No estaría aquí de lo contrario. —Toda su presencia me abrumó de golpe. Era incapaz de hablar, de encontrar la forma de explicarme, y su cercanía no me lo ponía nada fácil.

Pero hablé.

Le conté que mi madre siempre había sido una persona que no le importaba hacer daño a la gente. Que se convirtió en una adicta a las drogas y se llenó de deudas cuando apenas tenía quince años. Fue entonces cuando comenzó a trabajar para Mesut Gayir. Se quedó embarazada de un cliente y me entregó a su madre para que cuidara de mí, porque yo era un estorbo para ella y su estilo de vida.

Vivimos de pensión en pensión hasta que mi abuela logró encauzar nuestras vidas. Pero un día, recién cumplidos los dieciséis, los hombres de Mesut entraron en nuestra casa y nos dijeron que mi madre había muerto de una sobredosis y que había dejado deudas pendientes. Mataron a mi abuela delante de mí y me llevaron con ellos.

Llegados a ese punto, fue imposible seguir. Se me instaló un nudo en la garganta que me oprimía y me asfixiaba. Debía terminar con aquello por el bien de todos. Así que me limpié las lágrimas, me levanté del sillón y decidí coger mis cosas y largarme de allí. Pero él lo intuyó un instante antes, y me retuvo anteponiendo su cuerpo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó evitando que cogiera mi abrigo.

—Veinte —murmuré nerviosa, retirándome el pelo de la cara—. En noviembre cumplo veintiuno. —A mi respuesta debería haberle seguido un silencio, pero no fue así—. ¿Cuántos tienes tú? —Habría sonado menos estúpido si no hubiera terminado mirando su boca.

—Varios más —sonrió, pero dejó de hacerlo casi al instante—. Vendrás conmigo —añadió tajante.

Esta vez fui yo la que sonrió, y decidí alejarme.

—Ni siquiera sé tu nombre...

Caminó hacia a mí, lento, demasiado erótico. Tanto que no pude resistirme y le di la espalda, mirando la ciudad.

—Enrico Materazzi. —Su voz... me acarició la nuca.

—Pensé que eras un Gabbana —susurré cabizbaja y con los ojos cerrados.

—Lo soy. —Me obligó a mirarle cogiéndome de la barbilla delicadamente—. Solucionemos esto. Vendrás conmigo, a Roma. Me encargaré de Mesut en cuanto estés a salvo

—¿A salvo? —dije incrédula.

Desde luego, este hombre no tenía ni idea.

—Sí, a salvo —confirmó cuadrándose de hombros—. Deja que yo me encargue, solo necesito que vuelvas conmigo. —Dios, mirándome de aquel modo, parecía casi invencible.

Por un momento pensé que podía vencer a Mesut. Pero ¿y si ponía a Enrico en peligro? De acuerdo, no le conocía, pero no estaba dispuesta a que le hicieran daño por mi culpa. De ningún modo. Aquel era mi infierno y no tenía por qué arrastrar a nadie más conmigo.

—No, ni hablar. Es una locura —me negué agradeciendo que estuviéramos a oscuras. Me inundó el miedo.

—Mesut nunca podrá ponernos en peligro ni a mí ni a ninguno de los míos —manifestó Enrico exigente y seguro de sí mismo.

—Cómo se nota que no le conoces —sonreí de mala gana, desviando la cabeza.

—Cómo se nota que no me conoces. —Nos miramos fijamente—. Conozco a Mesut muy bien. Sé perfectamente cuál es su estilo, Sarah. Pero no soy yo quien debe temerle —explicó hablando bajo.

—Mesut no teme a nadie —repuse.

—Me teme a mí y a cualquier Gabbana. —Si el turco debía temer a Enrico, significaba que este último tenía mucho más poder. Entonces ¿cómo era posible que un hombre peligroso fuera tan... maravilloso?

Mi mente se silenció en cuanto Enrico apoyó su frente en la mía. Algo en lo más profundo de mi interior me exigió retirarme y le obedecí, pero no antes de deleitarme con su aliento acariciando mis labios. Que estuviera actuando de ese modo, me dejaba con la incertidumbre

de saber si él sentía lo mismo que yo. Pero no dispuse de más tiempo para pensar en ello, y me alejé.

—Debo irme.

Me puse el abrigo mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Adónde, Sarah? —preguntó consternado.

—No preguntes más, Enrico. Te agradezco mucho que hayas venido hasta aquí con buenas intenciones... Pero...tengo que irme... Lo siento. —Y salí de allí, obligándome a no mirar atrás.

Porque si lo hacía... regresaría junto a él.

Había terminado con mi vida en el instante en que le vi.

SARAH

La nieve me golpeó en la cara al salir del hotel. Hacía más frío que cuando entré, pero lo noté mucho menos. Aun me quedaban unas horas para que Mesut viniera a recogerme, así que decidí perder el tiempo caminando sin rumbo. Cualquier camino me servía con tal de alejarme de Enrico todo lo posible.

No podía creer que conocerle me hubiera aturrido tanto. Tenía ganas de gritar, de llorar, de deshacer mis pasos y volver con él. De pedirle que me llevara lejos de mi vida. Pero yo no tenía derecho a sentir aquello. El amor no estaba diseñado para mí, por mucho que mi corazón e, incluso, mi mente se empeñaran en lo contrario.

Iba a salir de la calle cuando de súbito Enrico apareció ante mí. Me estampé contra su pecho, sobresaltada y toda trémula. El corazón empezó a latirme en la lengua y me olvidé de respirar en cuanto le miré a los ojos.

—No pienso irme sin ti —jadeó cogiéndome de los brazos—. Hice una promesa y voy a cumplirla aunque tenga que llevarte a arrastras a Roma, ¿me has oído?

Sus palabras se metieron bajo mi piel, haciendo que todo mi mundo se tambaleara. Fue imposible remediar mis impulsos y terminé lanzándome a sus brazos. Enrico tardó unos segundos en responder al abrazo, mostrándome lo poco habituado que estaba a una muestra de afecto. Pero cuando reaccionó, lo hizo envolviéndome con intensidad. Hundió su rostro en mi hombro.

«*Vete con él. Ahora*», me instó mi fuero interno.

—Confía en mí —dijo Enrico.

—Me matará en cuanto me encuentre —murmuré asustada, observando llorosa cómo la gente nos esquivaba en la calle.

—Antes deberá enfrentarse a mí...

Tragué saliva y me obligué a separarme de él. Todo su perfume había quedado impregnado en mi ropa. Le miré, asentí y me retiré algunas lágrimas.

—Está bien... Llévame contigo.

KATHIA

Esa tarde no había nadie en casa. Valentino se había ido a Roma, Sibila estaba en el pueblo haciendo unas compras y los esbirros vigilaban los alrededores. Apenas se escuchaba nada, solo el murmullo de las olas en la lejanía y la brisa chocando contra los ventanales de tanto en tanto. Mi fuero interno no descansaba un segundo, me bombardeaba continuamente con recuerdos de Cristianno. Así que me senté en el sofá y me hice un ovillo luchando por saborear aquel instante de paz. Pero escuché un golpe seco que provenía del exterior. Enseguida me incorporé y miré hacia los ventanales. No vi nada más que la bruma del atardecer.

Me levanté cuando volví a escuchar el golpe, y caminé lentamente hacia los ventanales con la sensación de que alguien tropezaba en el suelo del porche. Tal vez un esbirro que hacía ronda por allí o...

... Le vi. Sus ojos. Sus impresionantes pupilas azules titubearon al verme y tomaron un exquisito matiz rojo frenético. Rompí a llorar casi al instante, apoyando las manos en el cristal. Cristianno no tardó en responder e imitó mi gesto, encargándose de que nuestros dedos encajaran. Agachó la cabeza al acercarse un poco más y besó la ventana antes de cerrar los ojos.

Golpeé suavemente el vidrio, exigiéndole que abriera los ojos y me dejara perderme en ellos. Llevaba demasiado tiempo soñando con volver a verlos. Él obedeció con una sonrisa y me negó que continuara llorando. Me contuve por él, porque las lágrimas me impedían ver su hermoso rostro.

Ratifiqué que Cristianno lo era todo, que sin él nada tenía el sentido que merecía, ni valía la pena. Jamás renunciaría a él, aunque ello me costara la vida. Pero me enloqueció mucho más saber por su mirada que ese sentimiento era recíproco. Me di cuenta de que su amor, en ocasiones, superaba el mío.

Suspiró contra el cristal y comenzó a escribir en el vaho que se había creado. Segundos más tarde, leí un *te quiero* que apenas pude disfrutar. Porque Cristianno formó un puño con sus manos, se empujó hacia atrás y abandonó el porche.

—¡No! —Grité golpeando el ventanal—. ¡Cristianno, no te vayas!

Y salí corriendo. La puerta principal estaba cerrada, la del despacho de Valentino también. Toda la casa estaba sellada para que no pudiera salir al exterior, pero nadie contó con que podría utilizar las ventanas. Me dirigí a la cocina y abrí las puertas impulsándome si pensar.

Caí en la madera del porche ignorando los calambres y me lancé en busca de Cristianno.

Conforme corría le vi junto a las rocas. Miraba hacia la orilla, con las manos en los bolsillos de su vaquero y con los hombros encorvados. Me esperaba. Él sabía que iría en su busca, y así había sido.

Cristianno se dio la vuelta y avanzó un paso antes de que yo me tirara a él. Una electricidad exquisita me recorrió todo el cuerpo cuando me elevó del suelo, abrazándome con fuerza. Rodeé su cintura con las piernas y percibí el sonido constante y acelerado de su corazón contra el mío.

Nos llevó entre las rocas, me soltó y buscó con desesperación mis labios. Se los ofrecí tirando de su cuerpo hasta que terminamos hincados de rodillas en el suelo. Me besó con premura, precipitado y respirando trémulo. Cogiendo mi rostro entre sus manos y me llenándolo de besos estremecedores.

Apenas no podíamos respirar, pero era mucho más importante su boca sobre la mía que un simple hálito. Me perdí en el contacto cálido de su lengua, en la forma que tuvo de enroscarla a la mía y en los pequeños gemidos que soltaba cada vez que le respondía con exigencia.

Enredé mis dedos entre su pelo mientras me colocaba a horcajadas sobre él. Cristianno dejó que sus manos treparan por mis muslos, presionando ligeramente con sus pulgares el hueso de mi cadera. Llegaron a mi cintura y se colaron bajo la camiseta, tirando de ella. Solté un gemido

de placer y alcé los brazos para que pudiera quitármela. No tardé ni un segundo en arrebatársela y en notar el calor de su piel.

Enseguida me tumbó sobre la arena, empujó mis rodillas y se coló entre ellas. Haríamos el amor allí mismo.

Pero sus besos cambiaron. Ya no eran los labios sensuales y provocadores que me besaban apasionados. Aquel contacto se tornó agresivo, incluso doloroso. Ya no sentía el tirón de pasión en el estómago que me proporcionaba Cristianno siempre que me besaba.

Aquel no era él.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

CRISTIANNO

Recordé el día en que Kathia me miró por entre su flequillo sentada en aquel coche de los carabinieri. Ignoré lo mucho que me cautivó el gris plata de sus ojos y el profundo escalofrío que sentí cuando analicé su extraordinaria belleza. Jamás creí que sentiría aquello hasta que la vi por primera vez.

Después de aquel día, todo fueron miradas de deseo y reproches de odio. Si la provocaba constantemente era porque necesitaba escucharla, saber que por un momento yo era el centro de su mundo.

Habría dado cualquier cosa por revivir el instante en que me pidió que tocara el piano para ella y volver a abrazarla tumbados en aquel sofá agujereado. Si hubiera sabido todo lo que nos quedaba por vivir después de aquella noche, habría faltado a la promesa que le hice en la playa y la hubiera besado.

Mi móvil sonó y me extrajo súbitamente de todos mis pensamientos. Miré alrededor y suspiré; Kathia no estaba y su ausencia volvió a atravesarme.

—Dime, Enrico —dije nada más descolgar.

—Estamos llegando a Roma —repuso con voz baja.

Sarah estaba en zona italiana y podría protegerla. Desde aquí, podría librarla de Mesut para siempre.

—¿Cómo está Sarah? —pregunté, preocupado.

—Duerme. Está nerviosa por la reacción de Mesut cuando descubra que ha dejado Tokio.

—¿Le has dicho que eso no es problema?

—Por supuesto, pero tiene miedo, Cristianno.

—Lo sé. —Asentí y supe que ese miedo no duraría si estaba conmigo.

—En cuanto llegue, solucionaremos esto, ¿vale? No quiero tener a Mesut pululando por ahí en busca de Sarah. —Enrico habló cortante, posesivo.

Fruncí el ceño. Aquel tono de voz solo lo empleaba cuando se refería a Kathia, y a ella le tenía una devoción especial. ¿Qué había pasado en las últimas veinticuatro horas para que Enrico hablara así de Sarah? A fin de cuentas, era una desconocida para él.

—¿Y ese tono tan protector? —pregunté curioso.

—Simplemente, me preocupa.

Me eludía, lo que provocó que mis sospechas crecieran.

De pronto, Alex y Mauro entraron en el salón como una exhalación. Mi amigo apenas tenía color en la cara y respiraba agitado. Y Mauro... Mauro estaba raramente nervioso. Algo iba mal, muy mal.

—Nos veremos en el Edificio, Enrico —medié notando como los hombros se me tensaban. Colgué rápidamente y solté el móvil en la mesa. El corazón me palpitaba en la sien y tenía un dolor de cabeza espantoso—. ¿Qué coño pasa?

—Shhh... —me silenció Alex y me mostró su teléfono.

—Es Daniela —me dijo Mauro al oído.

En ese mismo instante la voz de mi mejor amiga surgió del altavoz y una intensa oleada de

indignación me ahogó.

—Sabes lo que ocurrirá cuando se entere Alex. Y los chicos —dijo ella. Estaba asustada, pero luchaba por mantener la calma—. Por no mencionar a mi familia y a los Gabbana.

Era muy inteligente. Había marcado el número de Alex solo para que pudiéramos escuchar lo que sucedía. Nadie era consciente de que nos estaba informando desde el bolsillo de su pantalón.

—Por eso estás aquí, querida.

Luca.

Su nombre despertó todos mis sentidos y comprendí su propósito. Secuestrar a Daniela le daba un seguro de vida, complicaba el momento de darle caza. Agradecí que Eric no estuviera allí escuchando la maldita conversación.

—Eres una maldita rata —masculló mi amiga, echando valor.

—¡Oh, vamos! Yo solo lucho por mis intereses.

—Sabía que no debía fiarme de Erika.

Alex agachó la cabeza entonces. Escuchar la voz de su novia estaba superándole.

—No puedo creer que Luca la esté poniendo en peligro —siseó a medio camino entre la ira y la inquietud—. Lleva siendo su amiga desde que tenía uso de razón.

—También Virginia, y los Carusso —mascullé alimentando su ansiedad por capturar al único Calvani vivo.

—Y los Bianchi —añadió Mauro, sin dejar de mirar el móvil.

¿Cuántos traidores más llegaríamos a encontrarlos?

Empezaron a escucharse pasos y un ligero murmullo. Reconocí que estaban en un lugar concurrido y me concentré en averiguarlo cuando Luca mencionó a Kathia.

—Claro que sé dónde está Kathia. Erika me lo dijo cuándo fue a reunirse con ella —habló con seguridad, con contundencia. Le daba igual que vidas estuvieran en peligro.

Alex y Mauro me miraron de súbito, pero, aunque, noté sus miradas sobre mí, no fui capaz de moverme.

—¿Adónde vamos? —preguntó Daniela.

—Nos esperan en el Coliseo para ir al aeropuerto —explicó.

«*Gracias, Luca*», dijo mi fuero interno. Nos había dado su paradero.

—¿Qué? ¡No, no puedo irme de Roma! —exclamó Daniela, y me dio la impresión que forcejeaba.

Cogí el móvil de las manos de Alex y me levanté del sofá.

—Vamos. —Ordené mientras salía del salón echando mano a las llaves de mi coche.

Estaríamos en el coliseo en menos de dos minutos y me cargaría a Luca. Por habernos traicionado, por haber utilizado a Eric, por haber jugado con la seguridad de Daniela y por haber tentado contra la vida de... mi Kathia.

KATHIA

La furia se expandió por mis extremidades al comprender que Valentino era quien que me besaba. Cristianno no había ido hasta Pomezia, no me había encontrado y lo peor, no me había besado.

Empujé a Valentino y me levanté de un salto. Había sentido a Cristianno tan cerca, tan real, que me costaba concebir la idea de que había sido un estúpido sueño.

—Te he dicho mil veces que no quiero que me toques —mascullé, observando cómo torcía el gesto, divertido.

—No he podido resistirme —sonríó—. Además estabas deslumbrante mientras dormías. —Hice un mohín de repulsión.

Siempre había aceptado que Valentino era guapo y que su cuerpo seducía, pero eran demasiadas las cosas que me llevaban a despreciarle en todos los sentidos. Fui alejándome de él conforme se acercaba a mí hasta que me topé con la pared. Él colocó una mano junto a mi cabeza y se detuvo a pensar donde colocaría la otra.

—Si te dejaras llevar, disfrutarías, Kathia. Soy buen amante, créeme —susurró.

No contesté, simplemente le envié una mirada colérica de esas que él conocía tanto. En principio, supuse que había captado excelentemente bien el tremendo asco que me producía, ya que la exasperación inundó sus ojos verdes. Pero me descolocó que volviera a sonreír.

Me alejé de él.

—¿No has tenido suficiente con Giovanna? —resoplé caminando por el pasillo. Mi prima era su amante y la que sofocaba cada una de las excitaciones de Valentino.

Me detuvo cogiéndome del brazo y estampándose contra su pecho.

—No me satisface como lo harías tú.

Tragué saliva. Imaginarme siquiera la posibilidad de terminar en la cama con él me volvía loca en el peor sentido. No me gustaba la idea de pertenecer a otro hombre que no fuera Cristianno y agradecí que al menos Valentino tuviera la dignidad de no forzarme. Algo que me llevó a preguntarme por millonésima vez si alguna vez llegaría ese momento. Tarde o temprano me casaría con él, prácticamente era su esposa...

Contuve un extraño temor.

—Quiero ir a mi habitación —gruñí.

—Y yo iré contigo. —Besó mi cuello entre suaves y roncós gemidos.

—No me toques —dije entre dientes, conteniendo las ganas de morderle.

—Me aburre que siempre digas lo mismo, amor.

—Déjame ir y no tendrás que soportarlo.

Se detuvo, esperó unos segundos y me miró con una sonrisa plena en los labios. Los ojos se le iluminaron falsamente. Si no le hubiera conocido habría creído que me dejaría marchar.

—Para correr a los brazos de tu Cristianno... —se mofó y me atrajo hacía él cogiéndome de la cintura—. Puedo permitirte que pienses en él mientras te hago el amor, Kathia...

El miedo me embargó cuando se dispuso a besarme. Pensé que había llegado el momento y que Valentino cogería lo que creía pertenecerle. Pero se así era, no se lo pondría fácil. Sería el momento más desagradable para ambos.

Le empujé violentamente antes de que pudiera siquiera rozar mi boca. Valentino se estrelló contra la pared con los ojos muy abiertos; casi pude verme reflejada en ellos, sorprendida más que dispuesta a apartarlo de mi camino las veces que fueran necesarias.

—No...te...atrevas —dije muy despacio apuntándole con el dedo—. No te atrevas.

Él suspiró, algo confundido con mi reacción tan firme, pero se recompuso y carraspeó antes de tomar la palabra.

—Esperaba mantener una conversación cordial contigo, pero ya veo que no te interesa saber

que volvemos a Roma. —Su socarronería me cortó el aliento.

—¿Qué? —jadeé conmovida y con el corazón latiéndome en la boca.

—¿He captado tu atención ahora, cariño?

Absolutamente. Pero eso no se lo diría con palabras.

SEGUNDA PARTE

SARAH

A Enrico no le importó que cuando despertara le descubriera observándome absorto. Me pregunté cuanto tiempo llevaría haciéndolo, ya que me quedé dormida minutos después de despegar del Aeropuerto de Narita hacia unas ocho horas.

Poco hablamos tras subir a su jet privado, solo miradas furtivas y alguna que otra sugerencia sobre el menú. Pero ninguno de los dos comimos. Él se sirvió una copa y se perdió en la pantalla de su portátil. Yo me aovillé en el asiento y, extrañamente, me olvidé de todo.

Me incorporé despacio mientras él seguía mis movimientos con su mirada azul. No me había dado cuenta de que tenía una manta cubriéndome y que mi cabeza había reposado sobre una mullida almohada. Tal vez Enrico se había levantado en mitad del trayecto y me había arropado.

Le miré deseando que así hubiera sido y preguntándome lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Qué piensas? —No me creí capaz de haber dicho eso en voz alta.

Enrico sonrió, y yo estuve cerca de desaparecer. Se me hacía muy difícil no adorar su belleza.

—Nada importante —suspiró—. ¿Has descansado?

—Eso no es una respuesta —sonreí débilmente... y él miró mi boca.

—Eres una descarada, ¿lo sabías? —admitió alegre. No, de verdad que no lo era. Solo que, en ocasiones, sufría brotes de sinceridad—. Pensaba en Cristianno.

Posiblemente, me habría vuelto loca con su franqueza si no hubiera mencionado a Cristianno.

—¿Está en peligro? —Me incliné hacia delante.

—Cristianno siempre está en peligro —resopló, levantándose.

Aunque admitiera aquello, me tranquilicé. Perteneciendo al mundo de la mafia, era normal y cotidiano para ellos correr peligro.

Suspiré y me re Coloqué el cabello tras las orejas.

—Cuando le conocí, supe enseguida que no era como los demás —expliqué con nostalgia mientras me levantaba—. Había algo especial en él, en su forma de actuar. Sin embargo, creí ver que algo le atormentaba. —Me encogí de hombros.

Él entrecerró los ojos, escuchándome atentamente, y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón

—Sabes leer a las personas. —Soltó de repente, y desvió la mirada por primera vez—. Tengo miedo que puedas leerme a mí.

Supe enseguida que me había ruborizado por el calor que se expandió por mis mejillas. El corazón se me disparó y su forma de latir casi dolía. Demonios, daba igual lo que Enrico hiciera o dijera, todo era fascinante en él. Incluso el descontrol que me proporcionaba mirarle.

—¿Escondes algo? —pregunté de nuevo sorprendida con mi consulta.

—Muchas cosas.

—Dímelas —murmuré concentrada en su boca entreabierta.

Enrico contuvo la respiración y se inclinó hacia mí lentamente, evaluando mi reacción. Solo supe quedarme quieta, esperándole y rogando que si me besaba, no dejara de hacerlo nunca.

—Deberíamos prepararnos para el aterrizaje —repuso tras haber endurecido el gesto. Me dio la espalda y a mí me recorrió la desilusión.

—Dime la verdad, —pregunté de repente—. ¿Qué le ocurre a Cristianno?

Enrico resopló. Al parecer, no le gustaba hablar de ese tema, pero comprendía que lo descubriría tarde o temprano. Así que terminó contestando.

—Todos los problemas y las incertidumbres de Cristianno se resumen en Kathia.

Una mujer.

Lo sabía.

Lo supe en cuanto lo vi por primera vez en la limusina de Wang Xiang. Su actitud inquieta era

extraña viniendo de un muchacho de la mafia. Durante el trayecto al aeropuerto, le cacé mirándome de reojo un par de veces y admitió que yo le recordaba a alguien que había dejado en Roma. Que me parecía a...

—Kathia... —susurré—. Está enamorado de ella.

—Así es —dijo Enrico algo sorprendido con que yo supiera el nombre de la chica.

—¿Qué pasa? ¿Qué problema hay, entonces? —pregunté exigente.

—Que Kathia está prometida a Valentino Bianchi.

—Pero ella ama a Cristianno, no a ese tal Valentino. —Me sentía tan frenética que no me di cuenta de que estaba a solo unos centímetros de Enrico.

—Esto es la mafia, Sarah —admitió él—. En ocasiones, el amor es imposible. Cristianno y Kathia son prueba de ello.

Bajé la cabeza, consternada. Entonces, lo vi: un anillo adornaba la mano izquierda de Enrico. Estaba casado y saberlo me destrozó el corazón. Está bien, no conocía a Enrico, y tampoco a Cristianno. No tenía por qué albergar sentimientos hacia ellos, pero los tenía y era inevitable. Ambos habían luchado por mí sin conocerme, sin pedir nada a cambio. Era muy difícil no encariñarse con ellos.

No sé si me dolió más descubrir que estaba casado o comprender que... me había enamorado de él. ¿Cómo el amor puede abordar de esa forma? ¿Cómo puede atraparte en un instante? Enrico se había grabado en mi piel y ni siquiera me había dado cuenta. Daba igual que me resistiera o que lo negara, había caído en el primer instante.

Enrico estudió mi rostro, intentando descubrir mis pensamientos, y, al parecer, lo logró. Tragó saliva, apretó la mandíbula y cerró los ojos volviendo a alejarse de mí.

—¿Y tú? —dije, repentinamente furiosa. Neciamente, algo de mí deseaba reprocharle que no me hubiera esperado—. ¿Acaso no estás enamorado?

Se detuvo y apretó los puños mientras me miraba por encima del hombro. Por un momento, sus ojos quedaron sepultados bajo las sombras.

—Que lleve este anillo no significa que albergue esos sentimientos —gruñó—. Al menos no por mi esposa.

La sorpresa fue brutal. ¿Qué demonios quería decir? Le maldije por inducirme a meditar sobre sus palabras.

—Señor Materazzi —interrumpió la azafata—, vamos a aterrizar en cinco minutos.

—Gracias —respondió Enrico, sin quitarme ojo de encima—. Será mejor que tomemos asiento —añadió ofreciéndome su mano.

La ignoré, pasé por su lado evitando tocarle y tomé asiento en el sillón. No era lo más correcto que actuara de esa forma. Además, Enrico no tenía por qué darme explicaciones. Pero me sentí desarmada y muy lejos de él.

Miré la ventana. Roma estaba cubierta por una ligera capa de niebla, pero aun así era maravillosa. La ciudad más hermosa del mundo, con diferencia. Su belleza me embelesó tanto que no me di cuenta de la llamada que estaba atendiendo Enrico.

Había empalidecido y escuchaba atento lo que le decían. Atento y... alegre.

Colgó y, de entre una docena de asientos, escogió sentarse a mi lado. Mierda.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Kathia vuelve a Roma —respondió, mirando al frente.

—¿Cómo? ¿Acaso no estaba en la ciudad?

—No. Su padre y su querido prometido la secuestraron. —Noté el tono irónico en su voz.

—Dios mío... —No podía creerlo. Tal vez por ese motivo Enrico había venido en mi busca y no Cristianno. Porque él estaba buscando a Kathia.

Que caprichoso podía ser el destino.

—Abrochate el cinturón —ordenó Enrico.

Obedecí, coloqué las manos en las posaderas del sillón y cerré los ojos. Odiaba los aviones, por muy lujosos y cómodos que fueran.

Suspiré y me estremecí al notar una suave caricia perfilar mis dedos. Enseguida miré a Enrico y le descubrí contemplando nuestras manos. Entrelazó sus dedos con los míos y presionó ligeramente. ¿Por qué me hacía aquello?

—No te alejes..., por favor.

Exhalé.

No, no me alejaría.

CRISTIANNO

Alex salió disparado del garaje del Edificio en cuanto la puerta se abrió. Atravesó la Fontana di Trevi con su *Ducatti*, sin importarle la gente que estuviera en la plaza, y tomó su ruta por la Vía Vincenzo Lucchesi.

Mauro y yo, optamos por tomar la Via del Corso en el *Bugatti* para desembocar en una Piazza Venezia atestada de tráfico y gente y que no dudamos en cruzar.

Entre gritos y reclamos, la voz de Alex surgió del inalámbrico del coche.

—Chicos, estoy en Monte Esquilino, ya veo el Coliseo.

El rugido de su moto retumbó en el altavoz.

—Nosotros nos acercamos al Fori Imperiale. Borearemos el Coliseo hasta la plaza —dijo Mauro.

—Bien, yo iré por detrás.

Derrapé frenando al mismo tiempo para detener el coche en mitad la plaza del Coliseo y poder calcular el perímetro. Apenas sabíamos cuántos guardias acompañaban a Luca. Bajamos del coche, echando manos a nuestras armas, y empezamos a caminar agazapados mientras la gente se apartaba de nuestro camino, atemorizada.

Pude ver a Daniela unos metros delante de nosotros. Luca iba delante con dos tipos al lado y otro más que tiraba de mi amiga. Aparentemente no había más oposición que aquella, pero, aun así, miré alerta en rededor y señalé a Mauro.

—Atento, Mauro —le indiqué la dirección de Dani—. Tenemos compañía.

Me guiñó un ojo a modo de respuesta y aceleró el paso. Segundos más tarde, Luca se encontró con dos armas apuntándole la cabeza.

Sus esbirros se armaron y enseguida formamos un círculo de hombres dispuestos a un tiroteo. Joder, sería el segundo en una semana.

Qué mal que estaban las cosas...

Luca tiró de Daniela, presionó su costado con una pistola y tragó saliva. El muy cabrón ni siquiera estaba seguro de lo que hacía. Tenía miedo, y ese temor se intensificó en cuanto me miró. Pero yo estaba más concentrado en los ojos aguamarina de mi amiga. Había llorado, la habían maltratado y temblaba de miedo. Me impacientó tenerla tan cerca y no poder tocarla. Necesitaba ponerla a salvo cuanto antes.

Miré a mi primo, pero él ni siquiera se percató; estaba demasiado atento al rostro de nuestra amiga.

—Bien, ¿quién es el guapo qué va a explicarme porque cojones mi amiga tiene una arma apuntándole? —pregunté con aire sonriente. Necesitábamos calmar a Daniela y emplear un tono desenfadado era un buen comienzo.

—Estás en minoría, Cristianno. —Luca intentó parecer seguro de sí mismo. Por supuesto, no lo consiguió—. Así que procura no ser arrogante, querido.

—¿Arrogante, yo? Me ofendes, Luca —dije mordaz.

Me enorgulleció que Dani empezara a sentirse tan convencida de su seguridad y que los guardias que nos apuntaran estuvieran tan indecisos. Nos aventajaba, y eso lo sabíamos todos.

—¿Tienes el valor de vacilarme sabiendo que puedo matar a Daniela en cualquier momento?

—continuó Luca. Ahora le temblaban las manos.

—No, no lo harás —masculló mi primo.

—Y tanto que no, Mauro —repuse.

—¿Quieres saber por qué? Porque antes de que te des cuenta, tendrás un tiro atravesándote la cabeza. —Me encantaba escuchar a Mauro hablar de esa forma.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el puto amo? —bromeé, mirándole de soslayo.

—Pocas veces, la verdad —dijo engreído, torciendo la boca.

Solté una carcajada y aproveché para guiñarle un ojo a Dani. Ella captó nuestro juego casi de inmediato: jugar como niños, luchar como hombres.

—Te lo diré constantemente, ¿de acuerdo?

—¡Basta! —gritó un esbirro.

—¡Eh, no grites, cariño! —le sugirió Mauro, con total tranquilidad.

—Nos conoces, Luca —añadí—. Sabes que no dudaremos y que somos muy buenos en esto. Has perdido en el instante en que hemos aparecido.

Saltó una risa melancólica. Estaba recordando tiempos mejores y supe, por su mirada, que comenzaba a arrepentirse de habernos traicionado. No había logrado nada y terminaría tan muerto como los demás.

—Siempre juntos, ¿eh, chicos? —sonrió Luca.

—Hasta el final —matizó Mauro.

—Claro, pero... ¿y los demás? ¿Dónde está mi novio? —Sonrió y le susurró a Daniela—: ¿Dónde está el tuyo, reina?

—En algún lugar, fuera de tu vista —gruñó ella.

Cuando Luca volvió a mirarnos, terminó de desaparecer el chico con el que nos habíamos criado. Por más que intenté buscar algo que me recordara a él, no encontré nada. Ni siquiera, su mirada o su risa.

—Por supuesto —resopló jocoso—. ¿Sabes qué voy a hacer? Me llevaré a Dani conmigo y vosotros os quedaréis justo donde estáis. Porque sabéis que no he venido solo. Tengo a diez hombres más vigilando la zona. No soy tonto

—Pero mientes muy mal —dije, ladeando la cabeza.

Le conocía muy bien y sabía que aquello era un trepa. De lo contrario, ya lo habríamos notado.

—Acabemos con esto, Luca. Entrérganos a Daniela —dijo mi primo.

—¿Pensáis matarme delante de toda esta gente?

—Dado el caso, ¿crees que nos importaría? —Fruncí el ceño. Si Luca no sabía a esas alturas que me importaba una mierda la gente, entonces es que nunca me había conocido del todo.

—No, Cristianno, hoy no moriré.

—Que equivocado estás —gruñó Alex apareciendo tras de él.

Le dio un codazo en la mandíbula y tiró a Daniela al suelo para que Mauro y yo pudiéramos deshacernos de los esbirros sin tener que preocuparnos por su integridad. Los aniquilamos rápidamente y enseguida fuimos a por Daniela.

—¿Estás bien? —pregunté cogiéndola de la cara.

—¿Te han hecho daño? —dijo Mauro.

—Sacarme de aquí, por favor —contestó Daniela, cogiéndonos del brazo—. Quiero salir de aquí.

De repente, escuchamos un disparo. Miré a Alex con temor, creyendo que Luca había encontrado la forma de dispararle y herir a mi amigo. Pero no fue así. Era Luca quien estaba en el suelo, con un tiro en el pecho,... y Eric apuntándole a solo un metro de distancia.

Me dejó atónito lo que acaba de suceder. Habíamos decidido no avisar a Eric para que no sufriera y, sin embargo, allí estaba,... sosteniendo el arma que terminaría con la vida de... su novio.

Eric se acercó y observó cómo Luca convulsionaba rozando la muerte.

—Eric... —balbuceó—. ¿Por qué lo has hecho, mi amor?

Tragué saliva al ver como mi amigo apretaba la mandíbula, lleno de rencores y decepción. Después, me miró.

—Cristianno, creo que ahora es el mejor momento para preguntar, ¿no crees?

Comprendí a lo que se refería casi al instante. Dejé a Daniela entre los brazos de Alex y me acerqué a Luca descubriendo que la bala le había perforado el pulmón. La sangre borboteaba y

salpicaba todo el suelo. Solo le quedaban unos minutos de vida, así que tragué saliva y me obligué a preguntar.

—¿Dónde está Kathia?

—¿Qué? —pestañeó confundido.

—Sé que sabes su paradero, dímelo.

Por el raballo del ojo, veía a la gente correr de un lado a otro gritando despavorida. Los carabinieri no tardarían en aparecer.

—No lo sé...

—Podría salvarte, Luca... Decídelo tú —mentí.

—No me hagas reír. —Intentarlo le hizo escupir sangre.

—¿Dónde está? —Introduje los dedos en la herida y presioné lentamente. Él soltó un chillido como respuesta al dolor—. Morirás de todos modos, de ti depende que sea más o menos doloroso.

—Vuelve a Roma... —jadeó—. Es lo único que sé...

Aparté los dedos notando una descarga bullir por mis brazos. Llegó a mi pecho y estalló dejándome con la impresión de haber caído desde la cima de un Edificio.

Kathia volvía a Roma.

—¿Cuándo? —quise saber.

—El... —Pero murió mirándome.

Me quedé paralizado, incapaz de fijar la vista en un punto. Sabía que todos me observaban, y también que la noticia les había impactado igual que a mí. Pero dudaba que se estuvieran sintiendo tan oprimidos como yo. Me faltaba el aliento y odié sentirme tan imposibilitado. Ni siquiera sabía él día de regreso. Eric fue quien tomó la palabra.

—Debería haber disparado en otra parte —dijo con una frialdad espantosa—. Así habrías tenido tiempo de...

—¿Cómo has sabido lo que estaba ocurriendo? —Le interrumpí levantándome de súbito y acercándome a él.

Eric se empequeñeció en cuanto me tuvo a un centímetro de él. No quería que confundiera mi actitud con que estaba resentido con él, porque no era así, pero fue inevitable remediarlo.

—Os escuché —porque Alex lo había encontrado cerca de las vías y lo había llevado al Edificio un momento antes de que Dani le llamara. Agachó la cabeza y miró a Luca—. Estábamos bien, ¿sabéis? Nos compenetrábamos.

Cogí una de sus manos y la estreché tras descubrir una lágrima resbalar tímida por su mejilla.

—Pero lo que más me duele no es la traición, sino que haya fingido que me amaba.

El llanto fue haciéndose más evidente y yo me quedé paralizado, observándole sin saber muy bien cómo ayudarlo a superar ese dolor. Retrocedí unos pasos decepcionado conmigo mismo cuando Daniela se deshizo de los brazos de Alex y se lanzó a abrazar a Eric.

Me alejé del grupo.

Jamás me había sentido tan superado. Nos estaban abordando por todos lados; la muerte de mi tío Fabio, el secuestro de Kathia, la traición de Erika y Luca... ¿Qué más nos quedaba por superar?

«*Vuelve a Roma*», murmuró mi fuero interno.

Apreté los ojos y me obligué a respirar hondo. Mi familia, Eric, Kathia... todos me necesitaban... Debía empezar a aceptar aquella nueva etapa tan compleja de mi vida y afrontarla con decisión. Tenía que vencer esa guerra, fuese como fuese. Por todos ellos. Solo de ese modo, yo podría estar con Kathia y Eric podría superar el hecho de que su primer amor le hubiera traicionado.

Mi móvil comenzó a sonar.

Enrico.

—¿Estás en Roma?

—Primero explícame qué ha pasado con Luca —ordenó sereno.
Puse los ojos en blanco.

—Solo si tú me dices cómo demonios te has enterado tan rápido.

—¿Debo recordarte que soy el comisario de Trevi?

—Serás capullo... —Logró sacarme una sonrisa con su tono presuntuoso—. No te preocupes, todo está bajo control —repuse.

—¿Y Daniela? Enzo ha llamado a tu padre muy preocupados.
Enzo Ferro era el padre de Daniela y un importante aliado nuestro, que siempre puso en tela de juicio la honestidad Carusso.

—Ella está bien. Alex la llevará a su casa.

—Bien —respiró Enrico—. Estamos en el Edificio. Me he tomado la libertad de presentar a Sarah a la familia.

—¿Y mi madre? —Me pellizqué el entrecejo ignorando los restos de sangre de Luca que tenía en los dedos. Volvía a tener aquel espantoso dolor de cabeza.

—Mostrándole las enormes pelotas que tenías cuando eras un bebé. —Cerré los ojos al escucharle carcajearse.

—¿No me jodas? —Fruncí el ceño. Me aterrorizaba mi madre con el álbum de fotos familiar. Aun así, imaginarme aquella escena me satisfizo. Desde luego, Sarah había tenido que causar muy buena impresión si había logrado conquistar a las mujeres de mi familia en pocos segundos.

Kathia podría haber estado en esa reunión, hablando y riendo con ellas. Con la tranquilidad de saber que, cuando llegara la noche, me encontraría junta a ella en la oscuridad de nuestra habitación.

Negué con la cabeza para despejarme.

—¿Has hablado con mi padre de Mesut?

—Acabo de hablar con él y ya está tomando cartas en el asunto.
Que Sarah estuviera bajo la protección del Edificio, me calmó. La tenía en Roma y eso me daba una ventaja a la hora de protegerla. Pero se debía a Enrico, por haber ido hasta Tokio aun sabiendo que podía tener problemas con los Carusso.

—Gracias, Enrico. Gracias por cuidar de ella —admití sincero—. No sé cómo voy a agradecértelo.

—¡Trae tu culo al Edificio, ya, Gabbana! —Volví a escucharle reír.

—A sus órdenes, Materazzi. Pero antes mándame a alguien para limpiar la Piazza del Coliseo.

—¿Cuántos? —resopló

—Cuatro.

—Que enfrentamiento más *light*. —Era extraño el humor que notaba en la voz de Enrico. Muy pocas veces le había escuchado hablar así y mucho menos con un problema de por medio. Pero su tono habitual retornó. Serio, pausado y profundo.

—Cristianno,... —Fue evidente lo que quería comentar.

—¿Vas a hablar de ella, verdad? —Tragué saliva.

—... Vuelve a Roma. —Me dejó espacio para volver a asimilarlo.
«*Vuelve a Roma*», repitió mi fuero interno.

SARAH

Graciella me dejó a solas en el que sería mi dormitorio, tras la improvisada reunión en el salón con su cuñada y su suegra. Tomamos café, me mostraron fotografías y hablamos, pero ninguna de las tres mencionó una palabra en referencia a mi situación. Prefirieron darme margen y esperar a que yo decidiera hablar.

Después, me enseñaron el Edificio. Me resultó curioso y muy enternecedor que toda la familia se hospedara en el mismo lugar; como si no supieran vivir separados.

Tomé aire y dejé que el atardecer romano me envolviera desde aquel balcón. Era asombroso lo mucho que había cambiado mi vida en unas horas. La noche anterior me despedía de Mesut para reunirme con un cliente en un hotel de Tokio. Y ahora estaba en Roma, respirando como nunca antes lo había hecho y rodeada de gente generosa. Absolutamente, todos los Gabbana fueron cordiales conmigo. No sé cómo supieron que necesitaba protección, pero cuando Enrico me presentó, no dudaron en dármele. No hicieron más que halagarme y hacer que, por primera vez desde que el turco me arrastrara con él, me sintiera parte de algo.

Aun así, me sentía irremediabilmente inquieta. No quería que mi presencia les perjudicara.

—La ciudad eterna. —Me incorporé de un brinco al escuchar aquella voz tras de mí—. No importa desde donde la mires, siempre transmite la misma pasión.

Cristianno.

Corrí en su busca y me lancé a sus brazos con tanta fuerza que a punto estuvimos de caer.

—Dios mío, qué ganas tenía de verte. —Exclamé notando como él me elevaba.

—Y yo a ti, nena —murmuró, tremendamente cariñoso, antes de dejarme en el suelo.

Cristianno capturó mi rostro entre sus manos, apoyó su frente en la mía y cogió aire con los ojos cerrados.

—Me has asustado, ¿lo sabías? —dije pegado a mí.

Envolví sus muñecas y acaricié sus pulgares.

—Lo siento —dije cabizbaja—. No sabía qué hacer...

Empezaba a oscurecer cuando Cristianno me soltó y me llevó hacia los divanes que había en una esquina de la terraza. Tomamos asiento y me observó atento. El mar azul de sus ojos volvió a fascinarme como el primer día. Recordaba lo guapísimo que era, la impetuosidad de su mirada, la potencia de su presencia, pero había olvidado que lo era mucho más.

—No sé cómo voy a agradecerte todo esto, Cristianno —comenté acariciando su mejilla. Me besó la palma de la mano—. Lo que has hecho por mí es...

—... Nada. No es nada, Sarah —me interrumpió.

—Lo dices como si no tuviera que preocuparme.

—Así es —respondió rotundo.

Cogí aire y miré hacia el horizonte. Mesut se colaba en mis pensamientos siempre que tenía oportunidad y eso sucedía constantemente.

—Está ahí fuera, Cristianno. Sé que me está buscando.

Se acercó a mí, lentamente.

—Ahora estás en mi territorio, Zaimis —susurró—. No tiene nada que hacer aquí.

Torcí el gesto, completamente embobada con su rostro.

—Continuas siendo el mismo, Gabbana. Tan protector e imperioso.

Tuvo una forma agotada y ensombrecida de pestañear, y me di cuenta de lo mucho que había crecido en las últimas semanas. Supe que habían tenido que pasar muchas cosas para que Cristianno hubiera cambiado tanto.

Agaché la cabeza.

—Hiciste demasiado para conocerme tan poco —comenté—. Enviaste a Enrico, me salvaste de nuevo y eso es mucho más de lo que esperaba.

—A veces, conoces a las personas con solo mirarlas. Eres transparente, lo supe en cuanto te vi.

—Me retiró el pelo y lo enroscó tras mi oreja.

Sonreí de medio lado. Que dijera aquello acrecentaba el respeto y cariño que le tenía. Di gracias por haber tenido la ocasión de conocerle, de poder estar sentada frente a él.

—La clase de persona que soy... —resoplé—. Hace tiempo que dejé de saberlo.

Cristianno me obligó a mirarle.

—Yo te lo diré: eres preciosa, inteligente,... —Su voz se fue apagando al darme un beso en la frente. Cerré los ojos al notar el suave y cálido contacto de sus labios.

—Haces que me sienta tan bien —reconocí escondiéndome en el hueco de su hombro.

Pero mi situación no era lo único importante.

—Cristianno —murmuré en su cuello.

—Mmm... —ronroneó.

—Sé lo de Kathia... —Noté la tensión en sus brazos y enseguida me le miré—. No quiero ser indiscreta, pero Enrico me contó... —Me detuve en cuanto vi cómo sus ojos se dilataban. No parecía gustarle ese tema de conversación—. Olvídalo, no debería haber dicho nada... —Negué con las manos.

—Llevo dos semanas sin saber de ella. Si no fui a Tokio fue porque me surgió un contacto. Resultó ser una trampa. —Cerró los ojos, tomando aire después de tragar saliva. No supe que hacer, como consolarlo. Verle así era demasiado... para ambos—. No sabes lo mucho que la necesito, Sarah.

Casi tenía grabado el nombre de esa chica en la piel. Todo su cuerpo irradiaba las ansias de sus palabras.

De repente, pensé en Enrico y en el anillo que le ligaba a una mujer. ¿Cómo sería ella? ¿Cómo lo habría conquistado? ¿Qué iba a hacer yo con aquellos sentimientos?

—Lo solucionarás —admití, deshaciéndome de mis pensamientos y acariciando las manos de Cristianno—. Tú siempre lo solucionas todo.

—Hay cosas que no, Sarah. —Negó con la cabeza y se mordió el labio—. Kathia vuelve a Roma y ni siquiera sé si seré capaz de encontrar la forma de verla.

De un impulso, le obligué a mirarme. No permitiría que se viniera abajo.

—No eres pesimista. Sabes bien que hallarás esa forma, solo tienes que ser paciente.

—Estoy cansado de serlo —protestó, más niño que nunca—. Quiero que llegue el día en que todo esto acabe. En que podamos estar juntos y salir a la calle sin tener que esconder lo que sentimos.

Tampoco era pedir demasiado.

—¿Sabes lo que pienso? —Me inundó un enorme placer cuando Cristianno cerró los ojos al escucharme hablar—. En la suerte que tiene Kathia de tenerte. Eres un hombre maravilloso.

CRISTIANNO

Cerré la puerta de la habitación de Sarah y me dirigí al despacho de mi padre con el ronroneo de sus palabras paseándose por mi cuerpo. Hablar con ella de Kathia me había herido más de lo que creí. Hasta ese momento no había hecho más que escudarme tras la ira y la rabia; había matado, había torturado... todo por encontrarla. Pero Sarah había mirado más allá de esos sentimientos. Había hurgado en mi interior sin saber que sacaría a flote el dolor que me producía no tener a Kathia.

Mi padre decidió que Sarah podía quedarse indefinidamente. Dispondría de todo lo que necesitara y tomaría las decisiones que ella viera más convenientes. Tanto si se quedaba, como si no, contaría con el respaldo de mi familia. Algo que a las mujeres les hizo muchísima ilusión. Después de todo (como mi padre decía), ellas eran las que mandaban.

El problema con Mesut era lo que más preocupaba. Mi padre había hecho sus investigaciones y, al parecer, el turco estaba en paradero desconocido. Se había ido de Tokio y era imposible

localizarle. Aunque sabíamos que, de una forma u otra, solucionaríamos la situación.

Después llegó el turno de hablar del regreso de Kathia. En esa conversación todos supimos que lo mejor era que me mantuviera quieto y muy callado.

—Según me han informado en la mansión, llegará el viernes —explicó Enrico, mirándome de reojo—. Adriano Bianchi jura el cargo de alcalde por la mañana y el sábado asistirá a la ópera. Ese evento contará con todas las personalidades políticas de la región y algún que otro dirigente del país.

Mi padre resopló, cansado de la situación. Si por él hubiera sido, habría eliminado a los Carusso en solo unas horas y habría solucionado el problema de raíz, pero no era tan sencillo y todos lo sabíamos. Debíamos esperar y tejer con cuidado cada uno de nuestros pasos. Muchas de las personas, en las que más confiábamos, nos habían traicionado y no podíamos actuar a la ligera.

—Bien, manténnos informados, Enrico —dijo mi padre, pellizcándose el puente de la nariz—. Tu ayuda en este tema es primordial. Dependemos de ti en muchos aspectos.

—Sabes que siempre podéis contar conmigo, Silvano. Siempre.

—Lo sé, hijo, lo sé. —En ese momento, al ver como mi padre se acercaba a mí, como si yo fuera el centro de su universo, tuve la sensación de que estábamos solos en aquel despacho—. Kathia dormirá en Roma en tan solo tres días.

Nuestras miradas se encontraron y reconocí que aquello lo dijo para tranquilizarme. Pero no surtió efecto.

—¿De qué me sirve si no duerme conmigo, papá? Las cosas no serán diferentes con su regreso —protesté antes de salir de allí.

Cerré la puerta, avancé unos pasos y me apoyé en la pared apretando los ojos con fuerza. Decidí que lo mejor era encerrarme en mi habitación, pero Enrico me detuvo.

—Déjame, Enrico —le esquivé—. Sé que quieres apoyarme, pero ahora necesito estar solo, ¿de acuerdo? —Fui distante al hablarle.

—En tu caso, la soledad no es la mejor opción —medió.

—Como si no lo supiera...

SARAH

Estuve casi dos minutos bajo el agua. Fue de lo más estimulante sentir como todos mis músculos se destensaban y como corría un alivio casi desquiciante por mis extremidades. Me sentía purificada, etérea.

Salí de la bañera, cogí un albornoz y me dirigí al vestidor bastante contrariada. Me encantaba estar en el Edificio, una parte de mí ya se sentía como en casa, pero tenía la sensación de estar aprovechándome. Aunque me costaría abandonar aquel lugar, debía empezar a plantearme cómo sería mi vida a partir de ahora.

Suspiré y comencé a vestirme con las prendas que Patrizia, la tía de Cristianno, me había prestado de sus hijas. Ambas estaban fuera del país (una estudiaba en Oxford y la otra trabajaba en Zúrich), pero podría conocerlas en las vacaciones de Semana Santa.

Me topé con un chico al salir de la habitación. Supe enseguida quién era porque las mujeres me advirtieron de lo mucho que se parecía Cristianno a su primo. Le sonreí para disimular un poco la sorpresa que me había llevado.

—¡Vaya, nena, te ha tocado la habitación más grande! —exclamó entrando con total confianza—. Soy Mauro Gabbana.

—Sarah Zaimis —dije algo aturdida.

De pronto, me empujó contra su pecho y me estampó dos besos en la mejilla. Me envolvió el delicioso aroma de su perfume.

—Mi tía Graciella quería venir a buscarte para que bajes a cenar, pero he pensado hacerlo yo y aprovechar para presentarme —se detuvo frunciendo el ceño—. Me he presentado, ¿verdad?

—Lo dijo tan enserio que dudé.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¡Genial!, ¿vamos? —Su descaro me hizo soltar una carcajada. Salimos de la habitación y nos dirigimos hacia las escaleras—. Y bien, ¿cómo te encuentras?

—... confundida —resoplé. No sabía muy bien cómo definir mi estado.

—Olvidarás todo muy pronto, no te preocupes —dijo sincero.

Me hubiera gustado creerle.

—Creo que es algo más complicado, Mauro. —Se detuvo y torció el gesto recorriendo mi rostro con la mirada. Tenía tanta fuerza como Cristianno, pero con un extraño y encantador matiz risueño.

—Sarah, hay cosas en la vida que son mejor olvidar de golpe y no dejarles espacio a que infecten todo lo demás. —Descendió su tono hasta convertirlo en un susurro—. Esa clase de recuerdos se alimentan de nuestra debilidad, y no creo que tú seas débil. Puedes controlarlos, y debes.

Me hizo falta unos minutos para encontrar algo que decirle. Mauro había sido tan contundente que me resultó bastante difícil asimilarlo.

—Con consejos como este, no lo pongo en duda —sonreí de medio lado, terminando de bajar al vestíbulo.

—Y que lo digas. —Fue cariñoso al empujarme y bromear conmigo—. Cambiando de tema, Sarah, supongo que conoces a mi madre y a mi tía.

—Sí, Enrico me las presentó esta tarde.

Enrico.

Pensar en él me daba vértigo. Se había instalado dentro de mí con tanto aplomo que empezaba a dudar si sería capaz de olvidarle o, simplemente, mirarle como a un amigo. Estaba rayando el límite; si superaba la línea establecida, no habría vuelta atrás.

—Bien —continuó Mauro, ignorando mis cavilaciones. Después se acercó y susurró—: Te

aconsejaría que evitaras el tiramisú.

—¿El tiramisú? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué?

—Verás —se humedeció los labios y miró alrededor para cerciorarse que estábamos solos—, nuestra queridísima y maestra de la cocina Antonella, les ha permitido a mi madre y a Graciella cocinar, sin pensar que con ello el resto de los presentes nos morimos de hambre, ¿me sigues? Contuve una carcajada llevándome una mano a la boca; y es que su madre y su tía acababan de aparecer y lo habían escuchado todo.

—Creo que sí —balbuceé carialegre.

—¡Genial! —exclamó—. La cocina no es su fuerte y...

—¡Mauro! —gritó Patrizia. Si hubiera sido un dibujo animado, le habría salido humo de las orejas.

—¡Mamá, tía Graciella! —Mauro casi gritó—. Le contaba a Sarah lo delicioso que está vuestro tiramisú.

Le miré de reojo reconociendo la mentira, pero asentí para cubrirle mientras retenía las ganas de reír. Aquella escena estaba siendo de lo más graciosa.

—Serás... —Patrizia intentó darle un pescozón, pero Mauro la esquivó—. Debí decirle a la enfermera que pasara directamente a la cesárea. Los fórceps debieron presionarte demasiado el cerebro.

—Bueno, mamá no se puede tener todo. O inteligencia o físico.

—Calla de una vez si no quieres estar comiendo tiramisú durante un año.

—Hecho.

Graciella negó con la cabeza observando cómo se adentraban en el salón. Después, se volvió, cogió mis manos y las apretó dulcemente. Sus dedos eran cálidos, de esos que te proporcionan seguridad con solo rozarte.

—Quería agradecerle todo lo que han hecho...

—... Querida —me interrumpió—, no tienes que agradecer nada. Nos encanta tenerte aquí, Sarah. Solo queremos que descanses y, sobre todo, comas algo. Estás muy delgada. —Me cogió del brazo y comenzó a caminar sabiendo que la seguiría—. Hoy me he permitido el lujo de cocinar. Antonella casi nunca me deja tocar los cacharros de la cocina —explicó mientras atravesábamos el salón.

Tras recorrer el pasillo, entramos en el comedor. Todo mi cuerpo se entumeció de golpe al descubrir que Enrico estaba allí. Hablaba con Silvano y Alessio, sentado al lado de ambos y compartiendo una complicidad que no había visto antes. Parecía cómodo y relajado, demostrando que, aunque no fuera un Gabbana, se sentía como tal. Justo como me dijo en Tokio.

Me miró. Solo lo hizo unos segundos, pero bastaron para hacerme temblar. Graciella debió pensar que aquella sacudida se debía a que estaba siendo observada por todos, pero se equivocó.

—¡No os quedéis mirando como pasmarotes! —reprendió acompañándome a mi asiento—. Vais a asustarla.

Un murmullo de sillas y de afirmaciones inundó la sala. Puede que Graciella fuera una mujer, pero allí, en su casa, era la que mandaba. Nadie osaba llevarle la contraria.

Percibí la ausencia de Cristianno al tomar asiento junto a Mauro y el mayor de los hijos de Silvano; Diego, sino recordaba mal.

—¿Dónde está Cristianno? —pregunté por lo bajo.

—No tiene hambre —dijo masticando—. Es mejor dejarle solo.

—Kathia...

—Exacto. —Frunció el rostro. Él también sufría por ellos, y me di cuenta de lo unida que estaba aquella familia.

—Espero que estés cómoda en tu habitación, Sarah. Apenas tuvimos tiempo de prepararla —intervino Silvano, realmente preocupado por mi bienestar—. Podemos cambiarte, si lo deseas. Solo tienes que decírmelo.

—No se preocupe, estoy muy cómoda. —Mi habitación era enorme, tenía vestidor, lavabo y una terraza de ensueño. ¿Cómo no iba a estar cómoda?

—Por Dios, trátame sin formalismos. Ya tendré tiempo de ser viejo.

Todos reímos al ver el rostro dramático de Silvano.

—Tienes cincuenta años, papá. No eres muy joven, que digamos —bromeó Valerio, otro de los hermanos de Cristianno. Después me miró y me guiñó un ojo.

—Pienso cortarte la cabeza si vuelves a mencionar mi edad —soltó una carcajada que se expandió por todo el comedor—. Un hombre debe tener sus secretos.

—¿Desde cuándo hay secretos en esta familia? —sugirió Graciella sonriendo a su esposo.

—Cierto, cariño.

De pronto me sentí vulnerable, y supe por qué antes de levantar la cabeza. Enrico estaba completamente concentrado en mí. Su intensidad se paseó por mi cuerpo y se me olvidó que, las personas que nos rodeaban, podrían darse cuenta de lo fascinada que estaba con él.

«No puedo creer que me esté pasando esto», me dije.

—¿Y cuánto te pagaban? —me preguntó la única mujer de aquella mesa a la que no me había presentado. Estaba sentada entre Enrico y Valerio, enfrente de mí.

No fui consciente de lo que pretendía saber hasta que descubrí que todos, sin excepción, palidieron. Otros, en cambio, se quedaron boquiabiertos, como fue el caso de Mauro o Alessio. Pero el más afectado de todos resultó ser Valerio. Por su expresión, supe que habría preferido que la tierra se lo tragara en ese instante.

—Paola, por favor... —masculló, sin encontrar valor para mirarme. Ella era su prometida.

—No te preocupes, Valerio —dije todo lo comedida que pude—. No tiene importancia. —Creí que terminando con una sonrisa, todo quedaría zanjado... pero me equivoqué.

—Solo es una pregunta, mi amor —se quejó Paola antes de volver a mirarme—. Me refiero, a que tus servicios debían ser bastante suculentos tratándose de la prostitución de lujo, ¿no es así? —añadió, esperando impaciente mi respuesta.

Me hundí en la silla, saboreando la saña de sus palabras concentrada en su mirada castaña. Paola quería humillarme, y lo había logrado. Tragué saliva, desvié la mirada, coloqué las manos sobre la mesa y me levanté de la silla.

—Si me disculpáis... —Hablé pidiéndole permiso a Silvano. Este comprendió lo que le estaba pidiendo y asintió. Fue entonces cuando abandoné el comedor.

De fondo, se quedaron las réplicas de Valerio, el murmullo de desconcierto de los demás comensales. Y el sonido de una silla rechinando.

Pero dejé todo atrás en cuanto llegué al vestíbulo. Aquella chica logró dejarme aturdida, no comprendía porque me había hablado de ese modo. Solo se limitó a observarme como si yo fuera el ser más desagradable.

Todos aquellos pensamientos quedaron reducidos a cenizas cuando alguien me cogió del brazo y me detuvo a medio subir la escalera.

Perdí el equilibrio y terminé contra el pecho de Enrico.

—¿Adónde vas? —preguntó con voz grave y autoritaria; aprecié su enfado y también su aroma puro y vibrante.

—A la habitación —contesté alejándome subiendo varios peldaños—. Voy a cambiarme y después me iré.

Enrico se interpuso en mi camino.

—No —gruñó.

—No puedes obligarme a nada. Lo sabes —dije entre dientes.

—No te irás, Sarah.

Quise apartarle, pero él capturó mi muñeca y volvió a estamparme contra su pecho. Luché por soltarme, pero me engañaba a mí misma sino admitía lo mucho que me gustó esa posesión.

—Enrico, suéltame —mascullé, y el obedeció frunciendo los labios y cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

Suspiró

—¿Eso es lo que quieres en realidad, Sarah? —En su voz ya no había rudeza, sino una ligera y extraña incertidumbre.

—Que sabrás tú de lo que quiero —resoplé, esquivándole.

Volvió a cogerme, pero todo fue diferente esta vez. Rodeó mi cintura y tiró de mí con rapidez. Cuando reaccioné, estaba apoyada en la pared con sus labios a solo unos centímetros de los míos y todo su cuerpo pegado a mí. No quedaba espacio entre nosotros.

—Me lo pones muy difícil. —Fue un murmullo erótico, que resbaló lentamente por mi boca y me cortó el aliento. Noté como se contraía mi vientre y como el corazón me latía en la lengua.

—Entonces, deja que me vaya —jadeé.

—No. Podría concederte lo que quisieras, pero no eso. —¿Cómo se suponía que debía reaccionar antes aquello? Fue un tormento continuar erguida.

—¿Por qué? —pregunté sin esperar haberlo dicho en voz alta.

Para mi asombro, Enrico respondió como nunca hubiera esperado.

—No lo sé.

—¿Puedo pedirte lo que quiera? —Torcí el gesto, dudando si la excitación me dejaría hablar—. Cuidado, Enrico, puede que te sorprenda saberlo.

—Tal vez no. —Si esperaba noquearme con aquel comentario, lo consiguió—. Tal vez... quieres lo mismo que yo.

Cerré los ojos un instante, reteniendo las ganas de besarle y saboreando su aliento acelerado. Aquel momento era encantadoramente tenso, una muestra de su evidente sensualidad, pero era una pérdida de tiempo desearle, una forma gratuita de sufrir. Jamás podría tenerle... como deseaba.

—Me quedaré, pero con una condición... —gemí.

—¿Condición?

—Has dicho que podrías concederme lo que quisiera, ¿no? —remarqué—. Quiero que... te mantengas alejado de... mí.

«*Miente mejor, Sarah.*»

Cuando dejé de sentir su cuerpo contra el mío, me inundó una sensación de vacío enorme. Enrico había obedecido, aunque resultaba satisfecho. Su rostro se había truncado y me mostró lo mal que le había sentado que le pidiera aquello.

Vale, ahora venían las malditas preguntas. ¿Cómo debía tomarme su reacción? ¿Qué habría hecho de haberle besado...?

—¿Solo eso? —quiso saber, controlándose al máximo.

Asentí, incapaz de responder.

—Bien... está bien. Lo haré. —Me miró una última vez antes de irse.

Me apoyé en la pared y cerré los ojos reteniendo las ganas de ir tras él.

Que maravilloso que había sido sentir su absoluta cercanía.

CRISTIANNO

Estaba sentado en el bordillo de la baranda de la terraza cuando la puerta de mi habitación se abrió con sigilo. Mauro entró caminando de puntillas y mirando a su alrededor sin saber que yo le observaba.

Sonrió y salió a la terraza. Tiritó en cuanto sintió la fría brisa de la madrugada.

—Deberías ponerte algo y dejar de exhibirte —murmuré al ver que solo llevaba los pantalones de pijama.

—Soy un tipo duro. —Tembló.

—Ya. —Hice una mueca—. Pero los gilipollas también pillan pulmonías

—Vale, papá —dijo con sorna antes de entrar en la habitación y coger una camiseta. Volvió a salir a la terraza y abrió los brazos, sonriente—. ¿Contento? —preguntó alzando las cejas.

Le guiñé un ojo y le extendí el cigarro en cuanto tomó asiento a mí lado. Se recreó dándole una calada.

Miré la ciudad. El mundo seguía su curso mientras nosotros estábamos atrapados en una situación de la que nadie estaba seguro si saldríamos impunes. Ni siquiera sabíamos si algunos vivirían para contarlo.

Mauro me miró, entrecerrando los ojos como hacia siempre que me analizaba. Sabía porque mi primo estaba allí. Era medianoche y no podía soportar esperar a la mañana para hablar conmigo sobre el regreso de Kathia. Pero esperó.

Esperó a que yo decidiera si quería hablar.

Mientras tanto se decantó por otro tipo de conversación y eludir, por el momento, lo que realmente le importaba.

—Tu cuñadita, Paola, la ha vuelto a cagar —resopló, soltando el humo.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Le preguntó a Sarah lo que cobraba por sus...

—¡¿Qué?! —exclamé entre susurros, interrumpiéndole. El balcón de mis padres quedaba al lado y no quería despertarles—. Hija de la gran... Pero ¿cómo coño puede estar mi hermano con esa zorra?

Mauro soltó una sonrisa muy similar a un bufido y se tumbó en el bordillo utilizando el brazo de almohada.

—Porque es rica, porque su padre es el comisario general de la policía de Sicilia y porque los beneficios son acojonantes si hermanamos nuestros clanes casando a tu hermanito con esa... chica —explicó con sorna antes de pasarme el cigarrillo; solo le quedaban unas caladas de vida—. Ya sabes que los Mirelli son una familia muy importante en Italia.

Llevaban tres generaciones dominando la policía de Sicilia. Su estilo de mafia era más toscano —tan solo se limitaban a la extorsión, narcotráfico, armas...—. Nada que ver con lo que nosotros movíamos, pero eran un clan muy influyente. Si nos hermanábamos, los Carusso perderían una importante relación y lograríamos terminar con un asunto que llevaba pendiente cerca de veinticinco años. Una deuda que mi padre tenía con Leo Materazzi, el padre de Enrico.

—Qué más da —repuse, asqueado y pensando en el final que tendría Paola.

Seguramente, se suicidaría cuando viera que su familia lo había perdido todo y que ya no le queda nada. Ella era una mujer muy materialista y no sabía querer. No le importaba nada que no fueran los lujos o las fiestas de derroche y posición. Ni siquiera amaba a su madre. Si no tenía dinero, no querría vivir y para nosotros ese pensamiento significaba una preocupación menos.

—Cristianno, te noto muy espeso. Todo ese rollo de fingir que somos amigos de los Mirelli es por lo que le hicieron a los Materazzi en Milán, ¿recuerdas?

Era cierto, estaba algo espeso.

—Sí, claro que sí —dije pestañeando.

Cogí aire y me tumbé al lado de Mauro.

—Es más, la idea fue prácticamente tuya —añadió.

—Lo sé, pero no creí que Valerio aceptara casarse con Paola.

—La mejor manera de vengarse es desde dentro, ¿no? No creo que a tu hermano le importe mucho casarse. Seguirá viendo a sus amiguitas. Y además, Paola está muy buena, podrá tirársela cuando quiera.

Paola era una tía de metro ochenta, morena y con unos ojos castaños muy traicioneros. Tenía un cuerpo escultural, pero, para mi gusto, le faltaban caderas y le sobraba pecho. Sí, estaba muy buena y podía hacer grandes cosas en la cama, pero dudaba que Valerio hubiera encontrado algo de autenticidad en ella.

Mauro suspiró y se quedó mirando el cielo, pensativo.

—Piensas ir, ¿verdad?

Genial. Conciso, directo, sin espacio para la duda: así era la relación entre mi primo y yo.

Resultaba extraordinario que nos conociéramos tanto.

Me incorporé encogiendo las piernas. Había meditado mucho si ir o no al teatro a ver a Kathia.

—Sí —suspiré y cerré los ojos imaginando como sería volver a tenerla delante.

—Te cubriré.

—¿No piensas decirme que es una locura, ni nada por el estilo? —Entrecerré los ojos esperando un reproche que no llegó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo haría lo mismo en tu lugar. —Mi primo no hablaba con esa rotundidad, a menos que estuviera realmente seguro de lo que iba a decir. Y me dejó bastante sorprendido descubrir que estaba dispuesto a albergar ese tipo de sentimiento por alguien.

KATHIA

Sibila terminó de colocar los alfileres que me ajustaban la falda. Valentino había encargado un vestido de la firma *Costello Tagliapietra* para que yo lo llevara puesto expresamente la noche del sábado en la ópera. Era un atuendo rojo sin escote, que se ceñía a los brazos y a la cintura y exhibía la espalda en toda su plenitud. Sensual, ligero y absolutamente perfecto, si mi madre hubiera acertado con la talla. Por eso llevaba más de tres horas encaramada en aquel taburete, observando cómo Sibila hacia los arreglos y como Valentino me desnudaba con la mirada.

—¡Listo! —Exclamó Sibila alzándose del suelo—. Estás increíble.

—Mucho más que eso —añadió Valentino caminando hacia mí. Olvidando mi repulsa, cogió mi cara entre sus manos—. Brillarás por encima de cualquier mujer. Y te envidiarán, por supuesto.

—No pude esquivar un beso.

Me soltó y se acercó a la mesa para servirse una copa.

—¿Por qué iban a envidiarme? —pregunté, limpiándome la boca.

—Vas conmigo, amor —sonrió e inmediatamente cambió de tema—. Todas las personalidades más importantes de la región asistirán a la toma de cargo de mi padre. Por fin podrá utilizar Roma a su antojo... —comentó orgulloso.

Y yo decidí jugar a tocarle las pelotas. Si de tan buen humor estaba, lo soportaría. Así que sonreí y entrecerré los ojos, mirándole de arriba abajo y encargándome de poner una mueca indescifrable para él. Culminé mordiéndome el labio.

—Me pregunto entonces porque me has encerrado aquí si sabías que terminaríamos volviendo a Roma días después. —Incluso yo me sorprendí de la frialdad y el veneno que llevaban mis palabras. A Valentino se le resecaron los labios y bebió sediento de su copa mientras yo recogía mi falda y bajaba del taburete—. Que pérdida más lamentable de tiempo. Sobre todo porque has logrado que te odie aún más.

Esperé a que él reaccionara, y no se demoró mucho tiempo. Se acercó a mí, me empujó contra su pecho y soltó un ronquido de excitación.

—No te esfuerces, Kathia. Me calientas del mismo modo cuando eres insolente.

Mostré los dientes al reconocer que quería mi boca.

—Cuidado, puedes perder el labio en el proceso —masculé.

—Probemos, entonces. —Soltó una sonrisita—. Tal vez me guste.

Sibila carraspeó evitando el contacto.

—Tenemos que elegir un peinado, señor Bianchi. Así que, si quiere que vaya espléndida, tendrá que dejarnos a solas, ¿comprende? —Plantó a Valentino severa e incisiva. Le sonreí cuando Valentino se alejó de mí a regañadientes.

—Suelto —masculé.

—¿Cómo dice? —preguntó Sibila.

—Quiero que lo lleve suelto. Que le repose en las caderas. Así no tendré que preocuparme en soltárselo cuando la lleve a la cama. —Se aseguró que su comentario nos aplastara antes de irse.

Cada una de sus palabras llevaba implícita una promesa. No pospondría por más tiempo hacerme suya y le daría igual que fuera forzado. Comprendí que eso era exactamente lo que Valentino había estado esperando. De algún modo, haberlo hecho en Pomezia no tenía trascendencia. Prefería saber que Cristianno estaba al alcance de descubrirlo o incluso de ser testigo de ello.

Exhalé... y cerré los ojos, negando.

Temí regresar a Roma.

SARAH

Tanta tranquilidad durante el día, me tenía espléndidamente agotada. Supongo que se debía a

que no estaba acostumbrada a ello.

Por la mañana, obligué a Cristianno a desayunar conmigo. No había pegado ojo y un café caliente le sentó bastante bien. Después, me vi arrastrada a una divertida competición de billar que duró cerca de tres horas y que, por supuesto, perdí. Mauro era muy habilidoso y Cristianno demasiado tramposo —las bolas rayadas desaparecían misteriosamente—. Más tarde, conocí al resto de sus amigos: Eric, Alex y Daniela. Y sin darnos cuenta, pasamos el día juntos. Estuve hablando horas con Daniela mientras los chicos lo hacían entre ellos. Me lo contó todo: desde cómo se conocieron Kathia y Cristianno, hasta la muerte de Luca hacía apenas dos días.

Con todo..., no dejé de pensar en Enrico. Me arrepentía muchísimo de haberle dicho que se alejara de mí, pero más me dolió que lo cumpliera. No había aparecido en todo el día por el Edificio y, si lo hizo, no se dejó ver. En ocasiones, me costó horrores disimular las miradas hacia la puerta del piso, esperando que apareciera. Cristianno pudo darse cuenta.

Ya había caído la madrugada cuando decidí bajar a tomar un té. No me apetecía dormir todavía. Sabía que soñaría con él y aún no estaba preparada. Pero aunque quise ir hasta la cocina, apenas crucé el salón.

Una ráfaga nocturna vino de la mano de un sonido distante. Todo provino de la biblioteca. Me asomé con cautela y vi como las cortinas ondeaban por el aire. Me adentré con la idea de cerrar las ventanas, pero me detuve en cuanto le vi. Enrico estaba sentado junto al cenador de la terraza, cabizbajo con los codos apoyados en las rodillas.

Salté hacia atrás, precipitada y con el corazón amenazando con salirseme. Maldita sea, incluso estuve a punto de caerme al suelo al toparme con la esquina de una mesita de café.

¿Cómo no me había dado cuenta de su presencia? ¿Cuánto tiempo llevaría en el Edificio? ¿Cómo pude pedirle que se alejara de mí...?

Contuve el aire y decidí acercarme a él. Ahora que había recapacitado, Enrico merecía unas disculpas por mi comportamiento injusto la noche anterior. Pero conforme me acercaba, supe que... jamás podría ser su amiga. Por mucho que lo intentara, le deseaba demasiado.

—Hola —susurré. Ni siquiera me di cuenta de cómo había llegado hasta él.

Enrico me miró con una expresión a medio camino entre la confusión y la satisfacción.

—Hola —dijo, enloquecedoramente lento.

Sus labios se quedaron entreabiertos e hicieron una mueca de lo más insinuante. Irremediablemente, pensé en cómo sería el tacto de su boca sobre la mía.

Mantuvo la mirada al frente mientras yo tomaba asiento a su lado, y unió sus manos entrelazando los dedos un tanto nervioso. Me gustó poder percibirlo.

—Dijiste que me alejara de ti. —Soltó, de pronto, algo ronco.

Esas palabras me atravesaron y volví a maldecirme por haberlas dicho. Clavó sus ojos en los míos. Esperaba una contestación y la quería cara a cara. Así que alcé el mentón y me envalentoné, respondiendo a sus miradas.

—Mentí.

Tardó unos segundos en reaccionar ante la rotundidad de mi voz, pero después sonrió satisfecho. Exhalé al tiempo en que sentía un inmenso calor expandirse por mis mejillas. Genial, acaba de ruborizarme, y a Enrico le gustó. Lo que intensificó aún más mi sonrojo.

Agaché la cabeza y volví a toparme con el anillo. Enrico se dio cuenta y escondió la mano.

—¿Dónde está? —pregunté—. Quiero decir... tú... esposa.

—Portofino —contestó.

—¿No está en Roma? —Fruncí el ceño.

—No.

—Pero...

—Hace dos semanas —me interrumpió—, los Carusso descubrieron que Kathia y Cristianno estaban en el aeródromo de los Gabbana, para dejar la ciudad juntos —explicó y yo

inmediatamente reconocí la historia. Daniela me la había contado esa tarde y no había parado de mirar a Cristianno de reojo, imaginándomelo en aquella situación—. Se plantaron allí y los amenazaron de muerte, pero Silvano llegó a tiempo gracias a la llamada que hice. Sirvió para salvarles la vida a los dos, pero poco más. Marcello, un primo de Kathia, se abalanzó a por ella impidiendo que escapara. No sé cómo, Kathia logró liberarse y se vio obligada a matarle. —Cerré los ojos. Kathia solo tenía diecisiete años y había tenido que matar para conservar su vida—. Por eso Marzia, mi mujer, está en Portofino y no aquí.

Esperé unos segundos antes de hablar. Ya había escuchado esa parte, pero incluso más me impactó escucharla de sus labios.

—Supongo que perder a un familiar es demasiado duro...

—Era su amante, Sarah —corrigió Enrico—. Llevaban dos años juntos.

Bien, aquello si era una sorpresa. Le miré conmocionada con la confesión.

—¿Qué? No pueden, son familia

—Como si eso importara —suspiró Enrico, levantándose del asiento.

Me dio la espalda y se atusó el cabello con las dos manos. Sé que no era el momento, que la conversación que estábamos manteniendo no dejaba lugar a las reflexiones sobre la apariencia física de Enrico, pero no puede evitar observarle con deseo. Esa noche también llevaba traje, al menos, el pantalón. La camisa se le ceñía a la cintura y marcaba notablemente la línea de sus hombros y brazos. No podía creer que su mujer, esa tal Marzia, pudiera serle infiel.

—Y tú lo sabías —murmuré, más para mí que para él.

—Por supuesto —añadió.

—¡Pero es tu mujer! —Exclamé, levantándome.

Enrico se giró y me miró, curioso. No esperaba esa reacción en mí y mucho menos descubrir que me había molestado. Sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos.

—Ya te dije que eso no significa que la quiera. —Se acercó, caminando lento—. Mira, Sarah, tú no lo entenderías, pero cuando perteneces a la mafia hay cosas que superan al amor, cosas mucho más importantes. No te detienes a pensar en lo que hace tu mujer... Ni siquiera piensas en las carencias que eso conlleva.

—¿Mucho más importantes que casarte con alguien que no quieres? —Protesté consciente de su cercanía—. ¡Por Dios, estamos hablando de matrimonio! —Negó con la cabeza.

—No me importa, Sarah. Para mí no es más que... —Se contuvo y me dejó con la incertidumbre de saber lo que iba a decir.

—¿Qué? —le insté.

—Es difícil...

—Tus secretos... —murmuré cabizbaja, recordando la conversación que tuvimos en el jet, antes de aterrizar en Roma.

Sin esperarlo, apoyó su frente en la mía y subió sus dedos por mis brazos, hasta detenerse en los codos. En un principio, me tensé. No esperé que me acariciara en un momento como aquel, pero, poco a poco, me abandoné al calor de sus dedos. Enrico tenía un efecto narcótico sobre mí.

—Te estás acercando peligrosamente a mí, Sarah. —El susurro me acarició las mejillas—. Ven conmigo.

No encendió las luces cuando entramos, recordando que yo prefería la oscuridad. Sonreí, observando cómo se movía preciso hasta llegar a una estantería. Manipuló algo y segundos después sonó una melodía que inundó toda la sala. Miró al techo con los ojos cerrados y se impregnó de la delicadeza de aquella pieza. Me maravilló observar sus movimientos.

Fue hasta la puerta, la cerró y volvió a mí. Tanta intimidad me abrumó y no supe cómo responder hasta que me extendió la mano. La tomé y dejé que me acercara a su pecho. Rodeó mi cintura, colando una de sus piernas entre las mías, y comenzó a moverse lentamente al

ritmo de la música.

Me esforcé en mantener la calma. Pero estaba tan concentrada en ello, que le pisé los pies.

—Lo siento —siseé, avergonzada.

—No —sonrió Enrico. Se aferró más a mi cintura y dijo—: Comencemos de nuevo.

Cerré los ojos y me concentré en el sonido de su respiración, lenta y armónica. Apoyé la mejilla en su hombro y dejé que sus manos me transportaran lejos. Me estremecí cuando noté sus labios acariciando mi cabello.

—Es una música preciosa...

—Alexander Desplat, *Sunrise on Lake Pontchartrain* —murmuró, aún pegado a mi cabello—. Es un compositor francés de música cinematográfica.

—Te gustan las bandas sonoras —dije, orgullosa de saber algo de él.

—Ya sabes uno de mis secretos. —Se estaba sincerando, por eso estábamos bailando, rodeados de libros y un viento frío que no sentía.

Nunca creí que llegaría a experimentar tales emociones. Y mucho menos albergar deseos por un hombre. Considerando la vida que había llevado, eso era impensable. Pero Enrico no era como los demás. Él no me estaba obligando a nada que yo no quisiera hacer y no me había juzgado. No me miraba como a un objeto, simplemente... me miraba. Puede que terminara haciéndome daño amarle, pero me quedaría con ese momento.

Enrico se detuvo paulatinamente, buscó mi mirada y acercó una mano a mi mejilla. Me acarició, apartando un mechón de pelo y enroscándolo tras la oreja. Sus dedos perfilaron mi mandíbula y fueron a parar a la curva de mi cuello.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —murmuró muy bajo.

Contuve una exclamación y tragué saliva con descaro. Pero me olvidé de avergonzarme cuando sus pupilas centellearon. Rozó mi nariz con la suya y entreabrió sus labios. Estuve tan cerca de sentirlo que noté hasta un escalofrío.

Pero fue un espejismo.

Ese beso no llegó.

Enrico exhaló y se alejó de mí. La distancia me dejó aturdida y sentí ese frío que segundos antes no percibía.

—Tengo que irme —dijo un instante antes de salir de la biblioteca.

Me dejó a solas, con la música sonando de fondo y la oscuridad consumiéndome.

SARAH

Al día siguiente, Graciella y Patrizia me convencieron para salir a hacer unas compras y cenar fuera. No me apetecía y el día encapotado tampoco acompañaba, pero me vi incapaz de negarme. Lo hacían por mí, porque me había pasado las últimas horas deambulando por el piso callada, sin dejar de pensar en lo cerca que estuvo Enrico de besarme y en lo decepcionante que fue verle marchar.

Conforme estaban las cosas en el Edificio, con la horrible muerte de Fabio Gabbana reciente y la traición de un importante aliado de la familia, como lo habían sido los Carusso, salir a pasear y aparentar normalidad era bastante insensato.

Pero aquellas mujeres podían presumir de saber leer los pensamientos de las personas, y el mío no se les había escapado. Decidieron que lo mejor era que nos diera el aire.

—Si sigues callada —comenzó Patrizia—, tendré que sacarte las palabras a tirones, niña.

Sonreí mientras Graciella saboreaba un Martini blanco. Alzó la cabeza, miró a su cuñada, risueña, y le guiñó un ojo.

—No pasa nada, Patrizia, en serio —dije—. Es solo que... estoy algo... cansada.

—¡Ay, no querida! Nada de mentiras —protestó Graciella—. No las soporto.

—¡No estoy mintiendo! —exclamé. Sí, estaba mintiendo, y mucho.

Ambas me miraron, incrédulas.

—Porque no nos hablas de él... —se aventuró Patrizia, y yo me declaré en cuanto tragué saliva.

«*Genial.*»

Regresé a la biblioteca y al momento en que su aliento rebotó entrecortado en mis labios...

Me arrepentí de suspirar al ver que las mujeres sonreían con una malicia divertida. Ellas sabían que había algo entre Enrico y yo, era una tontería retrasar esa conversación.

—Porque si lo digo en voz alta, entonces será mucho más real... —admití cabizbaja—... Y es una historia imposible.

Patrizia Nesta puso los ojos en blanco. Me había dado cuenta de que para ella las cosas imposibles no existían. Era una mujer de carácter, segura de sí misma y de sus tremendas posibilidades. Le molestaba que los demás vieran improbable lo que para ella no lo era.

Pero no fue Patrizia la que habló.

—No la quiere, Sarah. —Interrumpió Graciella antes de mirarme categórica. Tuve un espasmo al verla tan seria, y su cuñada le siguió—. Conozco a ese muchacho desde que nació. Le he criado, prácticamente es mi hijo, y le conozco.

—¿Qué pretendes decirme, Graciella? —pregunté agarrotada.

—Nada. No disfrazo mis palabras, Sarah. —Se tomó unos segundos para sorber de su copa, volver a dejarla en la mesa y hacer un gesto de absoluto control sobre lo que decía—. Ahora haz lo que te plazca con ellas.

Negué con la cabeza, repentinamente abrumada. No podía llegar a la vida de Enrico y perturbársela con mi deseo por él.

—Esto no funcionará... —Confirmé mis sentimientos.

—Permite que él también decida... —medió Patrizia, acariciando mi mano.

Una hora más tarde, salimos del restaurante. Tras aquella conversación no volvimos a mencionar a Enrico. Me sentía muy cansada y confundida con todo lo que me estaba pasando.

La lluvia interrumpió nuestro regreso a la altura de la Piazza Colonna, pero decidimos continuar a pie, ya que el Edificio quedaba a solo unas calles de allí.

Entonces, me detuve hipnotizada por la estatua de San Pablo coronando la columna de Marco Aurelio. La observé dibujándose entre la niebla, impune al agua que le caía encima. Qué imagen más maravillosa.

—¡Sarah! ¡Vamos! —gritó Graciella a unos metros de mí.

Pero no me moví. La hoja afilada de un cuchillo acariciaba mi garganta. Un brazo enorme me rodeo el torso, oprimiendo mi pecho. Me empujó hasta que mi espalda quedó pegada a su cuerpo y después se acercó a mi pelo y absorbió el aroma con fuerza.

—Si te mueves, te abriré la garganta. —Aquel ronroneo... Le distinguí.

—Vladimir.

—Me encanta como pronuncias mi nombre —alardeó.

Dios mío... Mesut Gayir me había encontrado.

—Sarah, Sarah... eres muy escurridiza, ¿lo sabías? —Escuché su perversa sonrisa antes de verle. Se me heló la sangre y el miedo comenzó a amontonarse en mi boca. Rogué que las Gabbana hubieran optado por seguir caminado.

—Querida, estás increíble. —Fue sincero.

—¡¿Quién demonios eres?! —gritó Graciella, y mi fuero interno maldijo—. ¡Quítale las manos de encima, malnacido!

Mierda. Graciella no sabía que con aquella intervención complicaba las cosas. Con ellas de por medio, toda mi concentración estaba en protegerlas. No quería ni pensar en la posibilidad de que pudiera pasarles algo.

Mesut las miró a ambas, deleitándose un poco con la apariencia de Patrizia, que curiosamente le sacaba casi una cabeza.

—Cogedlas, a las tres —ordenó, lo que significa que no dejaría títere con cabeza.

—¡¡¡No!!! ¡¡¡No, por favor!!! —Chillé, revolviéndome entre los brazos de Vladimir, aun a sabiendas que podría rebanarme el cuello—. ¡Mesut, ellas no tienen nada que ver! ¡Deja que se vaya!

—Me encanta que supliques. —Acarició mi mentó—, estás tan... sexy.

—Por favor, Mesut. Haré lo que quieras, lo juro —rogué con los ojos empañados. Vi de soslayo que dos tipos inmovilizaban a Graciella y Patrizia por los brazos.

—¿Lo juras? —Ladeó la cabeza.

Una ráfaga de viento me mojó la cara cuando asentí. Ni siquiera era consciente de que respiraba, lo único que quería era poner a salvo a las Gabbana. Pero, sorprendentemente, ellas estaban más preocupadas por mí que por su integridad.

—Por qué será que no te creo, Sarita —susurró Mesut, malévolo—. Si me las llevo conmigo, me aseguraré de que los Gabbana acepten un encuentro.

—Siempre puedes utilizarlas de mensajeras —sugerí. Algo que le sentó fatal a la madre de Cristiano—. Podrían darle el mensaje al Gabbana que tú quisieras.

Mesut alzó una ceja. Le había convencido.

—Eres lista, Sarah. —Mantuvo mi mirada hasta que logró que se la retirara—. Bien, que se vayan. Informaréis a Silvano; decidle que quiero verle. Él sabrá qué lugar he escogido. ¡Ah, lo olvidaba! Que Enrico asista. Después de todo, él fue quien te sacó de Tokio, ¿no es así?

Su nombre me atravesó, llenándome de desesperación. Habría dado cualquier cosa por poder lanzarme a Mesut y arrancarle el corazón con mis propias manos, pero ni siquiera me planteé la opción con un cuchillo en la garganta. Debía mantener la calma para que Mesut no descubriera que Enrico era mi punto débil. Me aniquilaría a través de él y, seguramente, me obligaría a ser testigo de las torturas.

De repente, Graciella se abalanzó hacia el turco y le plantó cara.

—¿Por qué deberíamos informar a mi esposo? —quiso saber.

—¿Prefieres que me reúna con tu hijito, Cristiano? —Atacó Mesut—. ¡Por mí genial!

No, Cristiano no, por favor.

—Mire, gusano, nadie, absolutamente nadie, amenaza a los míos delante de mis narices —masculló entre dientes.

Él soltó una carcajada y miró a sus hombres.

—Tiene pelotas, la anciana. ¡Cuidado señora! Siempre puedo cambiar de idea. Podría cortarla en trocitos, meterla en una caja de zapatos y entregársela a su querido marido.

Graciella ni se inmutó al escuchar aquello. En cambio, yo casi pierdo el conocimiento. Mesut era capaz de eso y más.

—¡Basta, Mesut! —grité y miré a Patrizia.

—No le tengo miedo —protestó Graciella.

—Informaremos a Silvano —intervino su cuñada sin dejar de mirarme. Había captado mi mensaje y supo que si no optaban por marcharse, ninguna tendría una oportunidad.

—Buena chica. —Le sonrió Mesut.

—No sabes dónde te has metido —dijo ella, arrogante—. O puede que sí...

—La idea de pasarme toda la noche hablando bajo la lluvia me resulta de lo más tentadora, pero quiero zanjar este problemilla lo antes posible, encanto —inquirió Mesut—. *Ciao*, bellas. Se dice así, ¿no?

Las dos mujeres se quedaron mirándome mientras Vladimir me arrastraba hacia un callejón. Nugué con la cabeza para transmitirles un sosiego que no tenía.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Primero, quiero hablar cara a cara con Enrico Materazzi —dijo Mesut, estampándome contra la pared.

Si a Enrico le sucedía algo...

—No te acerques a él —espeté temerosa, y enseguida me arrepentí. Si no media con cautela mis palabras, mi muerte sería más espantosa.

Pero dejé de pensar en mi integridad en cuanto le entrecerré los ojos, analizándome, llenándose de toda la información que albergaba mi cabeza... y corazón.

—Que romántico —me susurró al oído—. Que rápido ha logrado que le ames.

Tragué saliva e intenté evitar su mirada, pero Mesut me capturó del cuello y apretó conteniendo las ansias de matarme allí mismo. Ambos supimos que se deleitaría con mi dolor, pero que aquel no sería mi final.

—Pongo en duda que un hombre como Enrico Materazzi pierda el tiempo con una fulana como tú —paladeó entre jadeos. Aquello empezaba a excitarle—. A menos, claro, que te quiera en su cama.

Contuve un gemido y cerré los ojos. Había intentado esconderle mis sentimientos y fracasé. Había intentado proteger a Enrico y también fracasé. Solo me quedaba rendirme a la evidencia y rezar porque él fuera mucho más listo que yo y pudiera huir del turco.

No vi venir la agresión y me desorienté al reconocer que el cuerpo de Mesut había evitado la caída al suelo. Me ardía la cara y noté como una extraña humedad me recorría la barbilla. Creí que era saliva hasta que saboreé la sangre.

Mesut no se detuvo ahí. Se alejó de mí y me dio un rodillazo en el estómago. Esta vez sí caí, y aprovechó para darme una patada que me dejó noqueada. Se arrodilló a mí lado, me cogió del pelo y tiró.

—Esta noche morirás.

CRISTIANNNO

Abrí los ojos de golpe cuando mi hermano Diego entró en la habitación, histérico, dando golpes y encendiendo la luz. Me incorporé de súbito con una buena retahíla de improperios que soltarle, pero, recapacitando, que entrara fue lo mejor que pudo pasarme. Apenas hacía una hora que me había acostado, urgido por dormir un rato, pero no logré más que dar tumbos en la cama.

—¿Qué pasa? —pregunté, levantándome.

Diego me lanzó varias prendas de ropa y yo obedecí a su exigencia tácita vistiéndome deprisa.

—Mesut ha raptado a Sarah. Mamá y tía Patrizia estaban con ella. —Su laconismo lo dijo todo.

—¿Qué?! ¿Dónde están? —Casi grité.

—Tranquilo, están bien. Están abajo con la abuela.

Entrecerré los ojos y apreté la mandíbula estrujando el jersey con mis manos. Ese hijo de puta se había atrevido a amenazar a mi madre y a mi tía y había secuestrado a Sarah. Más le valía disfrutar de aquello, porque sería su última noche.

Introduje los brazos en las mangas del jersey mientras me dirigía al ropero.

—Has adelgazado, que lo sepas —dijo mi hermano, atento a mi vientre. Enseguida lo cubrí con la tela.

—¿Y qué importa? —Cogí mi arma y varios cargadores. Con ese hombre, nunca se sabía lo que podía ocurrir y era mejor ir precavido—. ¿Se sabe algo de Sarah? ¿Le han hecho daño o no?

—Lo único que sé es que está en *Eternia*. Papá ha recibido una llamada de Luigi y le ha dicho que Mesut nos espera en una de las salas VIP.

Mierda. Tratándose de un jueves, la discoteca estaría a tope de universitarios y turistas. Aquello sería un caos si las cosas se ponían feas.

—Tiene especial interés en hablar con Enrico —añadió.

Claro que lo tenía, Enrico fue la persona que sacó a Sarah de Tokio. Me pregunté cómo habría reaccionado él antes el problema; estaba claro que entre Enrico y Sarah había algo.

—¿Dónde está?

—Va de camino con papá, Emilio y nuestros hombres —dijo mientras salíamos al pasillo—. No podemos arriesgarnos a un tiroteo con el local abarrotado de gente. Ya hemos advertido a Luigi y tiene a sus chicos preparados. La zona VIP está despejada de civiles.

—Bien. Solo espero que las cosas no se compliquen. No me gustaría poner a Sarah en peligro.

Mauro esperaba en el garaje, apoyado en su *Audi R8* rojo con los brazos cruzados sobre el pecho y con una sonrisa maliciosa.

—¿Listo para la juerga? —bromeó porque aquel era el mejor modo de no perder la calma.

—Por supuesto, compañero.

—Iré tras de ti —dijo.

Él fue el primero en salir.

* * *

Bajé las escaleras de la discoteca esquivando a la gente que se agolpaba enloquecida con Marilyn Manson y su *Tainted love*. Era extraño que se escuchara aquel tipo de música en nuestro local, pero Luigi (el encargado) solía organizar alguna que otra fiesta oscura, como él decía, para animar al público gótico. A su parecer, esas canciones provocaban y excitaban a la gente; los pervertía, por así decirlo. Así consumían más. Sonreí para mis adentros al recordar cómo me lo explicaba. El tío era un loco libidinoso y satánico.

Era casi imposible avanzar entre tantos cuerpos frotándose unos con otros; puede que Luigi, después de todo, tuviera razón. Tanta que hasta mi primo cayó en sus redes.

—¡Oh, nena! Si sigues así, me veré obligado a hacértelo ahí mismo —dijo, acercándose a la chica.

—¿En serio? Mmm... —jadeó ella.

—Vale, tú lo has querido.

Una vez más se dejaba atrapar por una bailarina. Esta vez, mucho más atractiva, exuberante y algo más desnuda. La chica se agachó, abrió sus piernas y volvió a subir colocándole a Mauro el trasero en la boca. Este cerró los ojos, excitado. Después, la cogió y la obligó a acercarse a él. Ella se tumbó en la tarima y tiró de mi primo.

Arqueé las cejas en cuanto vi cómo se comían la boca el uno al otro.

—¿Pero qué coño está haciendo?! —exclamó mi hermano al ver a su primo.

—Me cago en la puta —murmuré decidido a acercarme antes de que lo hiciera Diego. Besar a esa chica habría sido lo último que haría en la vida.

Mauro bufó y tragó saliva mientras un grupito de chicas me miraba, ansiosas y parlotando entre ellas.

«*Genial*», pensé devolviéndoles la mirada, irritado.

—Nena, dame un rato —jadeó Mauro, enrojecido.

—Me reservaré para ti, amor —susurró la bailarina dándole un beso en la boca.

Se resistió a marcharse, pero terminó siguiéndome. No obstante, consiguió terminar de crisparme los nervios con sus suspiros de lobo en celo.

—Dios, se lo habría hecho ahí mismo —dijo en cuanto llegamos a la pista principal, en el piso inferior.

—Macho, corta el rollo —protestó Diego.

Pero no presté atención. Era demasiado extraño que me sintiera tan incómodo estando en mi territorio y bajo la atención de todas aquellas chicas. Ellas listas para ofrecerme sus atributos, para dejarme hacer sin tapujos. Yo obsesionado con el recuerdo de la noche en que Kathia piso aquella pista, vestida de azul y poniéndome condenadamente difícil mantener mi cuerpo estable.

Volví a la realidad.

—¿Pero qué culpa tengo yo que no te comas una rosca? —continuó Mauro.

—¿Y tú que mierda sabes? —protestó Diego.

—¿Enserio? ¿Tengo una nueva prima?

—Joder, queréis cerrar la boca —me quejé.

Entramos en el pasillo de los reservados VIP. Uno de los guardias de seguridad que vigilaba se acercó a nosotros con semblante serio. Asintió con la cabeza y sonrió de medio lado, lo que significaba que, allí dentro, la fiesta estaba a punto de empezar.

SARAH

Hacía frío dentro de aquella furgoneta.

Una gota de sudor resbaló de mi frente provocándome un escozor insoportable en las heridas de la cara. Estaba amordazada con cinta adhesiva y me costaba respirar. Cada vez que lo hacía, sentía una punzada de dolor en el pecho. Mesut se había deleitado soltando patadas.

Intenté tumbarme en el suelo, pero la atadura de las piernas me apretaba y convertían la postura en una tortura. Así que me quedé quieta con las piernas encogidas.

Apoyé la cabeza en las rodillas y volví a llorar. Aquello era agónico. Yo ya sabía que iba a morir de la peor forma, ¿por qué retrasar el momento?

Cogí aire dolorosamente y cerré los ojos deseando que todo terminara.

CRISTIANNINO

—Habéis ayudado a escapar a alguien que me pertenece. —Le oí decir a Mesut antes de abrir la puerta del reservado—. Solo vengo a reclamar.

En aquella habitación estaba mi padre con Enrico y Emilio acompañados de la turbadora presencia del turco Mesut Gayir y sus cuatro hombres.

Mesut pretendió intimidarme al mirarme con aquellos ojos negros, pero yo preferí torcer el gesto y disfrutar de la sonrisa orgullosa de mi padre. Después, le mostré los dientes al turco. Ese sería el único saludo que recibiría de mí.

Enrico y su tensa postura captaron mi atención. Su mirada colérica preguntaba a gritos por Sarah.

—No me gusta que toquen lo que es mío, Silvano —continuó Mesut, desviando lentamente la mirada hacia Enrico—, y uno de tus hombres no solo lo tocó, sino que se lo llevó consigo.

Mi hermano adoptivo dio un paso hacia adelante soltando un sonido gutural. Le detuve sosteniendo su mano. Tomó aire, cerró las manos en un puño y agachó la cabeza. Calculaba cada uno de los movimientos que ejecutaría antes de matar.

Le solté, me acerqué a la mesa y me apoyé en ella, justo frente a Mesut. Este evitó no perder los nervios, porque sabía que con mi presencia, la conversación no duraría demasiado.

—¿Dónde está Sarah? —mascullé.

—Vaya, ¡te dijo su nombre real! —Se acercó a mí—. Entiendo así que tú fuiste su primer salvador, ¿no?

—¿Te resulta un problema?

Asintió con la cabeza dándome la respuesta. Segundos después, guardó sus manos en los bolsillos del pantalón de su impecable traje y jugó conmigo a las miradas amenazantes.

—No se puede jugar con el dinero de los demás —canturreó.

—Hablamos de una persona —protesté.

—Bueno, esta noche dejará de serlo.

—¿Qué quieres decir? —Intervino Mauro—. No se te ocurra ponerle una mano encima.

—¡Es de mi propiedad, Gabbana! —gritó dando un golpe en la mesa antes de levantarse.

Enrico me apartó de un empujón, se lanzó a por él y lo estampó contra la pared aprisionando su cuello con el antebrazo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡¿Dónde está?! —chilló.

—¡Enrico! Tranquilízate, hijo —ordenó mi padre, colocando una mano en su hombro.

Con aquel gesto bastaría para que Enrico volviera en sí, pero tendrían que pasar un par de horas antes de volver a la normalidad. Pocas veces le habíamos visto tan descontrolado. Por eso su actitud sorprendió tanto.

Mesut comenzó a reír, recolocándose el traje.

—Vaya, así que es recíproco. ¡Qué divertido! —Aplaudió dejándonos extrañados.

—¿De qué hablas? —Ni siquiera pregunté.

—Sarah está locamente enamorada de ti —dijo ignorándose. Prefirió contemplar la reacción atormentada de Enrico—. Es una lástima que este romance dure tan poco. Aunque, bien mirado, ahora tendrá a alguien que llore su muerte.

Mi padre se interpuso empujando suavemente a Enrico tras él. Si no les hubiera conocido, habría creído que se trataba de un gesto protector, pero no era así. Enrico le miró y pestañeó, afirmando que había entendido la señal.

—¡Oh, vamos! —Exclamó Mesut de mala gana—. ¿Los italianos siempre sois tan metódicos? ¿Creéis que no me estoy dando cuenta de cómo os estáis organizando?

Mi padre soltó una risotada e incitó a todos a que riéramos. Mala señal tratándose de la mafia. La tensión se marcó en el rostro del turco y enseguida comprendió que no vería la siguiente

hora reflejada en su reloj.

—Es curioso, Mesut —comenzó a decir mi padre—; has amenazado a mi esposa, a mi cuñada y también a mi querida invitada sin prestar atención a las carencias que tienes.

Mesut tragó saliva, la frente comenzó a sudarle y se percibía miedo a través de su respiración.

—¿Debo tener miedo?

—¿No lo tienes ya? —añadí, sonriendo de medio lado.

Después miré a Enrico. Este estaba concentrado en la forma que tendría de saltar sobre Mesut.

—Podrías redimirte diciéndonos donde está Sarah —sugirió mi padre, dándole la espalda.

—Podriéndose bajo tierra.

—Mala elección para tratarse de tus últimas palabras. —Enrico se encargó de que Mesut muriera con los ojos abiertos.

Sus secuaces soltaron las armas y levantaron las manos. Ni siquiera fue necesario sacar las armas.

—¿Quiere ser el primero en responder? —pregunté concentrando en el rubio de dos metros que se mantenía firme y me retaba con la mirada. Supe que él había sido el único que entendía mi idioma.

—Vamos, dímelo. —Ladeé la cabeza acercándome a él—. ¡Habla!

Pero no dijo nada... Hasta que Enrico se lanzó a por él y aplastó su cara contra la mesa. Presionó la pistola contra la cabeza del esbirro.

—Deshaceros de los demás —ordenó Enrico mientras mi padre volvía a tomar asiento. Mauro le siguió cuando Emilio y Diego se llevaron a los otros hombres fuera del reservado.

—Ahora, dime donde está la chica —repitió Enrico.

—Calle... furgoneta —tartamudeó el rubio.

La sangre salpicó con timidez el jersey claro de Mauro, llenándole el hombro de motitas rojas. Mi primo frunció el ceño, se miró y resopló mirando a Enrico. Mi padre soltó una carcajada que inundó la habitación.

A Mauro, en cambio, no le hizo tanta gracia.

—Coño, era un jersey de *Christian Dior* de más de seiscientos pavos, compañero. —Pero Enrico ya había salido por la puerta y yo tras él—. Y, encima, he quedado con esa bailarina, joder.

SARAH

Ahugué un gemido al escuchar varios disparos. La cerradura de la puerta de la furgoneta reventó y golpeteó el zócalo antes de que alguien la abriera de golpe. Un grito se quedó atrapado en mi garganta cuando apareció Enrico con los ojos cargados de exasperación.

Rompí a llorar, desesperada, revolviéndome entre las ataduras y gimoteando su nombre tras la cinta adhesiva. Necesitaba con muchísima urgencia que me liberara y me abrazara hasta perder el juicio.

Él tiró la pistola al suelo, se impulsó dentro y corrió hacia mí. Fue entonces cuando descubrí que Cristianno había venido con él, igual de ansioso y preocupado. Las lágrimas apenas me dejaron verles juntos. Volví a arriesgarse de nuevo por salvarme.

Empezaron desatando mis pies. Después, Enrico se hincó de rodillas en el suelo, tiró de mi cintura llevándome a su regazo y se encargó de liberar mis brazos con impaciencia. Pude agarrarme a sus hombros y notar la tensión en sus músculos al rodearme, pero apenas saboreé su abrazo. Me alejé frenético, arrancó la cinta de mi boca y cogió mi cara entre sus manos.

CRISTIANNO

—¡¿Estás bien?! ¡Dímelo! —Exclamó Enrico.

Sarah asintió, ignorando el hilo de sangre seca que iba de la comisura de sus labios a la barbilla. Tenía el cabello enmarañado, media cara inflamada y varios rasguños en las mejillas. Un enorme moratón oscuro ocupaba parte de su boca. No quise ni imaginar cómo se lo había

hecho, pero mi mente ya había recogido suficiente información y voló. Apreté los dientes, furioso por no haber evitado aquello a tiempo. Mesut ya estaba muerto, jamás volvería a hacerle daño, pero Sarah había tenido que sufrir y eso era lo que más odiaba.

Todos mis pensamientos enmudecieron al percibir la intensidad de la escena. Enrico parecía a punto de estallar.

—¿Qué te han hecho? —murmuró Enrico analizando el rostro de Sarah.

—Estoy bien —sollozó ella acariciándole.

Enrico cerró los ojos al notar las manos de Sarah y enseguida se aferró a ella. Supe que en aquel momento ambos habían pisado un terreno del que jamás podrían salir. Esa forma frenética que tuvieron de abrazarse, se deshizo de todo lo demás.

Me apoyé en la pared de la furgoneta observándoles fijamente. Debería haberles dejado solos, haberme marchado de allí en cuanto les vi abrazarse, pero no podía ni moverme. Ni siquiera podía respirar. El oxígeno no entraba en mis pulmones.

Recordé la primera vez que abracé a Kathia. La sensación única que experimenté al sentir su corazón latiendo contra mi pecho. Su aroma envolviéndome, sus labios rozando mi cuello. La necesité tanto que casi creí vernos reflejados en Sarah y Enrico.

Salí de allí, y deambulé hasta que el sol decidió rayar el horizonte.

KATHIA

No creí que regresar Roma iba a ser tan duro. Estando en Pomezia, había recreado una y mil veces ese momento y eso me confortaba. La alegría era tan desbordante que no me había parado a pensar en que nada cambiaría. Seguiría sin ver a Cristianno y privada de libertad, solo que en distinto escenario.

En realidad, no tenía sentido regresar. Podríamos asistir al acto de Adriano Bianchi y estar de regreso en Pomezia al día siguiente. Se lo había dejado entrever a Valentino y él no mencionó una palabra, pero no caí en la cuenta de que su sonrisa me había respondido. No se trataba de volver a Roma, sino de provocar. Me querían en la ciudad para demostrarle a Cristianno que ellos estaban por encima de cualquier Gabbana y que lo tenían todo controlado. Me hundí en el asiento y me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta sentir el dolor. No quería demostrar cuanto me estaba costando mirar aquellas calles. Valentino sonrió con regocijo. Disfrutaba con la idea de hacerme sentir tan cerca de Cristianno.

Abrí la ventana y deje que el aire frío golpeará mis mejillas. Minutos más tarde, atravesamos la verja principal de la mansión Carusso. Valentino detuvo su coche en el jardín principal, se apeó y entró en la casa rápidamente. Le seguí fuera, pero decidí no entrar...y mirar el horizonte.

«Podría salir corriendo. Soy veloz, jamás me alcanzarían si acorto por los callejones. Estaría en el Edificio en unos minutos, en sus brazos», dijo mi fuero interno, que cerca estuvo de empujarme a hacerlo.

Pero una suave caricia me paralizó. Reconocí ese tacto cálido casi de inmediato y me di la vuelta lentamente para encontrarme con aquellos ojos azul intenso. Ahugué un gemido y pestañeé antes de notar como una lágrima se escapaba. Me lancé a su cuello y hundí mi cabeza en el hueco de su hombro.

—Enrico... Enrico —jadeé. Me rodeó con fuerza y premura.

—Estoy aquí, mi amor. Tranquila. —Habría conseguido calmarme con sus palabras, sino las hubiera dicho tan sofocado.

Me quedaría entre sus brazos hasta estar segura de haber olvidado todo el dolor y la ausencia de los últimos. Hasta le sentí. Cristianno no estaba allí, pero, por un momento, me pareció estar abrazándole a él.

—Hueles a él... —gemí vulnerable.

Enrico buscó mi mirada y se encontró con mis ojos cerrados. Me alzó el mentón y acarició cada rincón de mi cara con suavidad, como siempre lo había hecho. Después, me besó en la frente, y le miré.

Me observaba de arriba abajo, consternado. Estaba analizándome, reconociendo lo desmejorada que estaba. Era evidente que había adelgazado, mi cara estaba más pálida de lo normal y tenía unas ojeras de mil demonios. Había visto esa evolución día a día, pero para Enrico fue una sorpresa. Apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—Volver a verte es casi un sueño. —Me apoyé en su mano cuando la ahueco en mi mejilla. Siempre tan intenso.

—Háblame de él, Enrico —susurré. Esta vez su abrazo fue mucho más hondo.

—Te costaría imaginar cuanto te ama —me murmuró al oído.

La ausencia pesó más que nunca, abrasando mi piel.

CRISTIANNO

Enrico llamó por la mañana. Kathia ya estaba en la mansión y no había sufrido ningún daño, pero Enrico respiró demasiado entre frase y frase. Me ocultaba algo y no podría descubrirlo hasta que viniera al Edificio.

Exhalé. Que difícil era estar allí sentado reteniendo las ganas de correr a por ella. Tan solo la tenía a unas calles. Semanas antes habría cogido mi moto, habría ido hasta la mansión y me

habría colado en su habitación. Pero pensarlo ya era peligroso para los dos. No les daría a los Carusso lo que querían.

Apoyé los codos en las rodillas y hundí la cabeza entre mis manos. Creí que la tranquilidad de la piscina cubierta me contagiaría, pero me equivoqué. La luz grisácea del atardecer reflejándose en el agua y tanto silencio hacía que mis pensamientos sonaran a toda ostia. Me estaba volviendo loco.

—Puedo escucharte pensar desde el salón. —Daniela me tendió la mano y sonrió apacible.

Un instante más tarde, estaba sentada a mí lado con la cabeza apoyada en mi hombro. Besó mis dedos.

—¿Cómo estás? —pregunté, cobijándola entre mis brazos. Nos tumbamos en la hamaca.

—Mucho mejor. Alex apenas se ha apartado de mí estos días. —Me acarició la mejilla.

—Tienes un buen novio.

—Lo sé, por eso estoy con él —bromeó.

—¿Y Eric?

—Es un buen novio gay —sonrió. Lo que significaba que eso dos días Eric había estado con ella y Alex—. Hemos estado con él todo el tiempo, sin dejarle pensar en lo que ha pasado.

Cerré los ojos y cogí aire. Debería haber estado junto a mis amigos para apoyarles.

—Siento no haber...

—Cállate... —me interrumpió Daniela reconociendo enseguida lo que quería decir—. No sigas por ahí, ¿de acuerdo?

Perdí la cuenta del tiempo que pasamos mirándonos, indagando en nuestras miradas mientras acompañábamos la respiración. Se me había olvidado el bien que me hacía tumbarme junto a Dani bajo un silencio pacífico. Ella no necesitaba las palabras para entenderme.

—¿Cómo está Sarah? —Preguntó tras un rato—. Mauro nos ha contado lo ocurrido. Iba a ir a verla, pero está descansando y no he querido molestarla.

—Le dieron una paliza —resoplé recordando el modo en que Enrico la abrazaba—. El médico la visitó en cuanto regresamos al Edificio, y encontró hematomas por todo el cuerpo. Por suerte, se recupera bien.

—Me alegra que esté aquí —admitió Daniela—. Es una chica increíble... —Se calló a tiempo de nombrar a Kathia. Todos se habían dado cuenta del parecido que guardaba Sarah con ella.

Me incorporé y miré hacia los ventanales. Desde allí, no podía verse la mansión Carusso porque la tapaban miles de edificios, pero sabía que estaba tan cerca que hasta dolía.

Dani colocó su mano sobre la mía y mis dedos rápidamente se enredaron con los suyos.

—Odio verte ausente.

—Lo siento. —Yo agaché la cabeza y ella se apegó un poco más a mí

—No lo lamentes, cariño. Solo quiero que comprendas que vencerás... —añadió rotunda y convencida—. Siempre lo haces...

Consiguió impactarme, pero no fue suficiente para que terminara convencido de lo que decía. Daniela confiaba en mis posibilidades mucho más que yo.

—Esta vez no estoy seguro.

KATHIA

—Tengo que irme, amor —dijo Enrico, dándole el último sorbo a su copa de vino.

Era más de media noche y los demás hacía rato que se habían retirado. Nos habíamos quedado a solas en la terraza de la cocina y aproveché para preguntar y saber lo que había ocurrido en mi ausencia, pero Enrico no me contó nada. Se limitó a guardar silencio o cambiar de tema. Lo que significaba que habían sucedido cosas que era mejor que yo no supiera. Para protegerme, para que no me preocupara, logrando así el efecto contrario.

—¿No vas a dormir en la mansión? —pregunté, repentinamente asustada.

Aquel ya no era mi hogar, no me fiaba de mi familia. Enrico era el único en quien podía confiar y me produjo pavor que fuera a marcharse.

—Tengo que informar a los... —Se detuvo inseguro y mirando alrededor.

Solía hacer ese gesto constantemente. Lo curioso de todo aquello era que yo no me había dado cuenta de su auténtico contexto hasta que me enteré de todo. No era desconfianza, sino prevención.

—Entiendo. —Asentí—. Enrico, ¿qué me ocultas? —Su rostro se tensó en cuanto pregunté—. No contestas a mis preguntas, no me cuentas nada y has discutido con Marzia cuando habéis hablado por teléfono.

—Eso no es extraño.

—Tu voz —señalé—. Hablabas diferente...

Enrico se quedó pensativo. Yo ya sabía que era introvertido, pero jamás le había costado hablar conmigo.

—Estamos... atravesando una crisis —terminó por admitir.

—Lleváis en crisis desde que os conocisteis —protesté—. Dime la verdad.

—¿Qué quieres que te diga, Kathia? Sabes la verdad perfectamente. Sabes lo mucho que me cuesta estar con tu hermana. ¿Por qué quieres que te lo recuerde?

Fruncí el ceño. Verle tan contenido, me produjo inquietud. Sus problemas no solo se reducían a Marzia, y ambos lo sabíamos. Había mucho más.

—Algo ha cambiado en ti —susurré cabizbaja.

Él se acercó a mí, me cogió de los hombros y me obligó a mirarle.

—Kathia, has estado en paradero desconocido durante diez días, es lógico que haya cambiado —explicó.

Por supuesto. Todos lo habíamos hecho, pero lo que más me impresionó fue descubrir que él no había sabido donde estaba. Aquello confirmaba que mis esperanzas porque Enrico apareciera en Pomezia eran vanas.

—Lo siento —musité, acomodándome en su pecho, y él me besó tiernamente.

—Mi amor, prometo que estaré aquí en cuanto amanezca.

Asentí notando como los latidos de su corazón iban ascendiendo y como sus brazos se tensaba en torno a mi cuerpo. Estaba nervioso, pero ¿por qué?

—Se llama Sarah —murmuró—. Acabo de conocerla.

Abrí los ojos, desconcertada. No me había dado mucha información, pero supo que bastaba con aquello para que lo entendiera a la perfección.

Aun así, supe que confirmaría lo que yo ya empezaba a suponer.

—Me he enamorado de ella. —Fue más un gemido que un susurro—. Te quiero, pequeña. —Se fue, dejando uno de sus mayores secretos en mis manos.

SARAH

Era consciente de que el dolor había menguado, pero apenas tenía fuerza para abrir los ojos. Me sentía perezosa, como si mi cuerpo pesara una tonelada. Y tremendamente cómoda en mi letargo. Si me resistía a despertar, fue porque me sentí muy cerca de él.

De pronto, me sobresalté. Alguien me acariciaba y temí que fuera Mesut, pero me equivoqué. Enrico me observaba en la oscuridad de la habitación, sentado en el filo de una silla que había puesto junto a mi cama. Entreabrió los labios al verme despertar y una expresión de excitación cruzó su mirada.

—Hola —musitó. Curiosamente, no dejó de acariciarme.

—Hola. —Creí que me evaporaría.

Aun me sorprendían las sensaciones que me provocaba tenerle cerca, y, con el tiempo, más difícil se hacía disimularlas. Quise emplear las pocas fuerzas que tenía para incorporarme, pero me lo impidió.

—No hace falta que te incorpores —dijo, acercándose más de lo que esperaba,... Menos de lo que quería.

Entonces, sentí una punzada en el entrecejo, justo en el maldito centro. Fue tan aguda y fugaz que me entraron ganas de vomitar.

—Me duele la cabeza —protesté llevándome una mano a la frente.

—El doctor te ha inyectado un calmante.

—¿Estás seguro que no es un somnífero para caballos? —Pregunté presionando los ojos, pero me obligué a abrirlos en cuanto escuché su sonrisa—. Me muero de sueño.

—Duerme.

«No, bésame», dijo mi fuero interno.

—No quiero —negué.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí. —Jamás habría dicho eso de haber estado en mis cabales. Prácticamente, confesaba mi amor por él...

Sorprendiéndome de nuevo a mí misma, acerqué una mano a su cara. El tacto suave y terso de su piel me estremeció; más aún cuando le vi cerrar los ojos y respirar entrecortado. Repasé su nariz con los dedos y bajé hasta el inicio de sus labios. Él los abrió y rozó mis nudillos con toda la intención. No me contuve al acariciarlos, y los perfilé sin darme cuenta que me había acercado demasiado a ellos.

—Necesito mirarte —susurré. Y todo terminó ahí.

Noté que había dejado de sentirse cómodo, pero aun así no se quejó. Él había sido quien había aparecido en mi habitación en mitad de la noche, quien se había sentado junto a mi cama y me había observado dormir antes de despertarme con una caricia. Hubiera sido una hipocresía que se quejara porque yo hubiera decidido actuar igual que él.

Enrico exhaló y miró hacia el balcón. La luz de la luna lo inundaba todo y provocó que el azul de sus pupilas resplandeciera y se tornara plateado. Ya solo faltaban los fuegos artificiales en torno a él; aquella maldita medicina era espectacular.

—Quédate conmigo. —Me arriesgué a pedirle.

Después, cerré los ojos y resoplé orgullosa de tener el suficiente sedante en las venas como para impedirme pensar en la estupidez que acaba de cometer. Ya tendría tiempo de arrepentirme cuando amaneciera. Cambié de posición y le di la espalda antes de verle marchar. Pero no lo hizo. La cama se tambaleó suavemente y, poco a poco, fue acomodando su cuerpo junto al mío. El corazón se me disparó cuando noté que una de sus piernas se abría hueco entre las mías. Apoyó su pecho en mi espalda y rodeó mi cintura con un brazo.

—No me moveré de aquí, ¿de acuerdo? —susurró dejando que su aliento acariciara mi nuca. Aquello era mucho más de lo que podía soportar.

—Mientes, pero no me importa. —Porque me bastaba con saber que había decidido quedarse.

No resistí mucho más y cerré los ojos.

—¿Sarah? —suspiró Enrico.

—¿Humm...?

—¿Cuándo has llegado a conocerme?

—El primer día, el primer minuto. —Y me dormí entre sus brazos, perdida en su respiración y en la delicadeza de sus caricias.

Soñé con él. Soñé que me amaba, y pensé que, algún día, Enrico podría llegar a hacerlo de verdad.

CRISTIANNO

El rocío del amanecer se me había pegado al cuero de la chaqueta y tenía las manos congeladas. Había salido a dar un paseo después de pasarme dos horas dándome cabezazos contra la almohada. Eso pasó alrededor de las cuatro de la madrugada.

Ahora la ciudad despertaba, y yo estaba sentado en el bordillo de la fontana, frente a mi edificio sabiendo que Kathia había dormido bajo el cielo de Roma. Me asfixiaba saberlo.

Una furgoneta blanca cruzó la plaza y se paró frente al quiosco de la esquina. El conductor se bajó y comenzó a descargar mientras el quiosquero le echaba una mano.

Me levanté y decidí volver y darme una ducha,... Pero su nombre me detuvo. Aquellos hombres estaba hablando de... Kathia.

Me acerqué al quiosco. El material aún no estaba colocado, pero la vi. Kathia y Valentino eran portada en todos los periódicos. La prensa utilizó las fotos de la fiesta de Adriano en el yate, las mismas en la que Valentino la sujetaba de la cintura.

La hija del prestigioso juez Angelo Carusso asistirá con su prometido, Valentino Bianchi, a la obra Madame Butterfly, en el Teatro delle Opera días antes de su ceremonia de compromiso.

Lo que sentí acabó con toda mi resistencia. El miedo a no encontrar la forma de estar con ella, a no llegar a tiempo e impedir que se casara con Valentino, me asoló. Prácticamente, acabó conmigo.

Salí corriendo hacia el Edificio, con las ansias de gritar subiendo por la garganta. Subí por las escaleras creyendo que el cansancio me distraería, pero fue inútil. Abrí la puerta de mi piso y me apoyé en ella en cuanto la cerré antes de tirarme al suelo hundir la cabeza entre las rodillas. Si esa era la situación que me esperaba —poder verla solo en los medios de comunicación—, entonces me daba por vencido.

—Esperaba poder contártelo antes de que lo vieras —dijo Enrico, apareciendo de pronto. Terminaba de bajar las escaleras cuando se sentó en el último escalón, mirándome agobiado.

Daba por hecho que había visto a Kathia en los periódicos, y no se equivocaba.

—Creía que estarías en la mansión —dije, sin llegar a mirarle de frente.

—Vine a ver a Sarah —reconoció, un tanto ruborizado.

—Y te quedaste con ella.

—El tema no soy yo, Cristianno, sino Kathia y su aparición en los medios. —Aquello era una forma elegante de retomar la conversación.

—No es la primera vez que aparece —dije, un poco a la defensiva.

—Lo sé, pero esta en especial es la más mediática. Lo han hecho para, digamos, fastidiarte.

Me había dado cuenta.

—Pues me han jodido muy bien —admití—. No sabes cómo me siento en este momento.

Habría sido capaz de cualquier cosa. Oscilaba entre la ira y la impotencia y no debería ser así. Joder, yo era Cristianno Gabbana. Daniela llevaba razón cuando dijo que siempre vencía, porque era la realidad. No debería estar consumiéndome por los rincones intentando buscar una solución a un problema que no debía serlo. Pero aquella batalla era bien diferente a todas las que había disputado. Aquello nada tenía que ver con tiroteos y enfrentamientos. Era mi amor por Kathia el que estaba en peligro... y no lo tiraría a la basura porque un maldito Bianchi o Carusso se lo hubiera propuesto. Cogería lo que era mío y me lo llevaría conmigo.

Noté el fuego hirviendo en mis ojos.

—Mírame, Cristianno —me ordenó Enrico. Porque él descubrió casi al mismo tiempo que yo lo que estaba ideando mi cabeza. Hubo unos segundos de silencio antes de que lo rompiera—. Ni se te ocurra aparecer en el teatro.

—¿Por qué? —Apenas le dejé terminar.

—Sabes muy bien porqué.

—Bien. —Fruncí los labios, complaciente.

Pero se dio cuenta de la enorme mentira.

—No te creo...

—Lo sé... —suspiré y me pasé las manos por la cara en signo de desesperación—. Necesito verla —admití en tono suplicante.

—Si te cazan, me pondrás en un aprieto.

—Tú lo has dicho, si me cazan. —Soné un poco cortante.

—Sabes que no será suficiente, Cristianno —murmuró refiriéndose a que con unos minutos junto a Kathia, no me quedaría satisfecho. Cierto, pero, al menos, me bastaría—. Después querrás otra y ahí vendrán los problemas.

—Habla por ti también, Enrico. —Le cacé desprevenido—. Es una situación difícil, ¿verdad? Desear estar con una persona y que te lo prohíban. Saber que está a solos unos metros y no poder tenerla, es duro.

—Sí, lo es. Lo sé

—¿Y cómo te sientes?

—No mezcles esto con lo que siento por Sarah, Cristianno —masculló—. Tenemos que mirar todos los factores.

Todos los factores. ¿Cómo se atrevía a decirme que él miraba todos los factores cuando había pasado la noche fuera de la mansión? Kathia era el factor más importante. El más transcendental en mi vida. Ella lo era todo, y estaba dispuesto a plantarme en el teatro y decírselo a la cara.

—Entonces ¿qué haces aquí? —solté, y enseguida me arrepentí de ser tan déspota con Enrico. No se lo merecía porque lo único que pretendía era protegernos—. Perdóname.

Tragó saliva, asintió y me puso una mano en el hombro. Después, se levantó y me ayudó a seguirle.

—Debo de estar loco, pero... ten cuidado —resopló consternado—. Evita que te vean, por Dios. Fruncí el ceño, sorprendido y tenso al mismo tiempo. Enrico cedía...

—¿Me dejas ir?

—Irás de todas formas. —Hizo una mueca y me escrutó con la mirada—. No puedo reprocharte algo que yo también haría. —Se dio la vuelta, con la intención de marcharse, sabiendo que me dejaba completamente atónito. Enrico—. Vigila tus movimientos, Cristianno.

KATHIA

Nadie me dijo que ese día sería portada de todos los periódicos de la ciudad junto a Valentino, que mi nombre poblaría todos los titulares, ni que habría una maldita ceremonia de compromiso. Sin embargo, fui lo bastante lista para darme cuenta de los diversos mensajes tácitos que me había dejado mi maldita familia sobre la mesa de la cocina.

No había nadie en la mansión cuando desperté y pensé que tendría un desayuno tranquilo hasta que vi mi cara en la prensa escrita. Mentiría si no admitiera que fue absoluta la sorpresa, casi tan grande como la ira que me produjo sentirla. Odié que aquellas putas ratas consiguieran lo que se habían propuesto: perturbarme hasta el punto de masticar la impotencia.

Corté el agua y salí de la ducha.

¿Habría visto Cristianno mi aparición en los medios? Si así era, ¿habría entendido la provocación? Miré al techo; solo me quedaba suplicar que no entrara en el juego que habían dispuesto mis padres.

Me miré en el espejo. Creí que la ducha sería capaz de aliviar los signos de la horrorosa noche que había pasado, pero me equivoqué. Apenas quedaban doce horas para el evento y no me sentía con fuerzas de asistir, pero sabía que no tenía alternativa. Tendría que embutirme en aquel vestido, poner buena cara y fingir que estaba completa y absolutamente enamorada de Valentino. La gente lo veía bien fácil porque no conocían al chico que se escondía tras aquella

hermosa cara. Siempre le había valorado y admirado. Mientras que a Cristianno le temían y respetaba, deseándole en silencio. Todo el mundo en aquella ciudad, pensaba en Valentino como el perfecto hombre para sus hijas, y en Cristianno como el perfecto amante en las noches más oscuras e íntimas de cualquier mujer.

Suspiré y me puse el albornoz. Todo el caos que habitaba en mi cabeza habría sido silenciado por Enrico de haber estado en la mansión. Él, con su sabiduría y sensatez, me habría mirado y con una sola sonrisa lo habría solucionado. Pero cuando llamé a su habitación no abrió nadie. Sabía que madrugaba bastante y se iba temprano por la mañana, pero tuve la sensación de que no había dormido allí. Recordé su confesión. Tal vez, había pasado la noche con Sarah...

Salí del lavabo y ahogué una exclamación. Valentino estaba sentado en mi cama, extrañamente tranquilo. Empezó observando mis pies y fue deslizándose su mirada por mi cuerpo de una forma muy inquietante, lenta, cuidadosa. Nunca antes le había visto así, tan premeditado y seriamente reprimido.

Entonces, recordé sus palabras días antes. Tarde o temprano, tomaría de mí lo que creía suyo y no le importaría mis decisiones. Eso me llevó a preguntarme mil veces porque no había actuado cuando tuvo la oportunidad en Pomezia. Allí nadie podría impedirlo, ni siquiera yo misma. Pero no hizo nada. Apenas me besó. Y, sin embargo, ahora...

Esa posibilidad me contrajo el vientre bajo un súbito temor.

Tragué saliva.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando sonar relajada. Ambos supimos que no lo conseguí.

—Vengo a ver a mi prometida. —Habría sonado menos espeluznante si no se hubiera levantado.

Con aquel movimiento, confirmé que todas mis reflexiones estaban en lo cierto. Mis instintos se pusieron en alerta de inmediato y le miré asimilando que aquella versión de Valentino era nueva para mí.

—Ya me has visto. Ahora, lárgate. —Era hora de moverse, pero, cuando lo hice, Valentino me cortó el camino colocando una mano en la pared.

Me quedé mirándole con expresión confusa y barajando las posibilidades que tendría de escapar. Tan solo había un par de empleados en la mansión y no estaba muy segura de si me escucharían. No tenía muchas salidas, más que intentar salir corriendo.

Cogió aire antes de acariciar mis labios con la mano que le quedaba libre. Me apegué todo lo que pude a la pared, sosteniéndole la mirada y ahogando inútilmente el miedo que me transmitía. No me perdonaría jamás que Valentino tomara lo que le pertenecía a Cristianno.

—Siempre me he preguntado cómo sería... —No le dejé terminar.

—Ni se te ocurra decirlo, Valentino. —Me precipité en mis palabras sabiendo que me exponía mucho más al mostrarle que sabía de sus intenciones.

Él sonrió y guio sus dedos un poco más abajo, hacía mi clavícula. Se detuvo un segundo y continuó bajando peligrosamente.

—Tienes miedo... —murmuró un tanto absorto.

—Aléjate de mí, por favor. —Me asfixiaba, y la sensación fue creciendo conforme su caricia bajaba.

—¿Y qué dirás cuando tengas que dormir en mi cama todas las noches de tu vida? —Quiso saber, tomando el nudo de mi albornoz.

Miré al techo rogando que todo aquello terminara.

—Nadie dijo que sería para siempre —mascullé—. Que me obliguen a casarme contigo no significa que cumpla como esposa. Ni siquiera he salido de la adolescencia.

—Sin embargo, si cumples con Cristianno.

¿Qué coño quiso decir con eso? Yo no tenía que cumplir con Cristianno porque a él le deseaba. Le amaba y cada segundo a su lado era lo mejor que viviría en toda mi vida. Nada ni nadie podía

compararse con Cristianno. Sencillamente, no estaría a la altura.

—No... le menciones. —Y arremetí contra él creyendo que podría huir.

Valentino me capturó cogiéndome del cuello y me embistió contra la pared. Gemí al notar el golpe, pero enseguida me concentré en sus dedos sosteniendo aun mi garganta. Se acercó de un modo cruel.

—Podría soportar que pensaras en él... —murmuró mientras deshacía el nudo del albornoz. Ahora ya nada le detendría.

—Yo no... —tartamudeé sin saber muy bien que decir.

¿Qué pensaría Cristianno de mí si descubría todo aquello? ¿Qué sucedería después? ¿Qué parte de mi fuero interno sacrificarían las caricias de Valentino?

La mano que apresaba mi cuello se encargó de taparme la boca. Supo que gritaría y no iba a permitirlo.

—No te haré daño si me dejas hacer, amor... —me dijo al oído antes de empezar a besar mi hombro.

Un instante más tarde, empezó el forcejeó. Valentino quería más de mi cuerpo y me tocó ignorando que la repulsa incluso me hizo comenzar a llorar. Todos mis gritos murieron entre sus dedos y todos mis empeños desaparecieron entre sus violentas caricias. Me hacía daño y no le importaba.

La situación alcanzó su punto más álgido cuando me lanzó a la cama. Conforme caí, silenció mis replicas con un fuerte bofetón. No fue más agresivo que los anteriores —no quería marcarme para el evento de su padre—, pero sí que escoció.

Tiró de mis piernas y se tumbó sobre mí volviendo a taparme la boca. Su peso me oprimió.

—No lo hagas más difícil, Kathia... —No le afectó mirarme a los ojos y ver que lloraba desesperada—. Si tan solo pudieras amarme un segundo como le amas a él...

Cerré los ojos.

«*Lo siento, mi amor*», dijo mi alma sabiendo que se acercaba el momento. Me sentí muy lejos de Cristianno. Tanto, que ni siquiera pensarle fue suficiente.

De repente, todo terminó. Reparé en que la dominación del cuerpo de Valentino desaparecía y me permitía volver a respirar. A esa sensación le siguieron unas protestas, y abrí los ojos.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?! —Enrico siempre me había causado una impresión majestuosa al verle, pero aquella vez, tan solo oír su voz, me desbordó.

Me incorporé aprisa y me aovillé en una esquina de la cama cubriéndome con el albornoz. Las lágrimas y los jadeos no me dejaron ver cómo mi cuñado echaba a Valentino con violencia de la habitación y venía hacia mí.

Temblé al notar como me arrastraba hasta su regazo y me envolvía entre sus brazos. Me derrumbé, aferrada a sus hombros con dureza y absolutamente superada.

—No se lo digas a Cristianno... —Me permitieron decir mis sofocos.

SARAH

Todo estaba en silencio. La familia se había reunido en el piso de Alessio y Patrizia para cenar, y aunque me invitaron, no me vi con fuerzas para bajar. Todavía me sentía demasiado aturdida. Y esa sensación no hizo más que aumentar cuando vi a Kathia en la portada del periódico. Aquel hecho hizo que el Edificio estuviera más callado de lo normal, y que Cristiano desapareciera.

Doblé las páginas del diario y lo dejé sobre la mesa de la cocina. Necesitaba con urgencia una pastilla para la cabeza, así que me puse a buscar entre los armarios y los cajones, pero no encontré nada.

Me detuve un instante y me atusé el cabello totalmente concentrada en aquel dolor punzante. Incluso la luz me molestaba. El médico, que me había visto por la mañana, había comentado que sería normal ese tipo de resaca. El medicamento que me había administrado era demasiado potente y me haría dormir casi todo un día.

Dormir... con Enrico pegado a mí, acariciándome, perdiéndome en la simetría de su respiración. Cuando desperté ya se había ido, pero dejó su aroma impregnado en las sábanas...

—Los medicamentos están en la despensa, en una caja roja —dijo Enrico, sobresaltándome.

Había entrado en la cocina sin hacer el menor ruido y me observaba de reojo, con las manos guardadas en el pantalón de su traje negro y un rostro hermético, pero igual de hermoso que siempre. Estaba impresionante vestido de aquella forma, resaltando más que nunca sus ojos azules y su cabello rubio.

No podría cansarme nunca de mirarle.

Fui a la despensa rápidamente y aproveché para coger aire sabiendo que estaba fuera de su campo de visión. Desde allí, no podría ver lo alterada que me había puesto, y esta vez no había sido por el deseo, sino por el... amor.

Cogí el maldito paracetamol, me lo tomé y me obligué a salir de allí. Evité cruzar la mirada con él. Sin embargo, él sí lo hizo y con una fijeza que me sobrecogía.

—Te hacía en el teatro —hablé dándole la espalda. Apoyé las manos en la encimera y apreté los ojos, instándome a mantener la calma.

¿Por qué había venido? ¿Qué estaba haciendo allí? Pero todas aquellas preguntas quedaron silenciadas al notar sus manos sobre mis caderas. A diferencia de otras ocasiones, no temblé, sino que me quedé muy quieta analizando lo mucho que mi cuerpo empezaba a admirar su contacto.

Sus dedos presionaron mis muslos suavemente y comenzó a ascender mientras pegaba su cuerpo al mío. Se me erizó el vello bajo sus labios al rozar mi cuello con ellos. Qué sensación tan increíble... su aliento ardiente y presuroso sobre mi piel, su pecho contra mi espalda, sus manos enroscándose a mí cintura.

Solté un gemido y eché la cabeza hacia atrás para dejarle más espacio a su boca.

—No he querido irme sin despedirme. —La excitación de su voz me estremeció.

—Bien —dije sin aliento.

—¿Bien? —Sus labios descendieron hasta mi clavícula segundos antes de darme la vuelta.

Me dejé llevar, con los ojos cerrados, casi etérea entre sus manos. Volvió a apoyarme en la encimera y a pegarse contra mí. Acercó su cara y besó mi frente, después mis párpados... y fue bajando... la mejilla, la comisura de mis labios...

—Enrico... —suspíré, acariciando su cinturón.

A esas alturas, era una tontería disimular lo mucho que le deseaba. Me sentía descontrolada, fuera de mí. Ni siquiera escuchaba los palpitos de mi corazón, era como si fuera un solo latido, interminable.

—Si te pidiera que me esperaras, ¿lo harías? —dijo, apretando los dientes para contenerse.

Acaricé su pecho y colé mis manos bajos la chaqueta para rodear sus hombros. La tela estaba

impregnada del calor de su piel, del aroma de su perfume, y ardí en deseos de sentirlo dentro de mí...

—¿Lo harías? —repitió.

—Sabes que sí. —Logré decir pegando mí frente a la suya.

Puede que fuera una estupidez amarle, más aun sabiendo que no podría ser mío, pero fingir ese sentimiento me hacía tanto daño como reconocerlo. De todos modos, ya había caído, ¿qué más daba el dolor que pudiera sentir si aquello resultaba ser un juego para él?

CRISTIANNO

La aparición de Kathia con Valentino suscitó un gran revuelo entre los medios; más incluso que el nombramiento de Adriano Bianchi como alcalde de Roma. Decenas de fotógrafos se habían concentrado en la entrada del Teatro Dell ópera, lanzando sus flashes para capturar cada segundo. Estaban encandilados con la presencia de tanto personaje importante y los aclamaban sin imaginar que aquella era la mayor congregación de mafiosos que verían jamás. Solo unos pocos se libraban de la ignorancia.

Respiré hondo y guardé las manos en los bolsillos del pantalón de mi traje. Desde mi escondite, pude ver cómo el orgulloso alcalde se apeaba de la limusina, colocándose bien la chaqueta de su esmoquin, y ofrecía su mano a Annalisa Costa, su bendita esposa. Ella, como siempre, iba embutida en un vestido de talla inferior; seguramente, necesitó ayuda para meterse en él. Sonrió, agitó su mano (como si de la reina de Inglaterra se tratara) y contestó a las preguntas de los periodistas.

En cambio, Angelo y Olimpia no atendieron a la prensa. Simplemente sonrieron con aires de superioridad y se deslizaron al interior del teatro dando tiempo a los fotógrafos a captarles como era debido.

Verles me produjo un nudo en el estómago. Me resultaba muy desquiciante saber que ellos habían mantenido retenida a Kathia y yo no había podido hacer nada. Tenía que liberarla de su yugo, fuese como fuese.

El bullicio comenzó a ascender con la llegada de un vehículo. Todos los invitados había hecho ya su aparición, así que solo faltaba... Kathia.

Miré hacia la calle Firenze creyendo que desaparecería. La agonía me asfixió y cerré los ojos intentando dominarme. Tuve un espasmo y, por un segundo, pensé que no sería capaz de contener aquella tensión. No había sido tan buena idea asistir. Me mataría ver a Valentino presumir junto a la que era mi novia. Me dañaría muchísimo saber que Kathia y yo nos pertenecíamos y que nadie lo sabía, más que ella y yo...

Valentino bajó primero. Su fino rostro mostró una sonrisa exultante mientras rodeaba el vehículo. La prensa se agolpó alrededor gritando sobreexcitados cuando abrió la puerta para dejar salir a Kathia.

Lo primero que pude ver de ella fue como su cabello ondeaba bruscamente al recibir una bocanada de aire. Después, apareció su mano, que enseguida capturó Valentino. Ella reaccionó distante y se impulsó hacia delante cortándome el aliento. Todo lo demás se esfumó, no vi a nadie más que a Kathia y su extraordinaria figura moviéndose forzada.

Iba de rojo, en un vestido creado para la incitación. No me costó reconocer que la elección estuvo en manos de Valentino, porque sabía que, de algún modo, yo la vería y que me volvería loco pensar que jamás sería mía. Tragué saliva al descubrir que su espalda estaba al descubierto; la tela se iniciaba justo en el arco del dorso provocando que la imaginación de cualquiera volara libre.

Pensar que una vez acaricié su piel, que estuve dentro de su cuerpo, casi me enloqueció. Apenas me sentí capaz de mantenerme en pie.

Kathia apretó la mandíbula retirándose el cabello de la cara y miró a su alrededor cegada por los flashes de las cámaras y abrumada por los gritos. No le gustó en absoluto ser el centro de atención, como tampoco le gustó que Valentino le agarrara de aquella forma tan posesiva.

Mi fuero interno gruñó y me adelanté inconsciente varios pasos, deseando alejarlo de ella. Pero me contuve. Si me descubrían allí...

«*Mírame, mi amor*», supliqué.

Por primera vez en toda mi vida, mi corazón y mi mente deseaban lo mismo. Era densa la urgencia con la que necesitaba su mirada.

KATHIA

Salí de la limusina sintiendo una punzada de frío. El viento azotaba con fuerza, pero era una noche en la que se veían las estrellas.

—Joder... —mascullé sintiendo como la piel se me erizaba.

—No seas vulgar —replicó por lo bajo Valentino, sin dejar de sonreír.

—Que te jodan. —Estando en público, no se atrevería a hacerme nada, y él lo sabía. Por eso me miró de aquel modo.

—La próxima vez, ¿quién va a protegerte, amor? —comentó por lo bajo.

—¿Por qué piensas que habrá una segunda vez? —Le miré recelosa, deseando que, por alguna especie de milagro, se atragantara allí mismo.

Estuve lacerándome todo el día con lo que había sucedido entre nosotros por la mañana. Pensando en que, si Enrico no hubiera aparecido, tal vez ahora ya no sería la misma persona. Una parte de mí se había visto muy cerca del colapso, lo había dado todo por perdido y había creído estar más cerca que nunca de perder a Cristianno. Pero conforme avanzaba las horas, resurgió mi fuerza. Ya había conocido esa cara oculta de Valentino, ya sabía de lo que era capaz de hacerme en una situación como aquella. De nada servía lamentarme y pensar en que podría volver a suceder... Porque aquello me había beneficiado: mis enemigos me habían mostrado todas sus caras.

No permitiría que nadie se interpusiera en el camino que me unía a Cristianno. Si hubiera una próxima vez, estaría preparada.

El aire me agitó el cabello bruscamente y tirité, pero intenté mantenerme firme ante todos. Demostraría con mi actitud que estaba por encima de todo aquello.

Los periodistas me empujaron, me gritaron al oído, incluso me exigieron respuestas. Y soporté todo aquello con Valentino exhibiéndome ante ellos.

Cerré los ojos al pensar en Cristianno. Que diferente habría sido todo si él hubiera sido mi acompañante esa noche. Dios sabe que me habría exhibido orgullosa, habría respondido a mil y una preguntas y habría gritado lo enamorada que estaba. Pero no era así, Cristianno no estaba allí, conmigo... Y apenas tenía noticias de él.

Doce días era demasiado tiempo.

Tuve un escalofrío que me atravesó todo el cuerpo y alcé la vista consciente de que todos mis músculos se habían paralizado. Aquello solo me sucedía cuando Cristianno estaba a punto de aparecer ante mí..., como si mi fuero interno predijera su presencia.

Supe que iba a encontrarme con su mirada un instante antes de verle, y una sensación de frío me consumió. Esta vez no era por el aire, sino por la forma que Cristianno tuvo de mirarme en la lejanía. El tiempo se detuvo, dejándome a solas con él y mi deseo por sentir su boca en la mía.

Se había expuesto de aquella manera solo para poder mirarme y gritarme en silencio lo mucho que me amaba.

Sentí una lágrima resbalando por mi mejilla. Él negó con la cabeza indicándome que no llorara. Apretó los labios en signo de impotencia y agachó la cabeza. Dios mío, qué lejos le tenía... y que cerca al mismo tiempo.

Un ligero empujón comenzó a arrastrarme. Valentino se dio cuenta de que me había quedado absorta observando los árboles, pero cuando siguió mi mirada, no descubrió nada. Cristianno ya no estaba y su súbita desaparición no hizo más que agravar mis especulaciones. ¿Y si nada había sido real? ¿Y si mis ansias por verle me habían traicionado?

—Reacciona, ¿quieres? —Ordenó Valentino entre dientes mientras entrábamos en el vestíbulo—. Nos están fotografiando.

—¡Qué importa! —susurré arrastrando las palabras.

—Mucho. Compórtate.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso guiados por un acomodador y recorrimos el pasillo que nos llevaba al palco que habían reservado solo para Valentino y para mí. Pero era mi cuerpo el que estaba allí, no mi mente; ella buscaba incasable las huellas de un encuentro real. Ni siquiera me di cuenta de que había tomado asiento y contemplaba el teatro. El gentío se acomodaba en sus butacas parlotando entre sí. No habían quedado localidades a la venta. Nadie quería perderse aquel evento; no solo se trataba de la toma de poderes de Adriano, sino también de una de las mejores óperas del mundo.

Serían dos horas muy largas...

... Pero las luces se apagaron, y lo que debería haber sido el comienzo de un suave sonido de violines, se convirtió en silencio para mí. Cerré los ojos sabiendo que nadie podría ver lo poco que me importaba aquella representación.

Y evoqué los finos e increíbles dedos de Cristianno presionando suavemente las teclas de aquel viejo piano. Esa melodía embargó mi cabeza y la llenó de recuerdos tan tangibles que casi creí estar de nuevo en aquel sofá agujereado observándole tocar nuestra canción. Vi cómo cerraba los ojos y como volvía a abrirlos para mirarme con la misma pasión que transmitía la melodía que estaba tocando.

Me reprendí por haberme mantenido tan quieta esa noche. Por no haber sabido encontrar el valor para levantarme, ir hasta él y besarle hasta perder la razón. Ambos lo deseamos. Sin embargo, Cristianno mantuvo su promesa y yo me deleité con su paciencia. Me enamoré completamente de él.

Que desgarrador fue pensar en lo que sucedió después... El asesinato de Fabio, el tiroteo en el aeródromo... los días separados, sin saber el uno del otro... Valentino acorralándome con su cuerpo...

Me alcé impulsiva del asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Valentino asiendo mi mano.

—Necesito salir de aquí, me siento mareada. —Y no mentí cuando lo miré. Las paredes de aquel palco terminarían por engullirme sino salía y cogía aire.

Valentino me escrutó unos segundos antes de levantarse y asentir con la cabeza.

—¿Necesitas que te acompañe, mi amor? —Acarició mi mejilla con tanta suavidad que me costó reconocerle en su tacto.

Aquel susurro cariñoso me trastocó. Jamás me había hablado así, tan comprensivo y sincero. Tragué saliva y negué con la cabeza. Sus ojos verde esmeralda se clavaron en los míos con intensidad e intentó trasmitirme confianza.

—Tómame el tiempo que necesites, ¿de acuerdo?

¿Qué? ¿Y ahora a qué demonios jugaba? ¿Qué estaba pasando? Valentino notó la suspicacia en mi gesto, pero la pasó por alto acompañándome hasta la puerta.

—Necesita ir al aseo, Thiago. No tardará. —Le dijo a su guardia.

Después, me besó en la frente con ternura, ignorando mi tensión, y me dejó ir.

Al principio, me moví algo forzosa. Me estaba costando muchísimo digerir el comportamiento de Valentino; había pasado de la violencia al cariño en unas horas. Pero, después, me alejé del palco notando las miradas de Thiago en mi nuca.

Aceleré el paso en cuanto salí del pasillo. La estancia reproducía el sonido de mis zapatos, mezclándose con la melodía difusa y lejana de una de las cantantes de la ópera.

De repente, un golpe brusco me detuvo. Lo primero que pensé fue que Valentino había decidido acompañarme, pero me equivoqué.

Cristianno estaba al final de la pasarela.

KATHIA

Aquello no eran imaginaciones. Eran demasiado reales para ser lo contrario. Contuve una exclamación. Me inundaron las sensaciones y me sentí muy pequeña para albergarlas todas, demasiado débil para soportarlas.

Vibré bajo su mirada, y ni un solo poro de mi piel se abstuvo de gritarme que corriera hacia él y me perdiera en su boca. Pero no pude moverme. No encontré la forma. Reconocer que Cristianno estaba allí de verdad, pudo con todo.

La forma que tuvo de mirarme me abrumó y colmó de pasión todo el vacío que sentí estando lejos de él. Cerró los ojos y frunció los labios en un gesto de descanso, porque me había encontrado y me tenía a unos metros de su alcance. Compartí el sentimiento que se paseó por su rostro; separándonos habían hecho que nos amáramos hasta rayar la locura.

Recogí la falda de mi vestido y salí corriendo. Topé bruscamente contra él, rodeando su cuello con toda la fuerza que pude reunir en ese momento. Él gimió por el impacto y después soltó un jadeo ahogado, trémulo.

—Kathia... —susurró muy bajo antes de elevarme del suelo y arrastrarme hacia los cortinajes.

Me apoyó contra la pared y se retiró unos centímetros para coger mi cara entre sus manos. Se mantuvo quieto, observando con atención mis ojos, mi nariz, mis labios... Estudió cada rincón de mi rostro con tanta intensidad que apenas me fue posible remediar el llanto. Cristianno tragó saliva más vulnerable que nunca y me lancé a su boca, desesperada por sentirla. Él reaccionó encerrando mi cuerpo con el suyo, dejando que volviera a notar aquella exquisita presión.

Pero no llegué a saborearla como hubiera deseado. Un fuego me atravesó y lo siguió una debilidad enorme. La impresión del reencuentro se impuso, mezclándose con el recuerdo de las violentas caricias Valentino. Noté como una sensación de desolación arrasaba con toda mi energía. Por un momento, olvidé a quien besaba y sentí la necesidad urgente de huir de aquellos labios. Pero me contuve y flaqueé. Me derrumbé entre los brazos de Cristianno un segundo antes de que me sujetara de la cintura. Solté un quejido al notar la presión de sus brazos manteniéndome erguida y comprendí que debía luchar contra aquellos demonios que me asolaban. Me había prometido que lo sucedido no me dañaría con Cristianno y así sería.

Hundí mis manos en su cabello y tiré de él con suavidad, empujándole aún más hacia mí. Si resultaba que la excitación sobrepasaba los límites establecidos, haríamos el amor allí mismo.

De pronto, noté un hilo de humedad en mi mejilla. Había empezado a llorar y ni siquiera me había dado cuenta. Hasta que una lágrima se coló entre nuestros rostros. Cristianno se detuvo concentrándose en ella y la eliminó con un beso.

—Deja de llorar, mi amor... —jadeó antes de consumirme con un beso.

Me abrazó con fuerza y acarició mi espalda, colando algunos dedos bajo la tela y formando pequeños círculos sobre mi piel. Llegados a ese punto, necesité mucho más. Necesité más piel contra piel, más besos sin limitaciones, más soledad. Y supe que Cristianno deseaba lo mismo porque se detuvo, cogió mi mano y salimos de la oscuridad de los cortinajes. No sabía adonde quería ir, pero no me paré a preguntarle. Simplemente, le seguí.

Su mano tenía bien amarrada la mía cuando nos detuvimos frente a una puerta. Comprobó el pomo, lo giró y nos colamos dentro. Era una pequeña habitación que guardaba antiguos instrumentos, rodeada de estanterías y mesas llenas de polvo y cajas desgastadas. Por la ventana entraba la luz anaranjada de las farolas del exterior.

El silencio nos envolvió por completo cuando cerró la puerta y se apoyó en ella lentamente. Abrió uno de los botones de su chaqueta y dejó que me deleitara con la forma de su vientre bajo aquella camisa blanca. Miré un poco más abajo, la forma tan erótica de su cinturón colgando de sus caderas. El deseo que sentí corretear por mi pecho me hizo jadear y satisfizo a

Cristianno. Él sabía que me volvía loca su cuerpo y que me excitaba sobremanera que me observara de aquella forma, ardiente y lujuriosa en su punto más erótico. Aquellos ojos intensamente azules guardaban la promesa del mejor placer que ninguno hubiéramos sentido jamás.

Pero no quise que todo dependiera de él. Tal vez, a Cristianno le bastaba con solo mirarme, pero deseé adentrarme un poco más en la oscuridad y absorber aquel instante todo lo que pudiera. Ninguno de los dos sabíamos cuando volveríamos a vernos... y que sucedería tras esa noche.

Le di la espalda, acaricié mi pecho en un rocé ascendente y rodeé mi cuello hasta que capturé todo mi cabello. Me lo coloqué sobre un hombro mientras miraba a Cristianno de soslayo. Ahora toda la piel de mi espalda estaba expuesta, solo para él. Apretó la mandíbula y movió las aletas de la nariz en un intento por coger aire antes de empezar a caminar hacia mí, con la cabeza gacha y dejando que sus oscuras cejas enmarcaran sus ojos, más vivos que nunca.

Primero noté su pecho. La hebilla de su cinturón me produjo un escalofrío al acomodarse sobre mi piel. Después sus manos subieron por mis brazos, y acercó sus labios a mi cuello. No me besó. Solo dejó que notara su contacto mientras sus dedos se colaban ágiles por debajo del vestido. Acarició el puente de mis pechos. Todo aquel cortejé podría haber durado más si yo no hubiese jadeado. Cristianno enloqueció conmigo, me giró hacia él, cogió mis caderas y me sentó sobre la mesa. Abrió mis piernas y se coló entre ellas encargándose de apegarse a mí.

Me perdí en la magia de su boca, la presión de sus manos sobre mis muslos, en los suaves empujes de su pelvis contra la mía. Que diferente eran sus caricias de las de Valentino.

—Acaríciame, Cristianno —suspiré—. Quiero sentirte pegado a mí. —Porque solo él borraría las huellas de aquellos días de tormento.

—Tú voz... —dijo muy bajo—. Repite mi nombre, Kathia.

Eché la cabeza hacia atrás al notar el placer que me producían sus besos resbalando por mi clavícula.

—Cristianno...

Y se detuvo.

Le encontré cabizbajo cuando le miré.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó de repente, arrastrando las palabras con más dolor del que esperaba—. ¿Por qué hiciste un intercambio? Si no te hubieras ido... las cosas serían diferentes. Me costó digerir aquello. Mis recuerdos me enviaron al aeródromo rápidamente y volví a ver su rostro, suplicándome. Pero le ignoré porque la mirada de Angelo me aseguró que apretaría el gatillo. Si esperaba que me arrepintiera, estaba muy equivocado. Lo haría mil veces.

—Sí, lo serían porque tú estarías muerto —dije, tragando saliva—. Si te hubiera pasado algo, yo...

—No lo digas. —Me tapó la boca.

—Estuviste a punto de morir...

—Pero estoy aquí.

Sus palabras coincidieron con el sonido lejano de alguien paseando por allí. Aquel momento llegaba a su fin.

—Estás aquí. —Acaricié sus mejillas antes de besarle. Y me quedé allí, en sus labios, sin hacer absolutamente nada. Solo sentir su vida pegada a la mía—. Tengo que volver —susurré sin estar preparada para dejarle.

—No te alejes de mí ahora que te tengo cerca. —Sus manos presionaron mis caderas. Envolví su cintura con las piernas y me acerqué todo lo que pude a él.

—Nunca me he alejado, Cristianno —musité mientras le besaba el cuello. Comenzó a respirar agitado de nuevo, pero esta vez no fue por la excitación—. Puede que me encierren, que me alejen de ti, pero jamás podrán conseguir que deje de quererte, ¿me has oído?

Cogí su rostro entre mis manos.

—Ven conmigo —murmuró. Tenía los ojos cerrados—. Deja que te saque de aquí.

—No dejarían nunca de buscarnos, mi amor. Y Valentino...

—No le tengo miedo —interrumpió un tanto furioso al escuchar su nombre. Por suerte, no notó el escalofrío que me produjo nombrarle.

—Pero yo sí —espeté—. No podría soportar que te hiciera daño.

—Ya me lo está haciendo, Kathia —remarcó con brusquedad—. ¿No te das cuenta?

Que vacía me sentí cuando decidió alejarse de mí.

De pronto, evoqué las manos violentas de Valentino, capturándome en la habitación.

Tendiéndome en la cama y asfixiándome con su cuerpo.

«*Mantente aquí, Kathia. Quédate con Cristianno*», me ordenó mi fuero interno. Demasiadas cosas había tocado ya Valentino como para permitirle fisurar mi amor por Cristianno.

Salté de la mesa y me coloqué frente a él.

—Si ahora me voy contigo —dije—, se volverá loco y me buscará en cualquier rincón. No podremos ser felices y estaremos constantemente huyendo. No quiero huir, no quiero tener que esconder que te quiero. No es el momento, Cristianno. Lo sabes.

El rodeó mi muñeca cuando acaricié su mejilla. Besó la palma de mi mano y esperó con los ojos cerrados. No imaginé que aquel gesto me traicionaría y terminaría mostrándole a Cristianno lo que más deseaba ocultarle.

—¿Qué es esto? —preguntó descubriendo, al mismo tiempo que yo, un importante moratón en mi muñeca; tenía la forma de los dedos de Valentino y unos débiles arañazos.

Quise apartarme, pero Cristianno no me dejó y retiró la tela de la manga para verlo con mejor. Me dio miedo ver cómo su mirada se oscurecía.

—Contesta —ordenó.

—Es una tontería. —Pero soné demasiado confusa y él continuaba investigando mi brazo y descubriendo que no era tan tonto. Tenía más marcas en el antebrazo.

—No soporto que me mientas, Kathia —gruñó.

—No es nada, Cristianno. Me di un golpe. —Tiré del brazo y me alejé de él tapándome los moratones.

Furioso, puso los brazos en jarras, me dio la espalda y resopló. Pero no fue un suspiro normal, estaba conteniendo la ira entre los dientes; incluso los escuché crujir.

Agaché la cabeza. Creí que podría ocultárselo. Eso dolor solo debía incumbirme a mí, por muy intenso que fuera. Sin embargo, Cristianno me conocía y no le resultó complicado imaginar la verdad. Descubrió lo difícil que fue aquel momento para mí y lo dispuesta que estaba a ocultárselo. Guardar ese secreto nos hizo tanto daño como su existencia.

Caminé hacia él y rocé su espalda, pero la caricia no fue bien recibida. Se retiró inmediatamente y me miró de reojo. Retrocedí unos pasos. Si Cristianno rehusaba mi contacto, entonces ya no me quedaba nada.

—¿Ahora me prohibes que te toque? —Mascullé torciendo el gesto—. No eres justo conmigo, Cristianno.

Se dio la vuelta bruscamente y caminó hacia a mí.

—¿Que no soy justo? —masculló por lo bajo, con los ojos enrojecidos y poco húmedos.

Tuvo una sacudida antes de tirar las cosas que había sobre una de las mesas. Ahogué una exclamación cogiéndole de los hombros.

—¡Basta! —Clamé empujándole contra la pared—. ¿Qué estás haciendo?

—Dime qué ocurrió —gruñó, y yo solo pude darle silencio—. ¡Estás ocultándome algo que resulta más que evidente! —Terminó gritando.

—¿Y qué solucionaremos si te lo cuento?! —Le golpeé el pecho en un intento por empujarle. Cristianno me cogió de los brazos y me estampó contra él. Bajó la voz al volver a hablar.

—¿Qué te obligó a hacer? —Nunca creí que terminaríamos mirándonos de aquella manera. Negué con la cabeza, abatida y deseando que aquel enfrentamiento terminara. Discutir con Cristianno me estaba destrozando, y más aún cuando ambos sufríamos por lo mismo. No nos merecíamos aquello. No nos merecíamos atravesar esa situación después del tiempo que habíamos pasado separados.

Me vine abajo por segunda vez ese día.

—No me hagas esto, Cristianno. —Sollocé, deshaciéndome en sus manos—. No me obligues a decirlo en voz alta,...por favor.

Aquella fue la primera vez en que vi a Cristianno desbordado. La furia en sus pupilas se mezclaba con la tristeza e hizo que su mirada se humedeciera. No lloraría, pero permitiría que yo le viera vulnerable.

Supe lo que estaba pensando. Supe que se culpaba por no haber encontrado la manera de protegerme y evitar aquel momento. Pero que sintiera esa culpa, no hizo más que aumentar la mía propia.

Cogí su rostro entre mis manos y me apegué a él apoyando mi frente sobre la suya. Él se dejó llevar un poco menos tenso.

—Enrico no lo permitió, mi amor... —admití. Cristianno ya sabía toda la verdad aunque no la hubiéramos mencionado en voz alta. Merecía saber que su hermano postizo me había librado de la culminación.

—Aun así fue doloroso.

—Sí, lo fue... —Pero no consiguió lo que quería.

—¿Crees que eso será suficiente?

—No —admití.

Cerré los ojos y me sumí en mis pensamientos, cabizbaja. Valentino terminaría por conseguirlo y esa idea terminó con conmigo. Que difícil sería los días a partir de ese momento.

Apenas me alejé unos pasos cuando Cristianno me rodeó con sus brazos. Se encargó de borrar toda la distancia entre nuestros cuerpos consumiéndome con aquel abrazo.

—Estoy contigo, cariño —susurró.

Gimió en mi cuello; un ronroneo quejoso y cargado de emociones. Le abracé con más intensidad, conteniendo las ansias de llorar, pero él terminó deshaciendo ese abrazo, solo para besarme.

CRISTIANNO

Fue muy doloroso despedirme de Kathia, ver cómo se volvía a alejar de mí... Pero lo fue mucho más descubrir que Valentino la había tocado. Había marcado su cuerpo con violencia y había provocado que Kathia y yo estuviéramos al borde del colapso. Jamás la habría abandonado de haber sabido que el asunto llegó a mayores, pero la simple idea de imaginarla sufriendo, de ver a Kathia tan desolada y avergonzada de sí misma, pudo conmigo. Me enloquecía pensar que tendría que pasar por aquello si no me daba prisa en sacarla de allí.

¿Pero cómo?

Dios, aquello era demasiado.

Se me erizó la piel de la nuca. Alguien me seguía. Mis manos se prepararon rápidamente, como si tuvieran vida propia y supieran que podría haber un enfrentamiento. El resto de mi cuerpo también se tensó, sabía que algo estaba a punto de suceder.

Desvié mi camino hacia los árboles del exterior del teatro para obtener ventaja. Mi instinto llevaba razón, de eso estaba seguro.

Un chasquido terminó de alertarme.

Deslicé mis dedos por el cinturón hasta la espalda. Enseguida, envolví el mango de la pistola y silenciosamente le quité el seguro.

Otro chasquido.

Me di la vuelta intentando apuntar cuando recibí una patada en el brazo. La pistola saltó unos metros a mi derecha y yo resbalé cayendo al suelo. En realidad, obtuve la suficiente ventaja desde allí abajo porque pude darle una patada en la rodilla al gorila que pretendía pegarme. Sus huesos crujieron y, antes de que pudiera gritar, me lancé a por él y partí su cuello en dos movimientos. Empujé su enorme cuerpo sin vida.

Lo que no esperaba era que alguien apareciera tras de mí y me tapara la boca con un pañuelo húmedo.

«*Cloroformo*»

Sentí el peso de mis párpados y los cerré después de que me taparan la cabeza con una bolsa.

KATHIA

Entré en el palco cuando el primer acto llegaba a su fin; la gente aplaudía eufórica con el espectáculo. Tomé asiento sabiendo que Valentino me observaba curioso. Ya no quedaba nada de la amabilidad que había mostrado antes. Pero, lo que realmente me puso en alerta, fue que empleara la misma sonrisa que su esbirro.

Tragué saliva yforcé una sonrisa cruzando las manos sobre mi regazo. Un error muy grande, porque yo nunca le había sonreído. Mucho menos después de lo sucedido.

—¿Mejor? —preguntó Valentino.

—Un poco, gracias. —Hablarle comedida, me sentenció.

Su mirada verde destelló, se acercó a mí y acarició mi cuello con un solo dedo. Mi piel no pudo remediar tensarse, pero no quise prestarle atención a ese detalle. Había otras cosas que requería mayor vigilancia. Acarició mis labios y suspiró.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Esta vez empleó un tono más duro e impaciente.

—En el servicio —titubeé.

—¿Casi una hora? —dijo incrédulo. Se alzó de la silla y me indicó que le siguiera con la mirada—. Ven conmigo.

No era una petición ni una sugerencia. O lo hacía o me arrastraría si era necesario. Me levanté obligando a mis músculos y salí de allí con el estómago encogido.

Nadie dijo nada mientras recorríamos las pasarelas y bajábamos las escaleras. Me detuve en cuanto llegamos al vestíbulo. No estaba dispuesta a avanzar más hasta que no me dijeran algo. No soportaba especular y mucho menos que Valentino y Thiago se miraran de aquella forma.

No fui consciente de que había un tercer hombre hasta que le noté empujarme. Reanudé la marcha, esforzada por lo empeños de otro de los guardias de Valentino.

—Sube —me ordenó.

Vacilante, entré en la limusina. Mi cuerpo se preparaba para lo peor.

—¿Adónde vamos? —Quise saber intentando mantener el tono firme.

—Es una sorpresa —respondió Valentino, siniestro—. Tranquila, te gustará mucho más que la ópera.

Apreté la mandíbula para controlar el repentino temor que me había producido su tono tan tenebroso. Mi corazón no dejaba de latir con fuerza, tanto que hasta me entraron ganas de vomitar, y no podía controlar la respiración. Lo que iba a suceder les divertía y aquello me produjo escalofríos.

Unos minutos más tarde, nos detuvimos en la Piazza della Repubblica, junto a la basílica Santa María de los Ángeles. Observé los movimientos de Valentino totalmente desconcertada, no comprendía que hacíamos allí. Aquella parte de él la conocía, pero los resultados solían variar. Tendía a ser un tipo bastante imprevisible.

Thiago abrió la puerta y Valentino me cogió del brazo y me arrastró para que saliera. Tropecé con uno de sus pies y me precipité hacia el suelo, pero él evitó la caída empujándome hacia arriba. No le costaba manejar a su antojo, aunque eso ya lo sabía desde hacía algún tiempo.

El viento azotaba con más fuerza. Tanto que la falda del vestido se me enredó entre las piernas cuando comencé a caminar. Pude ver, conforme nos acercábamos a la basílica, a un grupo de hombres intentando ocultar algo. Uno de ellos miró al menor de los Bianchi y asintió. Este sonrió e indicó con una mano que se retiraran.

Los hombres deshicieron el círculo al tiempo en que algo se desgarraba en mi interior. Valentino supo desde el primer instante que yo me reuniría con Cristianno. Por eso no impidió que abandonara el palco.

SARAH

Enseguida recordé porque nunca había terminado de leer *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen:

era una novela increíblemente aburrida. Comprendía que fuese una obra maestra de la literatura, pero no compartía en absoluto el entusiasmo que suscitaba.

Solté el libro sobre la mesita y resoplé. Aún no podía quitarme de encima la sensación de los labios de Enrico tan cerca de los míos. Contaba las horas por volver a verle.

Salí de la biblioteca en el instante en que Valerio hizo su aparición. Tropezó con el sofá del salón, resbaló, llevándose la mano a la rodilla, y calló sobre los cojines desparramando unos papeles que llevaba bajo el brazo. Durante unos segundos, desapareció de mi vista. Después, se incorporó preciso y miró a su alrededor para saber si alguien había sido testigo de su graciosa caída.

Aquella imagen fue la que me extrajo de mis pensamientos, y solté una carcajada.

—¿Te has hecho daño? —pregunté risueña.

—¡Oh, joder! Sarah, que susto me has dado —exclamó ruborizándose.

—Lo siento.

—He hecho el ridículo, ¿verdad? —Alzó las cejas y su rubor se extendió por toda su preciosa cara.

—Que va... —Le guiñé un ojo, me acerqué a él y le ayudé sabiendo que me miraba fijamente. Era tan guapo como su hermano, pero con una belleza más suave y elegante. Reparé en que su aspecto parecía el de un hombre de treinta años, pero sabía que tan solo tenía veintitrés.

—Bueno, tengo que admitir que ha sido gracioso —repuse sonriente mientras nos levantábamos.

—Me alegra hacerte reír, querida. —Me empujó suavemente con el codo a modo de broma, pero enseguida se puso tenso y su rostro palideció—. ¿Sabes dónde están todos?

—Abajo, en el piso de Alessio. Creí que estarías con ellos —comenté extrañada. Algo no iba bien—. ¿Ha ocurrido algo?

—Todavía no —espetó poniéndose en pie. Alzó los papeles y me miró fijamente—. He descubierto algo que cambiará completamente el transcurso de esta situación.

Fruncí el ceño, no sabía si preguntar o no. No estaba segura de sí Valerio querría contarme más. Pero la ansiedad por saber lo que había escrito en esos papeles fluía por mis venas, casi desquiciándome.

Valerio tomó aire y formó una línea con los labios. Deseaba hablar pero ni él mismo era capaz de asimilar lo que sabía. Estaba en un extraño estado de desconcierto. Sudaba y la nuez de su garganta subía y bajaba cada pocos segundos. Jamás creí que le vería tan nervioso.

Di un paso al frente y le cogí del brazo.

—¿Estás bien, Valerio? —pregunté observando que sus ojos me veían, pero no me miraban—. Dime qué puedo hacer.

El miedo ya era latente en todo mi cuerpo.

—Es tan... es tan difícil de... asimilar —suspiró—. No sé cómo vamos a afrontar esto, Sarah. —Su cara se contrajo y me di cuenta de que tenía las pupilas dilatadas. Parecía cansado, tremendamente cansado, y nervioso—. Tengo que convocar a la familia. Tengo que... explicarles esto.

Asentí con la cabeza.

—Sea lo que sea, comprenderán lo que tienes que decirles. Ya lo verás.

—Solo me preocupa una reacción, Sarah. Después de esta noche, después de descubrir esto, absolutamente todo, cambiará.

Estuvimos unos minutos mirándonos fijamente. Después, Valerio se fue en busca de su familia, caminando cabizbajo y murmurando algo. Tuve el impulso de seguirle, de ir con él y apoyarle en lo que tuviera que decir. Pero pensé que los Gabbana necesitaban ese momento a solas. Fuera lo que fuera lo que había descubierto Valerio, era crucial y les desconcertaría por completo.

Esperaría a que decidieran compartirlo conmigo.

KATHIA

Grité y me abalancé en busca de Cristianno, pero Valentino me lo impidió tirando de mí con la fuerza necesaria como para elevarme del suelo. Pataleé intentando soltarme, incluso estuve a punto de morderle, pero esquivó mis dientes, me empujó contra él y me soltó una bofetada que me lanzó al suelo. Me di de bruces y enseguida me arrepentí del gemido que solté porque provoqué que Cristianno se removiera y le dieran una patada para detenerlo.

Me sentí como si me hubieran clavado un puñal. Estaba arrodillado, le sangraba el labio y tenía una pequeña brecha en la frente y otra en el pómulo. Encorvaba la espalda para sobrellevar el dolor, pero no le dejaban. Dos hombres le sostenían por los brazos. Tiraban de ellos como si su intención real fuera arrancárselos del cuerpo. Otros dos hombres más aguardaban tras él, en posición de ataque.

Malditos cobardes. Tuvieron que capturarlo entre cinco tíos porque era el único modo de vencerle.

Cristianno escupió la sangre que se había amontonado en su boca y soltó un quejido, grave y profundo. Hice una mueca, temiendo que le hubieran roto una costilla o que las lesiones fueran más graves de lo que parecían.

—¡¿Qué has hecho?!! —chillé, levantándome con furia.

Valentino soltó una carcajada y chasqueó los dedos. No comprendí lo que significaba aquel gesto hasta que vi cómo pegaban a Cristianno de nuevo. Esta vez en las costillas.

Valentino me retuvo.

—Cada vez que hables, cada vez que te muevas, significara más dolor para él —dijo Valentino—. Ahora voy a soltarte y quiero que te quedes bien quieta. Por el bien de tu querido Cristianno, te aconsejo que hagas lo que te digo.

Asentí entre lágrimas, temblando y completamente concentrada en Cristianno. Debía obedecer para evitar consecuencias más graves y porque no resistiría que volvieran a pegarle.

Valentino comenzó a caminar a mí alrededor de forma aterradora. El viento azotó su cara cuando se colocó tras de mí y comenzó a hablar.

—¿Sabes el poder que tiene ahora un simple chasquido de dedos, cariño? —preguntó mostrándome como su dedo corazón se unía al pulgar, lentamente. Por suerte, no produjo ningún ruido. Todavía—. Puede suponer un puñetazo. —Chasqueó los dedos y uno de sus hombres le dio a Cristianno un puñetazo en la cara. No jadeó, ni gimió, y supe que estaba aguantando para que yo no me alarmara. Exhalé al escuchar el golpe—. O una patada. —Volvieron a golpearle.

Tuve una violenta sacudida. Ese era el resultado de nuestro encuentro. El resultado del amor que sentía por él.

—Basta —jadeé—. ¿Por qué haces esto, Valentino?

—¿Que porque lo hago? —Se acercó a mí, me cogió de los hombros y comenzó a zarandearme. Cristianno gruñó—. ¿Tienes la desfachatez de preguntármelo? ¿Crees que no te he visto? Dios, Kathia, eres una ingenua. Mira lo que has provocado con tu estúpido emperro en él —masculló. Apretó mi brazo cuando me arrastró hacia sus hombros, me empujó, asegurándose de que terminaba arrodillándome, y cogió mi cara para que mirara a Cristianno.

—¡Mira a tu querido Gabbana!

Cristianno negó con la cabeza mirándome fijamente.

—No escuches, Kathia. No caigas en su trampa —susurró costosamente—. No es nada, lo prometo.

Que me prometiera no hizo más que empeorar mi estado. Sabía que no era cierto. ¡¿Cómo no iba a estar sufriendo?! ¡¿Por qué demonios me mentía?!

Solté el aire, gimiendo, llorando, provocando las risas de todos.

—¿Por qué decidiste quererme? —pregunté entre lágrimas.

—Si alguna vez... has creído...que me arrepiento...estás muy equivocada —farfulló.

—Sencillamente, espectacular —se mofó Valentino antes de levantarme—. Cristianno, ¿qué te parece si dejamos que Kathia sea testigo del final? ¿Eh, amigo?

Empalidecí y me estremecí como nunca antes al entender lo que Valentino quería decir con aquello. Me rodeé y busqué su mirada para suplicarle. Haría cualquier cosa con tal de liberar a Cristianno.

—¡Valentino, por favor...! ¡Haré lo que me pidas! —me desgarré la voz, y el alma.

—¡Cállate! —Gritó—. ¡No intentes ser complaciente, porque no te creo!

Miró a uno de sus esbirros y este estampó su pierna contra la cara de Cristianno antes de que le soltaran los brazos. Cayó bruscamente al suelo dejando que su cabeza impactara con fuerza después de que un pequeño hilo de sangre saliera de su boca.

Forcejeé con Valentino para poder detener aquello, pero fue inútil.

Cristianno se acercaba peligrosamente a la inconsciencia y yo no podía hacer nada.

—Por favor... Basta —supliqué mareada por el llanto. La saliva comenzaba a pesar dentro de mi boca y, la fuerza de los brazos de Valentino en torno a mi torso, me estaba asfixiando—. Contéplale y comprende que si no eres mía completamente, no serás de nadie —masculló. Me empujó hacia el coche dejando a Cristianno convulsionando tirado en mitad de la Piazza della Repubblica.

SARAH

Caminaba de un lado a otro, frotándome las manos y mirando cada pocos segundos el reloj. Ya habían pasado diez minutos desde que Valerio se había ido y el tiempo cada vez pasa más lento. Estaba muy preocupada con lo que estaría pasando allí abajo.

De pronto, el teléfono sonó. Con el sobresalto en el cuerpo, me acerqué a la mesita y descolgué impaciente.

—¿Diga? —Lo primero que escuché fue un ronquido balbuceante—. ¿Disculpe? ¿Quién es? —pregunté extrañada.

¿Qué demonios era aquel gorgoteo? Fuera quien fuese la persona que estaba al otro lado de la línea, le costaba hablar y mucho. Tal vez era un borracho o algún tipo de broma estúpida.

—Rep...rep... —tartamudeó.

—Escúcheme bien —dije con brusquedad. Si querían asustarme, lo habían conseguido—, no sé quién es, pero le juro que...

—Cristianno... —susurró tan débil que apenas le escuché.

Por un instante, dejé de respirar y sentí una fuerte punzada de dolor en la cabeza. ¿Acaso habían capturado a Cristianno?, ¿le habían hecho daño? Tal vez por eso no había aparecido en todo el día por el Edificio.

—Si le has hecho algo —me abalancé hacia delante—, te arrancaré la cabeza con mis propias manos. ¡Lo juro! —mascullé haciendo que crujiere el teléfono entre mis dedos. De la preocupación, pasé a la furia.

—Soy...yo... —me interrumpió, tosiendo violentamente.

Dios mío...

—¿Cristianno? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? —Casi grité.

—Ven... —musitó—... Repubblica.

Su móvil cayó al suelo, pero pude escuchar un gemido que le llevó a la inconsciencia.

Solté el teléfono y salí corriendo hacia la puerta. Me precipité por las escaleras ignorando que la velocidad podría hacerme caer. No tenía tiempo que perder.

Reppublica... ¿Qué significaba aquello? Una dirección, sí, pero ¡¿cuál?! ¡¿Qué demonios le había pasado?!

Casi me estampo contra la puerta del piso de Patrizia. Llamé fuertemente.

Sabía que interrumpiría algo muy importante, pero no tenía elección. Cristianno necesitaba a su familia.

Me abrió Mauro, con los ojos llenos de confusión y aturdimiento. Valerio ya había hablado y causó el desconcierto que él mismo había pronosticado.

—¿Qué ocurre? —se obligó a preguntar Mauro al verme jadeante.

—Cristianno...

No hizo falta decir más.

* * *

Aquel *Audi R8* rugió derrapando por las calles.

—¿Estás seguro de que se refería a la Piazza della Repubblica? —pregunté.

Mauro apretaba el volante de su coche con las dos manos, con los ojos completamente fijos en las carreteras y al borde del abismo. Para él, su primo era su propia vida. Nadie osaba interponerse entre ellos, y la veneración que sentía el uno por el otro ni siquiera podía describirse; casi escapaba a la comprensión.

Por eso no era de extrañar que Mauro estuviera conduciendo como si el resto del mundo no existiera. Solo tenía un objetivo: su primo.

—Estoy seguro, Sarah —masculló. Solo él sabía lo que podía haberle pasado a Cristianno.

—¿Falta mucho? —suspiré, con las uñas hincadas en el salpicadero.

—Lo dudo —dijo antes de dar un sonoro giro y entrar en un parque.

Lo cruzamos ignorando los peatones y obstáculos que se nos cruzaron. Aquello era lo que él llamaba atajo.

—Dios, la policía... —gemí.

—Nosotros somos la policía —me interrumpió.

Sus ojos se abrieron de súbito cuando vislumbró la plaza. No era como la había imaginado. Se trataba de una fuente dispuesta a distribuir el tráfico, una espectacular rotonda. Cristianno no podía estar allí...

... Pero mis instintos le vieron mucho antes que mi consciencia. Sin pensarlo, sin esperar a que se detuviera el vehículo, abrí la puerta.

—¡Ahí está! —grité antes de que Mauro frenara bruscamente a unos veinte metros de Cristianno.

Sabía que él querría haberse acercado más, pero le detuvo mi impaciencia.

Salí corriendo hacia Cristianno, terminando por arrastrarme de rodillas cuando tan solo me quedaban unos pasos. Estaba bocabajo, con la cara pegada al suelo y los ojos cerrados. Apenas respiraba y las heridas de su rostro eran muy recientes. Igual que la sangre que había en el suelo, justo al lado de la boca.

Contuve una exclamación y le atraje hacia mí con el mayor cuidado posible justo cuando Mauro irrumpía tirándose al suelo. La siguiente expresión que puso, me partió el corazón.

Apoyé la espalda de Cristianno en mi regazo y acomodé su cabeza en el hueco de mi brazo. Abrió los ojos y Mauro se lanzó a cogerle de la mano.

—Eh, colega —murmuró cariñoso.

—Kathia... —Tosió y volvió a cerrar los ojos.

—Tenemos que sacarlo de aquí, Sarah —murmuró Mauro cogiendo el brazo de su primo—. Tenemos que llevarle al Edificio.

—¿Se pondrá bien? —sollocé incorporándome para levantar a Cristianno—. Dime que sí, por favor...

Me miró intentando transmitirme calma, y lo consiguió, en cierto modo. Pero ¿quién se la transmitía a él?

De vuelta, varios hombres de la guardia de los Gabbana ya nos esperaban en la puerta. Mauro

les había llamado durante el trayecto.

Encajonada en mi asiento, mantuve mis brazos entorno a Cristianno hasta que Emilio y sus hombres abrieron la puerta y le cogieron con una rápida delicadeza. Antes de que pudiera reaccionar, ellos ya estaban entrando en el Edificio.

Me quedé inmóvil, observando la escena sin saber qué hacer. Sabía perfectamente que Cristianno se pondría bien, Mauro me lo había asegurado, pero verle inconsciente y tan quieto me dejó completamente abatida.

Sentí la mano de Mauro en la espalda, en el arco de mi cintura. Me atrajo hasta él y me abrazó aprovechando para acariciar mi cabello antes de apoyarse en mi cabeza. Su respiración estaba agitada, pero resultaba muy tranquilizadora. No solo se parecía a su primo en aspecto físico, sino también en lo que transmitía.

—No puedo creer lo que acaba de pasar, Mauro —dije aferrándome a su marcado tórax—. ¿Quién crees que ha podido ser?

—Valentino. —Se retiró apartó para mirarme.

Mi mente voló veloz, comprendiéndolo todo. Cristianno había ido al teatro. Había estado con Kathia y Valentino les había pillado. Kathia debió presenciarlo todo... Por eso Cristianno susurró su nombre.

—Kathia... —suspiré.

Mauro palideció al escuchar el nombre de la aquella chica. Le temblaron los labios y un extraño temblor ahogó su mirada. ¿Qué había descubierto que le ponía tan nervioso?

—Debemos entrar.

Seguí sus pasos y nos unimos al grupo de guardias segundos antes de que las puertas del ascensor se cerraran. No hablamos, apenas se escuchaba respirar. Y Cristianno continuaba con los ojos cerrados. Parecía tan pequeño entre los brazos de aquel hombre que casi creí que se trataba de un niño.

De repente, comenzó a toser. Era una tos seca y muy ronca. Esquivé, costosamente a dos hombres y llegué hasta él al tiempo en que descubría un pequeño hilo de sangre saliendo de su boca. Aquello no era una buena señal. Si tosía sangre, cabía la posibilidad de que tuviera heridas internas. Tal vez, incluso, una hemorragia.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese instante dejando que Silvano asomara encolerizado. Se lanzó a por su hijo y ayudó al hombre que lo llevaba a trasladarlo a su habitación.

Se armó un gran revuelo de hombres en el pasillo y quedé prácticamente sepultada entre ellos, pero la mano de Mauro cogió la mía y me arrastró hacia delante. Nos colocamos tras Silvano y pude ver que también estaba Alessio, Valerio y Diego. Sin embargo, no vi a ninguna mujer.

Entramos en la habitación y tumbaron a Cristianno en la cama con mucho cuidado. Su padre se sentó a su lado y cogió su cabeza con cariño mientras luchaba por mantener el tipo.

—Cristianno, hijo mío, despierta —susurró con voz ahogada, como si solo estuvieran ellos dos en la habitación.

Solté la mano de Mauro con el estómago encogido. Sabía que tardarían unos minutos en reaccionar y no estaba segura de que a Cristianno le beneficiara. Debía ayudar, así que me arrodillé junto a Silvano y comencé a desabrochar los botones de la camisa de su hijo. Me miró extrañado, con los ojos enrojecidos y las manos en tensión.

«*Las misma manos, pero con distinta edad*», pensé mirando sus dedos entrelazados.

—Ayúdeme a quitarle la ropa. Lo mejor será curarle las heridas exteriores mientras viene un médico —expliqué.

Encontré sorpresa en su mirada y también orgullo hacia mí. Asintió y acarició el pecho de Cristianno. Me contuve sabiendo que no era el mejor momento para ponerse a llorar. Me necesitaba, y yo les necesitaba a ellos. Así que actuaría tomando las riendas. Después de todo,

ellos eran la única familia que tenía y debía protegerla.

—Mauro, quiero que me traigas el botiquín —ordené.

—De acuerdo. —Se marchó de un salto.

—Diego, llama a un médico o a quien sea que pueda reconocerle.

—Por supuesto.

Con Valerio solo bastó una mirada para entendernos. Dio un paso al frente y miró a todos los hombres que había en la habitación.

—Caballeros, será mejor que esperéis en el salón. Enseguida os informaremos —dijo con la templanza que le caracterizaba.

Comenzaron a salir en orden y silencio cuando volqué toda mi atención en el pecho del menor de los Gabbana. Tenía diversos hematomas en la caja torácica y bastantes arañazos provocados, seguramente, por el deje de los nudillos o las patadas.

—Valerio, ve a por la medicación de tu tío Fabio —dijo Silvano sin levantar la vista de su hijo.

Fruncí el ceño. Sabía que Fabio era un bioquímico, experto en farmacología, increíble, pero no esperaba que hubiera creado ningún fármaco.

—Claro, papá.

—¿De qué medicación se trata? —pregunté en cuanto nos quedamos a solas.

—Mi hermano creo un medicamento que restaura en horas cualquier afección simple. Si no hay heridas internas graves, como creo que es el caso, se recuperará en una noche.

—Eso es increíble. —Le observé sorprendida.

—Sí, pero odio tener que utilizarlo. Significa que alguien está herido. —Hizo una mueca—. Es mi pequeño, Sarah. Puede que sea el más valiente y atrevido, pero siempre será mi pequeño.

—Y podrá decírselo por la mañana. —Puse mi mano sobre su mejilla—. Usted mismo ha dicho que esa medicina le curara en una noche.

—¿Aún no puedes tutearme? —sonrió sin fuerzas.

Mauro entró con el botiquín. En él había de todo, desde vendas hasta bisturís y tijeras quirúrgicas. Escudriñé cada rincón del cuerpo de Cristianno y curé las heridas antes de que Valerio regresara.

—Siento el retraso —dijo jadeante—. He tenido que bajar al piso del tío Fabio. Aquí ya no quedaban.

—Bien —repuso Silvano cogiendo la ampolla y agitándola—. Sarah, tendrás que inyectarla. ¿Podrás?

—Por supuesto.

Preparé la inyección y penetré la aguja sobre la piel inferior del codo. Cuando extraje la jeringa, una voz femenina llenó la habitación.

—¡Cristianno! ¡Mi hijo! —gritó Graciella antes de que Silvano la detuviera con un abrazo.

Patrizia y Alessio estaban justo detrás de ellos, con Ofelia y Domenico.

—¿Qué espectáculo es este? —masculló Domenico—. Exijo saber quién se ha atrevido a tocar a mi nieto.

Su voz, tan fuerte y profundamente grave, me sobresaltó y al tiempo en que me tranquilizaba. La presencia de Domenico tenía una fuerza arrolladora, aunque estuviera en bata y pijama.

Mauro fue quien decidió hablar después de mirarme detenidamente.

—Cristianno quiso ir al Teatro... —Su voz se apagó conforme los rostros de los presentes comprendía lo que quería decir—. Creemos que Valentino pudo verles y... —Ni siquiera se molestó en decir el nombre de Kathia. Todos sabíamos ya que había ido hasta el teatro para verla.

—¡Malditos! —volvió a gritar Graciella antes de soltarse de su esposo.

Contempló a todos, sin fijarse en nadie en particular, y se esforzó por mantener la compostura. Respiraba descontrolada y tenía la piel de las mejillas encendida.

Ofelia se acercó a ella y la rodeó con sus brazos sin llegar a abrazarla, pero en claro signo de apoyo. La mujer sabía bien lo que era sufrir por un hijo, había perdido al pequeño hacía poco menos de un mes.

Silvano se tensó formando una línea con los labios. En otra persona, aquel gesto habría significado tensión, incluso temor; pero en él, significaba... venganza.

Se acercó a Graciella y le cogió el rostro con sus manos. Murmuró algo entre los labios de la mujer. Después se alejó y miró al resto de los hombres. No comprendí muy bien aquella mirada, pero, por la sonrisa de Mauro, comprendí que se trataba de algo importante.

—Valerio, dile a Diego que prepare a la guardia —dijo Silvano—. Quiero a todos los hombres rodeando la mansión.

Me alcé del suelo impetuosa y me coloqué al lado de Mauro.

—¿Qué? —exclamé antes de que Graciella pudiera hacerlo.

—Sarah, vigila su evolución, ¿entendido? —dijo Mauro acariciando mi brazo antes de echar mano a un arma que extrajo de la espalda.

—¿Dónde...dónde vais?

—¡Silvano! —Gritó Graciella—. Ni se te ocurra salir por esa puerta.

—Es mi hijo, Graciella.

—También el mío —protestó acercándose a él—. No permitas que esta noche hieran a alguien más.

Sentí las lágrimas corretear por mi cara cuando pensé en Enrico. En cómo sería tenerle de la misma forma que Graciella tenía a Silvano. Amanecer con él. ¿Cómo estaría en ese momento? ¿Qué estaría pensando? Dejé de mirar cómo Silvano consolaba a su esposa cerrando los ojos con fuerza.

—Lo siento, mi amor —susurró Silvano.

—Más te vale volver, hijo —repuso su padre, Domenico, impotente por no poder acompañarle.

De pronto, salí corriendo. Necesitaba asegurarme de una cosa antes de que fuera demasiado tarde. Necesitaba saber que Enrico no correría peligro.

Llegué a la calle cuando Mauro se montó en su coche. Me acerqué a él

—¡Sarah! ¿Qué estás haciendo? —preguntó—. No pienso dejarte ir si eso es lo que vienes a decirme.

Negué con la cabeza, repentinamente nerviosa.

—No. Solo quiero que... —Pero me callé, y pensé en lo expuesto que quedarían mis sentimientos tras pedirle a Mauro que protegiera a Enrico.

Colocó su mano sobre la mía al mismo tiempo que arrancaba el coche. Por su forma de mirarme supe que empezaba a hacerse una idea de mi petición.

—No dejes que... le pase... nada —logré decir tartamudeando.

—Nunca.

KATHIA

Valentino había dicho la verdad, mataría a Cristianno si volvía a acercarme él. La cuestión era, ¿por qué no lo había hecho ya? Había tenido la oportunidad.

La penumbra de la limusina me ocultaba. Hacía un rato que el dolor y las lágrimas quedaron sepultados bajo el odio. Me sentí inerte, como si me hubieran inyectado una dosis de autocontrol frío y casi maligno. No supe comprender lo que se estaba gestando en mi interior, pero no lo impediría. Aquella noche sería muy larga.

Tan concentrada estaba en encontrar la forma de arrebatarle la vida, que ni siquiera fui consciente de que había empezado a hablar.

—Necesitaste a cinco hombres para reducirle —dije de pronto. La ira borboteaba en mi boca, empujándome a hacer cualquier cosa. Llenándome de coraje—. Eres un cobarde.

—Puede —sonrió—, pero no soy yo quien está saboreando el asfalto de la Piazza della Repubblica.

Súbitamente, dejé de tenerle miedo. Puede que más tarde me arrepintiera, pero ahora aprovecharía esa ocasión.

Valentino se incorporó, tomó una copa vacía y la llenó de champán.

—Ay, Kathia... Si supieras toda la verdad, te arrepentirías de amarle —comentó.

—Lo dudo —negué.

—Ya lo veremos.

Entrecerré los ojos escudriñando los suyos. Por un momento, le sentí acorralado y eso me gustó, pero también me confundió.

—¿Qué pretendes? —quise saber.

—Divertirme —sonrió.

—¿Lo has logrado?

—Ya lo creo.

La furia ardió en mi pecho y me lanzó a darle un manotazo en la mano. Con brusquedad, la copa impactó en su cara haciéndose añicos y provocándole un pequeño corte en la mejilla. Ahora tenía casi la misma herida que él le había hecho a Cristianno. Se quedó inmóvil, sin saber cómo digerir lo que acaba de ocurrir.

Pero para eso estaba allí Thiago, ¿no? Él respondería si Valentino no lo hacía y así fue. Me estampó un bofetón en la boca. La fuerza me empujó contra el asiento y sentí la sangre en mi boca, pero, lejos de tragármela, decidí escupir. Saliva y sangre impactaron en su cara. Se llevó la mano al rostro y se retiró el mejunje mirándome iracundo. Si volvía a pegarme, no dudaría en responder.

—¡Basta! —Clamó Valentino tocándose aún la pequeña herida—. ¿Estás satisfecha? —preguntó.

Me recompuse en el filo del asiento y comencé a pensar en el siguiente paso. Rápidamente, miré la manilla de la puerta. Estaba más cerca de mí que de Valentino, así que si me movía con rapidez podría abrirla y lanzarme a la carretera. Mientras ellos respondían, tendría varios segundos para incorporarme y salir corriendo en busca de Cristianno. Sencillo, muy sencillo. Pero en teoría.

Resoplé. Sería capaz de hacerlo porque me obligaría.

—¿Sabes qué voy a hacer, Valentino?

—Sorpréndeme, mi amor.

A priori, explicarle mis intenciones era de necios. Pero, bien mirado, era una estrategia perfecta. No creerían lo que iba a hacer y se confiarían. Esos eran los segundos que yo necesitaba para actuar.

—Voy a darte una patada en la boca —torcí el gesto—. Después, sangrarás y, mientras tanto,

abriré la puerta y saltaré de la limusina. Lo mejor de todo, y aunque no lo reconozcas en voz alta, es que ambos sabemos que soy capaz de hacerlo. —Terminé sonriendo.

Y ellos enseguida me imitaron. Llenaron la limusina de carcajadas. Como predije, se confiaron y me permitieron calcular mis movimientos. Aquellos zapatos *Dior* que llevaban harían muy bien su trabajo.

El panel que nos separaba del conductor bajó en cuanto Valentino presionó un botón.

—¿Lolo, sabes lo que acaba de decir nuestra querida Kathia? —dijo Valentino al chofer. Todavía estaba limpiándose las lágrimas que le había provocado reír tan plenamente.

«*Continúa, sigue dándome tiempo, sabandija*», pensé.

—Estoy deseando oírlo, jefe.

—Va a darme una patada y después saltará del coche.

De nuevo carcajadas, esta vez mucho más sonoras. Excelente.

—Y lo mejor de todo es que cree que lo conseguirá —se mofó Thiago.

—Creo que tu muñequita ha visto demasiadas películas —añadió el chofer sonriente.

Me uní a sus risas; incluso aplaudí.

—¡Qué tonta! —exclamé—. ¿Cómo iba yo a hacer eso?

Se acabó el tiempo.

Borré la sonrisa de mi cara, apoyé las manos en el asiento y me impulsé hacia delante. Le di una patada a Valentino en la barbilla, dejándole sin respiración y provocando que le castañearan los dientes. Fue un golpe seco y rápido, extraordinario. Que hizo que la sangre empezara a manar ágil de su boca.

Enseguida, me abalancé hacia la manilla de la puerta y la abrí dispuesta a lanzarme, pero Thiago se lanzó a por mí cogiéndome de los hombros. En acto reflejo, y aprovechando el empuje, lancé la cabeza hacia atrás y golpeé su cara. Aquello indujo a que mi salto de la limusina fuera muy inestable. Impacté contra el suelo y rodeé varias veces antes de rebotar bruscamente contra el bordillo de la acera.

Un dolor agudo se extendió por todo mi cuerpo, pero no me detuve a pensar en ello. El placer que me produjo haber logrado aquella hazaña fue superior a cualquier otra emoción. Había tomado una decisión y había actuado en consecuencia. Me sentí llena de adrenalina.

Cogí aire, me incorporé de un salto y miré a mí alrededor ignorando el chirrido de los frenos de la limusina. El tiempo de reacción del que disponía mientras el puñetero chofer de Valentino maniobraba era limitado. Y la distancia que me separaba de la Piazza della Repubblica, bastante amplia.

Empecé a correr antes siquiera de proponérmelo, pero la presión de los zapatos de tacón al avanzar hacía que perdiera el equilibrio, me ralentizaban. Me los quité tambaleante, reconociendo que estaba en la Via del Babuino y que acertaría si tomaba las calles pequeñas. Esquivé los vehículos que venían en mi dirección ignorando las piedrecillas del asfalto que me clavaba en la planta de los pies, y agradecí profundamente que el maldito Bianchi se decantara por aquel vestido. Pude correr cómoda y empleando mi velocidad sin ningún impedimento. Mi respiración brotaba escandalosa e intermitente. Ni siquiera podía oír con normalidad. Pero no bastaba... Tenía encima a la limusina y era cuestión de tiempo que me acorralaran.

«*¡Ni hablar!*», gritó mi fuero interno. No me había tirado de un coche en marcha para terminar capturada de nuevo.

Me escabullí por un callejón que me llevó a la Via de Tritone cuando un coche rojo apareció de pronto. Venía de hacer un derrape y se tambaleó cuando frenó bruscamente para evitar arrollarme. Una humareda blanquecina me envolvió y me desplomé contra el capó, ahogada y cagada de miedo.

El conductor comenzó a acelerar sin soltar el freno, exigiéndome tácitamente que me apartara. Y quiso hacerlo, en serio, pero mi cuerpo se bloqueó. Por un momento, la situación se tornó

desbordante.

Entonces, descubrí unos ojos azules. Me miraban perplejos, completamente sorprendidos y perdidos en la confusión de los míos. Mauro soltó el volante y se humedeció los labios con lentitud, pensativo, como si supiera porque yo estaba allí.

Le vi salir del coche antes de sentir que alguien me capturaba del cuello y me empujaba hacia atrás. No tardé mucho en comenzar a notar la falta de oxígeno y me removí colocando los pies sobre el capo del *Audi* de Mauro. Tal vez si me impulsaba, podría coger aire. El sonido de varios disparos resonó cerca de nosotros y caí de espaldas sobre el pecho de aquel esbirro. La desorientación aflojó sus dedos y pude ver que se trataba de Thiago.

Le vi morir antes de que Mauro me arrastrara de la cintura. Acto seguido, una lluvia de balas nos abordó. No sé cómo lo hizo, pero Valentino había pedido refuerzos y más de diez hombres nos estaban disparando.

—¡Joder! —gritó Mauro lanzándonos junto a su coche. Abrió la puerta del copiloto y nos escudamos tras ella mientras se preparaba para disparar—. ¡Cúbrete, Kathia! —clamó sin saber que ya lo estaba haciendo.

—¡Son demasiados, Mauro! —Grité resguardando mi cabeza con las manos—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Quise tirar de él cuando descubrí un arma sobre el asiento. La alcancé, sin dudar ni un segundo, y la cargué del mismo modo que Mauro sabiendo que estaba años luz de lograr su habilidad. Estiré los brazos contrayendo los codos y disparé alcanzando a uno de ellos. Mauro me miró sorprendido y yo le devolví la mirada alucinada.

Maldije la forma en que me reencontré con Mauro y maldije también el momento en que Cristianno decidió que no soportaba pasar más tiempo sin verme. Si hubiéramos sabido esperar, tal vez, no habríamos estado en aquella situación: él inconsciente y herido y yo en pleno tiroteo con su primo. Aquello superaba cualquier guion.

—¡Sube al coche! —gritó Mauro, empujándome. Lo extraño fue que continuó haciéndolo y terminé en el asiento del conductor—. ¡Arranca! ¡Arranca! ¡Vamos! —volvió a gritar sin dejar de disparar.

Agachada y aferrada al volante esquivando los disparos, le envié una mirada interrogante. Las manos me temblaban y era incapaz de mantener el arma. Sin contar con que todo estaba cubierto de cristales y me los estaba clavando. Aquel maravilloso vehículo sería pasto del desguace en minutos.

—¡¡Por Dios, Kathia, arranca!! —chilló.

¡Yo no sabía conducir en esas circunstancias! ¡Nos estrellaríamos!

—No podré hacerlo, Mauro. ¡Ah! —vociferé al tiempo en que una bala pasaba por encima de mi cabeza.

Él se detuvo, me cogió del mentón y me obligó a mirarle.

—Sí que puedes. Ahora, arranca.

Sin más, presioné un botón que había en el salpicadero y aceleré provocando que el motor rugiera agresivo; por suerte, era un vehículo automático. Eché marcha atrás mientras giraba con premura y coloqué el coche recto dándole la espalda a los disparos. La luna trasera estalló en mil pedazos y nos encogimos. Pero, milagrosamente, nos saqué de la calle a una velocidad de infarto y arrasando con algún que otro contenedor.

—¿Crees que nos seguirán? —pregunté, mirando de un lado a otro y notando unos calambres en las piernas.

—No lo dudes —dijo Mauro. De pronto, asomó medio cuerpo por la ventana y comenzó a disparar—. ¡Tienes que intentar despistarlos, Kathia! —exclamó entre gritos.

«*Piensa, Kathia, ¡piensa!*», me dije.

—¡Solo se me ocurre una cosa! —Una auténtica locura que ni siquiera sabía si podría hacer. Se

necesitaba demasiada destreza al volante. Destreza de la que yo, por supuesto, carecía. Pero, en una situación como aquella, ¿qué más daba? Me dejaría llevar por mis impulsos.

—¡Pues adelante! —me exigió Mauro, asombrosamente ofuscado en alcanzar a alguien con sus disparos.

Alargué el brazo y le cogí del cinturón, arrastrándolo al interior del coche. No le sentó bien que hiciera aquello, pero no quería verle saltar por los aires. Sería lo más probable en cuanto hiciera lo que iba a hacer.

—Prepárate para disparar a las ruedas en cuanto te diga —dije introduciéndome en una calle demasiado transitada por peatones. Si la memoria no me fallaba, estábamos a unas calles del edificio.

La gente se apartaba gritando y lanzándose al suelo. Arrasé con algún que otro puesto de venta ambulante y ciertos objetos se colaron dentro del coche. Era lo malo de no tener cristal delantero.

—¿Cuál es la idea? —preguntó extrañado.

—Tener puntería —grité asimilando que, si mi plan surtía efecto, provocaría un accidente en cadena.

«*Puedo hacerlo, puedo hacerlo*», me dije, como si fuera un mantra.

De pronto, frené y giré el volante hacia un lado. Lo hice de una forma tan imprevisible y brusca que casi nos estrellamos, pero logré mantener el coche. Lo único que contaba en aquel momento era que lo estaba haciendo, y punto.

Ojalá Cristianno hubiera estado allí con nosotros.

Detuve el vehículo tras el derrape y mastiqué la adrenalina al ver que había conseguido quedar frente a nuestros enemigos.

—¡Ahora, dispara! —ordené a Mauro.

Efectuó ocho disparos, cuatro a cada neumático delantero, y suficientes para que diera una sacudida y chocara contra las paredes como si fuera una peonza. Varias chispas saltaron de las llantas al rayar el suelo. Los coches que le seguían chocaron contra él, justo como esperaba. ¡Lo habíamos logrado! y me quedé contemplando la escena tras soltar un grito de satisfacción muy parecido a una carcajada.

—¡Sal de aquí, corre! —exclamó Mauro al ver que los esbirros y Valentino salían de sus vehículos.

Tras unos minutos en silencio y saboreando la agotada calma que se había establecido en dentro de coche mientras no alejábamos, me sobrevino el miedo.

Tanto se me notó, que Mauro terminó por coger mi mano y apretarla lo suficiente para que dejara de temblar. No me vi capaz de abandonar la vista de la carretera para mirarle (eso ya era pedir demasiado), pero expresé de sobra lo que estaba pensando.

—Está en el Edificio, amor —murmuró.

Ahugué una exclamación. ¿Así que Mauro sabía lo que había pasado? ¿Sabía que su primo estaba herido?

—¿Cómo...te has... enterado? —tartamudeé aguantando las lágrimas.

Cabizbajo, Mauro apretó los ojos con fuerza y suspiró.

—Nos llamó y nos dijo la dirección —explicó tímido.

No fui consciente de que había tomado la dirección al Edificio Gabbana hasta que me detuve en la Fontana.

Miré a Mauro y aseguré su mano con más fuerza.

—No me sueltes —farfullé.

—No pensaba hacerlo.

KATHIA

Me costó muchísimo coger aire y empujar la puerta de la habitación de Cristianno. No miré en rededor, no me di cuenta de si algo había cambiado desde la última vez que estuve allí o de quién había presente. Solo verle tendido en su cama, eclipsó todo lo demás.

Avancé lentamente, casi arrastrándome y sintiendo el tacto del mármol negro bajo mis pies, frío y suave, dolorosamente suave. Cristianno parecía tan frágil, con su pecho desnudo subiendo y bajando pausado. Sabía que dormía, pero no me bastó para evitar que me doliera verlo tan quieto.

«*Todo es culpa tuya, Kathia*», me aseveró mi mente.

Si no me hubiera cruzado en su camino, sino le hubiera dejado enamorarse de mí, no estaría pasando por aquello. Continuaría con su vida, haciendo lo que mejor se le daba y amaneciendo en la cama de la mujer que le diera la gana. Sin ataduras ni compromisos. Sin el peligro acechando tras él constantemente. Tal vez, se casaría y formaría una familia. Yo no sería más que el recuerdo de una adolescente con la que discutía en el instituto. Apenas me recordaría porque no habría sido nada en su vida.

Llegados a ese punto, si Cristianno no hubiera decidido jugar conmigo a las miradas furtivas y a las provocaciones, mi vida no habría sido igual. No sabría lo que se sentiría al perder la razón por amar alguien y sentirme correspondida con el mismo fervor.

Era una egoísta.

Cerré los ojos cargando con la angustia de aquellos pensamientos al tiempo en que alguien me tocaba el hombro. Distinguí el calor de Mauro y agaché la cabeza.

—Se pondrá bien, créeme —susurró.

—Me obligaron a mirar... No pude hacer nada... —Empecé a llorar.

—Sin embargo, no fue suficiente. Nadie retendrá a Cristianno Gabbana. —Busqué esa voz desconocida para mí y me topé con el rostro de una mujer de belleza hechizante, de cabello oscuro largo y ligeramente ondulado y unos ojos grises tan dulces como sinceros.

«*Me he enamorado de ella...*», recordé las palabras de Enrico.

—Sarah... —murmuré para su asombro. No imaginó que yo sabría de su existencia.

Me senté en el filo de la cama, levanté tímidamente una mano y acaricié el suave vientre de Cristianno.

—Todos los pasos que hemos dado nos han llevado hasta este momento —suspiré—. De nada sirve negarse a la evidencia.

—¿Qué quieres decir? —repuso Sarah acercándose a mí. Un instante más tarde estaba sentada a mí lado.

—Jamás dejaran que estemos juntos —admití.

—¿Desde cuándo te ha importado la gente? —intervino Mauro con un tono de voz mucho más grave de lo normal. Permanecía quieto, con los brazos en tensión y observando a su primo y a mí intermitentemente. No estaba cómodo, pero no logré descubrir porque.

—Desde que su vida corre peligro —repuse y volví la mirada a Cristianno. Me dejé llevar inclinándome hacia él y acomodando mi cabeza en el hueco de su cuello. Habría pasado toda mi vida admirando el aroma de su piel, allí, quieta—. Si le ocurriera algo, yo... —Las palabras terminaron perdiéndose.

Esta vez fue Sarah quien me tocó y lo hizo acomodando su mano en el arco de mi espalda.

—Cristianno no dejará que te alejen de él... —afirmó.

—Es eso lo que más miedo me da, Sarah. —La miré de reojo—. Si fuera lista y generosa, le dejaría ir.

—Pues me alegro de que no seas ambas cosas. Y de que él sea tan obstinado.

De súbito me incorporé y terminé por cobijarme entre los brazos de aquella chica. Ella

respondió al abrazo, protectora y afectiva.

Saboreé unos segundos más su contacto y regresé a Cristianno.

SARAH

Fue increíble verles juntos. Nunca había visto que alguien pudiera encajar tan bien como Kathia y Cristianno; todo se acoplaba entre ellos, como si hubieran nacido solo y exclusivamente para ser amantes. Resultaba asombrosamente mágico.

Un golpe seco interrumpió el silencio. Después, algo de cristal se hizo añicos. Casi impasible, Mauro me miró mientras echaba mano a su arma. Todos sus movimientos calculados, fríos... preparados para cualquier situación.

Tragué saliva, intentando escuchar más allá de los latidos agitados de mi corazón. Kathia se levantó de golpe. El cabello le ocultó la mitad del magnífico rostro, enmarcándolo y profundizando unos ojos grises radiantes de furia. A diferencia de Mauro, ella sí manifestó duda, pero no la suficiente como para mostrar debilidad.

Me levanté con ella sin esperar que buscara mi mano y entrelazara sus dedos con los míos. Me protegía, pero ¿de qué? ¿De quién? Mauro se adelantó hacia la puerta, la entornó y cuando quiso asomarse todos y cada uno de los rincones de su cuerpo se pusieron en alerta. Segundos después, apuntó con su arma y Kathia y yo descubrimos lo que ocurría.

Un hombre alto y robusto apuntaba a Graciella con un arma. Ahogué una exclamación al tiempo en que quise adelantarme, pero Kathia lo evitó. La miré extrañada, preguntándole en silencio porque demonios no se movían ella o Mauro e impedían aquello. Pero enseguida me arrepentí. Ellos sabían muy bien cómo actuar en aquel tipo de situaciones, como buenos mafiosos. De lo contrario, Graciella no se habría exhibido tan impasible. Lo único que pareció desestabilizarla fue encontrar a la novia de su hijo en la habitación. Ambas se miraron y se dijeron miles de cosas que quedaron sepultadas bajo la presencia de más hombres apresando a Patrizia y a Ofelia; todas las mujeres de la familia estaban siendo amenazadas en el mayor momento de debilidad del Edificio. Los que podían protegerlas estaban en la mansión Carusso. Mauro respiraba con deliberación. Sabía que un paso en falso podría herir a cualquiera de sus mujeres. Pero no sentimos tan amenazados hasta que entró un último hombre. Supe que debía tenerle miedo, o, al menos, respeto, al notar la tensión que le produjo a Kathia su presencia.

No había duda, se trataba de Valentino.

—Kathia, Kathia... —canturreó oscilando su mirada entre Cristianno y ella. Sonreía—. ¿Qué vamos a hacer contigo? Mira lo que me has hecho hacer, cariño. —Señaló a las mujeres que tenía justo detrás.

Mauro se interpuso entre nosotras y él y yo empujé a Kathia tras de mí. No permitiría que le tocara ni un pelo después de saber de las cosas que era capaz aquel tipo de bonita cara y ojos traidores.

—No te acerques más, Valentino —masculló Mauro apuntándole directamente a la cabeza; solo les separaba unos centímetros.

—¿O qué? ¿Me pegarás un tiro? —se mofó—. Por dios, Mauro, somos siete contra uno y encima tenemos a tu madre. ¿Qué te parece la idea de verla morir?

Mauro apretó los dientes y controló sus impulsos.

—¿Qué quieres? —exigió.

—A Kathia.

Negó con la cabeza.

—Volveré a preguntar, ¿qué quieres?

Puede que Mauro fuera dos años menor Valentino, pero aquella edad quedó invertida en cuanto le escuché hablar. Si perdía aquel enfrentamiento sería por inferioridad de posibles, no por valor.

—Volveré a responderte —ladeó la cabeza—. Dame a Kathia.

El sonido de un móvil interrumpió y uno de los guardias se llevó la mano al bolsillo interior de su americana. Las palabras de aquel mensaje debieron ser de lo más impactantes porque el hombre palideció y miró a Valentino como si se le hubiera aparecido el mismísimo diablo.

—¿Qué ocurre?! —gritó Valentino provocando un espasmo en casi todas nosotras.

Patrizia y Graciella miraron a sus hijos, temerosas. Ofelia, en cambio, estudiaba la situación. La vi muy capaz de arriesgar su vida por salvarnos a todos.

—La mansión está siendo atacada por los Gabbana y algunos refuerzos —tartamudeó el hombre.

—¿A qué te refieres con refuerzos? —quiso saber.

—A que los Albori y los de Rossi acaban de unirse. Son demasiados. —Las familias de Eric y Alex no perderían una ocasión así.

Mauro sonrió, provocando que Kathia también lo hiciera. Valentino giró, súbitamente, la cabeza y les envió una mirada iracunda y malévol. Tuve un escalofrío cuando, por un instante, aquellos ojos verdes se pasearon por mi cuerpo. Kathia quiso adelantarse, pero se lo impedí empujándola disimuladamente.

Valentino chasqueó la lengua y se inclinó ligeramente hacia delante guardando sus manos en los bolsillos de su esmoquin.

—Bien, Mauro, te lo diré de otra forma —dijo—. Si no me entregas a Kathia por las buenas, iré yo mismo a por ella y después mataré a tu familia.

—¿Y crees que voy a consentírtelo? —Mauro puso los ojos en blanco—. Eres increíble, ¿lo sabías?

—Siendo sincero, sí, lo sabía. Y estás disculpado.

—¿Disculpado yo? ¿Por qué? —dijo irónico.

—Por no comprender que estás poniendo en peligro a todas las mujeres de esta maldita habitación.

Mauro negó con la cabeza. Sin duda, era el único allí que confiaba en que saldríamos ilesos. Poco podíamos hacer para defendernos con tantos hombres armados rodeándonos.

Agaché la cabeza a tiempo de ver cómo Kathia cogía un bisturí del botiquín con un disimulo sorprendente. Lo escondió entre sus dedos sin dejar de controlar la escena.

—Creo que ahora te confundes. —Mauro torció el gesto. Me resultó casi tan espeluznante como los movimientos de Valentino.

—¿Sí? —sonrió Valentino.

—Mientras decides venir a por Kathia, yo habré matado a esos tres hombres. —Señaló a los tíos que retenían a la Ofelia, Patrizia y Graciella.

—Creo que has pasado demasiado tiempo con Cristianno. Estás delirando —sonrió Valentino, sabiendo que sus esbirros le seguirían—. Chicos, el Gabbana gana. Soltad a las mujeres.

—Obedecieron empujándolas hacia una esquina.

Pero a Mauro no le satisfizo. Seguía en tensión, y empecé a temer de verdad en cuanto percibí que Kathia contenía el aliento. Solo ellos sabían lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué tramas, Bianchi? —guiñó Mauro.

—Nada que no sepas ya. Traedme a Kathia —le indicó a sus hombres. Pero cuando se dispusieron a avanzar, un disparo resonó en el pasillo sobresaltándonos a todos. Acto seguido, Domenico apareció en el umbral de la puerta con una escopeta en la mano, mató a un hombre sin dudar un instante y regresó al pasillo para cubrirse de las represalias mientras cargaba más balas.

KATHIA

Me lancé a proteger a Cristianno en cuanto se desató la reyerta. Domenico había aparecido en la habitación disparando a todo hombre que se moviera y amenazara a su familia. Algo que a Mauro le sirvió de mucho, porque le dio espacio para atacar.

Patrizia y Graciella no se quedaron quietas, entraron en la pelea con lo que pudieron y arremetieron con valentía sabiendo que Sarah protegería a Ofelia (era la más indefensa de todas debido a su edad) y yo cubriría a Cristianno. Con mi cuerpo no bastaría, tenía que sacarle de allí.

Así que capturé sus brazos, tiré de él y me abracé a su torso. Soltó un suave gemido que vibró en mi cuello y percibí que su cuerpo se contraía queriendo ayudarme con el peso. Me ahogué en el destello profundamente azul de su mirada cuando le miré y en la forma que un ligero enrojecimiento luchaba por engullir sus pupilas.

—Cristianno... —susurré acariciando su rostro, casi olvidando que corríamos peligro.

—¡Kathia, cuidado! —gritó Graciella.

Al mirar sobresaltada, descubrí que uno de los hombres de Valentino se acercaba a nosotros con un cuchillo. Empujé a Cristianno al suelo, sintiendo como su cuerpo se me resbalaba de las manos, y le clavé al esbirro el bisturí justo en la garganta. Tropecé por la fuerza de la estocada y caí sobre Cristianno.

—Dame...un...arma —gimió.

—Cállate —murmuré y rápidamente volví a cogerle.

Le arrastré hacia el baño sintiendo como sus brazos me rodeaban y como sus dedos acariciaban la parte baja de mi espalda. Apoyé su cuerpo contra la pared al tiempo en que me empujaba a un lado y pegaba una patada al tipo que acababa de entrar. Este soltó la pistola a los pies de Cristianno. Se incorporó, la cogió y disparó con premura provocando que el esbirro dejara un rastro de sangre en la mampara de la ducha.

Fui incapaz de comprender de dónde demonios había sacado Cristianno la fuerza para arremeter y protegerme.

Soltó la pistola y me tendió la mano. Enseguida, la capturé y me deleité con la débil sonrisa que me regaló.

Después, se desmayó. Y Valentino me arrastró fuera del lavabo.

—¡Quietos! —clamó, paralizando a todo el mundo. Solo uno de sus esbirros continuaba con vida. Busqué enloquecida cualquier daño que pudiera tener alguno de los míos, pero no encontré nada.

Mauro me observó con los ojos titubeantes. Ambos sabíamos que lo mejor era que Valentino me llevara con él, por el bien de todos. Pero no le pareció bien. No me dejaría ir sin oponer resistencia. De nada sirvió que se lo suplicara con la mirada.

Valentino descubrió las intenciones de Mauro y decidió apuntarme con la pistola.

—Mauro, créeme cuando digo que la mataré si no me dejáis salir de aquí con vida —dijo, más desquiciado que nunca. Era la primera vez que le notábamos tan desorientado y agitado.

—No te creo —repuso Mauro pulsando un pequeño botón que había en el mango de la pistola. Extendió el brazo y dejó que el cargador saliera disparado al suelo—. La necesitas y lo sabes.

—Siempre puedo causarle dolor —sugirió—. Quieres que tu...

—¡Cállate! —chilló Mauro interrumpiéndole, y no comprendí bien porque lo hizo. ¿Qué era lo que Valentino iba a decir que tanto le alteró? ¿Qué estaban ocultándome? ¿Lo sabría Cristianno? ¿Lo sabían los demás y por eso me miraban de esa forma?

—¡Ah, es cierto! —exclamó Valentino, divertido—. Ninguno de los dos lo sabe todavía.

¿Qué no sabía? ¡¿Qué no sabía?!

Domenico se acercó a su nieto y le colocó la mano en el hombro empujándole ligeramente

hacia un lado. Cerró los ojos en signo de cansancio, culpabilizándose, y me miró, del mismo modo en que me miraban los demás; dubitativos, indecisos.

—Vamos, Mauro, déjale ir —habló y decidió trasmitirme cariño. Yo asentí totalmente de acuerdo con su decisión.

—Excelente, buena elección, Domenico —sonrió Valentino e indicó con un gesto a su guardia que se moviera.

Apenas me di cuenta de cómo abandonamos la habitación y llegamos al vestíbulo. Esperamos al ascensor y me empujó dentro. Vi a través del espejo que nos quedábamos a solas y que le atraía la idea.

Decidí que guardar silencio me bastaba, pero él lo confió con sumisión. Me lanzó contra el espejo dejando que mi espalda notara la presión de su pecho. Acarició bruscamente mi cintura, tiró de la tela de la falda y coló sus dedos por debajo para tocar la piel de mis muslos. Quise zafarme, pero me aturdió que me cogiera de los hombros y tirara de la tela. Las fibras crujieron al partirse verticalmente desde la clavícula hasta el vientre.

Valentino se aprovechó de mi aturdimiento y deslizó sus manos por mi pecho, acariciándome con furia.

—Voy a hacerte el amor aquí mismo, en el Edificio Gabbana —jadeó sabiendo que aquel hecho sería de lo más irónico y cruel.

No imaginó que se lo impediría. Le di un empujón y le abofeteé duramente al tiempo en que se abrían las puertas del ascensor. Dio un traspié, me observó encolerizado y se lanzó a mí. Le importó una mierda que estuviera medio desnuda cuando salimos del Edificio.

SARAH

Me sentí extrañamente mareada tras la marcha de Valentino y Kathia. Me preocupaba que pudiera pasarle algo, pero tampoco podía hacer nada por ella. Todo aquello me venía demasiado grande.

Ofelia y Domenico se retiraron, Mauro trató de tranquilizar a su madre, Graciella decidió cambiar a su hijo de habitación; necesitaba calmarse antes de decidir qué hacer con el desastre que nos rodeaba. Le ayudé a trasladar a Cristianno a una de las habitaciones de invitados que había próximas a la mía. Después, la dejé asolas con él y bajé al salón sin esperar encontrarme con Mauro esperándome en el vestíbulo.

Estaba apoyado en la barandilla cuando decidió quitarme la mirada. Llevaba la chaqueta puesta, lo que indicaba que tenía intención de salir.

—Voy a ir a la mansión, Sarah —admitió.

—Y yo voy contigo. —Ni yo misma creía lo que acaba de decir. Todos los rincones de mi cuerpo deseaban ir.

—No. —Gruñó negando con la cabeza y acercándose a la puerta—. Ni lo sueñes.

—Entonces, tú tampoco irás.

—No estaba pidiendo tu permiso, Zaimis. —Me miró circunspecto.

Sonó muy severa la forma en la que pronunció mi apellido. Con ello quiso dejarme claro que él tenía la última palabra.

Después de estar unos minutos escrutándonos con la mirada, sin desviarla ni un segundo y rodeados de un silencio incómodo, Mauro quiso marcharse. Le cogí del brazo.

—Por favor... —Torció el gesto antes de acariciar mi mejilla—. Deja que vaya. Necesito saber que Kathia está... bien. Que él también lo está.

—Sarah, no me lo pongas difícil. —Y se fue.

Tomé aire durante unos minutos antes de lanzarme a hacer la mayor locura. Salí corriendo, pero no tras él, sino hacia la habitación de Cristianno. Entré en su ropero; sabía que allí tenía armas. Rebusqué entre su ropa hasta que encontré una caja fuerte. Giré la llave que había en la cerradura, abrí la puerta y me encontré con varias armas y cargadores. Cogí lo necesario. No

sabía utilizarla, pero aprendería sobre la marcha si era necesario. Solo iría a la mansión, cotejaría que Kathia y Enrico estaban bien y me largaría de allí. Solo eso.

Tropecé con la puerta al salir y corrí hacia las escaleras comunitarias todo lo rápido que pude. Escuché el motor de un vehículo un instante antes de entrar en el garaje.

—¡Mauro! —exclamé en cuanto me encaminé hacia el Ferrari negro en el que estaba sentado. Sus ojos no respondieron a mi presencia. Simplemente, se cerraron hastiados y aceptaron que tendría que dejarme ir con él—. Lo haré te guste o no.

—Ni se te ocurra subir a este coche, Sarah —masculló—. Regresa arriba, inmediatamente.

—¡Sois la única familia que tengo, Mauro! —exclamé—. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como os atacan. Sé que no sé hacer nada, que sería un estorbo, pero quiero aprender a defenderos, y este es el mejor momento.

—No tienes idea de a lo que enfrentas —masculló orgulloso.

—Vayamos a la mansión y veámoslo, entonces.

Mauro tuvo una forma un tanto inocua de indicarme que subiera al coche, pero me bastó.

—No dejes que te vean y evita los espacios abiertos del jardín, que son muchos —explicó—. No te hagas la heroína, solo mantente tras de mí y haz lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

Asentí.

—No llames a Enrico, ni pretendas acercarte a él. —Él declaró en voz alta parte de las intenciones que yo preferí reservar—. Si le ves en peligro, solo dímelo.

Esa vez, asentir fue mucho más difícil.

—Bien, ahora comienza a rezar para que no tengamos que lamentar esta decisión. —Y salimos del garaje.

KATHIA

Una lluvia de tiros nos rodearon conforme nos acercamos a la mansión. Había hombres disparando por todos lados, escondidos tras los coches, los muros, los árboles... Cualquier cosa valía para protegerse. Era lo más aterradoramente espectacular que había visto en mi vida.

Agaché la cabeza, llevándome las manos a las orejas, y me arrodillé entre los asientos. Mi cuerpo respondía a los estruendos con constantes sacudidas y supe que si no salía de allí, terminaría alcanzada por un balazo. A Valentino no debió de importarle porque me cogió del brazo y me apegó a él a tiempo de esquivar una bala. Mi siguiente pensamiento estuvo dedicado a su muerte, a la sangre que se hubiera desparramado de su cuerpo.

Pero no fue él quien murió; la cabeza de su chofer impactó sin vida contra el volante, provocando un giro brusco hacia la izquierda. Contuve el aliento un segundo antes de salir propulsada hacia delante. Por suerte, los asientos nos evitaron males mayores, tanto a Valentino como a mí, pero su chofer reventó el parabrisas al salir despedido. Miles de cristales nos asolaron. Nos habíamos estampado contra un robusto árbol del jardín principal.

No me detuve a pensar en nada, ni siquiera en lo mucho que me dolían los hombros o el frío que tenía. Aproveché el desconcierto de la situación para salir del coche por la ventanilla, pero tuve que hacerlo bien agazapada y pendiente de las personas que había en aquella zona de la mansión.

Me aguijoneó un dolor agudo al caer al césped. Estaba tan preocupada en no morir que no me di cuenta de lo fuerte que había sido el porrazo. Me llevé una mano al vientre y con la otra me apoyé para toser. Al levantar la vista, descubrí todo el desastre. La parcela principal estaba tomada, luchaban unos contra otros arrasando con lo que se les cruzaba en el camino. Quien era Carusso, quien Gabbana, resultaba muy complicado saberlo.

Hasta que vislumbré a Enrico. Estaba en el otro extremo, medio escondido tras un banco de piedra y descargando el arma para volverla a cargar. Cada movimiento ejecutado con precisión y una elegancia extrañamente agresiva. Su posición en aquel caos era muy compleja: no podía ponerse en contra de los Gabbana porque eran su familia, pero tampoco podía ir a su favor sino quería que los Carusso le descubrieran. Estaba atrapado y, aun así, luchaba.

Quise gritar su nombre, pero entendí que podía ponerle en peligro. Lo mejor era ir hasta él. Enrico sabría qué hacer cuando me viera y nos pondría a salvo. Cogí aire y me envalentoné hacia delante. Había que tener unas pelotas muy grandes para atravesar el jardín, pero no me quedaba otra. Así que decidí arrastrarme por el césped sintiendo la humedad de la hierba en mi estómago. Maldita la hora en que Valentino decidió excitarse en el Edificio.

Vi la oportunidad de levantarme cuando llegué junto a una arboleda, pero un fuerte peso cayó sobre mí. Valentino volvía a capturarme.

—¿Adónde te crees que vas? —protestó agarrotado, y gemí al notar su empeño por empujarme hacia él.

Dejé que hiciera y aproveché su inercia para darle un cabezazo en la boca. Su reacción fue admirar la sangre que le había provocado y después estamparme contra el árbol.

Detuve el empujón con las manos a tiempo de esquivar un puñetazo agachándome. Varios disparos resonaron en rededor y tuve la inercia de encogerme, pero, de nuevo, Valentino lo impidió. No sin antes haber respondido a los disparos.

De pronto, alguien apareció de la nada y nos arrastró consigo al suelo. Me golpeé la cabeza antes de avistar a Alex aporreando la cara de Valentino para enzarzarse en una pelea de lo más sucia.

Al mirar a mi amigo, no pude evitar pensar en Daniela. ¿Dónde estaría ella en aquel momento? ¿Cómo estaría sabiendo que su novio estaba en mitad de un tiroteo? Que duro era estar en la posición de las mujeres de la mafia.

Quise detenerles y salir de allí con Alex, evitar que pudieran hacerle daño. No quería que Daniela sufriera por él como yo estaba sufriendo por Cristianno. Pero algo llamó mi atención y me dejó inmóvil.

Fuego.

La terraza estaba siendo pasto de las llamas, que crecían a toda velocidad por culpa del viento y empezaba a extenderse briosa por el porche. En pocos minutos, la mansión sería engullida y la vegetación que la rodeaba tendría una participación importante.

—¡Kathia! —Clamó Alex—. ¡Sal de aquí!

Tal vez era lo mejor, pero entonces, vi a Silvano a unos metros de mí. Acababa de matar a mi tío Carlo con una maestría increíble y no era consciente de que mi padre lo había visto y se disponía a herirle.

Sin dudarle un instante, corrí hacia Silvano. Todo se ralentizó. Sabía que miles de balas se cruzaban en mi camino y podían matarme, pero no me importó. No permitiría que mi padre matara a Silvano. Angelo Carusso era el único culpable de aquella situación.

Llegué a tiempo de empujar al Gabbana y tirarlo al suelo. Por un instante, mientras caíamos al suelo, creí haberle salvado, pero no fue así. Silvano soltó un grito desgarrador al caer y la sangre empezó a borbotear de su pierna.

—¿Qué demonios haces, Kathia? —preguntó, lejos de preocuparse por sí mismo.

—No te muevas. —Le ignoré concentrada en su herida.

Inevitablemente, recordé a Fabio. Dios mío, parecía que el destino estuviera burlándose de mí al hacerme pasar por lo mismo una vez más. Ya era demasiado para mí saber que murió en mis brazos y que no pude hacer nada por evitarlo. Tenía su última mirada grabada a fuego en mi piel.

No, no volvería a pasar por lo mismo.

Tragué saliva, cogí a Silvano de los brazos y tiré de él. Silvano no moriría. Solo tenía un disparo en la pierna, podía salvarle. Nos escondimos tras una fuente de piedra y enseguida me dispuse a mirar la herida, pero me detuvo cogiendo mi cara entre sus fuertes manos.

—Kathia, te ordeno que salgas de aquí —espetó con algo más que autoritarismo. No supe determinar que era, algo extraño se paseaba por su mirada. Algo que le desconcertaba, y que ya había visto en los ojos de Mauro.

—No —gruñí, me alejé de sus manos y arranqué un trozo de tela de mi vestido.

—¡No permitiré que te maten a ti también! —gritó frustrado—. Eres lo único que me queda de él.

¿Qué? ¿Lo único que le quedaba de quién?

¿Qué demonios sucedía?

Me tragué el desconcierto, con el corazón a mil pulsaciones, y le hice un torniquete antes de que Diego nos encontrara. Varios disparos sobrevolaron nuestras cabezas y ambos nos agachamos cubriendo a Silvano con nuestros cuerpos.

—¡Joder! —Clamó Diego cuando pudo mirar a su padre—. ¿Quién ha sido?

—Eso no importa —dije incorporándome un poco para mirarle a la cara—. Tenemos que sacarlo de aquí. ¿Cuál es el coche más cercano, Diego?

Pero antes de contestarme, mató a un par de hombres que teníamos encima. Después, me miró, frunció el ceño y tragó saliva. Me dio la sensación que acaba de ver a un fantasma.

—El *Maybach*. —Se obligó a decir—. A unos metros de nosotros.

Silvano jadeó y me fijé en que el rojo de la tela con la que había hecho el torniquete era casi negro. Estaba perdiendo demasiada sangre.

—¡Tenemos que darnos prisa! —grité nerviosa, al ver que Silvano empalidecía por momentos. Tarde o temprano entraría en parada.

—¡Papá, no me jodas! —clamó Diego cogiendo a su padre de los hombros.

—No es esa mi intención, hijo.

—No te desmayes, ¿vale? Aguanta un poco, por favor. —Miró a su alrededor, buscando una salida que le permitiera poder llegar al *Maybach* sin correr más peligro.

—Lo intentaré —susurró Silvano, pero ambos sabíamos que eso no podía decidirlo él.

Por la mirada de su hijo, supe que se estaba planteando la idea de coger a su padre y atravesar el jardín él solo.

Le cogí del brazo y tiré de él para que me mirara.

—Diego, tenemos que pedir ayuda —le insté.

Asintió varias veces y tensó su cuerpo, listo para echar a correr.

—Espera aquí. —Y se fue mientras disparaba.

—Háblame, Silvano. —Acaricié su frente—. Cuéntame cómo conociste a Graciella.

—La conocí en... Terracina —jadeó con una ligera sonrisa en los labios. Cerró los ojos y asió mi mano—. Ella me miró con sus ojos amatista... y sonrió... Supe en ese instante que debía pasar el resto de mi vida a su lado.

Me contagié de ese amor en cuanto abrió los ojos. Descubrí a Cristianno en ellos y fue imposible retener la lágrima que se deslizó por mi mejilla. Silvano la capturó con sus dedos.

—Eres preciosa... —gimió.

—Estoy hecha un desastre —resoplé.

Los labios se le habían resecaado demasiado, agrietándose en las comisuras. Alcé una mano, la colé en la fuente y humedecí mis dedos con el agua. Enseguida, derramé unas gotas en su boca al tiempo en que Diego se hincaba de rodillas a mi lado, jadeando por la carrera. No venía solo, Valerio apareció imitando su gesto.

—Eric está en el coche —dijo mayor de los hermanos cogiendo un brazo de su padre—. No podrá aguantar mucho así que tenemos que darnos prisa.

—Kathia, ve detrás de mí y no te separes, ¿de acuerdo? —añadió Valerio cogiendo el brazo que quedaba libre.

—Entendido. —Asentí y me preparé para levantarme—. ¿Quién nos cubrirá?

—Todos —contestó Diego—. Acabo de avisar a Enrico y Alex.

Cogieron a su padre en brazos mientras yo me colocaba tras Valerio. Desde allí, pude coger la cabeza de Silvano e impedir que se esforzara por erguirla.

Salimos del refugio de la fuente y corrimos hacia la calle agazapados. Las balas impactaron en el suelo, a nuestros pies, y varios hombres se interpusieron en nuestro camino, pero todos ellos fueron cayendo. Nos estaban cubriendo bien. Aunque mi atención no estaba puesta en la gente que quería matarnos, sino en la cantidad de cadáveres que había en el suelo.

¿Aquello era lo que mi amor por Cristianno había provocado? ¿Así sería nuestras vidas si me mantenía fiel a mis sentimientos, siempre en peligro y con la muerte acechando? ¿Podía el amor justificar todo aquello?

Quise ser engullida por la tierra.

Enrico tiró de mí para abrazarme en cuanto llegamos al coche.

—Tengo que sacarte de aquí —murmuró con voz agotada, apegado a mi cuello.

Olía a pólvora, a sudor... pero continuaba predominando ese aroma cítrico y fresco que siempre le acompañaba. Sus brazos me hicieron pensar por un segundo que no estábamos allí, sino lejos. En un lugar inalcanzable.

—¡Le han dado un paliza, Enrico! —Lloré entre jadeos.

—Lo sé, mi amor —susurró antes de apartarse—. Pero se pondrá bien.

De pronto, su mirada se perdió tras de mí antes de que un coche negro se detuviera a nuestro lado. Enrico se quedó paralizado y supe que fue sincero cuando días antes me dijo que se había enamorado de Sarah.

¿Sabría él que era recíproco? Porque Sarah bajó de aquel coche y miró a Enrico como si no

existiera nada más en el universo.

SARAH

No sé qué me hirió más: si ver a Kathia tan destrozada o a Enrico mirarme con tanto reproche. Eric se montó en uno de los coches que nos rodeaban y aceleró. Habían herido a alguien y debía ser grave porque fue extraño ver lo endemoniadamente rápido que salió de la calle. El humo de sus ruedas distorsionó la visión.

Mauro se removió y cargó el arma antes de mirarme.

—¡Enrico! —exclamó Mauro saliendo del coche demasiado decidido—. ¿Quién va en ese coche?

Pero su compañero solo tenía ojos para mí, unos ojos extrañamente oscuros y amenazadores.

—Silvano —contestó al pasar por su lado antes de llegar a mí. Las balas dejaron de existir. Nada me produjo más respeto que verle caminar de esa forma—. ¿Qué coño haces aquí? —Supe de su furia en cuanto le escuché hablar.

Tragué saliva y sujeté el arma con fuerza al borde de desplomarme.

—¡¡Contesta!! —chilló dando un puñetazo a la carrocería del coche.

Me sobresalté y le miré con los ojos tan abiertos que creí que se me saldrían de las órbitas. Debería haber hablado, pero se me olvidaron todos los motivos por los que había ido hasta allí. Enrico frunció los labios y dio un paso al frente. Su nariz casi rozó la mía y noté como su aliento rebotaba en mis labios con fuerza. Estaba enfurecido y no le importaba que a mí me intimidara aquella parte de él.

—No sabes el error tan grande que acabas de cometer —masculló en un susurro.

—Yo... solo quería...

—Me importa una mierda lo que querías, Sarah.

Aquel no era el Enrico que conocía. Aquel era un hombre duro, agresivo, cruel. Sus ojos deseaban hacerme daño. ¿Por qué?

—Lárgate de aquí —repuso.

—¿Qué?

—Vete —repitió y se apartó.

—Enrico... —Intenté cogerle del brazo.

Él se apartó y decidió gritarme.

—¡¿Sabes lo que has hecho?!! ¡¿Estás poniéndonos en peligro a los dos!! —Me cogió de los hombros y me empujó contra el coche—. Si me descubren, si alguien se da cuenta de que...

—Se detuvo y miró el suelo.

Deseé poder tener el valor de mandarlo a la mierda y salir de allí. Pero mi corazón quiso más.

—¿De qué, Enrico? —Le insté a continuar. No podía callar ahora—. Has tenido el valor de humillarme, ¡termina!

Que injusta resulté y que tarde era ya para remediarlo. Mauro llevaba razón cuando me dijo que esperara en el edificio. Yo nada podía hacer allí.

—Yo no te he humillado —negó.

—Prácticamente.

Varios disparos resonaron a nuestro alrededor e impactaron en las ventanas reventando los cristales. Enrico me estampó contra su cuerpo y nos tiró al suelo. Me arrebató el arma de las manos, se colocó de rodillas y comenzó a disparar mientras yo me cubría los oídos. Escuché mis jadeos más vivos que nunca.

—¡Valerio, sácalas de aquí, ya! —gritó Enrico, refiriéndose a Kathia y a mí.

Ella estaba junto a los hermanos Gabbana y Alex tras un muro a unos metros de nosotros.

—¡No! —grité al ver cómo Alex protegía a Kathia mientras la arrastraba hacia nosotros. En menos de unos segundos, se reunieron con nosotros tras el Ferrari.

Kathia y yo nos miramos con intensidad, compartiendo cada partícula de nuestros

sentimientos. Ella también tenía miedo, estaba desconcertada, aturdida, perdida. Ojalá hubiera podido abrazarla y borrar todo aquello de su mirada.

—¡Lleva a Kathia al hotel *Hassler*! —le gritó Enrico a Valerio sin dejar de disparar.

—¿Al hotel? —preguntó Kathia.

—Tu madre y tu abuela están allí. Angelo las envió en cuanto comenzó el ataque —explicó.

Valerio se subió al coche, contorsionándose para evitar los disparos y sabiendo que Kathia le seguiría y se haría un pequeño ovillo en el asiento. Debería haber hecho lo mismo, pero fui incapaz de moverme y de dejar de observar a Enrico.

—No me iré sin ti. —Pensarlo fue menos intenso que decirlo en voz alta.

Enrico me miró de súbito y dejó que por su cara se pasearan miles de emociones. Se me encogió en el vientre.

—Métete en el coche —masculló, extrañamente contenido.

—No.

—¡Joder! —exclamó y se lanzó a por mí. Me cogió de la cintura y me lanzó dentro del vehículo, violentamente. Cerró la puerta y miró a Valerio—. Vete... —ordenó.

Me quedé mirándole mientras salíamos de la calle dando tumbos. Su imagen se perdió en una fina capa de polvo blanco. Y comencé a llorar sintiendo como Kathia me abrazaba, y lloraba conmigo.

SARAH

Me costó despedirme de Kathia al dejarla en el hotel *Hassler*. Tenía miedo de la reacción de su familia tras haber visto a Cristianno en el Teatro. Pero Valerio y su inagotable paciencia me calmaron. Él no me reprochó como lo había hecho Enrico y estaba completamente de acuerdo con que yo había perdido la cabeza al tomar la decisión de ir hasta la mansión. Pero lo refirió con palabras sutiles y armónicas.

Regresamos al Edificio. Poco a poco, Valerio fue sumiéndose en su universo y yo en el mío. Y el silencio entre nosotros se hizo mucho más evidente al entrar al salón. Ni siquiera me molesté en encender la luz.

—Le quieres. —Me inmovilizó y me cortó el aliento el sonido tan convincente de la voz de Valerio.

Fue escueto, no había necesidad de más, y supo de la veracidad de sus suposiciones en cuanto observó cómo se me tensaban todos los músculos de mi cuerpo.

—No importa —repose, obligada y notando una extraña electricidad naciéndome del pecho.

—No te creo —replicó Valerio, poniéndose peligrosamente cerca de mí—. Él siente lo mismo.

Mantuve mis ojos en los suyos mientras sentía se me emborronaba su imagen. Que Valerio confirmara aquello terminó con todas la fuerzas que tenía. Menuda noche nos había tocado vivir.

Agaché la cabeza, cogí aire y me obligué a no llorar.

—No entiendo cómo ha podido sucederme algo así —expliqué con un nudo en la garganta.

Valerio me escuchaba atento, enfatizando con cada uno de mis gestos o palabras. Era tan delicado y excitantemente cortés...

—No existe una explicación —comentó antes de abrazarme. Su pecho estuvo cerca de hacerme creer que era el mejor lugar del mundo—. Tengo que irme, y debes prometerme que te quedarás aquí, ¿entendido? —Se alejó un tanto obligado.

—No pienso volver —dije cabizbaja.

No quería ver a Enrico y que volviera a gritarme de aquella forma.

—Llamaré en cuanto tenga noticias. Descansa un poco, por favor. —Me pellizcó la barbilla cariñosamente.

—Lo haré en cuanto sepa que estáis bien.

Se fue y yo me desplomé en el sofá.

Me sentí como si las paredes del salón fueran a engullirme. Todo me sobrepasaba, la oscuridad me consumió y el paso de los minutos acrecentaba la agonía.

A lo lejos, irrumpiendo en el silencio de la madrugada, la sirena de una ambulancia me perforó los oídos. Tuve miedo, lo sentí correteando por mis extremidades; había olvidado que existía durante los últimos días —desde que Mesut murió—, pero tornó, y no se marchó cuando regresó el silencio.

Cerré los ojos, resoplando. Perdí la noción del tiempo allí tendida, quieta, mirando al techo y dándole forma a las sombras que proyectaban las luces del exterior. No me movería porque no tenía fuerzas para hacerlo.

Pero la puerta de la entrada se abrió y aquel chasquido me incorporó de súbito. Salí precipitada del salón sin esperar encontrarme con él.

Me detuve a tiempo de ver cómo Enrico cerraba la puerta y se apoyaba en ella, mirándome iracundo. Tragué saliva, intimidada por su presencia, pero también a punto de estallar contra él. Odié que me mirara de aquella manera, como si pretendiera borrarle allí mismo. Mastiqué el deseo de lanzarme a por él y abofetearle... y besarle.

Fue él quien decidió romper aquel silencio tan grande.

—Te has puesto en peligro innecesariamente —masculló en un susurro. Escucharle me hizo

acariciar un final entre nosotros—. Y has arriesgado la vida de otros.

—Lo lamento... —Se me quebró la voz.

Pero, al parecer, unas disculpas no le bastaron. Enrico se abalanzó a por mí y me estampó contra la pared poniendo sus labios a un inquietante centímetro de los míos. Desconcertada, me quedé quieta, sintiendo como sus manos apretaban mi cintura y me inmovilizaban.

—¡Podrías estar muerta! —exclamó, y percibí lo mucho que le estaba costando hablar en voz tan baja. No quería que nadie escuchara como discutíamos.

—Esa es tú visión al respecto —dije, ladeando la cabeza—. ¡La mía es que la persona más importante de mi vida estaba en mitad de un fuego cruzado y odiaba que pudiera pasarle algo!

—Me revolví y le empujé enviándole a unos metros de mí.

Si las miradas mataran, le habría fulminado allí mismo. Solo Dios supo cuánto le odiaba en ese momento.

—Pero, claro, tú eso no lo comprendes —mascullé—. Ni siquiera haces el intento.

Fue lo último que dije antes de dejarle allí plantado. Subí las escaleras y salí corriendo hacia mi habitación. No había nada más que decir, él había decidido por sí mismo.

Abrí la puerta de mi habitación y maldije que todo el mundo estuviera durmiendo. De lo contrario, habría dado un portazo capaz de mover los cimientos del Edificio, pero me contuve, respiré hondo e intenté cerrar la puerta sin esperar terminar arrojada al centro de la habitación. Me recompuse un instante antes de ver a Enrico.

Cerró la puerta tras de sí y torció el gesto, siniestro, añadiendo la dosis exacta entre tensión y excitación. Dejé de pensar, completamente acobardada. Llegados a ese punto, ya no sabía lo que sería capaz de hacer Enrico. Y mucho menos si me concentraba en su mirada. Puede que estuviéramos a oscuras, pero sus ojos brillaban casi crueles bajo las sombras.

—¿Crees que esto ha terminado? —Me produjo un escalofrío increíble verle caminar hacia mí, lento y aterradoramente erótico. Encogida, retrocedí al ritmo de su avance y controlé cada movimiento.

—No he sido yo la que ha elegido el final —repliqué.

—Te equivocas, Sarah. —No habría sonado tan sexual sino hubiera chasqueado con la lengua. Me topé contra el escritorio. Estaba atrapada y a él le gusto saberlo—. Esto no ha hecho más que empezar.

Una exhalación murió en su boca cuando encontró la mía. Jadeó capturando mis caderas y me arrinconó con su cuerpo colando su lengua entre mis labios. Temblé al asimilar que Enrico me besaba y que su forma de hacerlo exigía más de mí. Tiré de sus hombros y me deleité con los pequeños y suaves embates de su pelvis contra la mía. Ambos respondimos con desesperación, casi con furia, a cada una de las caricias que nos hicimos.

Deslizó sus manos por mis piernas y, sin dejar de besarme, me subió al escritorio con más brusquedad de la que pretendía. Él no supo lo mucho que me enloqueció sentir aquel golpe y se lo demostré envolviendo sus caderas con las piernas y arrastrando su cuerpo entre ellas. Le quité la chaqueta y la tiré al suelo mientras percibía su boca sobre mi cuello y sus manos navegando bajo mi camiseta. Asíó la tela hasta hacerla crujir, me la arrebató y me empujó dejándome tendida sobre la mesa.

Primero me observó, caliente y con las pupilas encendidas de pasión. Después, dibujó el contorno de mi pecho, bajó premeditado hasta el borde de mis vaqueros y los desabotonó antes de deshacerse de ellos. Mantuvo su mirada sobre la mía en todos aquellos movimientos, y me prohibió intervenir. Me quería expuesta, inmóvil, dejándole hacer, y obedecí totalmente descontrolada con la idea de tenerle de aquella forma.

Poco a poco, se inclinó sobre mí. Empezó besando mí clavícula, descendió por mí pecho y terminó en mi vientre, tirando con los dientes de la goma de mi ropa interior. Escruté con la mirada cada uno de sus movimientos, pero creí alcanzar el clímax cuando le vi tan cerca del

centro de mi cuerpo. Acaricié su cabello, tiré un poco y le obligué a regresar a mis labios. Me incorporé en un abrazo, cruzando sus manos tras mi espalda para quitarme el sujetador. Me necesitaba desnuda y yo me volvía loca por sentir su piel contra la mía. Así que le arranqué la camisa entre jadeos y besos urgentes. Acaricié su pecho, su vientre y bajé. Bajé hasta tocar su cinturón, y notar como sus manos se contraían entorno a mis muslos ante la idea de quedarse completamente desnudo. Tuve tiempo de arrebatárselo antes de que me cogiera entre sus brazos y me llevara a la cama.

No se tumbó conmigo.

Colocó los brazos, uno a cada lado de mi cabeza, y esperó a que yo le indicara el camino. Abrí lentamente las piernas, muy despacio, deleitándome con el sonido excitado de su respiración. Enrico se volvía loco por tomarme y a mí me volvía loca saberlo.

Tragó saliva, flexionó los brazos y rozó mis labios con la punta de su lengua. No hice nada, extasiada como estaba con su aliento, con el tacto húmedo de su boca y las caricias de sus dedos, cada vez más intensas. Dejando un rastro de interminable lujuria sobre mi piel.

Pero deseé más, mucho más. Deseé sentirle dentro de mí, y él lo supo. Acomodó su pelvis sobre la mía, suave y febril al mismo tiempo, y culminó el momento, inundándome de mil sensaciones. Empezó con una embestida parsimoniosa que acogí con un jadeo. Las líneas de los músculos de su espalda poderosas bajo la palma de mi mano, mis uñas hincándose delicadas en su piel.

Y después se detuvo a mitad del camino, acarició mi rostro y me miró.

—Te pertenezco, Sarah —susurró en la oscuridad antes de hacerme el amor enloquecedoramente lento y excitante.

* * *

El amanecer acarició mi cuerpo desnudo, colmándome de placer. Dormía, pero era consciente de los dedos de Enrico jugando sobre la piel de mi espalda. Subían hasta mi nuca y bajaban perezosos hasta la curva del final.

Fue extraordinario experimentar su cuerpo, el dulce dolor que deambulaba por mis piernas, el delicioso cansancio. Habíamos hecho el amor una y otra vez, sin apenas pararnos a coger aliento y recuperar fuerzas. Me había entregado a él y él se entregó a mí. Borró todo rastro de mi pasado con solo una caricia y provocó que mis recuerdos partieran de ese momento. Todo lo demás, no existiría, no habría otro hombre en mi memoria.

Me resistí a despertar, pero Enrico lo impidió con un beso en el hombro. Abrí los ojos lentamente y le cacé observando mi cuerpo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba desnuda ante él y de que no había nada que me tapara. Me ruboricé de súbito, y a Enrico le hizo gracia.

—No esconderás nada que no haya visto ya. —Susurró apoyado su cabeza en una mano—. Llevo toda la noche observándote.

—¿Toda? —Alcé las cejas, incrédula.

—Toda.

—¿No has dormido?

—He preferido observarte dormir...

Me tapé la cara con las manos, repentinamente avergonzada.

—Es diferente cuando hay luz... —Mi voz sonó hueca.

Enrico acarició mi vientre y me atrajo hacia su pecho.

—Y me deja ver lo hermosa que eres —gimió antes de apartarme las manos de la cara.

—Exagerado.

—Cobarde.

Casi creí que era mío y no de otra mujer. Casi creí que aquel era nuestro hogar y que amanecíamos en nuestra cama, que él me pertenecía... Puede que Enrico lo hubiera

mencionado mientras hacíamos el amor, pero ambos supimos que no era del todo cierto. No podía pertenecerme un hombre en su situación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté aferrada a su pecho, repentinamente desolada.

—No lo sé —murmuró y acarició mi cabello.

Hubo un cambio súbito en su respiración, se había acelerado y el corazón le latía aprisa. De pronto, acercó su cara a la mía y me besó. Pero aquello no dejaba de ser una locura. La situación había empeorado porque los sentimientos eran más fuertes que nunca. Ahora comenzaba la peor parte del camino y no había marcha atrás. Ni para él ni para mí.

—Ha sido la mejor noche de mi vida —admití evitando su mirada—. Pero... no puedo evitar sentirme... culpable.

—Te arrepientes —espetó él cerrando los ojos en un gesto sorprendentemente doloroso.

Fue más de lo que pude soportar, porque, un gesto de solo un segundo de vida, lo cambió todo. Me incorporé de golpe y alcancé la sábana para taparme. Enrico no me miraba a la cara, sino que observaba concentrado la curva de mi cintura, dándome la impresión de que asimilaba algo. Tal vez, que se avecinaba una conversación obligada que ninguno de los dos queríamos mantener.

Me siguió, moviéndose lento y pesado y dejando un espacio considerable entre nosotros.

—Estás loco si piensas que me arrepiento —declaré.

—Pero...

—... estás casado. —Odié el gusto amargo que me dejaron esas palabras—. Marzia es tu esposa, es ella la que comparte tu cama todas las noches. Yo solo podré hacerlo algunas veces.

—Con suerte.

—No eres mi amante, Sarah —masculló a mis espaldas.

—¿Entonces que soy? —reproché y me giré hacia él.

Nos escrutamos con la mirada; en la suya frustración y atices irascibles; en la mía, seguramente, miedo y desesperanza. Hacía apenas unas horas ninguno creímos que terminaríamos mirándonos de aquel modo, tan lejos y cerca, al mismo tiempo, el uno del otro.

—No lo comprendes —susurró y decidió tomar asiento al filo de la cama.

—Explícamelo —le insté.

—No la quiero —dijo de pronto, sin apenas dejarme tiempo a terminar. Me miró encolerizado, me cogió del brazo y me acercó a él—. No soporto tenerla cerca, aborrezco todo de ella, pero debo mantener este enlace. Es la única alternativa para... —se detuvo, respiró hondo y agachó la cabeza.

—¿Para qué? —quise saber. Pero él no contestaría—. Tus secretos... —siseé—. Hace unas horas me sentí tan cerca de ti que pensé que sería imposible que algo se interpusiera entre nosotros... No hizo falta terminar la frase porque Enrico la comprendió muy bien. La distancia cada vez cobraba más protagonismo y ninguno de los dos sabíamos cómo erradicarla.

—No estoy anteponiendo mis problemas a esto, Sarah —gruñó.

—Y yo no te estoy pidiendo que los dejes a un lado, siquiera que abandones a tu mujer —dije—. Solo deseo que compartas conmigo eso que te atormenta.

Era tan simple que incluso costaba entenderlo. Puede que no estuviera en disposición de pedir es tipo de explicaciones, pero las necesitaba. Quería ayudarle a que sus tormentos fueran más livianos, y que determinara qué había entre nosotros.

—No puedo... —negó en un murmullo.

—Entonces, esto no va a ningún lado... —Me traicionaron mis impulsos.

—No vuelvas a decir eso. —Me cogió de los hombros y me zarandeó—. Nunca pienses que no me importas.

—No he dicho eso —musité a un suspiró de su boca.

—No has dejado de repetirlo desde que empezamos esta maldita conversación. Solo lo has

disfrazado con otras palabras.

—¿Qué quieres de mí, Enrico?

—Tiempo, Sarah. Deja que cierre esta etapa de mi vida... —Apoyó su frente sobre la mía y cogió aire—. Solo espérame.

Me dejaba al margen de sus secretos, esquivaba mis preguntas, pero me necesitaba casi tanto como yo a él. Enrico no me diría nada hasta saber que yo no correría peligro. Fue inevitable pensar en los Carusso y en que ellos tenían todo que ver en sus proyectos.

Cogí aire y asentí lentamente.

—Te esperaré. —Acaricié sus mejillas cuando él cerró los ojos y soltó el aire contenido—. Te esperaré, mi amor, pero debes hacerme una promesa.

—¿Cuál?

—No te pongas en peligro, por favor. —Enrico soltó un gemido, me tumbó en la cama y se colocó sobre mí.

—¿Crees que dejaría esta vida sabiendo que tú estás en ella? —murmuró—. Te pertenezco, Sarah, recuérdalo. —Todo mi ser se estremeció con el beso que siguió a sus palabras. Le abracé y supe que había sido profundamente sincera cuando dije que le esperaría. Esperaría el tiempo que hiciera falta si con ello lograba amanecer a su lado el resto de mi vida.

El sonido de su móvil nos interrumpió. Enrico se detuvo en mis labios, resopló y se obligó a levantarse. Pude ver todas las líneas de su cuerpo desnudo dibujándose entre la penumbra.

Cogió el teléfono y descolgó mientras tomaba asiento.

—¿Qué sucede, Angelo? —dijo al instante.

Me encogí a su lado observándole atenta. Primero, todo su rostro se tensó, después palideció y, por último, soltó un soplo entrecortado que me heló la sangre. Algo iba mal, muy mal. Angelo había dicho algo que trastornó demasiado a Enrico. Por primera vez, vi miedo en su rostro, inseguridad. Pavor.

Sus hombros temblaron en una fuerte sacudida e inmediatamente me incorporé y toqué su mano. Estaba allí con él, permanecería a su lado, pero dudé si aquello sería suficiente en aquel momento.

—Entendido, Angelo —repuso y colgó.

—¿Qué ocurre? —pregunté temerosa. Pero Enrico parecía estar muy lejos de aquella habitación—. ¡¿Qué pasa, Enrico?!

—Angelo... —Se detuvo a coger aire, pero no le bastó—... Me ha pedido que elimine a Cristianno.

Eliminar. Desparecer. Matar.

Angelo supo bien a quien darle esa orden.

—¡Dios mío! —jadeé.

CRISTIANNO

Mauro fue lo primero que vi cuando desperté. Estaba sentado al lado de mi cama, con los brazos apoyados en las rodillas y mirando el suelo como si estuviera esperando encontrar la respuesta a algo en las malditas baldosas. Estaba hecho un desastre y, extrañamente, olía a pelea y pólvora.

Levanté la cabeza, asimilando que no estaba en mi habitación y que mi madre dormía en el sofá con la ropa salpicada de sangre. Algo había sucedido mientras yo dormía, y en cuanto lo supiera cogería al cabrón que osó tocar a mi madre y lo destriparía.

—Cuidado —siseó Mauro, cogiéndome de los hombros. No me di cuenta de que estaba incorporándome—. ¿Estás bien?

—Como una rosa —ronroneé.

—Que gilipollas —sonrió mi primo, volviendo a su asiento mientras yo me colocaba frente a él con las piernas encogidas—. En serio, ¿cómo estás?

—Enserio, Mauro, solo tengo un pequeño dolor de cabeza. —El tratamiento de mi tío había hecho bien su función, como siempre, y tan solo me había dejado algo abrumado—. ¿Qué ha pasado?

—Te dieron una paliza.

—Cuéntame algo que no sepa —resoplé—. Como, por ejemplo, ¿por qué estás hecho un desastre? O ¿por qué mi madre tiene sangre en la ropa?

—No es suya

—Ah, y ¿de quién coño es? —Estaba empezando a ponerme un poco nervioso con la actitud esquiva de Mauro. Respondía a mis preguntas, pero no me explicaba nada y se me hacía muy difícil entenderle.

Cogí un vaso de agua que había sobre la mesita de noche.

—De varios esbirros de Valentino —admitió y después me atraganté.

—Puedes repetir... —dije ahogado mientras él me palmoteaba la espalda.

—Kathia estuvo aquí... —Bien, ahora sí que había despertado de golpe—. Valentino trajo compañía y se la llevó por la fuerza, pero antes perdió a casi todos su hombres en el intento. El abuelo y yo los eliminamos —explicó Mauro, cabizbajo y conteniendo la respiración. Aquel gesto me indicó que estaba esperando mi reacción. Por tanto, ahí no quedaba la cosa—. Hubo una reyerta en la mansión.

—¿Pero qué coño...? —Me detuve mirando al techo—. No me jodas.

—Tío Silvano lo preparó. Creí que iba a darle un infarto cuando te vio tumbado en la cama —añadió, más atormentado que otra cosa.

Mi primo no solía inquietarse con aquella clase de situaciones. En realidad, a él le gustaban, disfrutaba con la acción tanto como yo y no le importaba participar en un dispositivo en plena madrugada. Parecía pesado, ausente, incómodo en sí mismo. Sus ojos me ocultaban algo importante. Algo... trascendental.

—Recuerdo a Kathia y también que me arrastró al lavabo. Pero todo lo demás... —me pellizqué el entrecejo—... está borroso

—Me dirigía a la mansión cuando la encontré descalza y perseguida por un séquito de tipos armados.

¿Qué? ¿Pero qué coño...? ¡Oh, joder!

—La traje al Edificio sin contar con que nos seguirían —continuó—. Se armó una buena en tu habitación. Por eso recuerdas el lavabo, ella te escondió allí para que no pudieran herirte.

A esas alturas, ya estaba hiperventilando y con las pulsaciones martilleándome en la boca del estómago. Siempre había sabido que Kathia era valiente y atrevida, pero aquello superaba su activa personalidad. Ponía sobre la mesa la posibilidad de que Kathia, algún día, terminara arriesgándose demasiado por mí... Ese era el riesgo que a mí me ahogaba.

—¿Dónde está? Necesito verla, necesito... —Intenté levantarme, pero Mauro lo impidió.

—Para Cristianno. No sabemos cómo están las cosas. —¿Y desde cuando le importaba eso a él? ¿Qué demonios me ocultaba? ¿Qué sabía que impedía que me mirara con normalidad?

—Tengo que ir a por ella —gruñí.

—No... Antes tenemos que hablar. —Por fin me miró y no me gustó como lo hizo—. Antes tienes que saber ciertas cosas.

—¿Qué pasa? —Una pregunta trémula y miedosa. A Mauro le costó respirar. Me estaba volviendo loco—. Joder, dime que pasa... —exigí.

—Tu padre... Angelo le disparó. La bala le alcanzó en la pierna.

Noté como la sangre comenzó a abrasarme y como el dolor de cabeza rozaba lo insoportable. Mi padre herido, por un... Carusso. El descontrol que me sobrevino me mareó e hizo que me costara hablar. Concebía mi vida junto a Kathia —siempre junto a ella—, pero sabiendo que contaba con el sustento de toda mi familia. Ya había perdido a mi tío y me costaba mucho

asimilar que no estaba a mí lado. No podría soportar perder también a mi padre... de la misma forma que perdí a Fabio.

—Le operaron de urgencia esta madrugada —añadió Mauro—, perdió mucha sangre. Estará ingresado en Santa Teresa unos días...

Angelo Carusso había condenado a mi padre a llevar un bastón de por vida.

Eché una ojeada a mi madre. Estaba encogida en el sofá con los brazos alrededor del cuerpo y dormía apacible e ignorante. Todo apuntaba a que todavía no sabía que su esposo había acariciado la muerte.

—¿Lo sabe ella? —pregunté.

—No —negó Mauro con la cabeza—. Tío Silvano nos pidió antes de entrar en el quirófano que no dijéramos nada hasta la mañana.

Me sostuve la cabeza, estaba a punto de estallarme.

—Tengo que ir. —Me levanté de la cama.

—Hay más, Cristianno...

Claro que había más, su actitud me lo gritaba constantemente, pero necesitaba ver con mis propios ojos que mi padre estaba bien.

—No me importa. Luego hablamos —repliqué.

—Como quieras.

Al bajar las escaleras, nos topamos con Enrico. Su aspecto inquieto y soñoliento me indicó que había pasado la noche con Sarah. Y pude confirmarlo en cuanto me miró, confuso y algo incómodo. Después, estudió mi cuerpo en busca de las heridas, pero solo se encontró con algunos arañazos.

—¿Estás bien? —pregunté al percibir su extraño nerviosismo.

—Debo preguntar lo mismo —forzó una sonrisa—. Acabo de llamar a Silvano, nos está esperando. Tenemos que hablar.

—¿Tú también? —Torcí el gesto—. ¿Qué demonios pasa?

—Aquí no, Cristianno. —Enrico me hablaba a mí, pero miraba a Mauro. Se estaban diciendo millones de cosas y no les importó que yo estuviera observándoles. Aquel asunto debía ser demasiado para que ambos se estuvieran comportando de aquella manera—. Vámonos.

Enrico salió primero.

—No son buenas noticias, ¿verdad? —le pregunté a Mauro, que se quedó rezagado.

—No, no lo son, pero sigo estando a tu lado —suspiró y me acarició el hombro antes de seguir a Enrico.

Un extraño peso, tan caótico como desconcertante, me aplastó. Fuese lo que fuese lo que tenían que decirme, supe que me dejaría completamente trastornado.

KATHIA

Me desperté de súbito, abrumada e inundada por un calor abrasador. Aunque mi cuerpo no lo manifestó. No respiraba turbada, los latidos de mi corazón seguían su ritmo habitual y no había ningún signo de agitación en mi piel: sudor, vello de punta... Nada. Todas aquellas sensaciones estaban en mi mente.

«*Joder, todo esto me está volviendo loca*», pensé.

Me levanté de la cama y estudié mí alrededor. Cuando Valerio y Sarah me dejaron en el hotel horas antes, no consideré aquel lugar tan grande. Sin embargo ahora, me parecía perderme en él. Dios sabe que necesitaba descansar y que luché por conseguirlo, pero no lo logré. Cada vez que cerraba los ojos veía muerte y sangre y a Cristianno tirado en la Piazza della Repubblica. A mi mente no le bastó con saber que estaba a salvo en el Edificio.

Alguien entró en la habitación y salí al salón aprisa.

Fue decepcionante encontrar a mi madre trasteando las flores que había en un jarrón sobre la mesa principal. No había rastro de inquietud en ella, ni siquiera aparentaba estar afligida por lo que había ocurrido en su mansión. Ella y mi abuela estaban allí cuando se inició la reyerta, cuando los Gabbana invadieron todo, y a Olimpia di Castro no parecía importarle lo más mínimo a ver estado al borde de morir. ¿Qué clase de ser humano era?

—¿Qué haces aquí? —quise saber, repentinamente furiosa con ella.

Su aspecto relajado no fue lo único extraño en ella. Iba vestida como si fuera a reunirse con Annalisa Costa en el club de campo: con uno de sus vestidos de firma y unos zapatos de vértigo, impecables. Solo le faltaba el bolso a juego, tal vez, una pamelita y una copa de champán en la mano.

—¿Acaso una madre no se puede preocupar por su hija? —dijo dándose la vuelta teatralmente.

—Nunca lo has hecho —mascullé—. ¿Por qué ahora iba a ser diferente?

—Kathia, hija mía, ¿sabes lo que hiciste cuando me miraste por primera vez? —Parloteó volviendo a acariciar las flores—. Alzaste tú diminuta mano, la colocaste en mis labios y sonreíste. Fue el momento más maravilloso.

Fruncí el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Por qué me cuentas eso?

—¡Oh! Deja que tu pobre madre merodee por sus recuerdos —sonrió, nostálgica—. Aquellos tiempos... como los extraño...

—Es evidente, no tenía conocimiento. —Hice una mueca mientras me acercaba al mini bar y cogía una botella de agua. Tan solo verla, me secó la garganta.

—Exactamente. Eras fácil de dominar. —Su maldita vocecita engreída comenzaba a alterarme los nervios y aquello no había hecho más que empezar. La conversación se presumía bastante larga.

—A tu antojo —puntalicé mirándola por encima de la botella antes de sorber un trago.

—De nuevo, aciertas. —Colocó su melena cobriza sobre uno de sus hombros—. ¿Sabes?, has sacado la valentía de tu padre.

—Mi padre no tiene coraje, mamá —contradije—. Ni siquiera sabe lo que es eso.

—Te equivocas. —Su mirada se detuvo en mí, inescrutable, maliciosa. Y volvió a sonreír. Solo que esta vez se encargó de advertirme con el gesto que todo aquello iba a hacerme daño. Mucho más del que había saboreado hasta momento. Avanzó un paso—. ¿Cómo crees que logramos capturarte, Kathia?

Tuve un escalofrío al escuchar mi nombre. Una vez más, Olimpia conseguía dominar absolutamente la situación.

CRISTIANNO

—Informe de situación, Enrico —exigió mi padre ignorando como el suero se filtraba en sus

venas a través de una vía intravenosa.

Hacia una hora que había salido del quirófano. Según los médicos, la bala estaba alojada en la rótula y había perforado una de las arterias principales de la pierna. Habían conseguido extirparla, pero, para ello, habían necesitado una transfusión de sangre y tres horas de operación. Y, ni siquiera, aseguraban que pudiera volver a caminar con normalidad.

Enrico escondió sus manos en los bolsillos del pantalón y cuadró los hombros.

—La cúpula Carusso ha sido dañada notablemente, Silvano —comenzó deslizándose lentamente siendo el centro de atención de todos—. Nos hemos deshecho de un importante eslabón, como era Carlo Carusso, y ese vacío es considerablemente notable. Sin embargo, ya no contamos con un foco localizable porque parte de la mansión ha sido calcinada. Todos los clanes están repartidos por la ciudad sin un lugar que parta de base. Ese es el único inconveniente que veo evidente —explicó apoyándose a pie de la cama de mi padre—. De momento, se hospedarán en el hotel *Hassler*.

Suspiré. Una parte de mí se sentía muy satisfecha por saber que la mansión había ardido. Pero, por otro lado, era un gran entorpecimiento. La mansión no solo era el hogar de los Carusso, sino el punto principal de reunión para todos sus clanes. Era donde se urdían todos los planes, y les teníamos controlados.

—No me importa —admitió mi padre, algo grogui—. Conozco a los Carusso. Angelo es astuto, pero también precipitado. Se reorganizará en el primer lugar que encuentre.

—La situación se ha estancado, Silvano —interrumpió Enrico—. Hay demasiadas brechas, y Angelo se sentirá perdido ahora que no tiene a su hermano. Son imprevisibles.

—Sí, Carlo era importante.

—Prácticamente, era el cerebro. Puede que fuera el menor de los dos, pero había ocasiones en las que Angelo no se movía sin su permiso. Está agobiado y muy cabreado.

Mi padre sonrió, pero arrastró algo de tristeza.

—Hermano por hermano, Enrico. Él me arrebató a Fabio. Fin del juego.

—No, fin del movimiento. Ahora le toca mover a él y, créeme, ya lo ha hecho.

Que Enrico me mirara circunspecto en cuanto terminó de hablar, me perturbó más de lo que ya estaba. Allí pasaba algo, lo notaba en el ambiente, en la forma en que mis hermanos y Mauro tenían de observarme. Me ponía nervioso tanta ocultación.

—¿En serio? —La ironía de mi padre llenó la habitación—. ¿Debo tomarme eso como una advertencia?

—Probablemente. Angelo está furioso. —Enrico cogió el cigarro que le ofreció Diego y lo prendió con impaciencia.

—Esto es la mafia, hijo mío. La furia no es buena compañera.

Salté del alfeizar de la ventana y me dirigí a mi padre, colérico.

—¿Lo dice el hombre que organizó un dispositivo completo para atacar la mansión solo por vengar la paliza que le dieron a su hijo? —espeté más impulsivo de lo que esperaba—. Eso es muy hipócrita, papá.

—Cristianno... —murmuró.

—¡No! —le interrumpí—. Debiste pensar con cautela.

—¿Y dejar que apalearan a mi hijo sin más? —protestó alzando ligeramente la voz. Reconocí en sus ojos el mismo miedo que vi en Mauro y Enrico—. No, Cristianno... puede que ahora no lo entiendas, pero llegará el momento y sabrás que un padre sufre con cada rasguño que le hagan a su hijo.

—Puedo entender eso, papá, créeme. Pero no debiste ponerte en peligro de esa forma, joder.

—No me hagas ser grosero contigo, Cristianno. —Entrecerró los ojos, sabiendo que le había entendido a la perfección. Si no hubiera ido a la ópera a ver a Kathia, nada de aquello hubiera pasado. Mi padre no estaría postrado en una cama y yo no me sentiría como una maldita

mierda—. No lo soportaría después de haberte visto cómo te vi anoche —suspiró.

—Papá... —acaricié su mano—, esa bala iba a tu corazón... —No pude continuar. Sabía que algún día tenía que morir, pero saber que estuve a centímetros de perderle para siempre por mi culpa, me acojonó. No hubiera sido capaz de superar esa pérdida.

—Pero no es así —negó él.

—Kathia le salvó la vida —añadió de pronto mi hermano Diego y supe, por el cambio que dio la respiración de mi padre, que prefería obviar aquella parte.

No me vi la cara, no tuve forma de saber si había empalidecido, pero lo noté y también me sentí inestable. Kathia en mitad de todo aquello... al borde de ser alcanzada por alguna bala... Mi padre y mi novia expuestos de esa forma...

—¿Kathia estuvo allí? —le pregunté a mi padre. Pero su silencio me hizo estallar—. ¡Contéstame, papá!

—¡Sí! —clamó—. Estuvo allí y me empujó en el momento en que Angelo disparaba. Para cuando se interpuso, ya era demasiado tarde evitarlo.

—Dios mío... —susurré para mí mismo—... ¿Cómo puede arriesgar la vida de su hija de esa forma?

En ese momento, todos parecieron desear desaparecer. Sobrevino un silencio sepulcral, incluso mayor que el de un cementerio. Mi padre me cogió de la mano y me obligó a sentarme junto a él. Aquel gesto guardaba algo muy desagradable. Lo sabía, lo sentía, y no pude evitar que se me acelerara la respiración.

—Más os vale empezar ya —gruñí, mirando al suelo.

—Creo que lo mejor es que hable yo —se adelantó Valerio, y cogió aire, trémulo—. He descryptado el USB de Fabio.

KATHIA

Mi madre se sirvió una copa de Brandi, tomó asiento en un taburete y me miró como si fuera el maniquí de una boutique milanesa.

Yo continuaba tras la barra completamente paralizada e intentando analizar lo que acaba de decirme. No me había dado mucha información, pero mi madre era demasiado lacónica para andarse con enigmas. Hablaría sin tapujos, y sería determinante y, tal vez, destructivo para mí.

—¿Por dónde empiezo? —dijo saboreando el contenido de su copa.

Di un golpe sobre la madera y me acerqué a ella.

—Habla de una puta vez. —Ella pestañeó al verme tan cerca y después frunció los labios, como si fuera una niña de tres años.

—Que vocabulario más indigno, querida.

—Tengo un repertorio bien amplio, no quieras escucharlo. Habla. —Le reclamé.

—¿Podrías tomar asiento?

—¿Por qué?

—No quiero que montes una escenita desparramándote por el suelo.

Resoplé y salí de la barra para tomar asiento frente a ella. Me crucé de piernas mostrando las rodillas por entre la apertura del albornoz que llevaba.

—¿Contenta?

Ella soltó una sonrisilla tonta y retocó su peinado. Después, carraspeó y dejó que el hielo de su vaso tintineara. La tensión se masticaba, se expandía por la habitación haciéndose más y más evidente conforme pasan los segundos. Y el histerismo hizo su presencia. Se apoderó de mí con una violencia arrebatadora.

—Mentiría si no admitiera el cariño que te he tomado durante estos años —comenzó desenfadada, como quien habla del tiempo o de cómo maquillarse—. No demasiado, tampoco montemos una fiesta, pero sí es suficiente para tener el valor de venir a hablar contigo.

¿Qué me había tomado cariño? ¡¡Por Dios, era su hija!! ¿Qué estaba diciendo? La posibilidad de

que de pequeña se hubiera dado un porrazo con el canto de una mesa cobraba más fuerza que nunca. ¡¡Aquella mujer estaba desequilibrada!!

—Angelo me mataría si supiera que te lo estoy contando.

—Hasta ahora no me has dicho nada... —espeté.

Ella puso los ojos en blanco y continuó como si tal cosa.

—Él prefiere esperar a después de la boda. —Aquella palabra fue como un puñetazo—. Pero yo opino que es mejor decírtelo ahora y terminar con esta, digamos, conflictiva relación que tienes con el menor de los Gabbana.

Cristianno.

Respiré hondo y controlé las ansias de lanzarme a su cuello. Si iba a hablarme de él, entonces la echaría a patadas de aquella habitación, y de mi vida si hacía falta.

—Preferiría que no metieras a Cristianno en esta conversación —mascullé con la mirada encendida.

—¡Oh, princesa! —exclamó—. Él es la conversación.

Fruncí el ceño y tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

A cada minuto que pasaba, más perdida estaba. No tenía el dominio de aquella situación y aquello me enloquecía. No quería que mi madre fuera la que marcara las pautas y así estaba siendo. Aquello estaba convirtiéndose en algo insoportable.

—Eres lista —continuó entrecerrando los ojos—. Has conseguido cazar a un Gabbana ¡Con lo difíciles que son! Yo estuve enamorada de uno de ellos, ¿sabes? Se acostó conmigo y después se largó. Cosa que seguramente Cristianno no hizo, ¿me equivoco?

«No, claro que no», dije mi fuero interno, pero no estaba dispuesta a compartir aquel maravilloso momento con ella. Aun así, pudo darse cuenta por el modo en que la miré que aquel momento había existido.

—¡¿Así que lo hiciste?! —exclamó completamente sorprendida—. ¡Te acostaste con él! Vaya, eso complica más las cosas.

—Mira mamá, déjate de gilipolleces y ¡dime de una maldita vez que cojones quieres! —Terminé gritando.

Algo que a ella la trajo de vuelta a la realidad y convirtió su rostro en una piedra de mármol. Apretó la mandíbula y me miró con dureza. Ahí estaba el diablo que ocultaba bajo las capas de maquillajes caros.

—Tienes el carácter de tu padre.

—Eso ya lo has dicho —vacilé.

—Nunca dije que fuera Angelo, Kathia.

Qué acertada estuve al obedecerla y tomar asiento.

CRISTIANNO

—¿Has descriptado todas las carpetas? —pregunté abalanzándome hacia delante.

—La información que he encontrado es muy... transcendental, Cristianno. Vital y peligrosamente desconcertante —admitió mi hermano pasándose una mano por el pelo, nervioso.

Valerio no era un hombre muy impresionable. Estaba acostumbrado a las situaciones más complicadas, a la logística que requería tratar con ellas. Parecía que nada podía sorprenderle, pero, mirándole en aquel momento, no creía reconocer a la misma persona. Actuaba titubeante y un tanto temeroso.

Enrico y él se miraron sin importarles que yo estuviera delante. Me levanté de golpe y me incliné hacia delante con gesto amenazante. Comenzaba a sentir la furia recorrer mis brazos y no se trataba de una buena señal si tenía que seguir escuchando.

—¿Por qué coño os miráis de esa forma? ¿Qué es lo que os perturba tanto, joder?

—Cálmate, Cristianno —resopló mi padre con desazón, tragando saliva y removiéndose en la cama.

—En cuanto hablen de una puta vez —espeté torciendo el gesto malévolamente.

—Soy tu hermano, Cristianno —masculló Valerio—. Comprende que me resulte difícil darte una noticia que sé que te hará daño.

¿Tanto como para hacerle dudar de aquella forma?

Valerio agachó la cabeza, recapitulando y dominando su interior mientras el mío era un maldito caos. Decidí volver a tomar asiento lentamente, asentí con la cabeza dándole pie a que continuara hablando y tragué saliva aun sabiendo que no había nada que tragar.

—Sabes bien que las primeras carpetas no estaban encriptadas. —Kathia las había descubierto y después me las había mostrado cuando me colé en su casa—. En ellas, había fotos e información gradual. Un control de fechas aparentemente sin importancia. Pero, ¿recuerdas el informe médico? —Bajó la voz—. En él, se recogía información sobre el nacimiento de un niño: la fecha, la hora del alumbramiento, el nombre de la madre, hospital... Y, posteriormente, la hora de la muerte del pequeño.

Enrico continuaba cabizbajo, pero a él se le unió Mauro y Diego. Mi padre, en cambio, permanecía en silencio, mirando la pared de enfrente.

—Sí, lo recuerdo. Fabio ordenó la autopsia al bebé —reconocí atusándome el cabello—. Tal vez, se trataba de una amiga y quería ayudarla, o... —Negué con la cabeza conforme asimilaba lo que decía. Ni yo mismo lo creía—. Joder...

—Cristianno, ese informe presenta el inicio de una investigación que ocupa el setenta por ciento del contenido del dispositivo —dijo Valerio, dejándome más aturdido de lo que estaba. Cogió aire, se cuadró de hombros y se preparó para la verdad de aquella conversación—. Fabio conoció a Hannah Thomas en septiembre de 1991 en Oxford, por mediación de Hiroto Takahashi.

Fruncí el ceño y pestañeeé varias veces.

—Hiroto fue su profesor de química en la universidad —apuntó Enrico sabiendo que me había perdido en cuanto escuché aquel nombre. Se cruzó de brazos—. Tenía una relación muy íntima con él y quería que Hiroto formara parte del proyecto Zeus, por eso fue a verle ese año. El éxito estaba asegurado con su presencia en el equipo.

—Primero se vieron en Londres y en Oxford. Allí fue donde conoció a Hannah —siguió Valerio—. Al parecer, se enamoró de ella y comenzaron una relación. Hannah, por aquel entonces, tenía veinte años.

—Estaba enamorado de ella —susurré. Aunque aquella afirmación no iba dirigida a nadie—. ¿Por qué no se divorció de Virginia Liotti? Si tanto quería a esa chica, ¿por qué no se fue con

ella?

Todo era cada vez más confuso. Intentaba analizar todo lo que me contaban, pero no encontraba un camino que me llevara hacia lo que realmente importaba.

—Lo pensó, lo habló con Hannah, y así sería en cuanto tuvieran a la niña —contestó Valerio, mucho más confiado en sí mismo, y dejándome completamente sorprendido.

—Entonces, ¿el bebé era una niña?

—La famosa Helena —respondió Enrico.

El nombre del antídoto. Tal vez, por eso lo escogió Fabio. Puede que quisiera hacerle honor a su hija fallecida. Un antivirus representa la salvación y para Fabio tener hijos suponía exactamente eso. Después de tantos años observándole desear ser padre, había descubierto que lo había conseguido.

—Sí. —Asintió Valerio—. Hannah tuvo a esa niña el 13 de abril de 1996, en el hospital Saint Thomas de Londres. Fabio no pudo entrar al parto, se lo negó el equipo médico.

Supuestamente, el bebé se estaba asfixiando y tendrían que hacerle una cesárea porque la mujer no dilataba lo suficiente. La niña se había adelantado dos meses.

—Debería haber nacido en Junio —repuso Enrico.

Aquel juego de frases alternas entre Enrico y Valerio, me dejó al borde de la hiperventilación.

Cerré las manos en un puño para contener el temblor que se me había instalado en los dedos

—De acuerdo, está bien. Pero hasta ahora no me habéis dicho nada que pueda perturbarme

—repliqué, negándome a comprender lo que empezaba a ser evidente.

Durante unos minutos reinó el silencio. Todos se miraron entre sí hasta que Valerio tragó saliva y decidió mirar por la ventana. Quería evitarme.

—El equipo médico le confirmó a Fabio el fallecimiento del bebé y él quiso reiterarlo, pero no se lo permitieron —retomó—. Ni siquiera le dijeron cuál fue la causa de la muerte de la pequeña. Al parecer, tuvieron que echarlo de la sala por escándalo al querer entrar a ver a Hannah. Supuestamente, ella no estaba capacitada para recibir visitas. La habían trasladado a cuidados intensivos porque había perdido mucha sangre. Pero todo es mentira.

Aquella última frase me provocó escalofríos, principalmente porque mi hermano estaba hablando en presente.

Supe enseguida que se avecinaba lo peor.

—¿Todo es mentira? —pregunté remarcando el verbo.

—Sí. —Valerio se giró buscando mi mirada—. La niña sigue con vida y... está aquí, en Roma.

«No. No quiero seguir escuchando. No estoy preparado.»

Un frío estremecedor recorrió mi cuerpo. Inconscientemente, mis manos se aferraron a los brazos de la silla con tanta fuerza que la sangre dejó de circular por mis dedos.

—La conozco —admití en un murmullo sintiendo las miradas temerosas de todos.

El corazón me palpitaba desbocado y mi estómago se convirtió en un puño. Respirar fue muy tortuoso.

—Demasiado. —Enrico apretó los ojos con fuerza mientras negaba con la cabeza y volvió a mirarme. Él sería quien dijera el nombre que yo no estaba preparado para escuchar—. La hija de Fabio es... Kathia Carusso.

KATHIA

—Aquella noche fue prodigiosa —dijo mi madre caminando por el salón mientras movía las manos—. Hicimos el amor apasionadamente mientras la gente vitoreaba el espectáculo pirotécnico. Yo solo deseaba que no acabara nunca.

Llevaba cerca de media hora escuchándola decir gilipolleces. Eventos por aquí, chicos por allá... Besos, sexo, fiesta, adolescencia... Todo palabrería, y ni siquiera sabía a quién demonios se refería.

—Por Dios... —resoplé, agobiada.

—¡Cállate! —gritó de pronto—. ¡Me dejó tirada, hundida! Él sabía que estaba enamorada de él y que me mantenía pura, ¡que no había conocido varón! —El resentimiento era cada vez más evidente en ella. Miles de rencores se amontonaban en su boca y apenas se permitía respirar entre frase y frase—. Ultrajó lo más importante que una mujer puede llegar a tener y se largó con esa zorra. Pero juré que me vengaría, y eso he hecho. —Iluminó su cara con una sonrisa cargada de sadismo. Se acercó a mí y susurró—: Fingir el embarazo fue un juego de niños.

—Estás loca... —murmuré y me bajé del taburete dando un saltó.

—Es tu primo, Kathia. —Su voz me paralizó.

—¿Qué? —pregunté porque deseé no haberla entendido bien.

—Es a tu primo a quien le has permitido colarse entre tus piernas. —Un escalofrío me partió en dos, vibrando en los más hondo de mi ser—. Es a tu primo a quien amas. Porque Fabio Gabbana era tu padre.

Sus palabras fueron como puñaladas, que se encadenaron a mi cuerpo y me arrastraron a la profundidad. Aquello no podía ser verdad... ¡No era verdad! Me convertí en aire, en una pesada brisa de agosto que no tiene rumbo. No era nada. No existía. Sin él...

... ya... no... era... nada.

—No... —musité, sin esperar que aquel susurro me rasgara la garganta.

Temblaba el suelo, oscilaba de un lado a otro, obsesionado con someterme... Todo daba vueltas a mí alrededor... Me convertí en el centro de una enorme tormenta.

—Te dije que te sentaras porque ahora los recuerdos comenzaran a bombardearte... y no es cuestión que te desmayes en el mejor momento.

Era cierto, estaba a punto de desmayarme. Las piernas me fallaban, los temblores se habían instalado en partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían y los recuerdos no solo surgía, sino que me golpeaban una y otra vez arrasando con todo a su paso, como la más devastadora ola.

Si lo que Olimpia decía era cierto, entonces mi vida terminaba ahí.

—Mientes. —Me resistía creer.

—¡Jamás! —Exclamó y se abalanzó a por mí cogiéndome de los hombros. Su contacto me estremeció y sentí como las pupilas se me dilataban, como la mirada se me emborronaba—. No seas necia. Una parte de ti intuía que no eres mi hija. Ahora ya sabes que por tus venas corre sangre Gabbana —masculló como si le diera asco pronunciar ese apellido—. No sabes la satisfacción que sentí cuando me enteré que Fabio murió sin poder decirte la verdad. Tengo que admitir que a mi querido Angelo y a mí nos costó muchísimo mantenerlo a raya, pero lo logramos. Tú eres mi venganza Kathia.

Fabio. Mi padre.

«*No me guardes rencor*», me dijo antes de morir entre mis brazos.

Dios mío, le vi morir. Vi cómo le mataban. Ahora comprendía su actitud cuando regresé a Roma, por qué me rehuía. Y yo no supe entenderlo, no supe verlo. Le perdí sin poder mirarlo a la cara como lo que era: mi padre...

Era una Gabbana...

Cristianno.

«*Cristianno, ¡Cristianno!*», gritó mi alma sin importarle la sangre que corría por mis venas.

—Le matasteis —jadeé.

—Murió en tus brazos, ¿no? —Se mofó Olimpia—. Lo más gracioso de todo es que ella aún vive. Tu madre... —me susurró al oído.

Me aparté de golpe mirando a esa farsante con una furia arrolladora. Puede que todo lo que había dicho me hubiera destruido por dentro, me hubiera desgarrado hasta el punto de creer que moriría, pero no se lo demostraría. No le enseñaría lo herida que estaba, no derramaría ni una lagrima.

Esperaría a la soledad.

—Maldita hija de puta... —mascullé.

Olimpia soltó una carcajada.

—Pude hablar con ella una vez —continuó—. Tenéis los mismos ojos, el mismo maldito color de ojos.

—¡Cállate! —grité. Era imposible no mostrar mi debilidad.

—Duele, ¿verdad? Pues imagínate lo que sufrí yo cuando Fabio me abandonó de aquella forma.

—¿Qué hiciste para que tomara esa decisión?

Fabio no era un sinvergüenza, algo debió provocar aquello.

—Entregarme a él.

—Mientes —repetí—. Siempre se te ha dado bien la mentira. Fabio es... era... un buen hombre

—tartamudeé, y me maldije por ello.

—Mafioso, querida —remarcó.

Me lancé a por ella y la estampé contra el marco de la puerta. Puse el codo en su garganta y presioné hasta que comencé a ver cómo se asfixiaba. Aquel gesto la sorprendió y a mí me llenó de energía. Por un segundo, solo un segundo, tuve el control de la situación.

—¿Sigues amando a Cristianno Gabbana ahora que sabes que lleváis la misma sangre?

—Apreté más fuerte, saboreando el dolor de lo que dijo.

Dejar de amar a Cristianno ni siquiera era una opción...

—No vuelvas a mencionarle —balbuceé cogiendo aire entre bocanadas—. Me estoy ahogando... Necesito salir de aquí.

Saldría a la calle con el maldito albornoz si era preciso, pero tenía que escapar. Aquel no era mi lugar, aunque, a esas alturas, ¿cuál lo era? ¿El edificio? ¿Y si los Gabbana no lo sabían? ¿Y si Cristianno se alejaba de mí cuando se enterara de la verdad? ¿Y si él ya lo sabía y no me lo había dicho?

De repente, me abrumó la realidad. Me engañaba a mí misma si dudaba de Cristianno, pero la incertidumbre pudo conmigo.

—No puedes irte.

—¡Claro que puedo! —Grité apretando con más ahínco su cuello—. Todo este tiempo me habéis tenido amarrada y he pensado que no había escapatoria, pero ¡sí la hay! Tú misma lo has dicho, no soy tu hija.

—Pero sí a los ojos de la ley. Al menos, hasta que seas mayor de edad —protestó entre jadeos—. No hay partida literal de nacimiento, no hay constancia de Hannah Thomas ni de Fabio Gabbana, nadie sabe que eres una de ellos, solo tu padre y ¡está muerto! —remarcó con saña.

De pronto, todo quedó en suspenso. La liberé analizando cada segundo de mi vida desde que llegué a Roma. Fue como si una pantalla se deslizara ante mí y reprodujera cada instante. Mi mente se detuvo en un punto en concreto: el USB que Fabio me entregó antes de morir. Tuve todos aquellos datos ante mis narices, incluso los memoricé, sin darme cuenta de que hablaban de mí. Nací un 13 de Abril en un hospital de Londres y los Carusso me robaron. Sobornaron a los médicos para que fingieran mi muerte y destruyeron la vida de mis verdaderos... padres.

—Siempre que te miro le veo a él. Eres tan increíblemente guapa como él. —Convino Olimpia llevándose la mano al cuello—. Heredaste su fuerza, su ímpetu. Siempre fuiste una Gabbana de los pies a la cabeza.

Eso ya lo sentía desde hace tiempo, aunque no tuviera esa certeza.

—Cállate —gemí.

—Debo contarte la mejor parte —sonrió un poco más recuperada—: no podrás huir, porque contraerás matrimonio el mismo día de tu nacimiento.

—¿Qué lograrás con eso? —pregunté extrañamente perdida. Había pasado de un estado de

descontrol a una indiferencia casi perturbadora.

—La parte del trato que le corresponde a mi esposo, Kathia. Yo te sacaba del seno de los Gabbana y te convertía en una Carusso para atormentar a Fabio y Angelo se queda con la parte proporcional del imperio de tu queridita familia —explicó con desdén. Por tanto, yo era la única...— Sí, eres la heredera legítima de una cuarta parte del imperio Gabbana —dijo terminando mi pensamiento—. Muchos ceros, créeme. Seréis la pareja más rica del país, ¿no es increíble? Además de tener control sobre ellos. Destruiremos a los Gabbana desde dentro.

—Has perdido completamente la cabeza. —Casi soné incrédula, y es que una parte de mí se negaba a aceptar tantísima crueldad.

Si de eso se trataba, si por eso existía esa batalla, entonces demostraban lo asquerosamente estúpidos e ineptos que eran los Carusso. Robar poder para ser más poderoso... Habían destruido mi vida y la de mis padres solo por conseguirlo.

—Prometí que me vengaría y eso estoy haciendo... —se acercó un poco a mí—. Ya he cumplido con mi palabra. Ahora te dejaré a solas para que pienses en cómo vas a deshacerte de tu Cristianno. No le queremos por aquí molestando.

—¿Das por hecho que voy a alejarme de él? —Torcí el gesto.

—¿Acaso piensas albergar en tu cama a tu propio primo? —Lo medité por un momento. Cristianno lo era todo para mí, pero la situación había cambiado... ¿Qué debía hacer?—. ¿Piensas que él te seguirá amando después de saberlo?

Recordé cada momento junto a él. Su último beso en el teatro Dell Ópera. ¿Me querría Cristianno después de saber la verdad?

Temblé con el portazo que dio Olimpia al salir de la habitación. Tan ofuscada estaba en las miles de preguntas que poblaban mi cabeza, que no me había dado cuenta de que había pasado por mi lado y se había ido.

Me hincué de rodillas en el suelo y lloré, sin poder llorar. Grité, sin poder gritar. Nada de lo que sentía por dentro pude exteriorizarlo. Poco a poco, fui perdiendo la fuerza y terminé tumbada en la alfombra. Me encogí deseando borrar me de la faz de la tierra.

CRISTIANNO

Kathia Gabbana.

Mi prima, mi familia... mi sangre.

De repente, ya no era consciente de lo terrenal. Solo sentía su nombre palpar en mi pecho como si de mil puñaladas se trataran. Me ahogaba, me perforaba cada rincón de mi cuerpo... Y dolía. Era un dolor profundo que me desquiciaba y que no tenía cura.

Me perdí en la nada. Sentía como mis pupilas se engrandecían, trémulas, y como cada pálpito sobrecogía mi interior.

Me hablaban, pero no entendía nada de lo que decían. Era como si estuviera bajo el agua, completamente aturdido, paralizado. Valerio se acercó a mí, preocupado en exceso, me cogió de los hombros y me zarandeó para que reaccionara. Fue entonces cuando reparé en la convulsión de mi cuerpo.

—¡Mírame, Cristianno! —exclamó, ansioso—. ¡Reacciona!

Pero no conseguí absolutamente nada.

Decidí intentarlo Enrico. Me cogió del rostro y me obligó a mirarle, lográndolo tras unos segundos. Me mostró el rostro de un hombre que también sufría, más incluso de lo que él mismo esperaba. Un hombre que estaba pálido y completamente perdido. Reflejó el estado del resto de los presentes en aquella habitación.

—Cristianno... háblame —murmuró.

Envolví sus muñecas con mis manos y las retiré mientras bajaba la vista.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba desaparecer.

Me levanté y fui alejándome lentamente de ellos mientras les observaba y negaba con la cabeza. No podía ser cierto lo que estaba ocurriendo. Kathia no podía ser mi prima. Todas las cosas que no comprendí con la muerte de mi tío, cogían forma.

«Cuida de Cristianno... Te quiero.»

Claro que la quería, era su hija. Los Carusso le habían robado el derecho a ser padre y él no había dicho nada. No había contado nada de eso a nadie. Y me había permitido enamorarme de Kathia. Por eso reaccionó de esa forma la noche de la inauguración de la galería Marzia Carusso. Por eso dijo que se arrepentiría de aconsejarme que fuera tras ella... Porque era su hija y eso la convertía en mi familia. Dios mío, no podía creerlo.

Enrico miró a mi padre, este asintió y se puso a ordenar con voz tomada.

—Chicos, dejadnos solos. Necesito hablar con Cristianno.

Diego y Valerio fueron los primeros en marcharse, cabizbajos y en silencio. Estaban tan conmovidos como yo, Kathia también era su prima, pero para mí el golpe fue más duro. Estaba enamorado de ella.

—Mauro, tú también, por favor —exigió, prudente, mi padre.

Mi primo empezó negando con la cabeza.

—No, tío. No pienso dejarle —protestó—. Debo estar a su lado.

Mi padre le miró con fijeza durante un rato, seguramente, sorprendido por la respuesta de su sobrino.

Enrico se acercó a la cama, capturó la mano de su padrino y se humedeció los labios. Puede que fueran imaginaciones más, pero le vi dudar demasiado. Lo que significaba que...

—... Hay más —dijo y yo creí que el mundo caería sobre mí. No podría soportar más información—. Hubiese preferido no tener que decíroslo en este momento, pero no tengo tiempo. —Miró a mi padre—. Silvano, ¿recuerdas cuando antes he dicho que Angelo había movido ficha...?

Hubo un silencio casi espeluznante durante unos minutos que para mí fueron eternos.

Volví a tomar asiento, mientras mente volaba hasta ella. ¿Cómo sería todo entre nosotros

después de esto? Tenía que decírselo, quería ser yo quien se lo dijera, pero ¿estaba preparado para su reacción? La amaba de la misma forma. Puede que estuviera mal, que fuera algo... prohibido, pero la amaba. Pero si aquello debía terminar, Kathia tendría decidirlo. Porque yo no era capaz.

—Habla, Enrico —le instó mi padre, más inseguro de lo que pretendía.

—Angelo me ha pedido que... —se contuvo unos segundos—... Me ha pedido que... elimine a Cristianno.

Le miré de súbito, sintiendo un extenso pánico corretear por mis venas. Acaricié el final... porque Angelo sabía que Enrico cumpliría con su cometido.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó mi padre. Qué bien mintió en ese momento.

Enrico clavó sus ojos azules sobre los míos como nunca antes lo había hecho.

—Cumplir las órdenes —dijo con dureza—. Mauro, cierra la puerta.

TERCERA PARTE

SARAH

El poder de las caricias de Enrico iba menguando y dando paso a la desesperación. Aunque su tacto seguía vivo en mi piel, mezclándose con el deseo de volver a sentirlo, el agua se estaba llevando su aroma. Y cada suspiro arrastraba consigo la petición de Angelo.

Ni siquiera aquella ducha fue capaz de despejarme. No podía creer que la mejor noche de mi vida hubiera tenido tal desenlace. Apenas había tenido tiempo de saborear el amanecer con Enrico cuando nos sorprendió aquella maldita orden del Carusso.

Aun no podía creerlo.

Y lo peor de todo es que Enrico no dijo nada más. No me explicó cuál sería su siguiente paso, como actuaría ante tal orden. Habría dado mi vida por saber lo que pensaba en ese momento, por saber lo que sentía. Habría dado cualquier cosa por borrar de su rostro aquella maldita expresión de tormento.

Todo era tan inconcebible, y la espera no hacía más que intensificar la confusión, aumentando la contrariedad de sentimientos.

No perdí el tiempo en secarme o siquiera cubrirme con una toalla. Me dirigí rauda al ropero y comencé a vestirme. Necesitaba saber cómo había pasado la noche Cristianno, pensar en alguna forma de ponerlo a salvo y evitar que pudiera cumplirse el presagio de su muerte.

Me mordí el labio furiosa con ese tal Angelo. No era justo para nadie que él diera esa orden. Si se trataba de poder, había otras formas de obtenerlo. Pero, claro, ¿qué se podía esperar de tal sabandija? ¿Si había sido capaz de matar a Fabio, por qué no haría lo mismo con su sobrino?

Dios mío, no quería ni imaginar cómo debía de encontrarse Enrico... o Kathia... ¿Lo sabría ella? ¿Cómo habría pasado la noche?

Alguien llamó a la puerta.

Supe que algo iba mal cuando me encontré a Graciella muy cerca del llanto.

* * *

Santa Teresa era una clínica privada que trabajaba desde hacía generaciones para los Gabbana y las familias aliadas al clan. Graciella me explicó que el padre de Domenico (el abuelo de Cristianno) creó aquel lugar con la intención de salvaguardar las vidas de los suyos. Una mezcla de tanatorio, clínica y laboratorio forense destinado a hacer la vida más... fácil y evitar tener que dar explicaciones. Los Gabbana eran la ley, así que lo que se escondía allí (o en los *laboratorios Borelli*) no suponía ningún problema. De vez en cuando, y para guardar las apariencias, atendían a civiles ajenos a las familias en calidad de emergencia, pero enseguida se les destinaba a otro centro. Y si alguien descubría algo, pues hacia la vista gorda o se le sobornaba, amablemente. En último recurso, se eliminaba al sujeto que no aceptaba las dos primeras opciones. Una enorme tapadera en forma de edificio renacentista cerca del Coliseo.

Renato, uno de los chofer de la familia Gabbana, detuvo el vehículo en la zona azul que había frente a la clínica. Eran poco más de las ocho de la mañana y el sol lucía pálido entre las espesas nubes. No obstante, hacía algo más de calor que los días anteriores.

—¿Quieren que las espere, señoras? —preguntó el joven chofer.

—No, no se preocupe, Renato —respondió Patrizia sabiendo que ni su cuñada ni su suegra tenían fuerzas para hacerlo—. Puede irse a su casa —añadió abriendo la puerta.

—Llámame si necesita cualquier cosa, señora.

—Eres muy amable, querido. —Le dio un pequeño apretón en el antebrazo y salimos del coche.

Me arrebujé en la chaqueta y le tendí el brazo a Graciella para que se apoyara en él. Ella forzó una sonrisa a modo de agradecimiento antes de dirigirnos hacia la clínica. Su cuñada se encargó de Ofelia. La pobre mujer hacía malabarismos por contener las lágrimas.

Por entre los árboles, pude ver que el edificio era más grande de lo que creía; tenía siete plantas y los balcones de las habitaciones exteriores lucían como los de cualquier edificio de

viviendas del centro de la ciudad. Sinceramente, aquel lugar era muy hermoso.

Entramos en un gran vestíbulo, adornado con una mezcla entre museo y catedral, con imágenes religiosas pintadas en una simulación de cúpula que había en el techo y enormes alfombras extendidas en un suelo de baldosa negra y blanca.

Cuando la recepcionista (una mujer recia y bajita con rostro infantil) nos vio, enseguida se dirigió a nosotras y cogió la mano de Graciella.

—Lamento no haberos informado antes —dijo con sincera aflicción—, pero Diego me dio instrucciones específicas de no advertirlas hasta que él mismo diera la orden.

Graciella no pareció molestarse lo más mínimo. Le colocó una mano en el hombro y negó con la cabeza. Todo lo contrario le sucedió a Ofelia, me dio la impresión de que si hubiera aparecido se hubiera llevado un buen mamporro de su abuela.

—Maldito... —murmuró—. Ese nieto mío debería saber que tal situación debe informarse de inmediato.

—Ofelia, no se ofenda —habló la recepcionista—. Lo he visto más como un gesto de protección. Era madrugada cuando Silvano entró por esas puertas. No quiso molestarlas.

—Es mi hijo, no hubiera molestado —continuó protestando.

Graciella no parecía por la labor. Es más, dudé de si estaba prestando atención a las quejas de su suegra. Había sido una noche realmente dura para todos, pero para ella debía estar suponiendo mucho más. Habían herido a su marido y a su hijo pequeño.

—Ofelia, tranquilízate, por favor —medió Patrizia, que se acercó a la mujer y la cogió de la mano—. Indícanos donde se encuentra Silvano, señora Arrigazzi.

—En la 31, planta 4 —indicó.

Graciella se tensó de súbito y tragó saliva buscando de soslayo mi mirada. Fue un gesto que duró unos segundos, pero supe con ello que algo le había inquietado. Me acerqué más a ella.

—Pero ¿eso es cuidados intensivos? —se obligó a preguntar.

Apretó mi mano, clavándome ligeramente las uñas.

—No se alarme, Graciella. Solo es precaución. De hecho, fue su hijo Valerio quien lo decidí.

—Entonces, ¿no es grave, verdad? —pregunté instintivamente. La mujer me miró alzando las cejas, algo desconcertada—. Disculpe, señorita, no me he presentado. Soy Sarah Zaimis, una amiga de la familia.

Le ofrecí la mano y ella enseguida respondió agitando el brazo con ímpetu.

—Sarah es como de la familia —añadió Ofelia tocando mi brazo a tientas.

—¡Oh, vaya! Yo soy Verónica Arrigazzi. Encantada de conocerte —sonrió—. Respondiendo a tu pregunta, señorita Zaimis: no, no es grave dentro de la importancia que tiene un disparo en la pierna. —Lo dijo con tal naturalidad que no me creí capaz de soportarlo. Aquello era demasiado—. Y, ahora, si me acompañan, las llevaré hasta la habitación.

No me hizo falta mirarnos para saber que parecíamos muertos vivientes. Verónica, con su animoso comportamiento, aniquiló nuestras energías.

CRISTIANNO

La última imagen que tenía de ella era en el lavabo, protegiéndome del fuego cruzado que se había desatado en mi habitación.

Cuando me escondió en una de las esquinas, me acarició la mejilla y recordé ver cómo le titilaban los ojos, confusos y llenos de miedo. Aun así, destellaban tras su gris plata y me miraban como si la vida fuera a escapársele en cualquier momento. Experimenté el mismo dolor que la embargó a ella.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza negando con la cabeza. Odiaba pensar que ese podía ser el último momento en que nos habríamos mirado con amor, siendo solo Cristianno y Kathia... Sin más. Tal vez ese había sido el final de nuestra historia y ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta; porque cabía la posibilidad de que Kathia no soportara la verdad. Ella no estaba

acostumbrada al ritmo frenético que imponía la mafia —por muy bien que lo hubiera encajado todo hasta ahora— y tantos sucesos podían acabar abrumándola. Tal vez, hasta el punto de hacerle dudar sobre sus sentimientos hacia mí.

No estaba preparado para que Kathia se alejara, pero si eso era lo que deseaba..., la dejaría ir... Aunque mi vida se fuera con ella.

Contuve el aire unos segundos y lo solté con una sensación de vacío enorme en el pecho. Estaba en la terraza de aquel cuarto piso de la clínica, inhalando la nicotina de un cigarro mientras observaba la actividad de la gente que se movía por la calle. Consumiéndome en los pensamientos.

Todo se desmoronaba.

Y yo caía empicado por un precipicio que no tenía fin.

La situación pesaba demasiado para que la cargara una sola persona. Pero yo era el único que tenía la solución; ardía en mis manos como puro fuego.

Era la única salida, no había alternativa.

Debía afrontar los hechos y admitir el deslace; siempre había estado ahí pero me había esforzado en ignorarlo. Si ahora me sentía colapsado, yo mismo me lo había buscado por no querer darme cuenta de cómo terminaría todo.

Pero, aunque todos esos pensamientos ocupaban gran parte de mi mente, la necesidad de hablar con Kathia, de verla una vez más, se imponía. Deseaba tener la oportunidad de decirle que, aunque las cosas se habían dado de esa forma, yo seguía amándola incluso con más fuerza.

Tiré el cigarro y miré al cielo. Que diferente debían verse las cosas desde allí arriba...

Los suaves dedos de Sarah impidieron que fuera más lejos.

La miré de súbito esforzándome por no ver a Kathia en su rostro.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté.

—Hace un rato. —Y se lanzó a mí con fuerza—. Estás bien... —jadeó en mi cuello.

Todo lo bien que podía estar en un momento como aquel. Respondí a su abrazo antes de mirarla.

Sarah entrecerró los ojos por el reflejo del sol y acarició mi cara a dos manos.

—¿Sabías que es mi prima? —Solté de pronto, sin pensar en que su cuerpo se contraería entre mis brazos.

—¿De quién hablas? —preguntó temerosa, aunque supo perfectamente a quien me refería.

—Fabio tuvo una hija hace diecisiete años... —Esquivé sus ojos... cuando el peso fue insoportable.

—Kathia... —balbuceó llevándose la mano a la boca y dejó que una exclamación muriera entre sus manos—. Dios mío...

Tras su reacción, reinó el silencio entre nosotros, alimentado solo de miradas clandestinas y gestos de abatimiento. Me exasperó la importancia que cobró todo al admitirlo en voz alta ante ella.

La desesperación se impuso y le di una patada a la baranda.

—Esto es imposible —masculé dándole la espalda a mi amiga. Por un segundo, creí que me evaporaría.

—Pero la sigues amando —repuso Sarah con voz gutural. Escucharlo de sus labios, fue mucho más turbador de lo que esperaba.

—¿Crees que debería sentirme culpable? —pregunté mirándola de soslayo y arrastrando las palabras.

—No.

—Una respuesta demasiado corta para un problema tan grande.

—¿Prefieres que te mienta? —Se acercó a mí—. Las preguntas más complicadas deben tener

una réplica simple. De lo contrario, supondría un problema. —Fue tan contundente su forma de hablar, que terminé extenuado.

Apoyé mi frente en la suya y me abastecí de su equilibrio capturando sus manos.

—Tu amor por ella es lo más sólido que tienes ahora, Cristianno. No lo cargues de incertidumbre. Ya tienes demasiada.

Llevó sus manos a mi pecho y lo acarició, subiendo hasta mi cuello. Me dejé llevar y terminé enterrando mi cara en el hueco de su hombro y apreciando el calor de su cuerpo cuando volvió a abrazarme. Ese sencillo gesto, hizo que por un segundo no pensara en nada más que aquel instante. Encontré alivio en los pequeños dolores que me embargaban.

Hasta que se alejó. Toda esa calma que me había transmitido, se disipó rápidamente. Tragó saliva mirando fijamente por encima de mi hombro y contuvo todo lo que pudo las respuestas que intentaba emitir su cuerpo. Supe casi de inmediato que Enrico estaba tras de mí, porque Sarah solo actuaba de esa forma cuando él aparecía.

Le encontré tremendamente cansado, con los ojos adormecidos y hundidos en unas ojeras muy marcadas. Incluso la habitual línea recta de sus hombros había desaparecido.

—Cristianno... —murmuró mirando a Sarah de reojo... Algo había sucedido entre ellos, algo demasiado intenso—... tengo que volver al hotel. Angelo quiere que organice su traslado a la casa de Carlo. Se instalarán allí después del entierro.

Enseguida fruncí el ceño y noté como mi pecho volvía a convertirse en una piedra. Luché por mantener la calma que Sarah me había infundado segundos antes, pero supe que no ganaría esa batalla.

—¿Su cuerpo todavía está caliente y ya lo quieren meter bajo tierra? —dije irónico—. Es muy curiosa la eficacia Carusso.

—A mi parecer, es un problema menos —espetó Enrico guardándose las manos en el bolsillo de su pantalón.

Cierto, si se miraba desde esa perspectiva.

—¿La casa de Carlo en Patri? —pregunté incauto.

Que los Carusso fueran a instalarse en las inmediaciones de Carlo, con su esposa, sus malditos gemelos y Giovanna, era una muestra de lo empeñados que estaban en demostrar que las cosas seguían estando bajo sus órdenes. Pero, aunque Angelo se sentara en el salón de su hermano y continuara con su rutina habitual, la realidad sería bien distinta. Ellos estaban tan dañados como nosotros.

—Exacto —admitió Enrico, alzando las cejas. Él ya había pensado lo mismo que yo—. Al menos, hasta que la mansión Carusso este rehabilitada en un par de semanas.

—Bien.

—Llamaré después. —Miró a Sarah una vez más—. Sarah... —murmuró a modo de despedida.

—Enrico... —dijo ella un instante antes de que él desapareciera. Después, resopló entrecortadamente y miró al suelo buscando esconderse. No necesitaba que me dijera con palabras lo mucho que necesitaba ir tras él.

Sonreí al cogerla de la barbilla y obligarla a mirarme.

—Ve... —La forma que tuve de hablarle, no le dejó espacio a decidir.

Asintió, me dio un beso en la mejilla y fue tras Enrico.

SARAH

Resultaba muy difícil controlar mis emociones mientras corría por el pasillo. A cada paso que daba, más intensa se hacía la sensación de ansiedad. No solo mi mente reclamaba estar un minuto a solas con él, sino todo mi cuerpo. De acuerdo, le había tenido hacía apenas unas horas y sabía que estábamos en mitad de una situación muy complicada como para andar pensando en amoríos, pero necesitaba mirarle a los ojos y saber que estaba bien. Que tenía alguna idea en mente para arreglar el desastre que Angelo Carusso se había empeñado en provocar. Necesitaba mirarle y saber que encontraría una salida para Kathia y Cristianno... y para nosotros.

Me detuve al final del pasillo con el corazón latiéndome en la garganta. Apoyé la palma de las manos en la pared para coger aire y miré a mí alrededor. No había rastro de Enrico, así que eché a correr de nuevo, pero en dirección a los ascensores.

Allí estaba, de espaldas a mí, con las manos escondidas en el bolsillo de su pantalón y la cabeza ligeramente cabizbaja. Odiaba verle tan sumido en sus pensamientos.

Entró en el ascensor.

—¡Enrico! —le llamé y él se detuvo, dejando que su cuerpo oscilara hacia un lado mientras giraba la cabeza para mirarme. Pero no vi sus ojos, los tenía cerrados, y cogió aire de una forma hechizante.

El típico hormigueo, que siempre sentía cuando estaba cerca de él, no tardó en instalarse en mi vientre, pero esta vez fue un poco agónico, negándome saborear cualquier emoción.

Entonces, me miró. Deslizó sus ojos zafiro por todo mi cuerpo con una parsimonia que rozaba peligrosamente el erotismo. Un suspiró entrecortado acarició mi lengua.

De repente, las puertas comenzaron a cerrarse. Enrico alargó un brazo, me cogió de la muñeca y tiró de mí al interior del ascensor. Me lanzó contra su pecho al tiempo en que me apoyaba en la pared metálica y pulsaba el botón que nos suspendería en mitad del trayecto. El suelo vibró en consecuencia de la maniobra, pero apenas tuve tiempo de sentir el vértigo; Enrico me besó, arrinconándome con su cuerpo. Fueron mis impulsos quienes tomaron el control y supieron cómo reaccionar ante la situación.

Me aferré a sus hombros en cuanto sus besos comenzaron a bajar por mi barbilla, hasta la clavícula. Su aliento acarició mi piel mientras sus dedos se colaban bajo mi camiseta. Los míos, en cambio, decidieron navegar por el filo de sus pantalones.

Enrico jadeó y tuve un pequeño espasmo al notarle casi tan cerca como en la madrugada.

—Me vuelves loco —gruñó excitado.

Cogí las solapas de su chaqueta y le exigí más de su boca.

—No dejes de besarme. —Se me erizó la piel cuando sus manos llegaron a la curva de mis pechos y rodeó el torso hasta cubrir mi espalda. Sin saber cómo, levanté una pierna y rodeé su cintura. Enrico respondió aferrándose a mis caderas y apretándolas ligeramente.

La alarma del ascensor comenzó a sonar, interrumpiéndonos. Di un salto, llevándome las manos al pecho para controlar el susto. Enrico sonrió y volvió a acercarse a mí, tirando de la cintura de mi pantalón. Apoyó su frente en la mía y resopló.

—¿Volverás? —murmuré en sus labios antes de morder suavemente uno de ellos.

—No deberías preguntármelo.

El ascensor se tambaleó y comenzó a bajar. Me abracé a Enrico para aprovechar los últimos minutos que nos quedaban juntos.

—Dime que estás bien —dije en su cuello mientras él me acariciaba el pelo—. Y que encontrarás la forma de solucionar esto.

—Estoy bien y encontraré la forma de solucionar esto.

—Creí que mentirías mejor —sonreí mirándole de reojo.

Tuvimos que separarnos en cuanto las puertas se abrieron; él con resistencia, yo con apatía. Forzó una sonrisa observándome con fijeza, pero a mí me importaron más los insignificantes pasos que nos alejaban. Me sobrevino la incertidumbre de no poder estar junto a él. Enrico pareció descubrir esos pensamientos y entrecerró los ojos y torció el gesto apesadumbrado. Le negué con la cabeza indicándole que no se preocupara por mí.

—Buenos días, señor Materazzi —dijo un hombre vestido con un traje que me recordó a principios del siglo xx.

Me ruboricé de inmediato y agaché la cabeza totalmente acalorada. No esperé encontrarnos con nadie.

Enrico le miró y asintió con la cabeza a modo de saludo mientras el hombre entraba en el ascensor.

—Señorita —me saludó—. ¿Suben o bajan?

—Solo sube la señorita, señor Salvi —contestó Enrico saliendo al vestíbulo.

Volvió a mirarme y yo tragué saliva, clavándome las uñas en las palmas de las manos. Sentí cierta impotencia por no poder actuar como realmente deseaba. Enrico estaba casado y todo el mundo lo sabía.

—¿A qué piso va, bella? —preguntó el hombre.

—Cuarta planta, por favor. —Forcé una sonrisa—. Hasta pronto, Enrico —añadí cabizbaja, a modo de despedida.

Pero él cogió mi mano y la apretó ligeramente antes de llevársela a los labios. No desvió la mirada de mis ojos, no le importó que le vieran. Ignoró todo lo que nos rodeaba mientras deslizaba mi mano hacia el centro de su pecho.

Un impulso hizo que deshiciera el paso que nos separaba, y me acerqué a su oído, rocé el lóbulo de su oreja y musité:

—Te pertenezco. —Enrico ahogó una exclamación.

Si aquella era una forma de decirle Te quiero, entonces me pasaría el día repitiéndoselo.

—Espérame... —susurró antes de besarme en la sien.

Observé como se alejaba hasta que las puertas del ascensor me lo permitieron.

KATHIA

Mi amor se tambaleaba... Las barreras ya eran demasiado altas como para que pudiéramos sortearlas. Ni Cristianno ni yo dudamos en emprender aquel camino, juntos. Jamás pusimos en tela de juicio nuestros sentimientos porque estábamos muy seguros de ellos, pero habíamos llegado a un punto en que era casi imposible avanzar, nos habían herido demasiado. Entendí que el amor no bastaba, y eso debía empezar a asimilarlo...

... Aunque no quisiera...

Un dolor agónico se había adueñado de mis funciones vitales, arrasando cada rincón como si fuera ácido. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo estaban a la merced de las palabras de Olimpia. No entendía nada, y lo había entendido todo...

Me había pasado media vida intentado comprender el desapego que recibía de mi familia. Nadie me daba la bienvenida cuando regresaba de Saint Patrick en verano. A nadie le importaba que fuera una niña feliz la mañana de Navidad. No les importaba los increíbles resultados académicos que obtenía, simplemente para llamar su atención, o la cantidad de reconocimientos que me había llevado a lo largo de mis años en el internado. Siempre tras la estela de Marzia.

No les había importado nada de mí, porque no era una de ellos.

Un espasmo me contrajo y me llevé las manos al vientre creyendo que el malestar desaparecía. Pero el dolor es un sentimiento que tiene vida propia. Él decide cuando abandona tu cuerpo y, casi siempre, lo hace cuando está realmente seguro de que te deja una herida muy difícil de curar. Mientras tanto, solo era un saco de huesos, cubierto de sangre y forrado de carne.

Insignificante. Confusa. Aterrorizada. Perdida. Humillada. Insegura.

Sola...

... y enamorada de mi primo.

«*Soy una Gabbana. Soy venganza*»

Unas manos rodearon mi cintura y me levantaron del suelo con suavidad. Supe de quien se trataba por el aroma de su perfume.

Valentino.

—Aunque no lo creas, no me gusta verte así —dijo manteniéndome erguida entre sus brazos. Cada caricia se contrastó con los recuerdos que tenía de él intentando violarme. Nunca antes me había tocado con tanta delicadeza.

—Aléjate de mí —balbuceé apartándome de él, inestable. Aún no estaba preparada para caminar.

Odí que Valentino me viera en aquel estado, tan vulnerable y expuesta. Tan accesible a sus perversiones. Intenté ocultarme tras el cabello, dándole la espalda, pero no fue suficiente.

—No estoy disfrutando con esto, Kathia. —Se quejó tras de mí.

Me recompuse el albornoz antes de mirarle por encima del hombro.

—Eres tan insolente... —gruñí.

De pronto, él se acercó a mí, me cogió de los hombros y me exigió mirarle. Ninguno de sus movimientos me hirió, pero bastaron para que notara como el suelo volvía a oscilar. Lamenté reconocer que su cuerpo fue un gran apoyo.

—Te advertí que no te enamoraras de él... —protestó y me asoló la furia.

No sé cómo encontré el modo de alejarme de él y abofetearle. Solo fui consciente de ello cuando le vi girar la cara bruscamente. Valentino respiró hondo, desplomó sus hombros, abatido, y regresó a mi mirada, extrañamente afligido.

—¡¡¡No hables de él!!! —chillé—. ¡Dejad de mencionarle, por Dios!

—Hice lo imposible para que te alejaras, para que lo olvidaras...

—Basta. —Me llevé las manos a la cabeza y presioné con fuerza. Iba a estallarme.

—... Me obligaste a actuar como un monstruo, sabiendo que con ello me ganaba tu odio.

—Continuó volviendo a avanzar hacia mí. Retrocedí con cada uno de sus pasos—. Y, aun así, no fue suficiente. Luché por evitar esto, Kathia. No sabes cuánto me duele decirte ahora lo equivocada que estabas. —Terminó haciendo una mueca de tristeza.

Fruncí el ceño intentando comprender su actuación. Me observa apesadumbrado y su tono de voz era suave y delicado, incluso cariñoso. ¿Cuántas veces más me sorprendería su actitud?

—Se te da muy bien ser un monstruo —dije, confusa.

—No me dejaste alternativa.

—¿Por qué demonios has venido aquí?! —volví a gritar.

Apreté los dientes, cerré los ojos y negué con la cabeza a punto del colapso. No era un buen momento para las declaraciones de principios, porque todo lo que me dijera Valentino añadiría más desorden a mi mente. Nada tenía coherencia si salía de su boca...

«*Dios mío... esto no tendría que estar pasando.*»

—¡Te equivocaste, Kathia! —exclamó intentando cogerme. No puede evitar volver a sentirle cerca.

—Él es tan víctima como yo... —sollocé.

—Pero su amor es enfermizo...

—No... Solo quieres confundirme, pretendes volverme loca.

—Te equivocas —murmuró, y me quedé suspendida entre su cuerpo y la pared—. No sabes cuánto me costó hacerte daño.

Su mirada no era la misma, su voz no era la misma, todo él no era el mismo. Su habitual maldad le había abandonado y terminó de trastornarme.

—¿Intentas justificarte? —pregunté, incrédula.

—Nunca me has mirado como a un hombre...

—Basta, no sigas...

—... Nunca has dejado que te muestre mis sentimientos. —Apoyó su frente en la mía y cerró los ojos con fuerza—. Te quiero, no hay mentiras en esto que siento.

Mi corazón dio un vuelco y enseguida me recorrió una sensación de vértigo increíble. Todos mis momentos con... Cristianno se reprodujeron en mi mente, abrumándome. Murmuré su nombre y lo más doloroso fue que ardió en mi piel con la misma intensidad de siempre. Seguía amándole y sabía que ese amor que sentía por él jamás desaparecería, aunque no pudiera... tenerle.

—Jamás serás él... —susurré sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas lentamente.

—No es eso lo que pretendo —negó con suavidad cogiendo mi rostro entre sus manos—. Deja que me acerque a ti, deja que te enseñe que hay formas mejores de amar que las que él te ha ofrecido. Sé que puedo hacerte feliz. Déjame intentarlo, Kathia —terminó suplicando.

¿Podría? ¿Olvidaría a Cristianno? ¿Sería capaz de dejarle ir? ¿De comenzar una relación con otra persona? ¿Podría llegar a sentir algo por Valentino? No, no podría... ¿o sí? ¡Dios mío, estaba a punto de desmayarme! ¡¿Qué me estaba pasando?! ¡¿Por qué no podía pensar con cordura?! Era como si estuviera encerrada en una prisión mental que no me dejaba exteriorizar todo el maldito daño que Valentino me había hecho. Dios, no podía tener justificación.

—Es imposible... —jadeé.

—Esperaré —continuó—, te daré el tiempo que necesites. Tú impones el ritmo, mi amor. No haré nada que no quieras hacer, hasta que me lo pidas.

«*No volveré a tocarte... hasta que tú me lo pidas. Aunque me muera de ganas.*», Recordé a Cristianno la mañana en la playa. Hizo la misma promesa que acababa de hacer Valentino.

—¿Kathia? —interrumpió Enrico entrando en la habitación con rostro escéptico.

Que mi cuñado tuviera aquella expresión, no era buena señal, y me hizo pensar en la impresión que le estábamos dando Valentino y yo, juntos. Él creyendo que lograría una respuesta de mí. Yo, masticando la enajenación.

Enseguida di un salto y me alejé de Valentino. No quería que Enrico me mirara de aquel modo porque nada de lo que pensaba era cierto.

—Enrico y tu don de la oportunidad —resopló Valentino al ver cómo me alejaba de él.

Enrico fingió una sonrisa y se puso a caminar, circunspecto, por el salón. Dejando que su cuerpo oscilara intencionado. Lo que hizo que su presencia fuera aún más fuerte.

—En fin... os esperaré abajo —dijo Valentino, obedeciendo la orden tácita que acababa de recibir de Enrico.

Súbitamente, me alegré de que se marchara.

Tras su marcha, reinó el silencio y las miradas escrutadoras de Enrico. Me analizaba y veía en mí el rastro de mil lágrimas y la peor noticia que había recibido en mi vida.

—¿Cómo ha sido? —Quiso saber, algo tímido y contenido.

—Cruel... doloroso —gemí—. ¿Lo sabe él? —No hizo falta que respondiera... Todo su cuerpo lo hizo por él. Y yo cerré los ojos queriendo borrar aquel maldito día—. ¿Desde cuándo?

—pregunté temblorosa.

—Desde hace una hora —afirmó Enrico tragando saliva.

Le di la espalda y miré el horizonte por los ventanales.

—¿Cómo... está? —Se me cerró la garganta.

—Perdido. Asustado... —Le percibí tras de mí—... Enamorado de ti.

Las últimas palabras me devastaron y comencé a llorar.

—Dios mío... ¿Qué clase de final es este? —Pensé en voz alta.

Entonces, sentí las manos de Enrico sobre mis hombros y su pecho acariciando mi espalda.

Suspiró, me retiró el pelo y besó mi nuca.

—¿Quién ha dicho que sea un final? —murmuró.

—Es mi primo... hasta un necio vería que no podemos estar juntos... —Me alejé de él para poder mirarle a los ojos.

—¿Y tú, lo crees así? —protestó y yo negué con la cabeza. La presencia de Enrico me empujaba a los brazos de Cristianno. Estuve cerca de salir corriendo e ir en su busca.

—No estoy preparada para creerlo... —gimoteé.

—Entonces, ignora lo demás...

—No puedo —me negué, insegura—. Esto tiene que acabar, asumámoslo cuanto antes.

Mentira.

Enrico me escudriñó con la mirada durante unos minutos. No habló, no se movió, no hizo nada más que extender un silencio entre nosotros que me erizó la piel y me provocó demasiadas dudas.

—Nunca pensé que serías tan débil —espetó

—¿Acaso tengo elección?! —Me envalentoné hacia él, con mil reproches luchando en mi paladar.

—¿Se lo dirás mirándole a los ojos? —Me encaminó a que imaginara el momento, a que viera a Cristianno ante mí esperando una decisión que jamás podría tomar en su contra—. ¿Podrás acercarte a él y decirle que se ha terminado? —Enrico me dio la espalda y puso los brazos en jarras, desesperado—. No dejes que Valentino hable. Estás demasiado vulnerable.

Se refirió al instante en que entró en la habitación y me vio entre los brazos del menor de los Bianchi. No se planteó si yo había deseado o no esa cercanía. Simplemente, me acusó creyendo que estaba más cerca que nunca de caer en sus redes.

—Crees que podría convencerme, ¿no es cierto? —dije incrédula y un tanto decepcionada.

Enrico me cogió de la mano, tiró de mí y acarició mi mejilla antes de hablar. Pudo darse cuenta de mi reserva, en ese momento, hacia su tacto.

—Eres fuerte, amor, pero hasta cierto punto.

—¿Cómo te atreves? —rezongué.

—Escúchame bien —cogió mi rostro entre sus manos—, decidas lo que decidas, pienso estar a tu lado, ¿me has entendido? Estaré a tu lado, siempre. —Terminó murmurando. Y yo volví a llorar.

—No está bien que le desee como lo hago... —jadeé.

—Tampoco que sea recíproco —me abrazó—. Vístete, tenemos que ir al entierro de Carlo.

CRISTIANNO

Tenaz y penetrante, el silencio gobernó entre Mauro y yo. Daba igual lo cerca que estuviéramos dentro de aquel coche o las miradas que, de vez en cuando, nos enviábamos. Ambos estábamos muy lejos el uno del otro en aquel momento.

Apagó el *Maserati* de su padre en el garaje del Edificio, apoyó la cabeza en el volante y suspiró con pesadez. Seguía pálido, más cansado que nunca y se movía como si cada movimiento fuera un puto suplicio.

Quise tocarle, pero me arrepentí al ver que su cuerpo se sacudía. Prefirió la distancia, y mi presencia le angustiaba demasiado. Así que le dejaría solas. Salí del coche arrastrando las piernas y notando un intermitente dolor en las costillas. El efecto de los analgésicos menguaba. Necesitaba... descansar...

Un instante antes de entrar al ascensor, miré de reojo a mi primo y descubrí que él ya lo estaba haciendo de antes. Había mortificación en sus pupilas y una extraña desesperación que supe no podría describirme con palabras; solo podía sentirla y ahogarse en ella como lo estaba haciendo.

Me mordí el labio, consternado, y agaché la cabeza. Habíamos barajados mil soluciones, pero ninguna era buena. Excepto una... y no fue del agrado de nadie. Sería muy duro afrontar lo que se venía encima, todos lo supimos. Pero lo que nadie imaginó fue que supondría una tortura para mí ver a Mauro de aquel modo. Si hubiera podido le habría arrancado esa angustia y me la habría metido en el pecho a puñetazos. Daba igual que yo estuviera colapsado; si Mauro sufría, ese sentimiento se multiplicaba en mí.

Un miedo fugaz me sobrevino cuando sonó mi móvil. No me hacía falta mirar la pantalla para saber quién era.

—Enrico... —suspiré—... Dime lo que sea, pero dímelo rápido.

Mauro salió como una exhalación del coche y se acercó a mí.

—Lo sabe, Cristianno. —Enrico habló timorato, y yo apreté el teléfono hasta hacerlo crujir entre mis dedos.

Lo primero que pensé cuando me enteré de la verdad es que quería ser yo quien se la contara a Kathia. No habría solucionado mucho porque le habría provocado la misma perturbación, pero tendría la certeza de que se lo habría explicado con tacto y tranquilidad. Hubiera ido tanteando sus reacciones, y, una vez enterada, habríamos tenido la oportunidad de asimilarlo juntos.

Dios mío... ¿qué estaría pensando?, ¿qué estaría sintiendo?

Que difícil era mantener la calma...

—¿Cómo... está? —susurré, entrecortado.

—Ella me ha preguntado lo mismo —reconoció.

—Eso no responde a mi pregunta, Enrico. —Solo escuché su aliento durante unos segundos.

—No...está... bien... —Respiró demasiado entre palabra y palabra. Era un claro signo de aflicción en él.

—¿Quién se lo ha contado?

—No lo sé. Pero por su estado, no tuvo que ser agradable —se quejó.

—¡Mierda! —Exclamé con un susurro—. Tuvo que ser Olimpia, estoy seguro. —Porque ella era la más cruel, ruin y perversa—. Tengo que hablar con Kathia, tengo que verla, Enrico. Por favor...

Mauro colocó una mano en mi espalda sabiendo que no me tranquilizaría, pero que me gustaría saber que estaba tras de mí.

—Cristianno...

—Sabes bien que la casa de Carlo no tiene la misma seguridad que la mansión —interrumpí exigente—, y que podría colarme en cuestión de minutos.

Enrico resopló al otro lado de la línea. Estaba indeciso, necesitaba tiempo para aclarar sus ideas y organizarse, pero yo no era capaz de permitirle ese tiempo. Me volvía loco pensar en ella. Necesitaba tenerla delante y decirle que todo saldría bien, que encontraríamos una solución y que lucharía hasta el final por encontrar el modo de estar a su lado.

—Me necesita —susurré suplicante.

—También necesita tiempo.

—Lo tendrá, pero déjame verla.

—No se trata de lo que yo decida...

—¡No puedo quedarme aquí sabiendo que está pasando por esto ella sola, Enrico! —grité con un extraño sollozo.

La caricia de Mauro se hizo más fuerte. Se colocó frente a mí y me miró fijamente, instándome a que mantuviera la calma. Enrico no tenía la culpa...

—Lo siento —balbucí—. Esto es...

—Lo sé, Cristianno —medió Enrico, comprensivo. Y cogió aire hondamente—. Haré lo que pueda para que os veáis, pero, mientras tanto, mantente al margen. Quiero que sigas mis instrucciones, ¿me has entendido?

—Que espere tus instrucciones —repetí frotándome la frente.

—No te estoy prohibiendo ver a Kathia, Cristianno. Lo que te pido es tiempo para arreglar un encuentro que no os perjudique.

Claro, eso lo comprendía. El problema estaba en si lo comprenderían mis impulsos o mis emociones o...

—Está bien... —repuse auto convencíendome—. Haré lo que tú digas.

—¿Lo prometes?

—Prometer, ¿eh? —Torcí el gesto haciendo una mueca con los labios.

—Cristianno, no me jodas... me cuesta mucho fiarme de ti cuando se trata de Kathia. Necesito una promesa.

El muy cabronazo estaba tan poco convencido como yo. Era como si pudiera leerme la mente vía telefónica.

—También puedo incumplirla —reconocí, porque eso era exactamente lo que estaba pensando.

—No, no lo harías. Tus promesas valen demasiado, y lo sabes.

Mierda.

Cierto, una promesa valía demasiado, y Enrico era muy listo al hacerme prometer. En cambio, las palabras no valían nada. Una palabra tenía unos segundos de vida y después se esfumaba.

—Te doy mi palabra.

KATHIA

—El señor es misericordioso y contempla el alma de las personas, más allá de sus actos. —El sacerdote pregonaba con los brazos abiertos y mirando al cielo.

Había más de cien personas congregadas alrededor de aquel ataúd que, irónicamente, continuaba abierto. Dentro yacía Carlo, con las manos cruzadas sobre el vientre y los ojos cerrados. Su piel pálida se extendía más allá de la frente, mezclándose con los pobres hilos de pelo ceniciento que le adornaban la cabeza. La muerte aún no se había apoderado de él, pero empezaba a mostrar signos escalofriantes. Los presentes lo contemplaban como si fuera un monumento y chismorreaban entre ellos haciendo poses por si acaso les cazaba alguno de los periodistas que había asistido. Otros (Olimpia di Castro, por ejemplo) se limitaban a mirarse las uñas y bostezar pronunciadamente. Por eso fue tan frustrante que me llamaran la atención cuando no quise prestar atención...

Cogí aire y tragué saliva. Recordaba la noche en que me colé en aquel cementerio con... Cristianno.

«Cristianno.»

Su nombre acarició mi paladar con más delicadeza que nunca, provocándome una apacibilidad extraordinaria. ¿Cómo lograba Cristianno que sintiera aquello si ni siquiera estaba allí? Era asombrosamente desconcertante. Sobre todo cuando me abordó la urgencia de perderme en él.

Los dedos de Valentino se enroscaron a los míos. Aquel gesto fue el que me abstraigo de la batalla que se estaba dando en mi interior, y me quedé mirando nuestras manos entrelazadas. Jamás encajarían como lo hacían los dedos de Cristianno al enredarse con los míos. Tuve un desagradable escalofrío... Mi mente me torturaba con recuerdos y después me despreciaba. Me prohibía pensar en Cristianno para después bombardearme con los momentos que había pasado a su lado. ¿Debía o no alejarme él? ¿Debía o no intentar olvidarle?

Sí... pero no... No quería y no podía... Cristianno tendría que poner fin a esto...

—Padre, acoge este espíritu y guíalo hacia la luz —continuó el sacerdote—. Límpialo de todo pecado y haz que tenga una eternidad pura y en armonía. Despidámonos de Carlo Carusso y recemos por la salvación de su alma.

—¿Qué demonios...? —gruñó Angelo, sentado al lado de Valentino. Le enervaba que aquel cura estuviera refiriéndose a su hermano de ese modo—. Toni, ¿de dónde has sacado a ese maldito sacerdote?

El esbirro que había tras él se encorvó para hablarle por lo bajo.

—Señor, era el único que aceptó un soborno.

—Me cago en... —El Carusso se agitó—. Haz que termine de una vez el sermón y que cierre esa bendita boca que tiene, si no quiere que se la cosa con una bomba dentro. ¡Qué fastidio! Tenemos a toda la prensa. Solo falta pregonar: «¡Esto es la mafia, caballeros!»

Como si ya no lo supieran.

—Tranquilízate, Angelo —intervino Valentino—. Si no estás satisfecho, siempre podemos hacerle una visita.

Genial, ahí estaba el gilipollas de siempre. Eso era mucho más lógico en él.

—Es lo que haré si no termina en breve. No quiero que manche el funeral de mi hermano pequeño con habladurías sobre la salvación de su alma —espetó clavándole al cura una mirada sentenciadora—. Bastante calvario supone enterrarle sabiendo que ha muerto a manos de un Gabbana.

Un arrebató de furia me estalló en la boca.

—¿Quieres decir que no tendrías el mismo dolor si hubiera muerto por culpa de otro?

—intervine en un tono de lo más irónico.

Valentino y Angelo me clavaron la mirada: el primero lo hizo con una especie de súplica, el segundo con algo más que altanería. Pero, lejos de intimidarme, me erguí y alcé el mentón. Si querían un enfrentamiento, lo tendrían, desde luego.

El rostro de Angelo se iluminó con una sonrisa hipócrita. Definitivamente, lo mejor que me había pasado en la vida era no ser hija suya.

—Kathia, querida, eres una belleza cuando te mantienes callada —dijo.

—Claro, papá —continué mordaz. Algo que, por descontado, le fastidió muchísimo.

Se inclinó hacia mí, sin importarle que entre nosotros estuviera Valentino, y entrecerró los ojos creyendo que me atemorizaría. En parte, lo consiguió, pero no se lo demostraría.

—No juegues conmigo, Gabbana —masculló.

Le imité y me incliné hacia él unos centímetros, sintiendo como la mano de Valentino pasaba de estar entre mis dedos, a rodearme la cintura.

—No sabes lo bien que suena eso, Carusso. —Me levanté y abandoné el funeral sin esperar que llegara a su fin en ese momento. Resoplé frustrada.

No había recorrido ni unos metros cuando Valentino surgió tras de mí y me cogió del brazo con

una suavidad que me crispó los nervios. Era muy desconcertante que me tocara de aquella forma cuando la noche anterior me estaba disparando por las calles de Roma.

—Kathia, por favor... —susurró, y yo me di la vuelta de golpe.

—¿Qué coño quieres? —mascullé.

—Lo dejé bien claro esta mañana en el hotel.

—¿Y eso borra todo el daño que me has hecho? Que equivocado estás, entonces. —Me deshice de él y fui directa al coche.

Cerré la puerta y observé desde el asiento como la gente se desperdigaba por el cementerio, en dirección a sus coches. Les observaba ausente, concentrada en la fiereza que fluía dentro de mí. Hasta que me erguí de golpe con el corazón latíendome en la lengua.

Por un segundo, solo por un segundo, creí ver a Cristianno tras la arboleda que había a pie de la colina.

CRISTIANNO

Valentino estuvo unos segundos muy cerca de ella. El muy cabrón la capturó del brazo y le habló cordial y suavizado mientras la observaba con la promesa del amor más fiel y sincero que un hombre pudiera entregarle a una mujer. Pero ella no sucumbió a esa magia. Masculló algo y se fue hacia el coche.

Pude ver su rostro antes de que cerrara la puerta. Estaba tan pálida y con unas ojeras tan pronunciadas que ni siquiera el maquillaje que llevaba lograba disimularlo. Me hirió no poder atravesar aquello que nos atormentaba junto a ella.

Que diferente habrían sido todo...

Di un paso al frente y salí de mi escondite.

Se me contrajo el vientre al toparme con su mirada.

KATHIA

Las miraditas asesinas de Giovanna Carusso durante la cena me pusieron muy difícil mantener el tipo. Y es que a mi puñetera prima le frustraba muchísimo que Valentino me prestara atención. Como si yo lo deseara...

—Deberías comer —me susurró Valentino al oído.

No pude evitar mirar a mí alrededor y observar como las personas que había en la mesa engullían la comida con toda la tranquilidad del mundo. Incluso Úrsula da Fonte (la esposa de Carlo) comía con total normalidad. Ni que decir de sus malditos gemelos, Francesco y Stefano.

—No tengo hambre —protesté alejando el plato, agotada.

En otro momento, Valentino me habría obligado a comer recurriendo a la fuerza o incluso a los gritos. Pero esta vez, solo asintió con la cabeza y me envió una mirada de comprensión.

Dejó los cubiertos a cada lado del plato y se limpió la comisura de la boca con la servilleta.

Todos esos movimientos fueron escrutados al detalle por Giovanna, que se remiraba a Valentino como si en cualquier momento fuera a saltar sobre él y echarle un polvo sobre la silla.

—De acuerdo, entonces —dijo Angelo—. La ceremonia de compromiso se celebrará en el Grand Plaza.

La conversación captó toda mi atención al tiempo en que Giovanna soltaba un tenedor con furia y me miraba. Evité mirarla, concentrada en lo que acaba de escuchar.

—Solo falta ultimar los detalles, querido —añadió Olimpia—. Ya sabes, hacer unas compras.

—Claro, Olimpia —sonrió Angelo antes de mirarme de reojo—. Quiero que mi hija vaya espléndida ese día.

Tragué saliva incapaz de sentir nada; ni siquiera el dolor que me produjo hincarme las uñas en los muslos. Valentino deslizó una mano por debajo de la mesa e impidió que me hiriera.

—Es una lástima que no nos puedas acompañar —continuó Olimpia, y yo no pude resistirlo más.

Me levanté de la mesa y salí de aquel salón en dirección al pasillo. Por suerte, me había tocado una de las habitaciones de invitados que había en la primera planta, porque no estaba segura de tener fuerzas para subir las escaleras.

¿Cómo podía cambiar tanto una situación? ¿Cómo podía cambiar tanto las sensaciones? Hacía apenas unas horas estaba en el teatro, escondida en un pequeño cuarto de instrumentos, besando a Cristianno apasionadamente, cerca de hacer el amor allí mismo, lejos de sentirnos culpables. Sin embargo, ahora, éramos primos, había visto morir a mi padre y no sabía absolutamente nada de mi madre. Estaba atrapada y no encontraba el modo de salir.

«*Esto se acaba, Kathia*», predijo mi fuero interno, complicando aún más las cosas.

—¿Qué ocurre, Kathia? —preguntó Valentino antes de cogerme del brazo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me había seguido por el pasillo. Me solté y le miré con los ojos húmedos. No quería llorar, pero mi cuerpo hacía mucho tiempo que había dejado de aceptar mis órdenes; casi parecía que no estaba en él. Me sentía totalmente desprovista de mis facultades.

—¡Todo esto, Valentino! —Exclamé alzando los brazos—. No puedo creer que Carlo muriera hace unas horas y estemos en su entierro hablando de nuestra ceremonia de compromiso. Es demasiado frívolo, ¡no es normal!

Valentino volvió a poner aquella maldita cara de hombre que lo comprende todo y se acercó a mí sin importarle que yo le estuviera mirando con deseos de ver cómo se calcinaba allí mismo.

—Nada en nuestro mundo es normal, Kathia —explicó en voz baja—. Somos la mafia, no podemos permitirnos el lujo de llorar a los nuestros como hace la gente corriente. Hay que reponerse rápido y continuar. —Terminó retirando un mechón de mi pelo y enroscándolo en la oreja.

—Para encontrar un modo de vengarse, ¿no es así? —Le desconcertó por completo mi tono mordaz. No sabía qué decir, pero me lo dijo todo—. No hace falta que contestes —negué con la mano antes de darme la vuelta.

—La venganza forma parte del juego, Kathia —se justificó.

Enseguida le miré y me esforcé por transmitirle lo mucho que le detestaba.

—¿Por eso mataste a mi padre?

Alzó las cejas sorprendido, pero también confundido. Acaba de decirle que fui yo la persona que estuvo persiguiendo por los laboratorios Borelli aquella tarde.

Quise continuar con mi camino, dispuesta a zanjar la conversación porque no quería escucharle. Pero volví a sentirle tras de mí, esta vez de un modo que me recordó a... Cristianno, la tarde en la que vino a cenar a la mansión Carusso con su... mí... familia. Pero el calor excitante que sentí aquella tarde cuando los dedos de Cristianno me recorrieron el brazo y su voz rozó mi cuello, no fue el mismo que estaba sintiendo en aquel momento.

—¿Me perdonarás algún día? —murmuró, con algo más que arrepentimiento.

—No lo creo...

Y salí de allí tomando el pasillo que llevaba a las habitaciones. Ni siquiera había recorrido unos metros cuando Giovanna se interpuso en mi camino con los brazos en jarras. Su rostro me dijo que tendríamos un enfrentamiento.

—No eres bienvenida aquí, Gabbana —masculló.

Extrañamente, fue muy agradable ser llamada de aquel modo.

—Lo sé. —Quise esquivarla, no quería tener un enfrentamiento con ella.

—Aun así te regocijas.

La miré extrañada. Si pensaba que disfrutaba con la cercanía de Valentino, estaba muy, pero que muy equivocada. Por mucho que Valentino se esforzara en ser un caballero, seguiría sintiéndome muy repelida a su lado.

—¿Regocijo? —Repetí, incrédula—. Toma lo que crees tuyo, Giovanna. Yo no lo quiero.

—Pero aceptas su mano —gruñó, perdía el control por momentos.

—¿Tengo elección? —Dije con una mueca—. Acabas enterrar a tu padre, muestra respeto.

La esquivé y me acerqué a la puerta de la que sería mi habitación.

—Tiene que ser duro no poder estar con la persona que amas. ¿Qué se siente? —dijo Giovanna tras de mí.

Una oleada de ira me recorrió el cuerpo y no estuve muy segura de poder detenerla. No había dicho su nombre, pero estaba metiendo a Cristianno en la conversación y eso no lo permitiría. Él no pintaba nada allí, su simple mención tenía demasiado valor para una persona como Giovanna Carusso.

La miré enfurecida.

—Dímelo tú —mascullé con toda la intención de lastimarla.

Supe que lo había logrado en cuanto se lanzó a por mí. Me cogió del cuello y me estampó contra la puerta apretando con ímpetu. No me costó deshacerme de sus manos con un ligero golpe en las muñecas, pero enseguida volvió a contraatacar, esta vez tirándome del pelo.

—¡Basta, Giovanna! —Gritó Enrico apartándola de un empujón—. Vuelve al salón.

—¡Está es mi casa! —chilló.

—¡Vuelve al salón!

Giovanna me miró una última vez y se largó pisando con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó Enrico cogiéndome el rostro entre sus manos.

Asentí con la cabeza, aferrándome a él. Era una estupidez frenar las ganas de llorar cuando ya estaba sintiendo las lágrimas resbalando por mis mejillas. Enrico las limpió con los pulgares antes de apoyar mi cabeza en su pecho y rodearme con los brazos.

—Quédate conmigo, Enrico —gemí cogiendo su chaqueta—. No me dejes sola esta noche, por

favor.

—No, mi amor —musitó en mi frente—. Por supuesto, que no.

* * *

El sueño me arrastró al punto en el que la mente y el cuerpo ya no tienen el control. Estaba en manos de mi subconsciente, y este resultó ser terroríficamente revelador.

Todo comenzó ese día...

... en una noche de verano en Cerdeña.

Tenía prohibido salir de noche. La casa donde nos alojábamos estaba demasiado cerca del mar, y, en la madrugada, la marea subía hasta casi rozar las escaleras del porche trasero. Algo demasiado peligroso para una niña de ocho años. Aun así, ignoré las órdenes de Angelo, como casi siempre.

Me escabullí, en cuanto supe que todo el mundo dormía, y me senté junto a la orilla del mar, dejando que el agua acariciara mis pies desnudos. Siempre me había gustado esa sensación, hacía que, por un momento, no pensara en otra cosa más que en la suavidad con la que el agua me tocaba. No me gustaba el mar, me aterraba la inmensidad del océano, pero cada noche me escapaba y me sentaba en la arena porque era la única forma de sentir que encajaba y que pertenecía a algún lugar. Siendo tan pequeña no debería haber pensado y sentido de esa forma, no debería haber estado tan sola. Los Carusso nunca me trataban como a Marzia y ni siquiera se molestaban en mostrarme algo de cariño. Por eso envidiaba lo unida que estaba la familia Gabbana...

Me concentré en el halo de luz plateada que irradiaba la luna sobre el agua. Diminutas partículas serpenteaban alrededor y ondeaban con la suavidad de las olas. Corría una brisa suave, muy ligera y algo fresca que arrastraba un aroma a sal, cautivador.

Cerré los ojos, aspiré con fuerza y hundí mis manos en la arena. Cogí un puñado y dejé que resbalara de mis dedos y cayera sobre mis pies. Me gustaba el cosquilleo que me provocaba el agua cuando se acercaba y limpiaba la arena de mi piel.

Sonreí.

—Se lo voy a contar a Ángelo —cuchicheó una vocecita tras de mí.

Hice un mohín maldiciendo mentalmente que Cristianno me hubiera pillado. Él era mi perdición, el único Gabbana que no soportaba. Y sabía que era recíproco. Nos odiábamos, nos hacíamos la vida imposible y aprovechábamos cualquier ocasión para meternos en problemas.

En ese momento, el problema lo tendría yo si él se iba de la lengua.

—¿Qué vas a contarle? —inquirí mirándole de reojo.

La sonrisita que tenía en su maldita boca y aquella miradita de perversa diversión que dominaba sus ojos azules, peligrosamente bellos, me indignaron. Tanto que ni siquiera me di cuenta de que se sentaba a mi lado.

—Que te has escapado —reconoció encogiendo las piernas al sentarse.

Apoyó los codos en las rodillas y miró al horizonte. El viento revoloteó en su cabello negro y, por un instante, no me molestó reconocer lo guapísimo que era. Tenía un perfil que rozaba la perfección, y me hizo pensar en cómo sería cuando tuviera unos años más. Si con nueve era tan impresionante... con dieciocho... Dios, con dieciocho amargaría la existencia de cualquier mujer, sería un maldito rompecorazones.

Resoplé furiosa por lo que acaba de pensar.

—Pues yo se lo diré a Silvano —advertí.

—¡Bah!... Mi padre no me castigará.

Sí, eso ya lo sabía.

—Eres imbécil...

—Y tú una repelente...

No lo aguanté más y le di un codazo. Él no tardó en responder, solo que prefirió tirarme del

pelo. Intenté esquivarle y recogérmelo, pero no me dejó y continuó pellizcándome los brazos mientras se reía. Le divertía chincharme, y a mí me exasperaba saber que disfrutaba.

—¿Por qué no paras de una vez? —protesté—. ¡Vete! Déjame sola.

—No, vete tú... Si quieres estar sola, vuelve a tu estúpido internado.

—Serás... —Me lancé a por él. La fuerza del empujón lo tumbó sobre la arena y yo aproveché para colocarme encima y abofetearle—. ¡Te odio, Gabbana! —exclamé aún más furiosa porque no dejaba de reír.

—¡Y yo ti, Carusso! —añadió antes de apartarme.

El impulso me llevó a sentarme sobre sus piernas. Cristianno se incorporó apoyándose en los brazos y se acercó a mí. Ya no había diversión en su cara ni en su mirada, sino más bien incertidumbre... Incluso... timidez. Se ruborizó y tragó saliva antes de cogerme del brazo con delicadeza. Algo que me sorprendió porque siempre había sido muy bruto conmigo.

—¿Puedo hacer una cosa? —preguntó temeroso.

—¡No! —refuté—. Suéltame. —Pero apretó aún más, inmovilizándome—. ¿Por qué eres así conmigo?

—No lo sé...

Ahora era yo la que tragaba saliva: por su cercanía y por la forma que tuvo de acariciar mi brazo.

—¿Qué es lo que querías hacer? —dije sin saber muy bien porque me interesaba.

—¿Qué?

—Me has preguntado si podías hacer una cosa...

—Es una tontería... —sonrió sin ganas.

—Vale.

Quise apartarme de él cuando de golpe me cogió de la cara y me soltó un beso rápido. El contacto de sus labios fue minúsculo, pero suficiente para que sintiera por primera vez ese cosquilleo en mi vientre. Acababa de recibir mi primer beso... ¡de Cristianno!

—Me has... besado —tartamudeé desconcertada.

Cristianno agachó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento —susurró.

—No ha estado tan mal... —dije, ruborizada.

Dios mío, aún era demasiado joven para vivir una situación como aquella.

—Mauro me dijo que era asqueroso.

—¿Y tú qué piensas?

—Que... me ha... gustado —dijo, mirándome al fin.

—¿Quieres... quieres repetirlo?

Asintió lentamente mientras acercaba su cara a la mía. Antes de sentir el contacto, noté como su aliento acelerado me acariciaba la barbilla y no pude evitar sonreír por dentro. Nunca había imaginado que Cristianno estuviera a punto de besarme por segunda vez.

—¡¿Pero qué demonios estáis haciendo?! —exclamó alguien sobresaltándonos.

Cristianno dio un brinco y yo caí hacia atrás, mojándome el trasero. El pecho se me desbocó y las mejillas me ardieron.

—¡Tío Fabio! —gritó Cristianno más nervioso que nunca.

—¡Responder a mi pregunta!

—Lo siento, Fabio —balbuceé notando como la lengua me pesaba una tonelada por el bochorno.

Aunque, por otro lado, agradecí que fuera Fabio quien acababa de cazarlos en un momento tan comprometido.

—Más lo vais a sentir si se entera Angelo... No volváis a hacerlo, ¿de acuerdo? Eso no está bien entre... —se detuvo de súbito y empalideció. Tardó varios segundos en recomponerse y hablar

y supe que había sido porque estaba pensando que decir—... entre vosotros.

—¿Por qué? —refunfuñó Cristianno.

—Vuelve dentro, Cristianno.

—Pero...

—¡Vuelve dentro! —ordenó Fabio.

Cristianno le hizo caso a regañadientes. Se levantó, sacudió la arena de sus pantalones cortos y se dirigió a la casa blasfemando por lo bajo.

En cuanto estuvimos a solas, Fabio se puso de rodillas y me cogió de los brazos. Captó toda mi atención dándome un zarandeo.

—Kathia, tienes que prometerme que no volverás a hacer eso. Al menos, no con Cristianno, ¿entendido? Un beso con él no es algo... —volvió a pensar en la palabra adecuada—... apropiado. Además, eres una niña.

—¿Podré besarle cuando sea mayor? —quise saber

—Nunca, pequeña, nunca —me advirtió—. Quiero que olvides que esto acaba de pasar. Prométemelo, Kathia, prométeme que vas a olvidarlo.

—Te lo prometo, Fabio.

—Bien. Ahora vuelve a la cama, y cumple tu promesa, pequeña.

Olvidarlo.

Debía olvidarlo.

Entré en mi habitación y me apoyé en la puerta después de hacer maniobras para cerrarla sin hacer ruido.

—Kathia... —Cristianno apareció entre la penumbra.

—¡Cristianno! —me sobresalté.

Demasiadas emociones para una sola noche.

—Quiero que sepas que... —musitó acercándose a mí—... me ha gustado que seas la primera chica a la que beso.

Me ruboricé y sonreí tímidamente.

—Yo pienso lo mismo.

—Vale, pero no te lo flipes —dijo volviendo a su tono de voz tirano.

—Estúpido. —Le empujé.

—Eso está mejor —sonrió mirándome como si estuviera a años luz de él—. Porque te haya besado no significa que deje de hacerte la vida imposible —añadió, pero algo de mí sintió que mentía.

—Pues vete preparando, ahora será peor que antes.

Pero a la mañana siguiente, me llevaron de vuelta a Viena. No volví a veranear en Cerdeña, no volví a ver a Cristianno hasta ocho años después. Me olvidé de aquellos días... me olvidé de aquel beso, me olvidé de lo que sentí por él.

Un golpe secó se coló en mi sueño.

Empecé a despertar.

CRISTIANNO

La residencia de Carlo, en el barrio de Prati, estaba a medio camino entre un edificio de tres plantas y un adosado de dimensiones considerables. Entrar sería pan comido porque apenas había vigilancia y el vestíbulo exterior tenía unos recovecos encantadores donde podría esconderme. Enrico me había dicho que Kathia dormiría en una de las habitaciones de invitados que había en la planta baja. Luego no tendría que trepar.

Sorteé todos los malditos adornos florales que había alrededor de un cenador y apoyé el trasero en la fachada, mirando a los lados. Sin nadie a la vista, avancé escuchando atentamente los sonidos de la madrugada mientras escudriñaba el interior de las habitaciones por las que iba pasando.

Contuve una exclamación y me detuve de súbito al descubrirla acurrucada en la cama. Kathia dormía y su pecho subía y bajaba con aparente tranquilidad. Su largo pelo se extendía por la almohada y tenía las cejas ligeramente alzadas y la boca entreabierta. Su boca... Deseé entrar y besarla hasta que me hormiguearan los labios. No sabía si ella me lo permitiría después haber descubierto quien era, pero eso no restaba las ganas de entrar.

Analicé la cerradura de la ventana mientras me apoyaba en el alféizar y estudiaba la forma más eficaz de abrirla. Tantos años conociendo a Alex de Rossi sirvieron para que un suave golpe con los nudillos hiciera saltar el cierre sin apenas hacer ruido.

Me preparé para entrar cuando levanté la cabeza y tropecé con... Enrico y su mirada más inquisidora. ¡Genial!

Se me aflojaron las rodillas y des hice la maniobra de entrada sin quitarle ojo de encima. Mientras tanto, Enrico frunció los labios, decidiendo entre enfadarse conmigo y reírse por mi torpe intrusión.

—Debí suponer que vendrías —masculló en un susurro.

Tragué saliva y miré de reojo a Kathia, que acaba de moverse en la cama. La sábana se le había enroscado en las piernas y, al cambiar de postura, me mostró la curva de su cadera.

Que extraordinaria era...

Enrico me cogió de la barbilla para captar mi atención.

—Estoy aquí —protestó un tanto bromista.

—Necesitaba verla, Enrico —repuse, aunque sin dejar de mirar a Kathia por el rabillo del ojo.

Todos mis sentidos estaban puestos en ella y el corazón me golpeaba en el pecho sin ninguna cortesía, perturbando mi aliento y todos los rincones de mi cuerpo. De haber logrado mi objetivo, me habría perdido en su piel hasta el amanecer.

—Resulta que ahora no valen nada tus promesas —inquirió Enrico, resoplando.

—Te di mi palabra —maticé.

—Humm... —Se llevó un dedo a los labios y entrecerró los ojos, reservado—. ¿Acaso no es lo mismo?

Sí, lo era... Fue una estupidez creer que podría engañarle con un juego de palabras.

—Enrico... —suspiré.

—No, Cristiano —me interrumpió—. No me das tiempo a actuar como es debido. Ni siquiera puedo pensar en un encuentro porque estoy demasiado pendiente de ti... Me lo pones muy difícil, compañero.

—¿Y que querías que hiciera?, ¿qué esperaba sentado?

—Eso fue exactamente lo que te pedí.

Ambos resoplamos a la vez antes de que otro movimiento de Kathia nos llamara la atención. Tenía un sueño bastante inquieto.

—Estoy aquí... Déjame entrar aunque sea unos minutos —dije intentando impulsarme.

Por supuesto, Enrico lo impidió.

—Ni de coña. Vuelve al Edificio.

—Pero...

—Mañana por la mañana me pasaré y te diré dónde puedes verla. Ahora vete, ya.

Le miré de forma acusadora entrecerrando los ojos. Quería que se sintiera culpable y que pensara que era una muy mala persona por evitar que me acercara a Kathia teniéndola tan cerca. Pero no lo logré y Enrico continuó observándome orgulloso y tozudo. Si no hubiera sido un Materazzi, habría conseguido algo.

—Está bien —refunfuñé—. Me voy.

Podía sentirse orgulloso: él era el único que conseguía de mí todo lo que le daba la gana. Evidentemente, dejando a un lado a Kathia.

—Por supuesto —asintió.

—Eres un capullo —dije entre dientes.

—Que amable.

Torcí el gesto y aproveché para mirar una última vez a Kathia antes de irme. ¿Qué estaría soñando?

—Solo dime si está bien... —siseé.

—¿Lo estás tú?

Enrico supo bien como transmitirme el estado de Kathia sin emplear demasiadas explicaciones... Ambos estábamos atrapados en la misma mierda, solo que Kathia estaba en terreno hostil.

—¿Enrico?... —jadeó ella, entre sueños.

Su voz me lanzó hacia delante como si una descarga eléctrica acabara de atravesarme.

—Vete de una vez, Cristianno. —Se interpuso Enrico—. Espera noticias más mañana por la mañana, por favor.

Percibí la tensión en sus ojos y no quise insistir más. Esperaría como debería haber hecho desde un principio.

—¿Le dirás que la quiero? —transmití completamente hipnotizado con el despertar que sobrevinía en Kathia.

—Se lo dirás tú mismo. —Y le miré. Enrico sonrió, comprensivo y lleno de nostalgia. Apreté su brazo y asentí con la cabeza.

Me largué de allí sabiendo que una parte de mí se quedaba con ella en esa habitación.

KATHIA

Ese recuerdo en forma de sueño ardía en todo mi cuerpo. Era como un fuego que resbalaba por mi piel torturándome con mil emociones, haciéndome imposible salir de él.

Me dolió el olvido, me atormentó que mi mente jugara de ese modo conmigo. ¿Cómo había podido olvidar mi primer beso? ¿Cómo había olvidado que Cristianno fue el primero? Y Fabio... Ahora comprendía porque quería que olvidara todo: Cristianno era... mi primo.

Fabio.

Él mismo hombre que murió entre mis brazos... Mi padre.

Dios mío, entender tantas cosas de golpe me estaba volviendo loca. Casi no podía respirar, y la presión de no poder abrir los ojos me provocó claustrofobia. Deseaba despertar y evitar volver a sumergirme en aquel recuerdo, pero era imposible. Estaba atrapa en mi subconsciente y no saldría de él hasta que este lo decidiera.

—Enrico... —gemí desesperada, porque sabía que él estaba cerca de mí.

Sus dedos acariciando mis mejillas y, escurriéndose por mi cabello, me devolvieron a la consciencia. Pero no la sentí del todo, una parte de mí seguida dormitando. No tardaría en volver a quedar atrapada.

—Le he visto... en mis sueños —balbuceé, rodando por el colchón hasta quedar sobre el regazo de Enrico—. Cristianno fue el primero.

—¿Qué quieres decir, amor? —dijo Enrico, confundido, mientras me acariciaba con ternura.
—Fue mi primer...beso. —Me acomodé sintiendo un extraño temblor. Tenía frío.
—Kathia...
—Me besó en... Cerdeña... y después... me olvidé de él.
Ese temblor se convirtió en un fuerte escalofrío que me hizo jadear. Una sensación helada se asentó en mis brazos y exhalé antes de que Enrico se percatara y me arrojara.
—Duerme, mi amor —musitó.
—Me olvidé... de él... —sollocé, haciéndome un ovillo.
—Shhh, tranquila.
—Le necesito... tanto.
—Le tendrás. —Escuché su voz cerca de mi oído. Su aliento dejó una estela en mi piel antes de que sus labios me besaran en el cuello—. Aún le tienes.
—No, ya... no —gemí—. Se ha acabado...
El sueño comenzó transmitiéndome la sensación de estar fuera de mi cuerpo, contemplándome a mí misma tumbada en aquella maldita cama. Una desagradable hiedra comenzó a dibujarse a mí alrededor. Salía de todos los rincones de la habitación y se dirigía a mí, arrastrándose pesada por el suelo. Se enroscó a mis tobillos y después a mis muñecas, inmovilizándome y provocando que la ansiedad creciera.
Tuve un espasmo.

SARAH

Un aroma suave y fresco me acarició el paladar e instó a mi mente a proyectar una fantasía de lo más seductora. No eran imágenes, sino sensaciones cargadas de una intensidad prodigiosa, y muy real. Tanto, que tuve que comenzar a respirar por la boca.

Sé que estaba durmiendo, lo notaba en el peso de mis párpados, pero por un momento pensé que no era así, porque solo una caricia de verdad es capaz de producir tal sensación, tan incuestionable.

Noté un beso en la comisura de mis labios. Después, el rastro de un aliento deslizándose por mi barbilla y un ligero roce de piel en mi mejilla izquierda. Giré el rostro, adormecida, y saboreé la percepción de aquel maravilloso conjunto de caricias.

No echaría a perder aquello despertando. Estaba más que dispuesta a aferrarme a esa especie de sueño tan vívido durante horas. A menos que, abriera los ojos y descubriera que no estaba soñando.

Me moví sobre el colchón antes de reparar en cómo las sábanas resbalaban por mi cuerpo. Tuve un escalofrío ante el cambio de clima, que se intensificó con el tacto de unos dedos navegando por mis piernas. Se rezagaron en mis muslos y terminaron dibujando mi vientre con una sutileza que me hizo vibrar de deseo. Arqueé la espalda y suspiré, ansiosa por sentir más. Solo una persona me había tocado así en toda mi vida.

—Mírame. —Una orden susurrada que besó mis labios.

Obedecí, y unos fascinantes ojos azules resplandecieron al encontrarse con los míos. Me abrumaron y me hicieron rozar la insensatez. Una mirada como aquella no se disfrutaba todos los días, tan cargada de placeres prohibidos para la razón.

Me olvidé de respirar. Me olvidé de todo lo que me rodeaba, poniendo todos mis sentidos en contemplar la extraordinaria belleza de Enrico dibujándose entre la sombra y unos débiles rayos de luz que comenzaban a asomar por la ventana. Despuntaba el alba, y yo me perdía en las caricias tácitas de su mirada. No hizo falta que me tocara para que creyera alcanzar el culminación.

La tensión se hizo con mi vientre cuando se acercó a mí. Creí que iba a besarme, deseé que lo hiciera, pero se desvió del camino y volvió besar la comisura de mis labios. Fue bajando por mi cuello hasta llegar a la clavícula mientras sus manos se enroscaban en mis caderas, apretaron suavemente y me impulsaron hacia él. Coronó mi locura cuando emitió un ronco jadeo de placer al colocarme a horcajadas sobre su regazo. La fuerza con la que me sostuvo me enloqueció. Enrico me deseaba del mismo modo en que yo le deseaba a él.

Levanté los brazos y los enroqué alrededor de sus hombros, apoyando mi frente sobre la suya. Cuanto me enervó que hubiera ropa de por medio.

—Te debo un amanecer —suspiró.

—¿Me lo... debes? —tartamudeé pensando en que todos mis amaneceres podrían ser suyos si me los pedía.

—Ayer... no pude amanecer contigo, ¿recuerdas? —Hizo una mueca.

Era difícil de olvidar. Los acontecimientos del día anterior no me habían abandonado ni un segundo y, siempre que podían, me atormentaban. No solo temía por la integridad de Cristianno, sino que Silvano estaba mal herido y continuaba ingresado en la clínica. El Edificio había sido un ir y venir de gente y, aunque nadie lo dijera en voz alta, se palpaba la tensión y las ansias de revancha. La guerra no había hecho más que empezar.

—Ven conmigo —dijo retirándose el pelo de la cara.

No lo dudé ni un instante, y me alejé de su cuerpo para levantarme. Enrico sonrió observándome con absoluta precisión.

* * *

—¿Y a dónde vamos? —pregunté para evitar pensar en el calor que se había instalado en todo mi cuerpo.

Los pensamientos no habían dejado de martirizarme desde que tomé asiento en su *Bentley*, y aumentaban su potencia cuando Enrico me miraba de reojo. Mis resistencias quedaron devastadas con la melodía sugerente y casi enloquecedora de Enigma y con su forma de conducir.

Aun así, algo no me permitía saborear ese momento. Era una especie de remordimiento que subía y bajaba por mi garganta y que, cada vez que cogía aire, palpitaba advirtiéndome que no desaparecería mientras estuviera junto a Enrico.

Se desvió de la calzada para entrar en un aparcamiento subterráneo que había cerca de la Piazza Navona. Cogió el ticket, me miró de soslayo y sonrió de medio lado antes de humedecerse los labios de una forma dolorosamente lenta.

¡Genial!

—Enseguida lo sabrás —murmuró con voz ronca, acelerando el coche suavemente.

«*Dios, que guapo es*», pensé.

Detuvo el coche en una de las plazas reservadas, cogió aire y frunció los labios antes de mirarme. Lo hizo con titubeo, como si deseara decirme algo, pero no supiera que palabras escoger. Me transmitió incertidumbre.

Acercó su mano a la mía y perfiló mis nudillos, concentrándose en su gesto. De pronto, el sonido de su móvil nos interrumpió.

—Joder... —masculló echando mano a su bolsillo—. Discúlpame un momento, cariño.

—Claro... —Fue lo único que pude decir.

Enrico descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja. Las facciones sensuales de su rostro se tensaron hasta endurecerse y comenzó a apretar la mandíbula mientras escuchaba atentamente lo que la persona que había al otro lado de línea le decía.

Le miré intermitentemente; no quería invadir su privacidad. Pero, por otro lado, era imposible no prestar atención estando con él en el interior de su coche.

—Pues retenlo hasta que llegué —dijo entre dientes—. ¿Crees que me importa quién es su maldito abogado, Oscar?... Exacto, me da igual. Le quiero encerrado en mis calabozos, y si ocurre lo contrario, os meteréis en problemas, ¿me has entendido? ¿Qué?... No me importa... Sí... Y yo soy el comisario del distrito de Trevi, si digo que se queda, se queda y punto...

—Habla con severidad—. Tenemos setenta y dos horas de arresto, Oscar. Aún le quedan cuarenta y ocho... Pues esperas... No tardaré, *ciao*. —Colgó y resopló con fuerza—. Lo siento.

Negué con la cabeza y toqué su hombro, acercándome un poco a él.

—¿Ocurre... algo? —murmuré.

—Nada que no pueda solucionar —contestó al mirarme.

—Parecías enfadado.

—Estaba enfadado. No sabes lo mal que me sienta la incompetencia.

—Bueno, acabo de verlo —bromeé notando como su rostro se calmaba y terminaba sonriente.

—Vamos —dijo haciendo ademán de salir del coche—. Quiero estar un rato contigo antes de irme.

No me permití maravillarme con lo que acababa de decir porque no habría podido moverme del asiento. Así que, respiré hondo, tragué saliva con más evidencia de la que preferí mostrar, y salí del coche. Segundos después, Enrico colocó una mano en la parte baja de mi espalda, ignorando lo que aquello desataba en mi interior, y me guio fuera del aparcamiento.

Recorrimos varias calles hasta llegar a la Piazza Campo de' Fiori y encontrarnos de frente con un de los mercadillos más populares y pintorescos de Roma. El ritmo ya era frenético, y apenas eran las ocho de la mañana.

Miré a Enrico y sonreí. Pero esa sonrisa no duró demasiado. El remordimiento retornaba, justo

en mi vientre, y crecía por momentos, cubriéndome de una vulnerabilidad muy desagradable. Pensar que podían vernos juntos, en las consecuencias que podía acarrearlos, me exasperaba e intercedía en el placer que me producía aquel instante con él.

Enrico percibió el cambio, me cogió de la barbilla y me obligó a mirarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó frunciendo el ceño.

Pensé en guardar silencio o fingir, pero era demasiado tarde... y él demasiado listo. Tanto que ni siquiera me dejó contestar. Asió mi mano, encajando sus dedos entre los míos, y tiró de mí esquivando a la gente que comenzaba a agolparse en los pasillos del mercadillo. Le seguí caminando a trompicones, trastabillando con los pies de las personas que pasaban por al lado. Apoyé una mano en su espalda y pude ver por encima de sus hombros que el gentío se hacía mucho más grande delante de nosotros.

Entonces, Enrico decidió colocarme delante de él. Apoyó sus manos en mis caderas y acercó su cuerpo hasta dejarlo completamente pegado al mío. Comenzó a guiarme con suaves empujones mientras sus dedos jugueteaban con la cinturilla de mi pantalón y su aliento me acariciaba la nuca.

—Si piensas que voy a esconder lo que siento por ti, te equivocas. —Fue un susurro lo que más tarde se convirtió en un beso en la curva de mi cuello y a punto estuvo de hacerme caer—. No eres mi amante, Sarah.

Hubiera sido más sencillo continuar caminando sino hubiese rematado todo lo que dijo mordisqueándome el lóbulo de la oreja. Aquellos movimientos me sepultaron en mis agitaciones, y jadeé bajo su sonrisa afónica. Fue en aquel instante cuando recapacité. Enrico no era tonto, sabía lo que hacía al decidir pasear conmigo. Si a él no le importaba que pudieran descubrirnos, ¿por qué debía preocuparme a mí? Tenía aprovechar aquellos minutos con él, porque no sabía cuándo volverían a repetirse y porque merecíamos desconectar de la cantidad de problemas que nos acechaban.

Giré la cabeza hasta sentir el calor de sus labios a solo unos centímetros de los míos.

—¿Va a detenerme, comisario? —ronroneé con un ligero tono bromista.

—No me tienta, Zaimis —murmuró Enrico, demasiado erótico.

El gemido que ahogué provocó una carcajada en él.

—Me encanta cuando haces eso.

—¿Ruborizarme? —Alcé las cejas.

—Exacto.

—Deberías decir que te encanta saber que tienes la situación completamente dominada.

—Eso también.

—Egocéntrico.

—No sabes cuánto —sonrió antes de detenernos frente a un pintoresco local de estilo irlandés llamado Dolce—. Hemos llegado.

Entrar fue una tarea muy complicada. El interior estaba lleno de gente hablando a gritos y tomando sus desayunos a un ritmo frenético, pero a Enrico no pareció importarle. Me cogió de la mano y me orientó hacia una mesa que había al otro extremo de la cafetería abriéndose paso hábilmente.

—¡Hugo, lo de siempre, doble! —gritó a un camarero antes de llegar a la mesa.

—¡Hecho, Materazzi! —respondió el camarero hablando por encima de todas las cabezas.

Tomé asiento sobre el alféizar de una ventana acomodado con unos cojines y me concentré en la calle y en el ajetreo que tenían los puestos. Me parecía increíble estar allí...con Enrico. Puede que para cualquier pareja aquello fuera algo de lo más normal, pero para mí era una situación extraordinaria que jamás había experimentado.

El tacto de sus dedos sobre los míos me hizo mirarle.

—Solía venir aquí a desayunar con... Fabio... —dijo, costoso y un tanto apesadumbrado—. Dejé

de hacerlo cuando él... murió.

Apreté su mano y me incliné hacia él.

—Podrías haberme llevado a otro sitio.

—No. —Espeté—. Este lugar es especial para mí y quiero compartirlo contigo.

Sonreí mientras imaginaba a Fabio sentado en una de esas mesas desayunando y hablando tranquilamente con Enrico.

—Le querías —afirmé.

—Como a un padre —aseguró con voz ahogada.

Decidí que era el momento de cambiar de conversación. Para Enrico, ese lugar tenía un significado especial, y ya era demasiado difícil estar allí como para acrecentarlo hablando de... Fabio. No había tenido el placer de confraternizar con él, pero le había conocido y, lo más importante de todo, le respetaba. A mí también me costaba asimilar que no volvería a verle.

—¿Siempre quisiste ser inspector de policía? —pregunté curiosa.

Enrico sonrió al darse cuenta de mis pretensiones.

—En realidad, me parecía una profesión muy conveniente —respondió con destreza.

—¿Qué quieres decir? —inquirí interesada.

Pestañeó un par de vez y frunció los labios de una forma muy peculiar. Si mis observaciones no fallaban, aquella era una forma de decirme que la respuesta era algo compleja.

—Nos beneficiaba. Si estás dentro de las autoridades, tienes más poder y dispones de privilegios.

Interesante. No tenía ni la menor idea de cómo funcionaba la mafia, pero, estaba claro que infiltrarse en la policía era algo sobradamente inteligente. De ese modo, se tenía todo controlado, que, a fin de cuentas, era lo que más importaba.

—Creo que lo he entendido —repuse antes de que el camarero llegara a nuestra mesa.

—Te dejo esto por aquí, Enrico —dijo sonriente.

—Gracias, Hugo —respondió, se levantó de la silla y tomó asiento justo a mi lado. Cogió uno de los dulces que había en el plato y me lo acercó—. Prueba esto.

Le di un mordisco. El azúcar en polvo que cubría el dulce se deshizo en mi boca y se mezcló con el aroma del relleno. Tenía un sabor intenso y suave al mismo tiempo, tanto que me hizo cerrar los ojos. Era una delicia.

—Está buenísimo —musité descubriendo que la mirada de Enrico estaba fija en mi boca.

Se acercó lentamente a mí y capturó mis labios entre los suyos. Apretó con delicadeza y lo dibujó con la punta de la lengua. Todo mi cuerpo se tensó y la excitación eclipsó el sabor de aquel dulce. Aquel ardiente beso de Enrico pudo con todo.

—Tenías restos de azúcar en el labio —murmuró cuando se alejó sonriendo con picardía.

Claro, por una parte era lógico que sonriera porque debía tener un aspecto deprimente con la boca abierta y mirándole de hito en hito. Pero no era justo que me hiciera aquello sabiendo lo que me provocaba su cercanía. Carraspeé e intenté serenarme.

—Volviendo a la conversación que estábamos manteniendo...

La mirada de Enrico no pareció satisfecha. Él estaba orgulloso de ser comisario y mafioso al mismo tiempo, podía verlo en sus ojos, pero no se sentía cómodo admitiéndolo en mi presencia.

—Sarah... —replicó removiéndose en el asiento—, sé que es difícil para ti asimilar todo esto y estarías en todo tu derecho si decides que no te convengo, pero...

Acerqué una mano a su boca para impedirle que continuara hablando. Él abrió los ojos sorprendido por mi reacción y tragó saliva sin saber muy bien qué hacer.

—Te gusta ser lo que eres. —Admití por él, porque sabía que le costaría mucho reconocerlo en voz alta—. Te gusta lo que haces y disfrutas sabiendo que tienes el poder, lo he visto en tu mirada. Para colmo, se te da a las mil maravillas. Sí, no lo comparto y puede que no me

convenga, pero es demasiado tarde. —Deslicé mis dedos por su barbilla y los coloqué en el reverso de su mano sin apartar la mirada de sus ojos—. Te pertenezco, ¿recuerdas? —terminé susurrando.

Parpadeó lentamente, dándome la impresión de que memorizaba cada una de mis palabras. Como si creyera que no volvería a escucharlas. Que equivocado estaba si era cierto que lo pensaba...

Se inclinó hacia mí y apoyó su frente en la mía.

—¿Lo recuerdas tú? —susurró.

—A... todas... horas —balbuceé cerrando los ojos.

Acaricié su pecho y me detuve justo encima de su corazón. Latía con fuerza, precipitado, pero no había rastro de esa agitación en su rostro, solo en su aliento. Noté la resistencia de sus manos cuando las apoyó en mis muslos y como presionaba mi piel con las yemas de los dedos, impaciente por pasar al siguiente paso. Una sensación que, de sobra, compartí. Yo sentía, exactamente, la misma urgencia por unirme a él.

—Quiero besarte —jadeé en sus labios, aferrándome a su chaqueta. Llenó de pequeños besos la piel que iba de la comisura de mis labios al oído.

—Hazlo.

—No, aquí no —suspiré mostrándole el camino hacia mi cuello.

No tardé ni un segundo en notar sus besos sobre la clavícula, y como sus manos subían misteriosamente por mis costillas.

—Dime dónde, Sarah —mordió suavemente mi cuello—. Solo dímelo y te llevaré hasta allí.

—Llévame al mar... —gemí—... y bésame en la orilla...

Gruñó con satisfacción y se alejó de mí antes de levantarse y colocarse bien la chaqueta de su impecable traje azul oscuro. Se mordió el labio sabiendo que aquel gesto terminaría de excitarme.

Tragué saliva cuando me ofreció su mano y me envió una mirada cargada de complicidad.

Solo nosotros dos sabíamos lo que estaba ocurriendo y que lo que estaba por venir.

Sus dedos me guiaron fuera del local.

Ni siquiera la brisa fresca de finales de febrero me calmó.

SARAH

El mar estaba en calma bajo un cielo cargado de nubes blancas. Las olas acariciaban la orilla casi al tiempo en que la mano de Enrico acariciaba la mía con suavidad y delicadeza.

No habíamos cruzado una palabra en todo el trayecto, solo miradas fugaces y pequeñas caricias. El silencio que mantuvimos fue perfecto y me dio la oportunidad de perderme en la magia de estar a su lado. Sé que había unos kilómetros entre la ciudad y la costa, pero para mí fue la distancia más corta. Definitivamente, el tiempo con Enrico dejaba de tener valor.

Salí del coche y me dejé llevar por el balanceo de mi cuerpo hasta que estuve a solo unos pasos del agua. Cerré los ojos para absorber el sonido de la brisa y su aroma.

La paz fue absoluta, y creció cuando le percibí tras de mí. Comenzó tocando mi cintura hasta rodearla por completo y apoyar su barbilla sobre mi hombro. Solté una sonrisa al notar como su aliento rebotaba en mi mejilla cuando suspiró, y deseé que aquel momento se detuviera. Que nos quedáramos de ese modo para siempre, deleitándonos con aquella sensación de amor y tranquilidad infinita. No existieron presiones, no existieron problemas. Ni Caruso, ni Bianchi. Ni siquiera la mafia.

Solo existíamos él y yo. Rodeados de arena y mar.

—Voy a hacerte el amor en la arena —musitó muy bajito, con una profundidad que llegó a lo más hondo de mi corazón.

Eché la cabeza hacia atrás, incitándole a que comenzara con un beso. Enrico obedeció con parsimonia, colocando sus labios sobre los míos, lentamente. Fui yo la que se adentró en la urgencia.

Me giré hacia él, me agarré con fuerza a su cuello y me apoderé de su boca percibiendo como Enrico se dejaba llevar. Suspiró con fuerza cuando sintió como mis manos le arrebatában la chaqueta y recorrían seguras las líneas fuertes y duras de sus brazos, que se contrajeron bajo mi tacto.

Un instante más tarde, noté la espesura de la arena en mi espalda y como mis piernas le daban la bienvenida a su cintura. Lo que le siguió fueron besos intensos, insistentes, apasionados. Sensaciones que ninguno de los podríamos explicar. Pero también... cierta incertidumbre...

De pronto, se detuvo, pero no se alejó ni un centímetro de mi boca. Esperó entre mis labios, y comenzó de nuevo; esta vez con un ritmo suave, tremendamente lento y taciturno. Todo su cuerpo se armonizó con aquel beso y sus caricias pasaron de ser excitantes a ser profundas y mucho más penetrantes.

Algo no iba bien.

—¿Estás... bien? —pregunté buscando su mirada.

Daba igual lo mucho que estuviera deseando aquello, no haría nada hasta escucharle una respuesta. Y por su respiración, supe que me mentiría.

—No te preocupes —balbuceó y forzó una sonrisa—. Estoy muy bien, amor...

No, no era cierto. Habría dado cualquier cosa por colarme en su mente y descubrir que había en ella. Porque su mirada estaba cargada de un secretismo que no iba a compartir conmigo.

—Mientes...

Me estremecí, y pegado a mí cogió aire de entre mis labios.

—¿Miento también si digo que te quiero? —gimió tembloroso.

Sentí que me ahogaba.

—No lo sé... —tartamudeé notando una extraña espesura en los ojos. Me acercaba peligrosamente al llanto. Y Enrico se dio cuenta.

—Mírame... —dijo cogiéndome el rostro entre sus manos en un gesto delicado y exigente—. Prométeme que no vas a dudarle nunca. Aunque las cosas vayan mal. Prométemelo. —Terminó ordenando.

Asentí entre lágrimas.

—Lo prometo, mi amor —aseguré antes de que volviera a besarme—. Lo prometo.

Me perdí en sus brazos, en sus besos, en la forma tan suave que tuvo de tocarme cuando me desnudó, como si fuera a desaparecer en cualquier momento. No hubo nada similar a la primera vez que lo hicimos. Absolutamente, nada comparable, ni siquiera su mirada. No era el mismo hombre que había paseado conmigo por el mercadillo Campo de' Fiori o me había rescatado en Tokio. Era el Enrico más vulnerable que seguramente vería jamás. El Enrico que deseaba ralentizar aquello al máximo, hasta alcanzar el límite.

Quiso que fuera especial, intenso, único... que no pudiera pensar en otra cosa más que en su cuerpo pegado al mío...

... Y lo consiguió.

CRISTIANNO

No dormí ni un segundo. Fue muy frustrante creer que el tiempo pasaría más rápido si me acostaba y conseguía dormir. Pero no pensé en que nada de eso sucedería. Algo tan sencillo como cerrar los ojos y dejarte llevar por el sueño se convirtió en toda una hazaña para mí, algo materialmente imposible en los últimos días.

De acuerdo, siempre había tenido problemas de insomnio y hasta ahora los había llevado con un optimismo cojonudo, pero eso no le restaba importancia. La angustia ocupaba demasiado espacio en mi cabeza como para dedicar un hueco al descanso.

Joder, siempre me había gustado la noche; la oscuridad amenazante que lo cubre todo, la temperatura que desciende hasta calarte los huesos, las estrellas adornando el cielo —sugiriéndote que están ahí y te protegen cuando lo cierto es que estás más solo que la una y seguirás estándolo si te ocurre algo malo; ellas no van a ayudarte y tampoco quieren hacerlo—. Oh, sí, me encantaba la noche, porque mandaba en ella y era el mejor momento del día para conseguir todo tipo de... concesiones: ya fueran sexuales, económicas...

Pero esa noche me devoró, minuto a minuto, segundo a segundo. Cada instante que pasaba era más largo que el anterior. Todo lo que había planeado durante el día, la madrugada se encargó de cuestionármelo hasta el punto de no confiar en la solución. Y, poco a poco, me empequeñecí hasta convertirme una mancha insignificante dando tumbos en la cama. Esa noche en especial fue más difícil que ninguna otra. Tal vez porque mi mente no dejaba de repetirme lo que estaba por llegar y si verdaderamente, estaba preparado para ello.

En realidad, no era tan adulto para afrontar algo tan drástico. Era un paso muy grande, que una vez dispuesto, se requería de tenacidad y consecuencia. Puede que me considerara un hombre, que hubiera hecho cosas de hombre y que la experiencia que me acompañaba fuera la de un hombre, pero solo tenía dieciocho años y, por primera vez en toda mi vida, sentí la necesidad de comportarme como tal. Como un maldito niño sin apenas responsabilidades, y no como una persona preocupada por cubrir bien sus espaldas y la de los suyos.

Sí, era miedo. Por mí, por mi familia... por ella.

Kathia.

No me gustaba sentirlo. Eso indicaba fragilidad y no se me ocurría peor momento para demostrarla. Había llegado hasta ese punto y debía afrontarlo... pero si lo pensaba demasiado, simplemente, me aterrorizaba.

Respiré hondo sin sentir la ligereza del aire entrando en mis pulmones. No fue un gesto placentero. Ni respirar podía permitirme...

«Solo quedan unas horas, Cristiano. Resiste», me exigió mi fuero interno, coincidiendo con la vibración de mi móvil. Cuando miré la pantalla y vi el nombre de Enrico parpadeando en el centro, supe que la conversación que iba a mantener con él iba a robarme el poco control que pudiera tener.

—Dime... —Se me contrajo el vientre.

Pero Enrico no habló enseguida. Se detuvo a coger aire entrecortadamente, algo que me indicó la poca confianza que tenía puesta en aquel encuentro.

—Enrico —le insté.

—Kathia estará en la tienda *Versace*, en Via Bocca di Leone, a las once —dijo—. Valentino se ha empeñado en la compra de un vestido para la... ceremonia de compromiso.

La ceremonia de compromiso.

Mierda.

Cerré los ojos notando una extraña pesadez en los párpados. Yo no sería quien esperara a Kathia en el altar, y esa certeza fue demasiado dura. Tanto que incluso me mareó.

—¿Cuándo será? —inquirí, levantándome de la cama y caminando hacia el escritorio.

—Ya lo sabes, Cristianno —aseveró Enrico sin ánimo; para él tampoco estaba siendo agradable mantener aquella conversación.

—No, no lo sé —gruñí.

Cogí un cigarro y lo encendí dándole una fuerte calada.

—Esa actitud no te ayuda en nada —espetó y yo solté el humo y me concentré en las formas que se dibujaron a un solo palmo de mi cara.

—¿Qué actitud?

—Desafiante y arrogante.

—¿No ha sido siempre así?

—Sí, pero no está bien que lo mezcles con el odio. —La densidad del silencio que siguió zumbó en mis oídos. Todo se impregnó de ira. Sí en algún momento pensé que sería capaz de resistir aquello, me equivocaba.

Claro que sabía cuándo era la maldita ceremonia, incluso sabía el lugar, pero necesitaba escucharlo de la boca de otra persona para cerciorarme de que no estaba viviendo una pesadilla. Algo innecesario y que demostraba lo masoquista que me estaba volviendo. ¿Qué necesidad había de martirizarse?

—¿Cómo llego hasta ella? —pregunté dejando a un lado mis divagaciones.

Después de todo, aquella conversación no estaba destinada a hacer análisis de mi estado de nervios. De pronto, me sobrevino otra sensación de pavor... ¿Y si Kathia decidía alejarse de mí? Enrico carraspeó.

—Marisa, la encargada de la tienda, dejará la puerta del almacén abierta. Entrarás por ahí y te esconderás en un cuarto que hay continuo a uno de los probadores. Ella se encargará de que Kathia entre en él. Tu solo tendrás que esperar allí dentro y salir cuando tengas la certeza de que no corres peligro —explicó, y yo fruncí el entrecejo a lo último que dijo.

—¿Qué peligro podría correr?

—No estará sola, Cristianno. —Porque Valentino iría con ella.

Estuve cerca de estrellar el móvil contra la pared, de liarme a patadas con todo el mobiliario que me rodeaba. Que aquel hijo de puta rondara por la tienda, complicaba demasiado mi encuentro con Kathia.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —mascullé conteniendo mi furia.

—Sería demasiado sospechoso que Kathia tardara en probarse un vestido, ¿no crees?

Apreté los ojos y me mordí el labio. Me parecía muy frustrante tener que ver a mi novia escondidas y con limitación de tiempo.

—No tendría que ser así —gemí más para mí que para él.

—Lo sé —suspiró y pretendió que su voz no sonara demasiado titubeante a continuación—. Procura no meterte en problemas, por favor.

No haría nada que pudiera ponerle en peligro.

—Por supuesto que no. —Nada de juego de palabras. Me desplomé en la cama y miré al techo pellizcándome el entrecejo—. Enrico... lo conseguiremos, ¿verdad? —dije asustado.

—Ese es el plan —confirmó.
El corazón comenzó a latirme en la boca.

KATHIA

—¿Me complacerás escogiendo un vestido verde? —sugirió Valentino cogiendo mi mano y llevándosela a los labios. Besó mis nudillos sin saber que entiesaba mi cuerpo.

Todo mi ser repelía su contacto y el modo increíblemente amable en que se estaba portando conmigo. Valentino ignoraba que mi piel ardía en deseos por recibir el calor de... Cristianno. Que otro lo invadiera, me... irritaba, e hizo que me preguntara cómo sería pasar el resto de mi vida sin sus... caricias...

«No pienses en él, Kathia. Ahora no», dijo mi fuero interno.

Pero le pensaba, constantemente, y me consumía que mi deseo hacia él estuviera prohibido. Retiré la mano y evité el contacto visual con Valentino. Eran demasiado evidentes mis pensamientos, casi me faltaba gritarlos.

—¿Coacción? —pregunté, incómoda. Pero, si Valentino se dio cuenta de lo mucho que me molestaba su cercanía, no lo demostró.

—No, querida —sonrió, negando con la cabeza—. Es solo una sugerencia que me haría muy feliz. Además, creo que el verde te sentará muy bien.

—Y de paso hace juego con tus ojos —me mofé con ironía.

—¡Buena objeción! —exclamó volviendo a ignorar mi actitud.

Marisa fue la que interrumpió. La dependienta de la tienda *Versace* llegó al reservado donde nos habíamos instalado y colocó en la mesa el catálogo de vestidos de los que disponían.

—Bien, este es el muestrario de la última colección —dijo sin dejar de tocar su bonita melena rubia—. Conociéndole, señor Bianchi, he hecho una selección de lo mejor que hay en la tienda.

Valentino sonrió con hipocresía, se cruzó de piernas y apoyó el codo en uno de los brazos del sofá, llevándose los nudillos a los labios. Lo que significaba que a continuación iba a hacer gala de su vocabulario más correoso.

Apreté la mandíbula.

—Marisa, antes de que te pongas a revolotear alrededor de mi tarjeta de crédito como si fueras una paloma muerta de hambre —espetó moviendo el dedo índice a modo de batuta—, me gustaría que nos trajeras una botella de champán y algún aperitivo. —La dependienta enrojeció y se esforzó en no demostrar las ganas de pegarle una patada en el culo. Bienvenida al club—. ¿Te apetece algo en especial, mi amor? —me preguntó Valentino.

Cogí aire antes de hablar.

—Tal vez, agua —dije brusca.

—¿Agua?

—Eso he dicho.

—Perfecto, entonces... Agua —ordenó tirando de las mangas de su chaqueta y recomponiendo la postura de supuesto galán.

La chica desapareció por un pasillo.

CRISTIANNO

Me apoyé en la pared y miré el reloj con impaciencia.

11:13 a. m.

De repente, la puerta del almacén se abrió hacia fuera. Eché mano a mi espalda y empuñé la pistola, preparado para cualquier imprevisto. Valentino no había ido solo a la tienda, seis hombres le acompañaban. No me había arriesgado a ir desarmado, si cabía la posibilidad de que las cosas se pusieran feas. Mucho menos con Kathia de por medio.

Pero no hizo falta sacar un arma. Una melena rubia asomó tras la madera.

Aquella debía ser Marisa.

Sonrió y se permitió el lujo de mirarme de arriba abajo con demasiada atención, rezagándose en la cintura de mis vaqueros. Bien, estaba de sobra habituado a que las chicas me miraran así

y, la verdad, no me desagradaba, pero en aquel momento, me fastidió muchísimo y se lo hice saber con una mirada penetrante.

La chica recapacitó dando un pequeño saltito, que cerca estuvo de hacerme reír.

—¡Vamos! —exclamó entre susurros, agitando la mano para indicarme que entrara—.

Valentino me ha pedido que les sirva algo de beber.

—Muy propio de él —resoplé entrando en el almacén.

El aire estaba viciado allí dentro y olía a plástico y cartón.

—En cuanto salga, podré enseñarle a la muchacha...

—Kathia... —interrumpió con suavidad—... Se llama Kathia.

Marisa se detuvo para mirarme y lo hizo con una sonrisa melancólica y lejana en los labios. Acababa de darse cuenta de todo lo que ocurría allí en apenas unos minutos y eso hizo que me planteara cuan evidente era todo en mi rostro.

—Qué nombre más bonito —murmuró antes de volver a recapacitar—. En fin, ah..., seguramente, Valentino esperará en el reservado mientras yo le enseño a Kathia los vestidos. Le ha pedido que se ponga uno en verde... por favor —resopló con burla y poniendo los ojos en blanco.

—A ella le gusta el rojo.

—No creo que tenga alternativa. —Abrió otra puerta y entramos en el interior de un cuarto que venía a hacer las veces de un despacho—. Bien, espera aquí. No tardaré, ¿de acuerdo?

—repuso con complicidad.

—Gracias, Marisa —asentí, y ella titubeó.

—¿Esto es importante para ti, verdad?

Su actitud pudo confundirse con la de una mujer chismosa, pero la realidad no era esa. Aquella chica realmente estaba interesada en ayudar y saber eso, me dejó mucho más tranquilo. Enrico le había fiado un momento crucial a una persona digna de confianza, y quise ser sincero. Era lo menos que podía entregarle.

—No sabes cuánto.

Levantó una mano y me acarició la cara de una forma un tanto fraternal.

—Estate atento, ¿de acuerdo? —me advirtió antes de marcharse.

Respiré hondo y me apoyé en la puerta desesperado porque Kathia entrara en el vestidor que había al otro lado de la pared.

KATHIA

Valentino volvió a acercarse a mí, pero, esta vez, le respondí con insolencia. No consentiría que se comportara de ese modo.

—¿Crees que podrías dejar de comportarte como un capullo integral con esa chica? —Sugerí mordaz, echando mano a mi bolso—. Me pone de los nervios.

Saqué un paquete de tabaco, que me había conseguido Sibila a regañadientes antes de dejar el hotel *Hassler*, y cogí un cigarrillo. Valentino escrutó cada uno de mis movimientos con una rabia que por poco le hace perder el conocimiento; le enrojeció hasta las orejas. Lo prendí y solté el humo en su dirección, más que dispuesta a tocarle las pelotas. Terminé sonriendo de medio lado para darle más énfasis a mi provocación y disfruté con el evidente esfuerzo que Valentino hizo para mantener la calma.

—Kathia, por favor... —Por un momento creí que se atragantaría.

—Si tú puedes ser un maldito arrogante porque tienes un trozo de plástico con miles de euros, yo puedo encenderme un puto cigarrillo mientras ojeó el catálogo, ¿no crees? —masculé recogiendo el muestrario y colocándomelo en las rodillas.

Valentino frunció los labios con exasperación.

—No está bien que una dama de tu categoría fume —protestó—. Y mucho menos con tu edad.

—Pero si es correcto que me desposen, ¿no es cierto? —No esperó que mediara con aquello, ni

yo disfrutar tanto con su reacción. Había dejado al mismísimo Valentino Bianchi sin nada que decir en su defensa.

Dejó que pasaran unos segundos, antes de romper el silencio y se inclinó hacia mí.

—¿Te sentirías más cómoda si discutiéramos ahora mismo? —repuso, comprensivo y mostrándome lo en contra que estaba de un enfrentamiento.

Algo con lo que yo no contaba. Esperaba que se enfureciera y me montara un espectáculo, no que respirara pacientemente, midiera sus palabras y me contemplara como si fuera el amor de su vida.

—¿Acaso no te das cuenta que es lo que deseo? —dije entre dientes, frustrada y agotada con aquel comportamiento suyo, que apenas me dejaba predecir sus reacciones.

Valentino no era un buen hombre y ambos lo sabíamos. Solo que ahora se empeñaba en demostrar lo contrario. ¿Acaso aquella actitud era real? ¿Se comportaba de esa manera porque realmente le importaba?

—Pensaba que tus deseos tenían nombre propio... —arremetió nombrando a Cristianno de forma tácita. Le fulminé con la mirada y apagué el cigarrillo de un golpe sobre un cuenco que tenía cerca, enervándome aún más cuando vi como el rostro de Valentino adoptaba un gesto de disculpa—. Lo lamento, no pretendía ser...

Grosero.

—Siempre lo has sido... —interrumpí—... siempre.

—Tal vez, porque tu actitud no me permite ser de otra forma —protestó distante—. En ocasiones, eres tan exasperante como...

—Soy su prima, ¿no? —Esta vez me encargué de que mi tono de voz fuera el más exigente y tajante que hubiera escuchado jamás.

Había mencionado a Cristianno demasiadas veces y, aunque supiera que no podía estar junto a él, no le consentiría a nadie que le aludiera con malas intenciones. Mucho menos tratándose de un Bianchi o un Carusso. Estaba agotada de soportar sus críticas, y Valentino supo darse cuenta. Agachó la cabeza y tragó saliva. Pretendía ser conciliador.

—Basta, Kathia —susurró y capturó mi mano.

En ese momento, Marisa interrumpió con una bandeja.

—Aquí tiene, señor Bianchi —dijo con una sonrisa en la boca—. ¿Necesita algo más antes de que comencemos con el asesoramiento?

—No, muchas gracias —sonrió Valentino—. Podemos comenzar.

Después, me miró de reojo y alzó las cejas. Y no sé qué me molestó más, si aquellos gestos o que cambiara su actitud de gilipollas, justo como le había pedido.

—Me estaba comentando mi prometida que está interesada en un vestido verde. ¿Qué puedes ofrecernos? —continuó.

—¡Oh, hay una línea excelente de vestidos de noche en el catálogo! —Exclamó Marisa—. Venga conmigo, señorita Carusso, le mostraré algunos para que pueda probárselos.

Asentí algo ausente con la cabeza y me levanté del asiento mirando de reojo a Valentino. Todas las líneas de su cuerpo mostraron... lealtad y respeto... ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba sucediendo?

Seguí a Marisa por la tienda mientras la escuchaba parlotear sobre las telas, las texturas, los estampados, la pedrería... Aquella chica era muy enérgica, podía hablar de miles de cosas a la vez y moverse con una rapidez digna de una gacela.

—¿Por qué no empieza por este? —Sugirió cogiendo uno de los vestidos que había en la barra expositora—. Con lo estilizados que tiene los hombros, este palabra de honor tiene que favorecerle muchísimo.

Se lo colocó encima para que pudiera ver su caída. La seda, verde muy oscura, hacía unas ondas increíbles. No se ceñía a la cintura, sino justo debajo del busto, uniéndose en unos pliegues

recogidos por un pequeño broche de esmeraldas. Era sencillo, pero muy carismático.

Torcí el gesto haciendo una mueca.

—No sé... Yo... —dudé.

—Ya, no te gusta el verde. —¿Cómo demonios lo sabía?

Pero Marisa no me dejó pensar. Me cogió del brazo y me arrastró al pasillo de los probadores, aturdiéndome por completo. Añadió más extrañeza al asunto que eligiera el último probador, en vez de los primeros.

—Entre ahí y pruébeselo —me instó con demasiado fervor.

Fruncí el ceño. Aquel arrebató tan súbito de carácter era muy extraño, más propio de una persona que padece trastornos bipolares.

—Preferiría... —Me callé al instante al ver como las facciones de Marisa pasaban de ser amables, a ser duras y serias. Me sorprendieron tanto que no pude evitar tragar saliva y dar un paso hacia atrás con disimulo.

—Entra. Ahora. Vamos —me ordenó con voz gutural.

Al ver que no seguía sus instrucciones, se abalanzó a la puerta que había tras de mí, provocando que estuviera cerca de atragantarme con mi propio corazón. Me cogió del brazo y me arrastró dentro del vestidor.

—¿Pero qué coño...?

—Como le he dicho, comenzaremos por este vestido —dijo alegremente y soltando el puñetero vestidito en un sillón que había en la esquina. Por supuesto, ignoró el extraño pavor que me estaba creando tenerla tan cerca.

Definitivamente, aquella chica debía estar mal de la cabeza. ¡No era una actitud cabal! ¡Pasaba de la alegría a la seriedad en décimas de segundos!

—Le aconsejo que se cubra con el albornoz para no tener que estar cambiándose de ropa continuamente —sonrió mientras encendía la luz de una pequeña lamparita que había en el rincón—. Lo digo por su comodidad, Kathia.

¿Qué?

—¿Cómo me ha llamado? —En ningún momento le había dicho mi nombre.

Se detuvo, tensó los brazos a lo largo de su torso y abrió los ojos lo suficiente para hacerme creer que se les saldrían de las cuencas. ¿Qué demonios estaba pasando?

Lo siguiente que hizo, terminó de trastornarme: tragó saliva escandalosamente, miró hacia la puerta que había al otro extremo del vestidor y se lanzó a ella. Por el sonido metálico que escuché, supuse que trasteó el pomo. Después, dio un brinco y salió corriendo.

—Le espero fuera, señorita —dijo sofocada antes de cerrar de un portazo.

Me quedé mirando la puerta con los ojos desencajados. Aquella chica debía tener problemas muy graves de personalidad.

Cogí aire y miré a mí alrededor, decidida a quitarme la ropa sin dar espacio a las elucubraciones que me asolaban en cuanto caía el silencio. Miré el reflejo de mi cuerpo en el espejo unos segundos y cerré los ojos, esperando que mi mente se conectara a mí. Esperando que desapareciera la incomodidad que me producía estar bajo mi propia piel.

Acaricé mi cuello, lentamente. Empecé haciéndolo con delicadeza, buscando un calor que jamás encontraría en mis dedos. Porque él no era quien me acariciaba, sino yo, intentado reproducir los movimientos que Cristianno hubiera empleado de haber estado allí conmigo.

Mi fuero interno comenzó a reprenderme. Ya me había advertido que aquellas emociones debía reprimirlas, que no estaba bien que amara de esa manera a mi propio primo, pero tuvo que volver a hacerlo. Y, seguramente, tendría que convivir con esa cantinela el resto de mi vida.

Deslicé los dedos por entre el escote y atravesé mi pecho hasta el vientre. Allí, las pulsaciones eran muy notables y el sentimiento mucho más evidente. De pronto, un escalofrío me invadió, extendiéndose por todos los rincones de mi cuerpo... Volviéndome loca. Abrí los ojos y...

exhalé...

KATHIA

Cristianno empezó tímido dándome un suave beso en la curva de mi hombro. Sus manos apenas me tocaban la cintura, pero notaba su tacto sobre mí y eso fue más que suficiente para que mi interior se enzarzara en una batalla.

Ahugué un gemido cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo, provocándome que el azul tan intenso de su mirada casi doliera. Me hirió muchísimo vernos reflejados de aquella manera, tan cerca y tan lejos el uno del otro, al mismo tiempo. Lo que nos había sucedido no era justo para ninguno de los dos, no nos merecíamos un final. Por más que nos observaba, menos entendía una vida sin él. Había nacido para estar junto a Cristianno y, todo lo contrario, terminaría conmigo.

Pero por mucho que aquella magia siguiera latiendo entre ambos, todo había acabado... No pude respirar...

—No deberías estar aquí... —gemí en busca de una bocanada de aire que aliviara mis pulmones, y que no oliera a él.

Quise alejarme, pero sus manos se hicieron un poco más fuertes entorno a mí. Terminaron por rodear mi cintura y por cubrir mi vientre con sus dedos. Cristianno pudo notar el temblor que se instalaba bajo su contacto. Lo que fue un deseo hacía unos minutos, ahora era realidad.

—Mírame, Kathia... —me susurró al oído y después continuo dejando un rastro de besos sobre mi piel. Me estremecí y anhelé poder encontrar la valentía para rodearme y apresar su boca con la mía—. Tienes que mirarme y decirme que nada ha cambiado entre nosotros.

Todas mis emociones saltaron, como miles de burbujas. No pude soportar por más tiempo su cercanía y me alejé de él tambaleante. Cogí el albornoz y me cubrí con él concentrándome el gesto para así evitar cualquier contacto que me llevara de vuelta a sus brazos.

—Lo siento... —sollocé—. Lo siento mucho...

Maldita la hora en que decidí hablar y provocar que nuestro final fuera cada vez más evidente. No estaba preparada para despedirme de él. Y Cristianno tampoco. Comenzó a caminar hacia mí con un paso inquietante y acompasado. Era inteligente, supo a qué me refería con aquella disculpa, pero, aun así, quiso hablar.

—¿Qué sientes, amor?

Volví a estar tan cerca de mí que noté su aliento resbalando por mi nuca.

—Que todo esto termine así... —musité—. No es lo que yo quería...

—Un amor como el que supuestamente sientes no se entierra tan rápido. —Aquel jadeo asaltó todas mis defensas.

—Cristianno, por favor... —supliqué porque volvía a notar sus manos sobre mi cuerpo.

Esta vez, decidió darme la cara y se colocó frente a mí con un notable enfado cubriendo sus increíbles rasgos.

—No... —protestó—. No puedes lamentar algo que no has decidido por ti misma.

—¿Acaso he tenido elección? ¿Crees que quiero renunciar a ti?

—¿Me sigues amando? —dijo casi al tiempo en que terminé de hablar.

Había llegado el momento. Cristianno dejaba en mis manos la decisión de seguir adelante con aquella relación imposible, que haría de nuestras vidas un día a día muy complicado, o dejarlo para siempre.

¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo mejor para ambos? Lo mejor... Lo mejor hubiera sido estar con él.

Agaché la cabeza. No quería que mi mirada le mostrara la incongruencia de lo que iba a decirle.

—No lo sé... —Mientes.

Se acercó demasiado a mi boca... Apreté los dientes y cerré los ojos, notando como cada poro de mi piel gritaba su nombre.

«No sigas, mi amor», pensé. Porque si se acercaba más... no lo resistiría.

Pero Cristianno continuó acercándose... y acarició mi cuello del mismo modo en que yo lo había hecho mientras pensaba en él. Dejó que un dedo resbalara por la clavícula y se colara bajo el escote del albornoz, perfilando el inicio de mi pecho. Me estremecí y solté un suspiro anhelante.

Ojalá los prejuicios no nos hubieran rodeado de aquella manera.

—No puedes hacer esto... —Me quejé, aunque sin oponer resistencia.

—Ya lo estoy haciendo. —Mordió con suavidad la curva de mi garganta—. ¿Sientes lo que yo siento, Kathia? ¿Sientes ese fuego? —Colocó la palma de su mano sobre mi corazón—. Por supuesto que sí, amor...

—Cristianno... Basta, por favor.

Eché la cabeza hacia atrás, dejándole más espacio a sus besos. Él contuvo un gruñido de placer al notar como mi cuerpo se destensaba bajo sus manos. Puede que mi cabeza quisiera que lo alejara porque sabía que no estaba bien sentir aquello, pero mi piel lo exigía, y, de momento, vencía la disputa.

—Si de verdad quisieras que me detuviera, me habría dado cuenta —suspiró deshaciendo el nudo del albornoz.

—No me harías caso.

—Sabes que haría lo que me pidieras, aunque me muriera por dentro.

—Soy... tú... prima... —Me costó tanto decir esa palabra estando entre sus brazos.

De pronto, se contuvo y buscó mi mirada. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí como un frío gélido se instalaba entre nosotros. Le tenía a unos centímetros de mí, pero le percibí lejos, y no porque él lo quisiera así, sino porque las circunstancias se impusieron y pudieron con todo.

—¿Crees que me importa? —espetó enervado.

Grité por dentro cuando la presión de sus manos disminuyó. Odié que aquel instante se infestara y terminara por alejarnos.

—No te creo... —le reproché—, tu forma de mirarme a cambiado.

—Porque te siento lejos —aseveró bruscamente—. Sigo siendo el mismo, Kathia. Solo que tú no pareces darte cuenta.

Puso los brazos en jarras y me dio la espalda. Fui yo la que busqué su mirada acercándome a él con más indignación de la que pretendí mostrar.

—He cambiado porque he descubierto que mi vida es una mentira —confesé—. No estás en mi lugar.

—¿Estás segura? —Alzó las cejas, incrédulo, dando a entender que si a mí me ocurría algo, a él también.

Lástima que no fuera suficiente.

—Tú no eres el objeto de una venganza, Cristianno. —Me llevé las manos a la cabeza y negué.

Daba igual en qué momento analizara la situación, siempre me provocaba el mismo ahogo.

Cristianno se acercó a mí, pero esta vez dejó una distancia prudente entre nosotros.

—Aun así no renunciaría a ti. —Admitió más impulsivo que nunca. Pretendió devastarme, y lo logró—. No me arrepentiría jamás de haberte conocido.

—Yo no he dicho eso —rezongué al empujarle con todas mis fuerzas. Después, enterré la cara entre las manos y comencé a llorar. Aquel momento agonizaba y empezaba a destruirnos—. Será muy difícil —tartamudeé—, puede incluso que no lo consigamos, pero la distancia... ayudará.

La mentira pesó demasiado. Me asfixió, y a Cristianno pareció enmudecerle.

Pasaron unos minutos hasta que me vi capaz de volver a mirarle. Tenía los labios fruncidos y los brazos cruzados sobre el pecho. No había rastro de su mirada azul, una profunda oscuridad la había engullido. Toda su postura me intimidó. Cristianno estaba muy lejos de mí.

—¿Eso es todo? —No se molestó siquiera en nombrarme—. Eres tan hipócrita. No demuestras ser diferente de ellos. Después de todo te has criado en el seno de los Carusso. —La ira se me instaló en las mejillas ante su evidente esfuerzo por hacerme daño. Sentí como ardían y como ese calor se repartía por mis brazos.

Me lancé con osadía y abofeteé su preciosa y maldita cara. Gemí con él cuando lo estrellé contra la pared con toda la fuerza que pude reunir. Pero lo peor de todo no fue su comentario o mi reacción, sino que ni siquiera se inmutara cuando decidí atacarle con aquella violencia.

—¡No vuelvas a decir eso! ¡No te atrevas a cuestionarme! —chillé a solo un palmo de su boca, importándome una mierda que Valentino pudiera descubrirnos.

Cristianno cogió mis brazos y, rápidamente, se hizo con el control cambiando su posición y dejándome a mí entre la pared y su cuerpo.

—¿Acaso yo no estoy sufriendo? —gritó él—. ¡Ah, claro, se me olvidaba que yo solo soy el cabrón que se ha calentado contigo... —La ira destellaba en sus pupilas, cubriéndolas de un fervoroso matiz rojizo.

—¡Tú no has perdido a tu padre!

—¡Pero si he perdido a mi tío y te estoy perdiendo a ti, joder! —contratacó, y me sorprendió que su voz rugiera de aquella forma.

Lo que dijo fue como una dura bofetada y logró dejarme sin palabras y que le mirara absorta.

—Yo le vi morir, Cristianno. —Con la misma rapidez con la que me dominó, la furia abandonó mi cuerpo dejando una estela de desolación a su paso. Me abandoné a los brazos de Cristianno porque supe que él me sujetaría en el caso de que yo no soportara el peso.

Quise ocultarme, quise poder cerrar los ojos y desaparecer de allí, pero Cristianno no me lo permitió. Me cogió de la cintura y me atrajo a él hasta que supo que su voz se estrellaría contra mis labios.

—Daria mi vida por borrar ese momento de tu mente. —Un susurró ronco que me invadió.

CRISTIANNO

Kathia sollozó en mi boca. Verla llorar de aquella manera y tener la certeza de que yo era el motivo que le provocaba ese llanto, me arrasó por dentro. Había sido cruel, había deseado herirla y provocar aquella reacción de violencia en ella sin pensar que me necesitaba de otra forma.

Me apegué un poco más a la pared y acaricié su cara con más fuerza que delicadeza. En aquel momento, sentía la urgencia de amarnos de un modo impulsivo. Notaba la desesperación subiendo y bajando por mi cuerpo, agarrotando mis músculos y comprimiendo mi pecho a cada bocanada de aire que cogía.

Como me habría gustado no necesitar respirar...

—Un apellido no lo puede cambiar todo —jadeé apoyando mi frente en la suya.

—Pero lo puede la sangre. —Dudó demasiado entre palabra y palabra.

Sabía que, cuando le pedí a Enrico un encuentro con ella, aquello podía ocurrir. Sabía que todo podía terminar y, que si terminaba, lo haría de un modo destructivo. Pero, más allá del dolor, más allá del daño que Kathia me estaba haciendo con su actitud, seguiría fiel a mis decisiones. Si, supuestamente, quería un final, lo tendría con todas las consecuencias y con todas las reacciones que ello pudiera conllevar en mí.

—¿Puede contigo y conmigo? —Me mostró su mirada más salvaje con toda la intención de someterme, pero no lo consiguió porque me perdí en su extraordinaria belleza.

—¿No te parece evidente? —Que equivocada estaba y que pocos pretextos tenía yo para hacérselo entender.

—Eres una cobarde... —gruñí, rozando su labio inferior con el mío.

—Y tú un egoísta... —Fue ella quien rompió la corta distancia entre nosotros y nos ahogó en un beso feroz y ansioso.

Capturé sus muñecas, extendí los brazos por encima de su cabeza y apegué mi cuerpo contra el suyo en un gesto de posesión absoluto. Jamás nos habíamos besado de un modo tan autoritario, ni siquiera cuando nos reencontramos en el teatro. Ella era mía, y yo de ella. No había espacio para más.

Deslicé mis manos por su pecho y lo apresé rudo al notar como ella jadeaba por mis caricias. Kathia necesitaba de la dureza que yo imponía y respondía a la altura de la situación. Se aferró a mis hombros, me clavó las uñas en la piel y detuvo el beso para mirarme. Fue la imagen más bella, verla acalorada, mirándome a medio camino entre el llanto y la excitación... No impediría que la tocara, ni que la acariciara. Ni que insistiera en sus labios. No importó... la sangre... Solo la pasión que sentíamos el uno por el otro.

Pero no la sentí del mismo modo. Un beso con ella suponía la detención del tiempo, la vibración de todas mis fibras nerviosas, me invadía una sensación única. Aquello no se parecía en absoluto... aunque estuviéramos a punto de yacer en aquel probador.

—Quédate conmigo, Kathia... —jadeé en sus labios.

Pero, si hubo respuesta, quedó sepultada... tras un sonido que nos aguardaba problemas.

CRISTIANNO

—Es curioso el poder de manipulación que tienes, Cristiano. —Aquella voz... La reconocí casi al tiempo en que veía su rostro afilado a través de los ojos de Kathia, que se abrieron atemorizados.

Enseguida me apartó con un suave empujón y echó mano al cinturón de su albornoz para taparse.

Resoplé y apreté la mandíbula, resignándome a lo que venía a continuación.

—Valentino, yo... —Kathia decidió que no había excusa que valiera. Aunque, de todos modos, Valentino no le permitió explicarse.

—Tranquila, amor —repuso, extrañamente tranquilo, mirándome de reojo—. No seré yo quien empiece una pelea.

Recordé que la última vez nos enfrentamos en San Angelo y que Kathia terminó en medio de la trayectoria de nuestras armas cuando nos apuntamos. Me di la vuelta lentamente y le miré desafiante mientras Kathia comenzaba a manifestar su miedo a un enfrentamiento entre los dos.

—Sería la primera vez, Bianchi —dije ladeando la cabeza y estudiando su rostro y el de los dos tipos que le acompañaban.

Captó mi atención su apariencia tranquila. Algo en él había cambiado, no sabía qué, pero lo notaba. Sus ojos ya no eran tan provocadores y su boca no tenía esa curva de altivez que siempre la adornaba. Parecía un hombre... ¿benévolo? Algo no funcionaba. ¿Qué pretendía demostrar? ¿Qué coño había pasado?

Miré a Kathia. Ella se mantenía cabizbaja, con los brazos tiesos, y aferrada a la tela. Curiosamente, no nos quitaba ojo de encima ni a Valentino ni a mí, pero le prestaba mucha más atención al Bianchi. Lo que me indicó que ella estaba atravesando la misma confusión que yo con respecto a él.

—Te lo diré pacíficamente, compañero... Márchate. —El muy cabrón habría disfrutado si hubiera sabido lo mucho que me molestaba escucharle hablar de esa manera tan conciliadora. Me acaricié los labios, saboreando los últimos vestigios de la boca de Kathia, y me llevé las manos a los bolsillos antes de moverme.

—¿Cómo sonaría si tuvieras que volver a repetirlo? —le reté torciendo el gesto y mirándole de atento.

Valentino sonrió y me mostró lo cómodo que se sentía en la situación. Estaba provocándome y yo estaba sucumbiendo, poco a poco.

—¿Acaso quieres decepcionar a tu... primita, ¿Gabbana? —sugirió, con un destello de la misma ironía que siempre empleaba.

Algo que me calentó lo suficiente como para acercarme a él. Vi a Kathia por el rabillo del ojo sobresaltarse y llevarse una mano a la boca.

—Cuidado, Valentino —murmuré gutural—. No te permito que pises ese terreno.

—Puede que seas tú quien no tiene permiso —espetó, y no le entendí como debería. ¿Quizás hablaba de la decisión de Kathia?—. Vete de aquí y déjala en paz.

—Preferiría que fuera ella quien me lo pidiera.

Se humedeció los labios en un gesto asqueado.

—No te das por vencido, ¿verdad? —Volvió a sonreír, con un resoplo—. ¿Ni aun sabiendo que por ley de sangre no podéis estar juntos?

—Eso ya lo veremos —repuse y me acerqué un poco más a él. Me observó expectante y algo tenso por mi proximidad—. Quédate con lo que voy a decirte, Valentino. Puede que Kathia me eche de su vida, pero eso no significa que yo haga lo mismo. —Bajé la voz—. Si decide no estar conmigo, no seré yo quien lo impida, pero no pienso consentir que tú seas el sustituto. No eres

suficiente para ella.

—¿Tú si lo eres? —preguntó curioso e inquieto al mismo tiempo.

—Pregúntaselo. —Alcé la cabeza y la miré a los ojos por primera vez desde que Valentino intervino—. ¿Lo fui, Kathia? —No debería haber hablado tan suspicaz. Ella no tenía la culpa de nada de lo que estaba ocurriendo allí y ambos sabíamos que aquella pregunta sobraba. Yo ya sabía que lo era todo para Kathia.

Frunció el ceño y clavó su mirada en mí dejando que un rubor de furia y confusión se adueñara de sus mejillas. No le hizo gracia que hablara en pasado.

—¿Lo fuiste? —aseveró en un gruñido que obviaron todos. Excepto yo. Por un segundo, creí volver a estar asolas con ella.

—No eres mejor que yo, Cristianno —intervino Valentino ignorando que Kathia y yo continuábamos mirándonos como si no existiera nada más en el mundo—. Ambos sabemos que aún no le has mostrado tu verdadera cara.

—No hagas eso... —negué. Me costó mucho apartar la vista.

—¿El qué?

—Fingir que eres buena persona. Ambos sabemos que no es así.

Llegados a ese punto, Valentino no supo que más decir. Se movió incómodo, volvió a humedecerse los labios y cogió aire.

—Márchate, Gabbana... No lo pongas más difícil... —Se acercó a mí oído y se aseguró de que nadie escuchara lo siguiente que dijo—. Es mía, compañero.

Por desgracia, caí en la provocación.

Pude escuchar a Kathia contener la respiración cuando me lancé a su cuello y lo estrellé contra los espejos. Gimió de dolor al notar como el cristal se partía bajo su espalda y seguramente le hacía algún que otro corte. Observé su rostro, que empezó enrojarse por momentos y a buscar desesperado un poco de aliento. No le soltaría hasta saber que su vida se quedaba en mis manos. Pero cuando creí que sus esbirros se lanzarían a por mí, Kathia apareció en mi campo de visión tirando de mis manos para que me detuviera. Fue un movimiento muy inteligente, porque ella sabía que si intervenía, yo dejaría de intentar matar a Valentino.

—¡Detente, Cristianno! —gritó antes de apartarme definitivamente—. ¡Basta! Basta... —Lo último que dijo fue más bien un sollozo.

Se interpuso entre Valentino y yo, manteniendo su vista puesta en la mía. El Bianchi se llevó una mano al cuello y, con la otra, se aferró al hombro de Kathia para incorporarse mientras respiraba con dificultad. ¿Qué demonios significaba aquello?

—Es mejor que te marches... —suplicó Kathia mirando de reojo la puerta por la que minutos antes había entrado—... Por favor...

¿Qué estaba haciendo? ¿Me protegía porque estaba en minoría? ¿Se despedía de mí? ¿Optaba por Valentino? Por primera vez desde que la conocí, no supe que me decían sus ojos. No había nada en ellos que pudiera darme algo a lo que aferrarme.

Me embargó la confusión, y se me secó complementemente la garganta.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté ahogado.

—Sí... —susurró ella y, extrañamente, frunció el ceño.

Creyó que la entendería y así debería haber sido, pero mi mente ya hacía un rato que me había abandonado.

—Bien... —Miré a Valentino y como este contenía una sonrisa placentera—. Tú ganas... —le dije para asombro de Kathia.

KATHIA

Cristianno se dio por vencido sin tan siquiera haber hecho el intento por entenderme. No pretendí despedirme de él... pero eso ya no importaba. Se había ido... y se había llevado consigo mi corazón.

No resistí el peso de mi cuerpo por más tiempo. Con un brusco escalofrío, me hincé de rodillas en el suelo y enterré mi cara entre las manos. Debería haber sido un gesto algo alentador, tal vez, paliativo, pero fue todo lo contrario. Mis dedos olían a Cristianno, mi boca aun guardaba su sabor. Eso lo hizo todo mucho más difícil.

La sensación de que aquella podía ser la última vez que le viera era muy destructiva, porque me había dado cuenta de que yo así lo había provocado. Cristianno solo cumplió mis órdenes. Le pedí que detuviera el ataque contra Valentino y lo hizo. Le pedí que se fuera... y obedeció. Después de todo, él llevaba razón: pidiera lo que pidiera, Cristianno lo cumpliría. Y por primera vez odié tener ese control sobre él. Odié habitar en mi cuerpo. Odié ser quien era.

Acababa de echar de mi vida lo más importante que había en ella y lo peor era que ni siquiera lo había decidido por mí misma. ¡No había sido una elección! Puede que hubiera pensado que lo mejor era terminar mi relación con Cristianno, pero en cuanto le vi, supe que no era una alternativa. Supe que no podría alejarme de él aunque la sangre se interpusiera, porque mi amor era mucho más grande que todo eso.

Intenté decírselo con una mirada, pero Cristianno prefirió perderse en algún rincón de su mente; tal vez, en esa versión de sí mismo que no sabía amar. Y yo no supe demostrarle mis intenciones. Quise protegerle y terminé confundiendo.

Ojalá hubiera sido más rotunda, más decisiva.

Ojalá mi error tuviera solución.

La imagen de él saliendo por aquella puerta me perseguiría el resto de mi vida.

Valentino se agachó junto a mí e intentó acariciarme.

—No me toques —le esquivé sin molestarme en mirarle—. No me toques, por favor.

Le escuché tomar aire. Quizá, pestañeó confundido, intentando buscar una forma de afrontar aquello sin saber que yo no necesitaba de él.

«*Si saliera corriendo, podría alcanzarle*», pensé.

—Kathia, lamento mucho...

—Necesito salir de aquí... —le interrumpí y decidí encarar su rostro. Había aflicción en él. Una ansiedad que no se molestó en ocultar y que jamás le había visto. Valentino demostraba que sufría por mí, pero yo no terminaba de fiarme de él.

Se incorporó y me ofreció su mano para que le siguiera.

—Por supuesto —asintió con la cabeza observándome como si fuera el amor de su vida. ¿Cómo demonios conseguía ser tan convincente? ¿Acaso sus sentimientos hacia mí eran reales? ¡¿Qué clase de locura era aquella?!—. No te fías de mí, ¿verdad?

—No.

—Lo respeto y mi forma de responder es dándote tiempo. —Se acercó a mí tras haber hablado asquerosamente comprensivo.

—¿Ya está? —Dije incrédula—. ¿Nada de enfrentamientos ni... agresiones?

Valentino negó con la cabeza y frunció los labios aseverando su respuesta.

—Nada más, amor. —Me cogió de las manos y repasó mis nudillos con los pulgares.

Apreté los dientes al percibir su tacto y eso fue lo que me hizo recordar el momento en que Cristianno había aparecido tras de mí y había dibujado mis hombros con sus labios.

Me aparté de súbito, fustigándome con lo que había pasado entre nosotros.

—Quiero ir a ver a mi padre —dije con rotundidad y más que dispuesta a saborear la reacción de Valentino ante mi petición.

Empalideció y entrecerró los ojos, obstinado en encontrar una forma de mediar. Que Fabio interviniera en aquella conversación fue inesperado para todos, incluso para mí. Le vi vacilar y removerse incómodo.

—Preserva tu nueva actitud de esa manera. —Le reté. Veríamos si era sincero.

Hubo unos minutos de silencio. Después, Valentino se encargó de dejarme completamente

congelada con su respuesta.

—Preservar... Lo tomaré como una oportunidad. Marisa, prepara este vestido —indicó señalando la prenda que ni siquiera me había probado—. Vendrán a por él esta tarde a primera hora.

—Por supuesto, señor Bianchi —añadió Marisa—. ¿Necesita alguna cosa más?

—Yo creo que has hecho bastante, ¿no crees? —confesó con énfasis.

Marisa delató la presencia de Cristianno, seguramente por su comportamiento tan oscilante y ambiguo.

—Sí, señor —dijo y se fue aprisa después de coger el vestido.

Valentino se dirigió a la salida, indicó a sus esbirros que se marcharan y capturó el pomo de la puerta.

—Te esperaré fuera.

—No, iré sola.

Pestañeó lentamente, conteniendo el aliento, y provocando que mis deseos por verle perder los nervios fluyeran frenéticos. Lástima que no pudiera recompensarlos, porque Valentino asintió con la cabeza y acató mi petición.

—Promete que llegarás a tiempo para la ceremonia de compromiso, por favor.

Cerró la puerta tras él y me dejó sola, rodeada de un ensordecedor silencio.

CRISTIANNO

Salté de mi moto y me fui directamente al pequeño cuarto de herramientas que había en el garaje. Jadeaba como un niño mientras buscaba... un objeto alargado, punzante, resistente... lo que fuera. Cualquier cosa que hiciera que me sintiera un poco mejor...

Una palanca de acero podría valer.

La miré, excesivamente sediento de pelea, y regresé al garaje más que dispuesto a...

Rompí uno de los faros con tanta fuerza que la moto se sacudió con violencia. El retrovisor se hizo añicos mucho antes de caer al suelo y lo salpicó todo de miles de cristallitos. Volví a golpear y arranqué el otro retrovisor. Abollé la carrocería que cubría el motor. Deformé el radio de las ruedas. Destrocé los tubos de escape...

Y grité con cada golpe sin sentir ni un ápice de satisfacción.

No respondía a nada más que a mis frustraciones. No era yo quien dominaba mi cuerpo.

La puerta del garaje se abrió y un *Bentley* apareció lentamente. Enrico siquiera terminó de aparcar cuando se bajó del coche y corrió hacia mí. Me derribó con un placaje, digno de cualquier defensa de Rugby, que nos lanzó a los dos al suelo. Su cuerpo aplastó el mío con brusquedad y sus brazos me arrinconaron con una fuerza asfixiante. Pero no fue el dolor de aquel encontronazo lo que me llamó la atención, sino lo cerca que estaba de romper a llorar.

—¿Qué estás haciendo, Cristianno? —Suspiró Enrico, con su pecho acelerado pegado a mi espalda—. Dime que estás haciendo.

—Se acabó, Enrico —mascullé entre dientes, intentando controlar los temblores de mis brazos—. Ella ha tomado una decisión.

Comencé a ver borroso. El llanto ya casi era un hecho y lo peor de todo era que Enrico me vería llorar.

—Te equivocas —espetó Enrico, hablándome al oído.

—¡Tú no estabas allí, no puedes saberlo! —exclamé.

Poco a poco, la destrucción se hizo más grande. El desinterés en una relación amorosa no aparece así porque sí. ¿Qué coño había pasado? ¿Qué clase de final era ese?

—Te dije que estaría confundida. Te lo advertí. —Cierto, pero no esperé sentirme tan desolado, ni tampoco verla tan...perdida. Aquello nos superó a ambos y seguramente abrió una brecha de la que no estaba seguro poder cerrar. Se despertaron demasiadas dudas entre los dos.

Enrico sacudió mi cuerpo queriendo hacerme reaccionar, pero ya era demasiado evidente la ausencia de fuerzas. Me abandoné.

—Tanto como para olvidar que estoy enamorado de ella —jadeé.

Mi espalda crujió de un modo muy desagradable cuando Enrico me soltó y una punzada de dolor me atravesó el pecho.

—No habría antepuesto su vida a la tuya si no te quisiera. —Una acotación tajante que me dejó sin aliento.

Cerré los ojos y me tapé la cara.

—Hubiera preferido morir —gemí—. Hubiera preferido... morir... —Antes de ver cómo se alejaba de mí.

Noté una caricia en mi cuello. Enrico lo rodeó con sus manos, me empujó hacia su pecho con paternalismo y apoyó su barbilla en mi cabeza.

—Dejaré que digas todas estas estupideces porque sé que lo necesitas —explicó sin saber que la seguridad de su voz me haría cerrar los ojos.

Muy despacio, fui calmándome. No sé cuánto tiempo estuvimos allí tirados ni cuando dejé de llorar, pero las constantes de mi cuerpo se apaciguaron. Todo continuaba siendo igual de desconcertante, pero ya no era lo principal porque no podía serlo. Enrico no estaba allí porque sí..., el momento había llegado y de lo único que me arrepentía era de no haber sabido llevar las

cosas de otro modo. Me abrumó pasar de la furia al remordimiento tan rápido. Puede que si hubiera actuado de otra forma ante los acontecimientos, no hubiera llegado a encontrarme en aquella encrucijada.

—¿Cómo será? —pregunté esforzándome por mirarle a los ojos.

El silencio pudo haber sido una respuesta, pero Enrico quiso dejarlo claro recurriendo a su voz más profunda.

—Rápido,... muy rápido. —Se levantó de forma pesada. Tenía que irse... con ella—. ¿Estarás preparado?

Eso mismo me preguntaba yo.

KATHIA

El panteón Gabbana me abordó con los recuerdos y el tacto frío de la piedra que cubría la tumba de Fabio. Puede que estar sola en un cementerio resultara incómodo o perturbador, pero yo me sentí serena por primera vez en varios días. Sentí calma, como si las almas de aquellos Gabbana que habitaban allí dentro quisieran transmitirme esa sensación. Hubiera sido absoluta sino hubiera estado completamente absorta en el nombre de Fabio Gabbana.

Perdí la cuenta de las veces que lo leí y también de las veces que recordé cómo murió.

En mis brazos.

Hacía apenas tres semanas.

—Fabio... —balbucí, pensando en lo estúpido que era aguantar las ansias de llorar—. No sabes lo que daría por poder hablar contigo ahora mismo. Tengo tantas preguntas que hacerte... —Se me encogió el pecho—. Dios... ¿cómo pudiste vivir con esta agonía tantos años...?

—Porque debía protegerte —dijo Enrico apareciendo de pronto en la puerta. Allí plantando, con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje, Enrico casi parecía un ángel—. Porque te amaba.

Quise correr a sus brazos, pero no tuve fuerzas para levantarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba atardeciendo. La ceremonia sería en un par de horas y yo no estaba lista.

—Enrico... —suspiré notando como las primeras lágrimas se me escapaban de los ojos. Algunas de ellas pude saborearlas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kathia? —preguntó, más por consuelo que por curiosidad.

Pero no respondí a esa pregunta.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —Dije sabiendo que me estaba clavando en la palma de la mano las primeras letras del nombre de Fabio—. Sabías que Cristianno iría a la tienda. Claro, tú mismo lo preparaste, ¿no es así?

Enrico asintió en un movimiento casi imperceptible y decidió acercarse a mí caminando muy lento y... dudoso. Reconocí el cambio en él, solo habían pasado unas horas y su mirada ya no parecía la misma; era más oscura de lo normal y estaba adornada por unas ojeras que jamás le había visto. Algo realmente perturbador debía estar rondando por su cabeza. Saber el qué era una tarea casi imposible.

—Le eché, le pedí que se fuera... —sollocé—. No he sido capaz de decirle que mis sentimientos no han cambiado... y se ha ido... Dios mío, se ha ido y tengo la sensación que ha sido la última vez...

—Ven aquí, mi amor —susurró, levantándose del suelo.

Comencé a hiperventilar y mi visión se tornó borrosa, pero no por las lágrimas, sino por la ansiedad. El suelo se movía inquieto bajo mis pies, todo daba vueltas a mí alrededor. No soportaría volver a experimentar una sensación como esa.

—No puedo respirar... —jadeé.

—Sí, si puedes —medió Enrico algo preocupado. Me obligó a darle la espalda y me atrajo hacia su pecho con premura, cubriéndolo con sus decididas manos y presionando ligeramente—. Tan solo es una crisis de ansiedad, pequeña. Concéntrate en mi respiración. —Empezó a susurrarme

al oído mientras mi visión se perdía en algún punto entre la fecha de nacimiento de Fabio y la de su muerte—. Respira conmigo, mi vida. Estoy aquí, Kathia. Estoy aquí...

—Haz que pare, haz que esta presión desaparezca, Enrico. —Cerré los ojos.

SARAH

Me despedí de Daniela después de haber pasado el día con ella.

Tras estar parte de la mañana con Enrico, recibí su llamada, sugiriéndome pasar un rato juntas, y acepté orgullosa de poder tener al fin una amiga.

Paseamos por la ciudad, comimos comida tailandesa, hicimos unas compras e incluso nos permitimos entrar al cine y ver una película de esas con final feliz que no se cree ni el propio director; fue muy difícil prestar atención y dejar de pensar en Enrico mientras la veía.

Había sido un día bonito, aunque con ciertas sensaciones amargas pululando sobre nuestras cabezas. Nunca pensé que estando con Daniela hubiera silencio. Para ella, no saber nada de Kathia estaba siendo muy doloroso; más aún, sabiendo con qué clase de personas se encontraba. La situación que estaba atravesando Eric también le atormentaba. El muchacho no terminaba de remontar después de la enorme traición de Luca. Pero lo que más daño parecía estar haciéndole era Cristianno. Me comentó que él jamás había sido así; que era un chico de lo más alegre y divertido y seguro de sí mismo. Y, sin embargo, ahora todo en él era incertidumbre, rencor, ira...

Ella sufría por sus amigos, y también por su novio, Alex.

La dejé hablar e hice todo lo que pude para apoyarla y que no se viniera abajo. Pero, por un momento, terminé flaqueando y fue imposible hacer más.

Entré en el Edificio.

CRISTIANNO

Todo estaba calculado.

Había medido cada movimiento con una precisión minuciosa. Tenía el control absoluto de la situación y eso me daba una confianza que llevaba días sin sentir. Nada saldría mal, porque yo no lo quería así. Aunque no me sintiera del todo orgulloso de lo que iba a hacer.

Me observé en uno de los espejos que había en el vestidor de mi habitación. Estaba impecable dentro de aquel traje completamente negro, y una parte de mí sonrió satisfecho; incluso mis ojos destellaban la seguridad que me invadía. Me ajusté la corbata, levantando la cabeza con arrogancia, y me acerqué a mis armas. Con una sería suficiente. La cargué y me la escondí en la espalda. Estiré las mangas de la chaqueta y salí de allí con sosiego.

Encontré a Mauro sentado en el sofá cuando entré al salón. Sobre la mesa había una botella de ron casi liquidada. En un principio, pensé que se la había encontrado así y que aquella era la primera copa que se servía, pero supe que me había equivocado al ver el precinto de la puñetera botella al lado del cenicero.

—No es buen momento para que te emborraches, Mauro —dije apoyándome en el marco de la puerta y cruzándome de brazos. Afrontar aquello me resultaba tan difícil como a él.

—¿Qué mierda importa? —Me miró de reojo y agachó aún más la cabeza—. Casi me da miedo esa frialdad tuya.

—¿Casi? —repose acercándome a él—. Seamos honestos, ¿quieres?

—De acuerdo. —Frunció los labios. Se estaba tambaleando peligrosamente entre la consciencia y la borrachera—. Yo apenas puedo pensar y tú, sin embargo, estás totalmente inerte.

—Eso es lo que quiero hacerte creer.

—Pues lo estás haciendo de puta madre. —Se levantó y dejó que medio cuerpo se topara bruscamente con el mío.

Le envié una mirada penetrante y cargada de reproche. Había elegido el peor momento para beber y él lo supo en cuanto escudriñó mis ojos.

Tragó saliva y se aferró a mi pecho. Cuando le abracé casi me pareció estar acunando a un niño. Me contuve. Contuve las repentinas ansias de mandarlo todo a la mierda, pero hacerlo supondría un peligro del que nadie podría huir.

SARAH

A veces es mejor vivir ignorante, aunque después se corra el riesgo de recibir un golpe mucho más profundo. Pero es que hay cosas que son preferibles no saber hasta que no queda alternativa.

Como en ese momento.

Ellos no me escucharon entrar y tampoco pudieron verme observándoles desde las sombras del vestíbulo.

Mauro deshizo un extraño abrazo con Cristianno y dio tumbos por el salón hasta que apoyó las manos en el respaldo del sofá y contempló a su primo como si este se fuera a desintegrar en cualquier momento. Me bastó ver aquello para empezar a sentir una extraña quemazón en la garganta y el fuerte presentimiento de que algo peligroso se avecinaba.

—Tengo que irme —dijo Cristianno guardándose las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bien, buena suerte —repuso Mauro, con gesto ausente. Estaba allí, pero de su mente no se podía decir lo mismo.

De pronto, me sentí confusa y culpable. Si hubiera estado en el Edificio, tal vez —solo tal vez—, habría sabido lo que demonios sucedía allí entre ellos dos y no habría estado sacando mis propias conclusiones.

Entonces empecé a analizar. A diferencia de Mauro, Cristianno iba vestido de traje; impresionante y lúgubre al mismo tiempo. Y solo había un motivo para ir vestido así una noche

como aquella. La ceremonia de compromiso entre Valentino Bianchi y Kathia... Carusso. Recé por estar equivocada sabiendo que esa plegaría jamás sería escuchada. Porque todas mis incertidumbres y pavores crecieron en cuanto Cristianno habló.

—No es la despedida que esperaba. —De todas las cosas que pudo decir, eligió aquella, y a Mauro no pareció afectarle. Dios mío, casi parecía que había entrado en estado de shock, no reaccionaba, no hacía absolutamente nada. Solo contemplar a su primo.

Entré de súbito en el salón, soltando el abrigo y el bolso en una silla con más fuerza de la que pretendí.

—¿Despedida? —intervine con una voz que apenas me reconocí—. ¿Adónde demonios vas, Cristianno?

Ambos se sobresaltaron, pero hubo una tremenda diferencia entre sus miradas: la de Cristianno mostró precaución, la de Mauro, fastidio.

—Joder... —murmuró Cristianno, llevándose una mano a la frente.

—Vete, yo me encargo —dijo Mauro totalmente concentrado en mí.

Fruncí el ceño, cabreada. ¿Vete? ¿Yo me encargo? ¿De qué puñetas iba todo aquello?

—No, no vas a ninguna parte —espeté autoritaria y señalándole con un dedo—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Ya lo sabes, Sarah, no eres tonta —contestó Cristianno.

—No pienso permitirlo.

—¿Pequeña, crees que eso importa? —añadió Mauro con un tono de burla que no me gustó ni un pelo.

Casi parecía que tenía que pedirle permiso a su lengua para poder vocalizar. Arrastraba las palabras y las mencionaba con un énfasis nada propio en él. Ese no era Mauro, y cuando Cristianno le envió una mirada de esas que fulminan, supe que a él tampoco le estaba haciendo gracia que me hablara de esa manera.

—¿Pequeña? —Repetí incrédula y más que dispuesta a enfrentarle—. ¿Me lo dice un crio de dieciocho años? —Exasperé a Mauro lo suficiente como para que se irguiera y se cuadrara de hombros.

—Este crio de dieciocho años ha vivido lo suficiente como para no serlo.

De eso estaba más que segura. Aquellos dos chicos formaban una pareja de lo más temible.

—¿Es una amenaza? —contrataqué, ladeando la cabeza.

Fue una estupidez muy grande decir aquello, porque jamás estaría en peligro estando con ellos. Pero lo dije, y ya era demasiado tarde para arrepentimientos.

—¡Parad! —Gritó Cristianno antes de señalar a su primo—. ¡Tú deja de decir gilipolleces!

—Después me señaló a mí—. ¡Y tú, no trates de impedirme algo que ya está más que decidido!

—¿Más que decidido? —grité.

—Sí, así es —asintió y mi respuesta fue dirigirme a la puerta y cruzarme de brazos. Tal vez, no conseguiría nada, pero ralentizaría aquello todo lo posible.

—No pienso dejarte salir, Cristianno —dije y él se acercó a mí.

—No tardaría ni un segundo en apartarte y bajar las escaleras.

—Con otro segundo más —continuo su primo, ahora más divertido que enfadado—, le tendrías montando en su coche. —Cristianno le fulminó con la mirada y él levantó las manos en gesto conciliador—... Vale, ya me callo.

Me concentré en la mirada azul intensa de Cristianno. La resolución que encontré en ella me dejó claro que ya había tomado una decisión y que era más que firme. No había nada que hacer, aunque quisiera impedirselo.

—Te matarán —resollé.

—No me importa.

—A mí sí. —Apenas le dejé terminar.

Cristianno agachó la cabeza y se humedeció los labios. Buscaba paciencia en sí mismo.

—Por favor, Sarah, no me lo pongas más difícil —jadeó—. Apártate.

—No. —Me acerqué a él y le cogí de la solapa de la chaqueta, atrayéndole a mí—. Te quedarás conmigo y me explicarás qué demonios sucede.

—No tengo tiempo para explicártelo, y, aunque lo tuviera, tardarías demasiado en comprenderlo. Así que te pido, por favor, que te apartes y me dejes ir —explicó y yo no pude evitar pensar que lo último que dijo tenía mucho más significado.

—Si te ocurriera algo... —tartamudeé, pero él no me dejó terminar la frase. Se dio cuenta a tiempo de lo mucho que me dolería volver a verle herido.

Suspiró y me rodeó con sus brazos en un abrazo profundo.

—Sabes que te quiero —me dijo al oído—, que has conseguido formar parte de mi vida.

Pero tienes que dejarme ir. —Contuve una exclamación—. Mauro...

—Cristianno... —replicó su primo y supe demasiado tarde que aquello era una respuesta obediente.

Me vi lanzada a los brazos de Mauro, con una rapidez pasmosa, y me retuvo mientras Cristianno abría la puerta y salía disparado hacia las escaleras, dejando el sonido de sus pasos distorsionándose en la distancia.

Les maldije, a los dos, porque con tan pocas palabras, supieran entenderse tan increíblemente bien.

—¡No, joder, Mauro, suéltame! —exclamé.

—Lo siento —murmuró.

No me soltaría hasta estar seguro de haberle dado a su primo el tiempo suficiente para salir del Edificio con su maldito *Bugatti*.

—¿De qué demonios va todo esto?! —Exigí, encarándome de frente—. ¡Mauro, habla!

Pero no dijo nada. Entró al salón, se desplomó en el sofá y cerró los ojos en un gesto atormentado.

Con las ganas de llorar asolándome en el esófago y la frustración navegando libre por mi cuerpo, me encerré en mi habitación. No sé cuánto tiempo estuve de brazos cruzados paseando de un lado a otro. Supongo que mi cabeza esperaba que ocurriera un milagro y que nada de aquello estuviera pasando. Debía hacer algo y debía hacerlo ya, antes de que las consecuencias fueran mayores.

De pronto, tuve un pensamiento. Más bien, un impulso que me llevó a manosearme en busca del móvil que me habían regalado las mujeres Gabbana. Sería la primera vez que lo utilizara. Lo saqué del bolsillo trasero de mi vaquero y comencé a buscar en la agenda, frenética y agradeciendo a Graciella que se hubiera molestado en memorizar todos los números de interés.

Nadie podría evitar que Cristianno se plantara en el hotel Grand Plaza, excepto alguien que estuviera ya allí.

Enrico.

Me llevé el móvil a la oreja haciendo presión con los dedos para que no se me escapara. Sonó el primer toque y, enseguida, descolgó.

Silencio.

No esperé un saludo sentimental, ni una palabra cariñosa. Siendo honesta, ni siquiera esperé que descolgara, porque hacerlo rodeado de Carusso y Bianchi era un suicidio, para ambos. Pero Enrico supo que, si yo había decidido marcar su número, había una urgencia.

—Va hacia el hotel. —Y colgué sabiendo que él entendería a que me refería perfectamente.

KATHIA

La seda de aquel maldito *Versace* verde me estaba calando los huesos. Tenía un enfriamiento espantoso y, por más que me abrazaba el cuerpo, no lograba entrar en calor. Me había perseguido desde que Enrico me sacó del cementerio, y la conversación que se estaba dando en mí alrededor lo acrecentó. Aquella sensación perduraría... incluso aunque me embutiera entre mil mantas.

Toda las puñeteras mujeres de la familia de Valentino estaban rodeándome, parlotando, entre grititos de emoción, sobre los preparativos de la boda y el viaje de novios —iba a ser un tour por Latinoamérica—, y Olimpia no dejaba de repetir una y otra vez que sería el acontecimiento del año.

¡Qué emoción!

Me dieron arcadas, sobre todo cuando la buena señora de Angelo Carusso me cogió aparte y me pidió por favor que la llamara mamá. Lo peor de todo aquello fue saber que aún me quedaban unas horas de sonrisas falsas y conversaciones inútiles.

¿Qué necesidad había de organizar una ceremonia de compromiso cuando el enlace se iba a dar en unas semanas?

Fue deprimente pensar en la ignorancia de todas esas personas que formaban círculos, bailaban vals y bebían el alcohol más elegante. Creían que asistían a un auténtico ritual de amor sincero, y la realidad era que todo aquello formaba parte de una transacción más, una de lo más traidora.

Ignoré mi entorno y busqué a Enrico con la mirada. Le encontré en una de las esquinas del salón, echando mano al bolsillo de su pantalón. Cogió su móvil y descolgó. No habría concentrado todos mis sentidos en su cara si no hubiera visto como empalidecía y se concentraba en todas las entradas de la sala.

Fruncí el ceño. ¿Quién le habría llamado para provocarle tal desconcierto? Y, sobre todo, ¿qué le había dicho?

Enrico se perdió entre las columnas, después de colgar y dejar su copa sobre la barra.

—¿Ocurre algo, mi amor? —me susurró Valentino al oído y, el escalofrío que me recorrió, terminó con mi paciencia.

Necesitaba respirar el aire frío, aunque con ello terminara entrando en hipotermia. Seguramente, sería mucho mejor que seguir allí.

—¡Oh, qué bonito! —Exclamó Olimpia alejándose el filo del vaso de la boca—. ¡Sois una pareja de lo más espectacular!

Mostré los dientes en una sonrisa falsa.

—De todas las gilipolleces que te he oído decir esta noche, esta es la más estúpida con diferencia, mamá —ironicé y abandoné el puñetero corrillo de chismosas.

—Está nerviosa con la boda. —Dejé de escuchar los disimulos de Olimpia conforme me alejaba. Pero Valentino me detuvo. No tiró de mí, ni me empujó, ni montó un numerito como en otras ocasiones muy similares a aquella. Solo me acarició el brazo y me observó compasivo, como si comprendiera perfectamente el estado en que me encontraba.

Me exasperó, pero me contuve.

—Háblame —dijo rogante—. Dime qué te pasa.

—Solo necesito tomar un poco el aire, Valentino —admití en un quejido.

—Claro, vamos.

—No. —Mi negativa, impidió que se moviera—. Preferiría ir sola, si no te importa.

—Solo si me aseguras que estás bien —murmuró con una suave sonrisa en los labios antes de apoyar su frente en la mía.

Pude ver que varias personas nos observaban encandilados con la escena tan romántica y

pensé que si decían otro ¡Oh!, me pondría a gritar.

—Lo estoy... —mentí. ¿Cómo iba a estarlo si Cristianno ya no estaba en mi vida? Lo había echado...

—Búscame cuando regreses... —emitió un susurro que habría vuelto loca a cualquier chica.

Después, me besó. Tan solo fueron unos segundos en los que sentí su boca pegada a la mía, pero bastaron para que mi fuero interno gritara asqueado. No me quedó de otra que contener las ansias de empujarle y abofetearle delante de todo el mundo sino quería tener más problemas de los que ya tenía.

Valentino volvió al corrillo con aire triunfador y yo me quedé contemplándole con gesto de absoluta opresión. Fue muy difícil obligar a mi cuerpo a que se moviera, pero, cuando lo conseguí, un camarero se estampó contra mí. Impacté sobre la espalda de una señora que soltó su copa con el empujón. Escuché el cristal hacerse añicos al tiempo en que el camarero me cogía de la mano y evitaba mi caída al suelo.

Miré a la mujer y me disculpé con la mirada antes de volver mi atención al hombre que había provocado llamar la atención de todos los invitados que había en aquella zona.

—¡Disculpe, señorita! —exclamó nervioso, colando entre las palmas de nuestras manos lo que parecía un trozo de papel.

—¿En qué demonios pensaba? —protesté empezando a ser consciente de que todo aquello era... un montaje.

Me observó cómplice, elevando con elegancia las cejas.

¿Qué se supone que debería haber entendido con aquel gesto?

Resolvió mis dudas cuando asintió con la cabeza y me envió una sonrisa conspiradora antes de soltarme y continuar con su camino. Enseguida cerré el puño e hice lo mismo que él, esquivando a la gente que se agolpaba en mi camino.

El cenador no quedaba lejos, pero sí lo suficiente de los ojos indiscretos que me seguían aquella noche. Salí al exterior con el corazón bombeándome en la boca y la piel erizada; esta vez por la emoción del momento y no por el frío.

Estuve a punto de romper la nota al abrirla.

Reconocí la letra al mismo tiempo en que le sentía tras de mí.

Mírame. Estoy aquí.

Me di la vuelta ansiosa por verle.

Cristianno esperaba entre las sombras de un rincón alejado de la entrada al cenador, enloquecedoramente atractivo. Con el gesto cabizbajo, intensificando el bellissimo resplandor de sus ojos y vigorizando su figura.

Contuve el aliento, sintiendo la urgencia de besarle allí mismo y enmendar los errores que cometí aquella mañana. Pero solo fui capaz de llevarme una mano a la boca y olvidar el control sobre una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—¿Cómo has sabido que vendría aquí? —pregunté sin apenas voz, más concentrada en él que en la posibilidad de que le descubrieran.

—Te he seguido —resolló.

Fue entonces cuando me di cuenta que estaba caminando hacia él sin voluntad sobre mí misma, atraída completamente por la incuestionable seducción que desprendía.

—¿Cuándo tiempo llevas aquí? —jadeé.

Cristianno entrecerró los ojos y torció el gesto lentamente.

—He llegado a tiempo de ver cómo Valentino te besaba —aludió, ignorando que me dejaría desolada. Tanto que no pude seguir manteniendo su mirada.

Agaché la cabeza, tocándome las manos con nerviosismo y buscando desesperadamente una forma de demostrarle todo lo que se paseaba por mi mente. Él merecía una explicación, ambos necesitábamos que yo le contara lo que sentía. Eso era lo que me había pedido en el probador y

lo que yo no supe darle.

—Cristianno, yo... nada de esto... —tartamudeé cabizbaja.

—Cállate... —gimió colocando un dedo sobre mis labios. Me estremeció el contacto y él supo reconocer que era porque acaba de tocarme—. No hace falta que digas nada.

Se acercó a mi boca, creando un suspense terriblemente excitante que me hizo cerrar los ojos un instante. No debería haberme impresionado tanto, porque Cristianno solía ser así de provocativo, pero había algo más tras aquellos gestos. Lo noté en el calor que desprendía.

—¿Vas a besarme? —suspiré.

—¿Es lo que quieres?

—Siempre lo he querido.

Observó como uno de sus dedos se deslizaba por mi clavícula.

—No lo parecía esta mañana —espetó antes de mirarme fijamente—. Te lo pondré bien fácil, amor. O te resistes o te dejas llevar, tú decides.

Se me contrajo el vientre.

—¿Qué quieres decir, Cristianno? —quise saber, extrañada. Porque sus palabras no solo se referían a mis sentimientos hacia él. Había algo más, algo mucho más grande—. ¿Qué está pasando?

—No tenemos tiempo, Kathia —susurró rozando sus labios con los míos—. Debes decidir.

No me equivoqué al pensar que aquel momento no tendría un bonito final. Valentino volvió a interrumpir, exactamente del mismo modo que aquella mañana. Solo que esta vez no terminó de hablar.

—¡¿Cómo te atreves a...?! —

Cristianno se movió con una agilidad indescriptible, digna de un felino. Tiró de mi brazo, dándome un suave volteo en la muñeca que me obligó a girarme hasta que mi espalda quedó completamente apoyada en su pecho, e hizo presión en mi cuello con el antebrazo.

Ahugué una exclamación y me agarré a su brazo, segundos antes de sentir el frío del cañón de una pistola apuntándome la cabeza.

Valentino se sobresaltó y abrió las palmas de las manos en acto reflejo. A mí, en cambio, me bombardearon miles de preguntas.

—¡Mierda, ¿qué coño estás haciendo?! —gritó Valentino, desquiciado y llamando la atención de todos los asistentes.

La voz de Cristianno no se alteró ni un ápice y me hizo saber que estaba muy seguro de la decisión que había tomado, fuese cual fuese. Ni siquiera respiraba con dificultad. Su pecho rebotaba en mi espalda de la forma más apacible, mientras que el mío subía y bajaba desbocado y luchaba por controlar los gemidos que me provocaba la fuerte presión de su brazo.

—Apártate, Bianchi —ordenó con voz gutural.

Su aliento rebotó en mi mejilla y me hizo cerrar los ojos, extrañamente maravillada.

—¿Y si no qué?, ¿qué vas a hacer, eh, Gabbana? —vaciló.

—Enseñarle mi verdadera cara, ¿te parece? —Aquello fue como un latigazo. Cristianno decidió recordarle a Valentino las mismas palabras que este había mencionado en el probador, y me dolió. Porque, si lo que pretendía era hacerme cambiar de opinión sobre él, no lo lograría de ninguna forma. Sabía qué clase de persona era, con todas las consecuencias, y me gustaba que fuera así. De lo contrario, tal vez, no me habría enamorado de él.

—Baja el arma, Cristianno...Por favor. —A Valentino le costó mucho rebajarse.

Pero cuando lo hizo, supe de inmediato que no le valdría de nada.

Cristianno soltó una sonrisa muy similar a un ronquido antes de tirar de mí hacia arriba con un suave empujón; se me habían aflojado las rodillas desde hacía un rato y él mantenía prácticamente todo mi peso.

—Te queda muy bien suplicar —se mofó— y, créeme, me gustaría saborear este momento, pero tengo que irme y voy a llevarme a Kathia conmigo.

La rodilla de Cristianno me instó a caminar y obedecí sintiendo como me temblaban las manos. Empezamos a movernos tan pegados el uno al otro y con tanta sincronización que casi parecíamos una sola persona.

Jadeé. No sabía si sentir miedo o no. De hecho, la situación lo requería, pero confiaba demasiado en Cristianno como para temerle; aunque me estuviera apuntando con un arma. Debía esperar a una explicación antes de darle rienda suelta a mis peores pensamientos. Porque si aquello no tenía un motivo, entonces las cosas estaban peor de lo que pensaba.

—Ella no quiere irse contigo, Cristianno —protestó Valentino al pasar por su lado—. Ya sabes lo que eso significa.

Yo también lo sabía. Pero tampoco quería resistirme.

—¿Qué estás haciendo? —musité muy bajito, girando la cabeza todo lo que su antebrazo me permitió.

—Te di a elegir —contestó mientras entrábamos en el salón y captábamos la atención de todos. Algunos contuvieron unos murmullos, otros se llevaron las manos a la boca, pero todos sin excepción estaban impactados con lo que estaba sucediendo. Lo peor de todo es que allí había suficientes personas armadas como para procurar el caos.

—Estás secuestrándome —admití en una exhalación.

—No me has dejado alternativa. Camina.

Miré alrededor y encontré a Enrico entre la gente, cerca de la puerta por donde seguramente saldríamos. No estaba armado y, en absoluto, preocupado. Más bien parecía impasible con la imagen que tenía ante sí. Como si comprendiera la actitud de Cristianno e incluso la apoyara.

Entonces lo supe todo. No había entendido bien lo que Cristianno me había pedido en el cenador hasta ese momento, y tampoco sabía a donde nos llevaría todo aquello, pero si él lo había planeado, le seguiría en lo que decidiera.

Hice un gesto de dolor y aumenté mis jadeos, agitándome entre los brazos de Cristianno, como si estuviera cagada de miedo. Si opté por aquellos gestos fue porque no quería que ninguna de las personas que estaban amenazándonos con sus armas pudiera encontrar un hueco y herirle. Incluso aceleré el paso, algo que le provocó un gruñido de satisfacción.

—Bajad las armas, a menos que queráis ver vuestra transacción llena de plomo —ordenó, de sobra convincente.

—Qué bien mientes —resollé satisfecha.

—Casi tanto como tú. —Rozó el lóbulo de mi oreja con toda la intención sin saber lo cerca que me dejaba de manifestar el placer que me produjo.

—No la matarás —irrumpió Angelo—. No podrías soportarlo.

Cristianno sonrió y, acto seguido, separó la pistola de mi cabeza y apuntó hacia el techo.

Disparó.

—El próximo tiro terminará en su cabeza —gruñó por encima de los gritos desconcertados de la gente. Volvió a apuntarme, pero esta vez se encargó de que el cañón no tocara mi piel para evitar quemarme—. Despeja la salida, Angelo. Kathia vale demasiados millones, y no creo que estés dispuesto a perderlos en solo un segundo. Ese es el tiempo que tardaré en cargármela.

—La quieres demasiado —reconoció en voz alta sin importarle una mierda que Valentino le mirara estupefacto.

—La quise...

Su respuesta me ardió en la piel y me cubrió de incertidumbre. Sonó tan convincente que temí que fuera real.

—Cristianno... —gemí. Qué estúpida era.

—Cállate,... por favor.

—Si te llevas a Kathia de esta forma, te cavarás tu propia tumba.

—¿Acaso ya no está cavada, Angelo?

Aquello fue lo último que se dijeron. La gente que nos impedía salir del salón, se apartó y salimos arrastrando los pies.

Enrico observó cada uno de nuestros movimientos con una templanza imperiosa. No podía ver a Cristianno, pero di por hecho que se estaban mirando por la dirección que tomaron las pupilas de Enrico.

—Ahí tienes tus motivos —murmuró Cristianno antes de dirigirnos a la salida del hotel.

Pensé en las represalias que podríamos tener en el exterior. En la posibilidad de que se abriera un fuego cruzado que terminara con la vida de Cristianno, y ese miedo era el que la gente había visto en mi rostro y habían confundido. Pero cuando salimos, descubrí que no había nadie. Solo el *Bugatti* esperando en la calle con el motor encendido.

Intenté respirar tranquila, pero el brazo de Cristianno lo impidió porque apretaba demasiado.

—Me... ahogo,... Cristianno —tartamudeé.

Me soltó de inmediato para coger de la mano y arrastrarme al coche.

CRISTIANNO

Kathia no mencionó una palabra en todo el trayecto. No preguntó a dónde íbamos o porqué la había secuestrado a punta de pistola en un salón lleno de gente. No dudó de mí ni un instante. Luego superó con creces todo lo que me había imaginado de ella y nos catapultó al siguiente nivel, ese en el que, una vez vivido todo aquello, ya nada podría separarnos.

Algo que jamás esperé compartir con una mujer.

La miré de soslayo. Tenía las manos unidas entre los muslos y la cabeza apoyada en la ventanilla. Su cabello reposaba largo en uno de los hombros y acariciaba su cintura. Kathia casi parecía dormir, con los ojos prácticamente cerrados y respirando con una tranquilidad enloquecedora.

Quise cogerle la mano y aferrarme a ella hasta tener la seguridad de que mis huellas dactilares se quedaban grabadas en sus dedos. Estaba tan enamorado que pensarlo me mareaba.

¿Cómo iba a arrepentirme de haber cometido semejante locura?

Simplemente, no podía.

Respiré hondo, me concentré en la carretera y tomé el desvío de grava. Comenzaron los baches propios de aquella zona, haciéndose más pronunciados conforme nos acercábamos. Hasta que detuve el coche frente a la mansión en ruinas. Kathia gimió al incorporarse con un impulso. Observó aquella inmensa casa de fachada deteriorada como si fuera el mismísimo paraíso, dejando que evocara la noche en que la llevé por primera vez.

Aquel lugar vio mi primer amanecer junto a ella. Hacía poco más de un mes...

Cerré los ojos. Cuanto habían cambiado las cosas.

Bajé del coche y me dirigí al interior sabiendo que Kathia me seguiría.

La oscuridad y un aroma a madera mojada me dieron la bienvenida. Dejé que mi visión se aclimatara a las sombras y miré a mí alrededor sintiéndome extrañamente reconfortado.

Las lluvias continuas de los últimos días habían aumentado los desperfectos, pero, aun así, todo seguía exactamente igual y descubrirlo me gustó porque, al menos, lo que habitaba de nosotros en esa casa no había cambiado.

Los pasos de Kathia resonaron en el vestíbulo cuando entró y me giré para contemplarla sin saber que ella ya lo estaba haciendo de antes. Puede parecer estúpido o incluso ridículo, pero nos amamos de una forma casi sobrenatural. Varios metros nos separaban y, sin embargo, no fueron suficientes para imponerse ante la pasión con la que nos miramos.

Me humedecí los labios, le di la espalda y abandoné el vestíbulo lentamente. Recorrí los pasillos que me llevaban a la sala de música escuchando los pasos de Kathia tras de mí y su respiración intermitente y expectante.

De una forma casi instintiva, terminé frente al piano. Tomé asiento en la vieja banqueta y dejé que mis dedos acariciaran las teclas. No tenía previsto aquel impulso. Lo último que quería era tocar el piano... por Dios..., pero... cuando Kathia tomó asiento a mi lado, todo cambió.

Se retiró el pelo de la cara, me miró, como solo ella podía mirarme, y volvió a unir las manos y a colarlas entre sus muslos. La diferencia fue que esa vez me pareció mucho más indefensa que en el coche.

Toqué la primera nota sin dejar de mirarla. Kathia cerró los ojos y frunció el ceño en un gesto que pudo haberme hecho pensar que sufría, pero supe que no era así. Sentía la misma presión enloquecedora que yo por tenerla tan cerca.

Me levanté de golpe, me coloqué tras ella y la empujé suavemente hacia el centro de la banqueta. Volví a tomar asiento, dejando su cuerpo entre mis piernas, y cogí sus manos para colocarlas sobre las mías antes de apoyarme en las teclas.

—Toca conmigo —le susurré al oído encargándome de que aquel murmullo se pareciera a una caricia.

Ella suspiró temblorosa y tragó saliva cuando comencé a tocar con sus dedos sobre los míos. Puede que fuera el momento, la situación o simples gilipolleces mías, pero *Passion* sonó más intensa y emocionante que nunca. Kathia lo manifestó permitiendo que la piel de sus brazos se erizara. Apoyó su cabeza en mi hombro y se giró hasta que sus labios tocaron mi mejilla.

—Recuerdas aquella noche —musitó y sus dedos dejaron de seguir los míos y se concentraron en acariciarme, en perfilar cada uno de mis nudillos. Si aquella mañana dudé de su amor por mí, ahora todo su cuerpo se encargó de gritarme lo contrario.

—No sabes lo difícil que se me hizo no besarte tumbados en ese sofá —jadeé desviándome hasta rozar la comisura de sus labios con los míos.

Poco a poco, dejé de tocar. Mis manos resbalaron hasta sus muslos y los acaricié antes de aferrarme a su cintura. Podría haberme pasado toda la vida en aquel abrazo, tan solo notando el ritmo de su respiración, lento, profundo, apasionado.

—¿Por qué no lo hiciste? —resolló mientras yo dibujaba la curva de su cuello con la punta de mi nariz. El aroma de su piel me volvió loco.

—Te hice una promesa, ¿recuerdas? —Kathia tembló entre mis brazos al notar el beso que le di en la clavícula.

—Pues deseé que la rompieras. —Acarició mi nuca, envolviéndola para hacer más presión sobre mis caricias. Aquel movimiento dejó mucho más expuesto su cuerpo, que se destensaba y me incitaba a hacer lo que quisiera con él.

—Lo siento... —alentó ahogada—... Siento haberte hecho creer que no te quería...

Tal vez debería haber dejado que continuara hablando, pero no me pareció necesario que se disculpara. En ocasiones, los actos no demuestran lo que uno siente y a Kathia le había sucedido eso exactamente. Ella no tenía culpa de nada de lo que había sucedido, no teníamos que continuar con aquello. Así que la interrumpí con un beso. Contuvo un jadeo bajo la presión de mi boca y se agarró a mis hombros. Lo siguiente que se produjo en mi cuerpo casi me hizo gruñir, fue demasiada la necesidad y la exigencia por tomar su cuerpo. Tanta que... la apremié a ponerla en pie delante de mí. Sonaron algunas notas cuando apoyó las manos sobre las teclas del piano.

La observé sabiendo que mi mirada ya no era la de un chico enamorado, sino la de un hombre dispuesto a perderse en ella de la forma más ardiente. Kathia gimió ante la cantidad de promesas que vio en mis ojos y decidió acariciar mi cabello a modo de respuesta. Tiró un poco hasta que capturé su muñeca. Empecé acariciándola, subiéndola por su brazo hasta llegar a la curva del codo. Después, bajé a sus rodillas y subí lentamente por sus caderas hasta el hueso de la cadera. Una vez allí, fue muy difícil contenerse. No fui delicado al sujetar su cintura y obligarla a darse la vuelta, pero a Kathia no pareció importarle. Disfrutaba sin hacerse una idea de lo mucho que me gustaba verla de aquel modo.

Desnudaría a Kathia y me encargaría de exponerla ante a mí como nunca antes lo había estado. Bajé la cremallera del vestido. A esas alturas, Kathia ya empezaba a jadear. Aparté su melena y acaricié su espalda de principio a fin, demorándome en la curva del final. Allí su piel se erizó y comenzó a arder.

Le quité el vestido. Simplemente, dejé que cayera al suelo y me desvelara que tan solo me quedaba una prenda que arrebatarme para conseguir todo lo que quería de ella. Me dispuse a quitársela, apresando la tela hasta hacerla crujir, pero Kathia lo impidió. Me miró desde arriba, por encima del hombro, y fue dándose la vuelta.

Nos miramos un instante antes de levantarme de súbito y besarla.

KATHIA

Cogí aire en su boca, aferrada a su cuello con violencia. Todos mis momentos con Cristianno habían sido maravillosos, excitantes, pero aquello no era excitación... Era pura tentación transgresiva.

Haríamos el amor salvajemente sin pensar en quienes éramos y qué nos unía. La sangre ya no tenía protagonismo porque aquella pasión descontrolada pudo con todo. No terminaría aquella noche sin sentir su cuerpo desnudo pegado al mío.

Cristianno me colocó sobre el piano, abrió mis piernas con un suave y exigente empujón y se coló con premura; enloquecería si volvía a moverse de aquella forma.

Le arranqué la chaqueta y después la corbata, y dejé que él se desabotonara la camisa, mientras yo me encargaba de examinar la piel de su pecho con mi boca. Pero, toda la dominación que pude haber compartido con él, terminó en el momento en que se deshizo de la camisa. Me contempló y sonrió siniestro... Temblé, ansiosa por saber que escondía aquella sonrisa.

Lentamente, me empujó hacia atrás. Acarició mi pecho detenidamente, y mi vientre y mis caderas... Y aferró de nuevo la tela de mi ropa interior. Arqueé la espalda, dejándole espacio a que pudiera quitármela y me dejara completamente a merced de sus intenciones.

Empezó con un suave reguero de besos en la cara interna de mis muslos, acercándose lento al punto álgido de mi cuerpo. Un instante después, tuve que hacer malabarismos para que el aire llegara a mis pulmones. Tanto placer me asfixiaba, incluso dolía, por la desesperación que me creaba saber que estaba a punto de alcanzar el clímax. Cristianno se encargó de dejarme al borde del precipicio y asegurase, al mismo tiempo, que no caía sin él.

—Te necesito, Cristianno... aquí, ahora —gemí trémula, acariciando su cabello.

—Ahora... —jadeó él sabiendo que levantaría la cabeza para mirarle.

Le brillaba la mirada, demasiado... Tanto que casi parecía de otro mundo. Y volvió a sonreír al descubrir el acaloramiento instalado en mis mejillas. Me cogió de las rodillas y tiró de mí con una delicadeza sobrecogedora. Me dejé llevar entre sus brazos cuando me tomó a horcajadas y me apartó del piano. Segundos más tarde, sentí el endurecido relleno de los cojines de aquel sofá bajo mi espalda y la presión intencionada y constante de su pelvis contra la mía.

No soportaría un minuto más aquel baile de provocación y se lo hice saber intentando tomar las riendas del ritmo. Cristianno me permitió que lo desvistiera, que investigara su piel con caricias demandantes, y que creyera que por un instante yo tenía el mismo control que él. Pero tan solo duró unos pocos minutos. Asió mis muñecas, las colocó sobre mi cabeza y permaneció unos segundos al borde del precipicio.

Tortuosamente lento, se adentró plácido en mi cuerpo, manteniendo su mirada sobre la mía. Se movió despacio, con acometidas profundas y ardientes, entre jadeos, palabras de deseo compartidas en un susurro y caricias eternas.

Cristianno me hizo el amor como jamás creí que lo haría.

KATHIA

No me maldije por haberme quedado dormida hasta que me despertó un pánico exorbitante. Fue como si me hubiera estrellado contra el asfalto tras haberme lanzado desde la azotea de un rascacielos. Pero la sensación resultó mucho más difícil de encajar cuando supe que ya no estaba entre los brazos de Cristianno.

Con la frente impregnada en sudor, la boca seca y la visión trucada, me incorporé de golpe obviando que me marearía. Solo vi un débil fondo rojo que palpitaba al ritmo de los latidos de mi corazón y se mezclaba con la oscuridad de la sala de música. ¿Qué ocurría? ¿Por qué aquella repentina reacción? No tenía lógica después de haber tocado las estrellas bajo el cuerpo de Cristianno.

Me zumbaron los oídos al tiempo en que descubrí que él se había encargado de taparme con el vestido para que pudiera dormir placentera. ¡Dormir! Era muy estúpido hacerlo en un momento como ese...

De pronto, todo lo que había pasado entre nosotros, me pareció una fantasía.

Le busqué entre las sombras y el silencio. Que equivocada estuve al pensar que se había marchado. Cristianno estaba allí, mirando por uno de los ventanales que había tras el sofá.

Mirarle borró todas las huellas del terror que me había abordado mientras dormía. Me inundó de armonía, disipándose todo lo demás, incluso los cimientos de aquella casa. Aunque perduró algo... una extraña inquietud...

Me puse el vestido y me deleité con su figura cabizbaja mientras me acercaba a él. Tan solo llevaba los pantalones colgándole de las caderas. La piel de su espalda me pareció mármol bruñido vetado de sombras oscuras, y sus hombros mucho más fuertes y marcados. Noté las precipitadas ganas de volver hacer el amor con él.

Sonreí para mis adentros al pensar en cómo sería si viviéramos allí juntos, como una pareja normal. Él se levantaría en mitad de la noche porque no podría dormir, y yo le seguiría a hurtadillas para hacerle compañía.

Cristianno se estremeció cuando rodeé su cintura y pegué mi pecho a su espalda. Me puse de puntillas y acerqué mis labios a su oído.

—Deberías estar tumbado en el sofá, conmigo —murmuré y él soltó un pequeño ronquido de satisfacción antes de esconder el móvil en el bolsillo y acariciar mis manos—. ¿Qué estás haciendo? —pregunté extrañada.

—Miro la hora —resolló antes de darse la vuelta.

Bajó la cabeza y besó mi garganta con toda la intención de continuar bajando. Eché la cabeza hacia atrás para darle espacio mientras acariciaba su pecho y me perdía en el aroma de su piel. Cristianno olía como el océano, fresco y puro.

—¿Existe el tiempo? —exhalé, sintiendo un hormigueo en los labios cuando se acercó con los suyos—. Lo había olvidado. —Y me besó.

—¿Cómo logras que me sienta de esta forma cuando te toco? —gimió en mi boca.

—No lo sé —titubeé.

Cristianno se alejó un poco y me miró con una dulce sonrisa.

—Es la primera vez que te ruborizas —reconoció.

—Te equivocas. Es la primera vez que lo ves.

Apoyó su frente en la mía y suspiró.

—Prométeme que lo veré más veces —musitó jugueteando con mi labio inferior.

—Por supuesto.

Un instante después, me cogió en brazos y me transportó de nuevo al sofá. Tomó asiento, me acomodó en su regazo y dirigió su mano a mi tobillo. Fue subiendo con una lentitud excitante mientras observaba mis piernas con detenimiento, como si estuviera estudiándolas. Estaba tan

concentrado en la tarea que no quise moverme. Le dejé hacer sintiendo como mi aliento se aceleraba.

Llegó a la rodilla, la rodeó tras retirar la falda y continuó con la ascensión hasta llegar a mi pecho. Se detuvo justo encima de mi corazón, cerró los ojos y dejó que los latidos rebotaran contra su mano. Fue mucho más intenso de lo que esperé observarle actuar de esa manera.

Tras unos minutos, se acercó a mi mejilla con una caricia territorial y maravillosa, como si quisiera dejar constancia en aquel gesto que yo era suya. Qué razón llevaba en eso... y que poco me costó demostrárselo cuando le abracé.

—¿Soñarás conmigo? —preguntó sobre mi hombro.

Fruncí el ceño, confundida. Volvía a hablar en pasado...

—¿Soñaré? —Parpadeé lentamente deshaciendo el abrazo—. Ya lo hago, a cada momento que cierro los ojos.

—Cuéntamelo. —Cerró los ojos—. ¿Qué ves en ese sueño, Kathia?

—A ti. —Gemí acariciando la curva de sus cejas—. Besándome,... en lo alto de una colina verde.

—Me acerqué a él—. Me susurras palabras al oído.

—¿Qué es lo que te digo, Kathia?

—Qué me quieres...

—Que te quiero... ¿Sientes esa certeza, amor? —No debería haberme sentido tan vulnerable cuando le escuché decir aquello.

Aquel momento nada tenía que ver con lo sexual, siquiera con lo sentimental, sino con algo más que fui incapaz de determinar. Algo le ocurría a Cristianno y supe que no iba a compartirlo conmigo ni aunque se lo suplicara.

Me aparté un poco para poder mirarle a la cara.

—Por supuesto que la siento. —En realidad, supe que me quería incluso antes de que nos habláramos con respeto.

De repente, me sobrevino la agonía. Pudo tanto con la magia de su presencia, que coger aire se me hizo muy complicado. Mis extremidades temblaron involuntariamente y me agarré a sus brazos clavándole ligeramente las uñas. Era desesperante, no quería sentirlo. Sin embargo, cada segundo que pasaba, más fuerte se hizo la sensación. Era miedo, un miedo irrefrenable a... ¿a qué?

Apreté los ojos. Cristianno no tardaría en descubrir ese cambio en mí. Pero si lo supo, no lo demostró. No hizo nada, más que intensificar sus caricias. Una respuesta sin palabras que me aseguró que todo lo que sentía, él lo compartía conmigo.

—¿Qué va a pasar, Cristianno? —Balbucí, enfada conmigo misma por llenar aquel silencio con el miedo que había en mi voz—. ¿Qué va a suceder tras esta noche?

—No pienses en eso ahora, cariño. Solo piensa que estamos aquí...

—Pero... no durará siempre. —Tragué saliva—. Me están buscando, lo sé, y no tardarán... en dar conmigo. —Me aferré aún más a sus hombros—. Tengo miedo... de que vuelvan a separarme de ti...

—No... —me susurró—. No lo tengas, por favor.

—No dejes que me lleven con ellos, Cristianno. No lo permitas...

Me apretó contra su pecho, asegurándose de que no quedaba ningún espacio entre nosotros, y cruzó sus brazos sobre mi espalda, dejando que una de sus manos apresara mi nuca con una suave firmeza. Ni siquiera cuando hicimos el amor estuvimos tan unidos.

—Todo acabará... —dijo con una voz que pareció muy lejana—. El dolor y el miedo se irán y esto solo formará parte del recuerdo. Llegará ese día en que... te levantarás de tu cama y sonreirás al pensar en ello. —Se expresó seguro, gélido y desconcertante.

¿Qué se suponía que debía sentir? ¿Qué conclusiones debía sacar de sus palabras, más allá del caos que me acechaba?

Intenté mirarle, pero él no dejó que me moviera. Sus brazos se tensaron y procuraron que mi cuerpo continuara pegado al suyo y que nuestras miradas no se pudieran encontrar.

—Cristianno... —gemí, aturdida y nerviosa.

—No volverás a sentir esta agonía que te quema... —jadeó—... Caminarás erguida... porque no habrá nada que temer... ¿Lo entiendes, mi amor?

¿Qué demonios debía entender? Sabía que aquello terminaría, tenía que terminar, porque una guerra no dura por siempre. Dejaríamos de escondernos, comenzaríamos una vida juntos y esos momentos formarían parte del pasado... ¡Por supuesto que sabía eso! Pero... Cristianno no era de la clase de persona que hablaba místicamente. Él no era así. No jugaba con las palabras, no hablaba del futuro como si no fuera a estar en él, no abrazaba... para transmitir... soledad.

Maldije que me estuviera desintegrando entre sus brazos.

—Cristianno, ¿dime de qué hablas? —insistí, logrando al fin poder mirarle a los ojos. No vi nada en ellos, más que mi confuso reflejo.

—Tus labios... —musitó, acariciándolos con su pulgar—... Me vuelve loco besar tus labios.

—Cristianno, mírame... —Prefirió besarme.

—Ya lo hago, mi amor —repuso sin alejarse de mi boca—, solo que de otra forma.

Un golpe seco.

Una sacudida atravesando los brazos de Cristianno, sobrecogiéndome.

Una risa maliciosa.

Y después...

... el silencio que precede a la tempestad.

KATHIA

Cristianno se desvaneció mientras me besaba. Sus labios resbalaron por los míos mientras su cuerpo se aflojaba y sus abrazos dejaban de abrazarme. Me desequilibré por el repentino peso y caí al suelo, arrastrándole conmigo.

Solté un quejido al impactar brusca en la madera al tiempo en que Cristianno se tambaleaba hacia un lado. Me quedé completamente absorta al descubrir la silueta de un hombre junto al sofá.

Le reconocí mucho antes de saber qué demonios estaba ocurriendo.

—Enrico...

Él sonrió y ladeó la cabeza, gesto demasiado perverso e inédito en él. Me observaba impasible, sin ningún ápice de cariño o siquiera respeto por mí o por la persona que yacía a mi lado. La pistola que llevaba en la mano me hizo saber que aquella había sido el arma con la que había herido hasta la inconsciencia a Cristianno. Tal vez le había disparado...

Me incorporé aprisa, con el corazón latiéndome atropellado en la boca, y registré a Cristianno en busca de sangre, pero no encontré nada. Nada.

Miré a Enrico de forma interrogante.

—Tengo un mejor final para él, pequeña —dijo con una voz gutural tan desconocida como si actitud—. No voy a desaprovechar esta oportunidad pegándole un simple tiro.

Sentí que moría lenta y agónicamente al comprender lo que iba a ocurrir. Tenía que impedirlo, tenía que salvar a Cristianno.

Pero no imaginé que habría más gente en aquella sala de música.

Las teclas del piano soltaron una melodía escalofriante, sin ritmo ni consonancia, que me produjo el mayor de los temores.

Valentino estaba allí, con un séquito de hombres repartidos por todas las esquinas y un Enrico a la cabeza de todos ellos.

Apenas pude ver su rostro afilado y divertido. Mi visión se había nublado, todos mis sentidos habían desaparecido. Era toda temblor y miedo y soledad y... Solo era capaz de pensar en lo que iba a pasar, en lo que no podría evitar ni aunque luchara con uñas y dientes.

Era el final. Era el final que nunca me atreví a imaginar y que, sin embargo, estaba destinado para nosotros desde el principio.

Valentino sonrió, frívolo, maquiavélico, altanero, capaz de las mayores atrocidades. Sin corazón, sin alma... Solo un cuerpo... creado para destruir a las personas.

Cobarde. Porque se había encargado de aparecer por allí rodeado de esbirros que lo protegerían...

No había escapatoria.

—Valentino... —tartamudeé saboreando el terror.

—Incluso con Cristianno inconsciente, es exuberante la química que fluye entre vosotros —admitió antes de mirar al techo y resoplar—. En fin... Cogedla y llevarla fuera para que vea el espectáculo sin sufrir ningún percance. No queremos que te lesiones a unas semanas antes de la gran boda.

¿Espectáculo? ¿Dios mío, qué significaba eso?

Un impulso me llevó a levantarme de golpe. Contraje los brazos al torso para poder mantener un equilibrio que apenas existía y me acerqué a Valentino con todo el coraje que pude recopilar.

—Hijo de puta —mascullé y no tardé en sentir una respuesta.

Valentino me soltó un bofetón con la suficiente brusquedad como para tirarme al suelo. Ignoré el dolor al ver que Cristianno lo había visto. Algo de él seguía despierto y había sentido el calor de aquella bofetada al tiempo en que yo la recibía. Tan solo había abierto un poco los ojos,

pero bastó; bastó para que viera como me arrastraba ante los pies de un condenado Bianchi. Evité llevarme una mano a la cara, más concentrada en no mostrar dolor y atender a todos los movimientos de Valentino.

—Te he dicho mil veces que no hables de ese modo —dijo entre dientes, acuclillándose a mi lado—. Ahora, no preguntes lo que ya sabes, querida.

Maldije la lágrima que resbaló por mi mejilla.

—No te atrevas... —tartamudeé. No podía creer nada de lo que estaba sucediendo. Ni siquiera mis peores pesadillas se hicieron una idea de aquello—. No... me hagas... esto.

Valentino torció el gesto y entrecerró los ojos, más que orgulloso con la situación y con lo que estaba causándole a mi alma.

—Tal vez si te hubieras arrastrado antes... —Dejó la frase a medias, dándome a entender que mis suplicas podrían haber obtenido una respuesta positiva si yo hubiera sido capaz de soportarle. Se levantó y miró a sus hombres—. ¡Sacadla fuera, vamos! ¡Moveos!

Debería a ver dejado que Cristianno le matara cuando tuvo la oportunidad.

Apenas un instante después, uno de los esbirros tiró de mí y me levantó del suelo. Intenté tensarme para complicarle la maniobra, pero fue inútil.

—¡No, no! ¡¡¡Suéltame!!! —grité.

Aquellos enormes brazos no me dejaban moverme y me manejaban con total normalidad, como si solo fuera un simple trapo. Era imposible escapar de ese hombre, pero desvié la mirada en busca de Cristianno y descubrí a Enrico arrastrándole por el suelo. Fue suficiente para arremeter.

Sin pensarlo un segundo, le mordí el brazo a mi agresor y presioné hasta que estuve segura de haberle perforado la piel. Profirió un grito desgarrador antes de liberarme lanzándome al suelo.

—¡Hija de puta! ¡Me ha mordido! —se quejó.

Me levanté a tropezones, cogiendo impulso para correr hacia Cristianno. Puede que estuviera totalmente aterrada, pero la ira pudo hacerse un hueco dentro de mí. Me atravesó con tanto ímpetu que me creí capaz de conseguir cualquier cosa.

Me acerqué a Enrico y le solté un puñetazo en la cara conforme ralentizaba mi paso. No supe de la fuerza que había empleado hasta que le vi tambalearse hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo?! —Grité mientras él se llevaba las manos a la nariz—. ¡No le toques! ¡No te acerques a él!

No podía creer que acabara de pegarle a Enrico con toda la saña del mundo. No podía creer que el mismo hombre que tantas veces me había protegido estuviera traicionándome de aquella forma tan cruel y miserable, tan Carusso.

Enrico era el traidor y dejaba claro en qué bando estaba.

Que ciega había estado. Y que bien había hecho él su trabajo.

Me agaché a por Cristianno y cogí su cabeza entre mis manos. Fue entonces cuando me percaté de que mis temblores estaban demasiado descontrolados. Me ahogaba, me estaba asfixiando cada vez más y no había modo de parar aquello.

—Cristianno, ¡Cristianno, mírame! —exclamé desesperada por oír una respuesta. Primero obtuve un quejido. Abrió muy despacio los ojos, colapsando con su reacción todos mis sentidos—. Eso es, mi amor. Eso es.

Entonces, me di cuenta del poco tiempo que nos quedaba juntos. Del poco tiempo que me quedaba de vida. Abrumada como estaba con la situación, empecé a entender sus palabras antes de que sucediera todo aquello. Él sabía que algo iba a ocurrir, por eso decidió sacarme del hotel como lo hizo. Aquello había sido una... maldita despedida...

—Voy a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? —sollocé tartamudeando. Cristianno hizo el amago de cerrar los ojos—. No, cariño, no dejes de mirarme, por Dios... no dejes de mirarme nunca, ¿entendido?

Una de mis lágrimas cayó en sus labios. Él la saboreó unos segundos antes de hablar.

—No... saldré de... aquí... —Respiró demasiado entre palabra y palabra, provocando que una parte de mí sucumbiera al miedo y el dolor.

Se me escapaba la vida y lo peor de todo es que la estaba tocando y no parecía ser suficiente. Dejé de verle un instante hasta que pestañeé y las lágrimas se disiparon por mi cara. Un fuerte escozor se instaló en mi garganta.

—Sí, sí que lo harás —jadeé sin fuerzas—. Conmigo. Conmigo.

—Contigo... —musitó Cristianno.

—Siempre, mi amor. —Le besé—. Pase lo que pase...

—Pase lo que... pase...

La forma que tuvo de decirlo me hizo llegar a un punto en que mi mente dejó de pensar. Ya ni siquiera era consciente de la realidad, de lo que nos rodeaba o de lo que iba a pasar. Pero todo aquello se engrandeció en cuanto vi a Enrico acercarse a nosotros, caminando cínico.

Maldito embustero, traidor.

Cogió un brazo de Cristianno, tiró de él bruscamente y apresó una de sus muñecas con uno de los aros de unas esposas; el otro, lo enganchó en una tubería que sobresalía de la pared. Acaba de encadenar a Cristianno a la maldita casa para que yo no pudiera llevármelo conmigo y lo peor de todo es que cada movimiento pareció disfrutarlo perversamente.

Creí que explotaría en cualquier momento, que me desintegraría. ¿Cómo iba a sacar a Cristianno de allí sí, aparte de no tener fuerzas ni para mirarme, estaba encadenado a una maldita tubería?

No tardé mucho en tirarme al conducto y comenzar a golpearlo. Solo conseguí que vibrara, pero insistí, porque aquella casa era muy vieja y porque estaba convencida de que podría romper aquella tubería si persistía.

—No podrás liberarlo —rezongó Enrico tras de mí.

Apoyé mi frente en la tubería con un suave golpe que resonó en el metal.

—Dame la llave —gruñí sin esperar que Enrico soltara una sincera carcajada.

Me giré, lentamente y sin fuerzas para mirarle con fijeza. Mi plan era conseguir que algo de él se removiera por dentro cuando me mirara y que esa sensación le hiciera redimirse. Pero yo ya sabía de antes que era una auténtica estúpida. Porque cuando le vi derramando un líquido viscoso y amarillento de un bidón, supe que no conseguiría nada en él.

Enrico no era un buen hombre, solo que no me había dado cuenta hasta ese momento.

—Dios mío,...Enrico,... ¿qué estás haciendo? —tartamudeé aflojando las rodillas lentamente hasta caer al suelo. Enseguida, regresé junto a Cristianno.

Unas gotas de aquel líquido salpicaron mis piernas y me las quedé mirando. No quería saber lo que era, ¡no quería saberlo!, pero mi mente lo susurró una y otra vez..., volviéndome loca.

—Es evidente, Kathia —repuso Enrico, orgulloso.

—Combustible... —sollocé.

—¡Premio!

Instintivamente, cubrí a Cristianno con mis brazos.

«*Se quemará... Dios... mío...*», jadeó mi fuero interno sepultado tras una gruesa capa de pavor.

—¡¡¡No puedes hacerlo!!! —grité, desgarrándome la garganta.

—La cuestión es que ya lo he hecho. —Volvió a sonreír, esta vez llevándose una mano al bolsillo del pantalón. Sacó un mechero.

Cristianno se removió buscando mi mano, llevándose toda mi atención. Aquel destello que vi en sus ojos azules, por un segundo, solo un maldito segundo, me hizo creer que saldríamos de allí.

—Te quiero... —gimió luchando por acariciarme.

Le ayudé y besé la palma de su mano en cuanto tuve sus dedos sobre mi piel. Nunca antes esas dos palabras me habían herido tanto. Porque en aquel instante tenía un valor diferente; era

una... despedida.

—No, no lo digas... —resollé, negando con la cabeza y apretando los ojos con fuerza—...

No te despidas de mí...

Cristianno se removió y se incorporó con esfuerzo hasta tener su cara pegada a la mía.

—No... no me echas de... menos —tartamudeó en mi boca—... No... merece la... pena.

—¿Qué...? —Me calló con un beso.

Un beso lleno de pasión, pero también de dolor; Cristianno no quería morir, pero aceptaba el hecho con la valentía que le caracterizaba. Maldije esa faceta de él, Dios sabe que le deseé más cobarde...

—Se acabó el tiempo. —Enrico me alejó de los labios de Cristianno, tirando de mi cintura con violencia.

—¡No! —Grité mientras me arrastraba—. ¡Cristianno, mírame! ¡Tienes que levantarte! ¡Quédate conmigo! ¡No puedes dejarme!

Pero Cristianno no me miró. Se derrumbó en el suelo, apretando los dientes y esforzándose por que yo no le viera derramar una maldita lágrima.

—¡Llevarla fuera! —Exclamó Enrico lanzándome a los brazos de un esbirro—. ¡Voy a prender esto!

—¡¡¡NOOO!!! —Chillé mucho más de lo que lo había hecho en toda mi vida—. ¡NO ME TOQUÉIS! ¡CRISTIANNO! ¡CRISTIANNO ESCUCHA MI VOZ, TIENES QUE MOVERTE! ¡NOOOO! ¡SOLTADME, POR FAVOR, SOLTADME!

Ese fue el último beso,...

... la última vez que le vería con vida.

Esa fue la última vez que... respiré.

CRISTIANNO

—¿Me... va... a doler? —pregunté, mirando a Enrico entre las lágrimas que se empeñaban en tomar protagonismo.

—Lo suficiente. —Le escuché decir antes de que se agachara frente a mí. Sonrió perverso y me enseñó un mechero—. *Ciao*, Cristiano. Que tengas un buen viaje.

Así es como moriría.

Encendió el encendedor y lo lanzó a unos metros de mí antes de dejarme a solas en la sala de música.

Me rodeó un relámpago naranja y ardiente. De momento, no sentía dolor físico. Solo un ligero picazón en la extremidad de mi cabeza. Enrico supo bien donde darme para conseguir que me quedara inconsciente.

Estaba sitiado de llamas. Un paraíso infernal cubierto de un follaje tembloroso. La espesura y la consistencia del fuego iba creciendo a cada segundo que pasaba, y mi vida..., poco a poco, se iba.

La pared que había a unos metros de mí, fue engullida por las llamas, las cortinas eran mantos de humo y fuego y el suelo se convirtió en un mar de ascuas que lamían lo que antes había sido madera deteriorada.

«*Me voy*», pensé imaginando a Kathia hacía apenas una hora, mientras hacíamos el amor.

En realidad, había sido una buena despedida. Había tenido la oportunidad de decirle lo muchísimo que la quería y lo orgulloso que estaba de haberla conocido. No me arrepentí de nada de lo que había hecho, de absolutamente nada... Excepto de no haberme esforzado más por mirarla cuando ella me lo había pedido.

Todo podía suponer un gesto demasiado egoísta de mi parte. Yo sabía que iba a morir, lo supe desde el principio. Y, sin embargo, fingí secuestrar a Kathia para poder despedirme de ella sin pensar que con ese gesto estaba engrandeciendo su dolor.

Puede que lo mejor hubiera sido dejar las cosas como habían quedado cuando me fui de aquel probador. Pero entonces Kathia habría arrastrado el sentimiento de culpa. Conociéndola como la conocía, sufriría de todos modos. Así que preferí que fuera por lo mucho que nos amábamos. Pero cuando se está a punto de morir, la mente te juega malas pasadas y me obligó a pensar en el dolor aterrador que estaría sintiendo Kathia en ese momento.

No quería que sufriera por mí. Una vida sin Kathia no era vida, y no podía soportar que ella pensara lo mismo.

Ojalá tuviera la oportunidad de conocerla en otra existencia.

—Te quiero, Kathia... Te quiero —exhalé.

Su rostro, sus ojos, su cuerpo...toda ella fue mi último pensamiento antes de irme... Antes de morir.

KATHIA

Ni siquiera cuatro hombres pudieron retenerme. No era consciente de cómo había conseguido librarme de ellos, pero lo hice y eso era lo único que importaba, porque tenía que volver dentro. Tenía que salvar a Cristianno y no me perdonaría jamás no haber luchado por ello.

Pero apenas tuve ocasión de pisar el vestíbulo. Enrico se interpuso en mi camino, me cogió de las rodillas y me levantó con el hombro, colgándome como si fuera un maldito y vulgar saco de arena. Le dieron igual mis gritos, le dio igual que patalleara y le pegara puñetazos, que incluso le arañara. Nada de lo que había hecho con sus esbirros, sirvió con él. Y el fuego no hacía más que extenderse por la casa.

Dios mío, se me agotaba el tiempo. Si Cristianno moría, yo me iría tras él.

—¡¡¡TENGO QUE ENTRAR, TENGO QUE SALVARLE!!! —bramé con la poca voz que me quedaba.

Enrico me bajó y me miró con un destello del hombre que había sido horas antes de aquello. Por un momento, pensé que era el Enrico de siempre, el protector, considerado... el mejor hombre..., pero habló y sus palabras me hicieron odiarle hasta la saciedad.

—Ya está muerto, Kathia. Cristianno. Está. Muerto.

—No. No. No. No... —gemí—. ¡¡¡NO!!! —Le empujé, estampándole contra la carrocería del *Bugatti* de Cristianno, y salí corriendo hacia la casa sin mirar atrás. Sin pensar que ardería entre las llamas.

Nadie me siguió, pero entendí por qué demasiado tarde.

La puerta principal y el resto del porche desaparecieron tras una luz dolorosamente naranja. La explosión me elevó del suelo y me envió varios metros atrás. Todavía estaba en el aire cuando fui consciente de que todo había acabado y que ninguno de mis malditos esfuerzos había merecido la pena.

Cristianno estaba muerto y yo solo deseé poder acabar igual que él en cuanto tocara suelo, para que esa certeza no me devastara por dentro.

Pero nada de eso ocurrió. Continué respirando, y sentí cada vestigio de la realidad: el golpe violento cuando me estampé contra el suelo, el gemido de dolor, la respiración entrecortada, la sangre en mi boca, las heridas de mi alma...

... Cristianno... Mi amor...

Acaban de aniquilarme. Me resquebrajaron hasta hacer girones mi piel. Me abrieron en canal y me arrancaron el corazón. Devoraron todo lo que en mí era humano.

Mi vida...había terminado...con el último aliento de Cristianno...

—Cris —tia —nno —tartamudeé ordenando a mi cuerpo que se levantara una vez más. Solo una más. Porque mi mente aun no quería entender que ya no le encontraría en el interior de aquella casa.

Miré la fachada engullida por las llamas; las misma que seguramente estaban acabando con lo que quedaba de su cuerpo.

—¡¡¡CRISTIANNO!!! —protesté al cielo.

Después, me dejé llevar por la desolación.

Había muerto con él.

SARAH

Reconocí esa sensación. Ya la había sentido antes. Cuando mataron a mi abuela ante mis ojos. La única diferencia era que, esta vez, disponía del tiempo suficiente para saborear cada fracción de dolor con absoluta conciencia.

Tuve un espasmo, y después otro... y otro... Mi sangre dejó de fluir, se paralizó comprimiendo todo a su paso. Sobrepasé la línea del colapso sintiendo como unas pequeñas descargas me recorrían entera y devoraban todos mis sentidos.

Pero...daba igual la desolación que hubiera a mi alrededor, o que el salón estuviera lleno de gente —conocida o desconocida para mí— llorando, abatida y devastada por la muerte, tan inesperada como brutal, de uno de los suyos.

Daba igual cualquiera de esas cosas,... porque de mis ojos no cayó una lágrima.

No podía llorar por Cristianno si mi mente no era capaz de comprender que ya no le volvería ver entrar por aquella maldita puerta. No podía llorarle si no concebía la idea de no volver a abrazarle. Era dolorosamente difícil admitirlo, y tampoco quería hacerlo; me negaba. ¡Cristianno no podía irse sin más, no podía dejar a Kathia, a su familia! ¡No podía dejarme a mí! Tal vez, si no lo decía en voz alta, si no lloraba por él, aparecería tras de mí...

Cerré los ojos y me evaporé con cada uno de mis recuerdos. Mi mente reprodujo la primera vez que le vi, entrando en la limusina que Wang Xiang había dispuesto para su llegada y la de su tío Fabio a Hong Kong.

Fabio. Ahora Cristianno se había reunido con él.

Un grito de Graciella me hizo tragar saliva. Lo que sentí con aquel alarido superó el sufrimiento. Estaba tan asolada, tan perdida. Apenas se divisaba su cuerpo entre los brazos de su marido, Silvano. Pero no era la única persona herida que había en aquel salón. Ofelia, la abuela de Cristianno, estaba aferrada a su hijo Alessio y a Patrizia. Domenico le dio la espalda al mundo y se encerró en su habitación. Diego acababa de marcharse después de haber forcejeado con Valerio. Estaba fuera de sí cuando cerró de un portazo. Lo extraño es que de Mauro no se sabía nada.

Sabía que había más gente, todo el mundo se había congregado en el Edificio Gabbana ante la inesperada noticia, pero ya no tuve fuerzas para mirar a nadie más.

Lo peor de todo fue que la noticia nos la dio... Enrico.

Me atreví a mirarle. Estaba a unos metros de mí, cabizbajo, con el rostro contraído por el falso dolor que padecía y los ojos enrojecidos. Por suerte, no derramó ni una lágrima, porque si lo hubiera hecho, se las habría hecho tragar.

Traidor.

¡¡Maldito traidor!!

Él había matado a Cristianno. Le habían dado una orden y la había cumplido sin escrúpulos, porque no era más que el sucio perro faldero de Angelo. Y resultaba mucho más difícil asimilar todo aquello porque estaba enamorada de él.

Levantó la cabeza y se topó con mi mirada acusadora. Un pequeño rastro de duda inundaron sus pupilas azules, pero no duró demasiado. Enseguida se concentró en mis ojos, sin temor al reproche tan grande que había en ellos. La frivolidad se paseó por su rostro, y eso fue lo que me hizo estallar.

Maldecirle no me traería de vuelta a Cristianno, pero no permitiría que continuara fingiendo delante de la familia Gabbana y el resto de asistentes. Lucharía por atormentarle la existencia.

—¿Has disfrutado? —pregunté con saña.

Enrico pestañeó con parsimonia y decidió acercarse a mí sabiendo tan bien como yo que nadie nos prestaría atención. Lo que no esperé fue que se pusiera tan cerca.

Me odié por vibrar al sentir su aroma. Dios sabe que me reproché hasta la saciedad por seguir

amándole.

—No lo hagas, Sarah —murmuró—. No es el momento.

—No habría momento si no hubieras hecho lo que te ordenaban —gruñí.

—¿Por qué das por hecho que he sido yo?

Hablaba con un matiz de orgullo que casi hizo que me atragantara con la rabia.

—No creo en las casualidades, Enrico. Sé que fuiste tú. —Terminé señalándole con un dedo.

El error estuvo en que le toqué, y él decidió coger mi mano.

—Vayamos a otro sitio —sugirió, tirando de mí.

—Ni se te ocurra tocarme. —Me alejé, topándome con la puerta.

—No te has quejado en otras ocasiones —dijo entrecerrando los ojos, socarronamente.

El calor se expandió por mis brazos. No dudé cuando levanté la mano y le estampé un bofetón.

Fue tan duro que hasta él se sorprendió, girando la cabeza a un lado.

—Hijo de puta —volví a mascullar.

De repente, se cuadró de hombros, apretó la mandíbula y se lanzó a mí. Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando ya estaba entre sus brazos, escaleras arriba.

—¡Suéltame! —chillé golpeando su espalda.

Él hizo que mi impotencia fuera aún más desbordante cuando sonrió.

Entró en mi habitación y me soltó con brusquedad antes de girarse y cerrar la puerta. La forma que tuvo de fijarse en mí, me provocó ganas de matarle. Me miraba como si pensara que en cualquier momento podíamos acabar en la cama.

—Daría mi vida por ver cómo te desintegras ante mí ahora mismo —dije furiosa—. No sabes lo que deseo que sufras.

—Mientes. —Sonó con reproche, deseando aniquilar mi alma. Y así fue—. Ambos sabemos que me amas demasiado para desear eso.

Odí que llevara razón en lo que a mi amor por él concernía, pero mis ganas de verle morir en aquel momento no eran mentira.

—¿Cómo has podido hacer esto? —Quise saber—. ¡¿Cómo has tenido el valor de matar a Cristianno?! ¡HAS PERMITIDO QUE SE QUEMARA VIVO!

Puso los ojos en blanco, notablemente molesto por el cambio que estaba dando la conversación. Pude ver que él prefería seguir hablando de mis sentimientos.

—Sarah, no te creas con la suficiente autoridad como para pedirme explicaciones, querida.

—Eres tan... tan... —tartamudeé, profundamente colapsada—. Has jugado conmigo, me has hecho pensar que me amabas y que era importante para ti. Le hiciste pensar a Cristianno que eras como su hermano, fingiste proteger a Kathia de todas las adversidades. Y ahora pagas con esta moneda. Mereces un final tan atroz como el que tú le has dado a Cristianno. Yo solo espero poder ser testigo de ello.

—¿De verdad pensaste que te amaba? —Sonrió y se guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Después, caminó hacia mí, curioseando los objetos que había en las estanterías—. Entonces, soy realmente bueno. Aunque es una lástima, en el fondo te esperaba más inteligente. No imaginaste que solo eras una moneda más en mi misión por tener la absoluta confianza de Cristianno.

—Una moneda de cambio...

—Nada más —admitió. Se colocó tras de mí y me habló al oído—. Estoy casado con una mujer abominable, pero me proporciona unas ventajas increíbles. Además, no se queja de las amantes que dispongo. La cuestión es... —asomó su mirada por encima de mi hombro, asegurándose de dejar muy poca distancia entre nuestras bocas—: ¿qué crees que te diferencia de las demás?

—Dijiste que dejara de mirarte como si fuera tu amante, porque no lo era —recordé, incapaz de mirarle. Perdida en aquella mañana en la que me hizo prometer que jamás dudaría de su

amor por mí.

«*Aunque las cosas vayan mal*», puntualizó mi fuero interno rememorando que, después de que Enrico dijera aquello, me hizo el amor en la arena.

—No, no lo eras —susurró—. Porque una amante supone demasiado. Recuerda de donde saliste, Sarah. Recuerda donde te encontré. Ese ha sido tu papel y a la vista está que no te sentiste muy incómoda cuando acabaste conmigo en la cama. —Todo aquello lo explicó dejando que sus labios acariciaran mi mejilla, como si me estuviera declarando amor eterno.

Le empujé fuertemente y enseguida volví a abofetearle. Enrico esta vez reaccionó más rápido. Me cogió de las muñecas y me estampó contra la pared, colocando mis brazos sobre la cabeza para que el forcejeo fuera mucho más complicado de lo que ya era. Ignoró que había empezado a llorar.

—¡Basta! —gritó—. Te lo dije, te lo advertí. Realmente, fui honesto contigo.

—Tú no sabes lo que es la honestidad —arremetí—. Solo eres un maldito bastardo.

—No, amor —negó con un ronquido—, sabes tan bien como yo que estoy en lo cierto. Te lo dije en el jet. Que en la mafia no había espacio para el amor. Solo que tú no lo entendiste. No me echas a mí la culpa de tu absoluta estupidez —añadió buscando mis ojos. Como no lo consiguió, decidió arrinconarme con todo su cuerpo y susurrarme al oído—. ¿Creías que iba abandonar por ti todo lo que he conseguido? ¿Creías que te pertenecía?

«*Te pertenezco*». Ojala esa vocecita interior se hubiera enmudecido.

—No, Sarah, ninguna de mis palabras fueron ciertas, cariño. En cambio, tú si las dijiste con autenticidad, ¿no es cierto?

—¿Por qué? —sollocé—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque me lo pusiste bien fácil. —Se alejó de mí y el frío y el vacío que vino a continuación, hizo casi imposible que me mantuviera erguida—. Un hombre debe tener sus entretenimientos y me pareció muy buena idea tener un lugar donde disfrutar por las noches. Créeme que lo hice, eres muy buena en lo tuyo.

Fue una forma elegante de insultarme y humillarme, pero no diferente a la de los... clientes que había tenido en el pasado. De eso se trataba. Lo que para mí estaba siendo el principio de una historia de amor, para él solo había sido diversión. Un servicio más, solo que esta vez no había costado dinero, sino mi corazón.

—Puede que ahora me sienta sin fuerzas. —Alcé la vista para mirarle—, pero te aseguré una cosa, Enrico. Acabaré contigo; no descansaré hasta verte vomitar todo el daño que has hecho. Sufrirás, me encargaré de ello.

No me sentí satisfecha. No sentí ni un ápice de fuerza, y eso le hizo reír. Porque él sabía tan bien como yo que esa tarea, en el estado en que estaba, sería imposible de realizar. Era una amenaza vacía.

—Mientras tanto, dejaré que saborees el dolor. —Se dirigió a la puerta—. Tú especialmente eres la que más lo alberga. No solo has perdido a un amigo, sino que te han roto el corazón. Qué curioso que ambas cosas te las haya dado yo.

Salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Me desplomé en el suelo. La devastación había sido muy grande cuando me enteré que Cristianno había muerto, pero ahora era absoluta. Nunca en mi vida había sido tan duro respirar.

KATHIA

No hay cura para un alma despedazada. Por mucho que la gente se empeñe en admitir lo contrario, mienten cuando dicen que el tiempo lo cicatriza todo, porque yo sabía que ni el tiempo podría componerme. Es imposible cuando no se quiere vivir, cuando no hay motivos para hacerlo.

Me había rendido, y eso lo podía todo. Mi alma ya no tenía cura y tampoco quería encontrarla.

Deseaba consumirme y me decepcionaba no lograrlo. Me pregunté qué habría hecho Cristianno en mi lugar, como se sentiría si supiera que no volvería a verme, que me había ido a un lugar al que él no podía ir. Pero cometí el error de decirlo en voz alta, de mencionar su nombre, aun sabiendo que recibiría silencio y eso me asfixiaría.

Mis palabras flotaron en el aire, seguidas de un gemido, y rápidamente sentí el calor de una lágrima resbalando por mi mejilla.

Miré hacia la ventana. El sol estaba cayendo, atardecía, lo que indicaba que llevaba cerca de un día en la cama de aquel hospital.

Los latidos de mi corazón zumbaron en mis oídos. Jamás había odiado ese órgano tanto, hasta ese momento. ¿Cómo podía ser que siguiera latiendo? Pero me molestó mucho más ver que la máquina a la que estaba conectada indicaba que mis pulsaciones eran normales.

Maldita ciencia. No tiene ni puñetera idea de lo que es el dolor.

Me habían ingresado porque, después de la explosión, mi cuerpo presentaba las suficientes contusiones como para estar inmovilizada una semana. Pero no me molesté en seguir esas instrucciones.

Me incorporé y saqué mis pies de las sábanas lentamente. Cada movimiento era tremendamente doloroso, pero la decisión que había tomado tenía mucha más importancia.

Di un paso al frente y me sostuve de la pared al notar lo mucho que me costaba mantenerme en pie. Avancé despacio hacia el lavabo. No estaba segura de encontrar allí dentro algo que me sirviera, pero debía intentarlo.

De repente, la máquina comenzó a pitar y sentí un tirón en la cara interna de mi codo. Estaba conectada a unas ventosas y a una vía intravenosa y me impedían caminar... Hasta que me las arranqué sin miramientos y pensé que debía darme prisa antes de que llegaran las enfermeras.

Entré en el lavabo, cerré de un portazo y miré a mí alrededor. Palpé la decepción al no ver nada que pudiera ayudarme. De todas formas, ¿qué esperaba estando en un hospital? ¿Qué me pusieran una máquina de suicidio asistido?

«Hay mil formas de hacerlo, Kathia», me dijo mi fuero interno.

Y tanto que las había.

Me lancé al mostrador del lavamanos y cogí un vaso de cristal. Lo lancé al suelo. Mientras caía, dudé de si se rompería después de haberlo tirado con tan poca fuerza, pero conseguí que se quebrara lo suficiente para que varios trozos de cristal se esparcieran. Me agaché a por un pedazo y me lo quedé mirando, con el rostro reflejado en el espejo.

Era grueso y afilado. Si incidía bien, podría morir.

Lo agarré con decisión y perforé la piel saboreando el extraño placer que me produjo la sangre al brotar de mi muñeca. Resbaló por mi brazo y algunas gotas me salpicaron los pies. Me inundó la sensación de estar flotando en el aire. Pero cuando quise realizar la misma operación en la otra mano, fue demasiado tarde. Mi cuerpo empezó a pesar demasiado y me desplomé.

Escuché un siseo, similar a una leve brisa, y después me inundó un escalofrío.

Me estremecí.

Aquello debía ser la muerte, así que me preparé para ella con una sonrisa en los labios..., ignorando que... le vería.

Su rostro surgió de entre una espesa neblina y sus ojos resplandecieron mientras se tumbaba en el suelo conmigo. La muerte no le había cambiado, seguía siendo tan arrolladoramente guapo que cuando estaba vivo. Y seguía transmitiéndome la misma pasión.

Mi Cristianno. Mi amor.

Que poco me quedaba para unirme a él. Solo unos minutos más y cruzaría el límite.

—Me reúno contigo —gemí—. Me voy... contigo.

Él sonrió y, lentamente, acercó su mano a la mía. Cuando sus dedos se entrelazaron con los míos, cerré los ojos y recé para que la espera no fuera muy larga.

—Te esperaré, mi amor —murmuró.

Su voz... su voz me atravesó.

Y sentí que me elevaba, que un extraño peso me oprimía. De repente, comprendí que estaba siendo transportada por alguien. No reconocí quien, solo sé que le maldije por salvarme la vida y por llevarse la visión de Cristianno.

KATHIA

Supe que no despertaría porque mi cuerpo todavía no estaba preparado para hacerlo. Debía de haber perdido mucha sangre... aunque no la suficiente para morir... Pero nada de aquello evitó que sintiera un aguijonazo en el cuello, justo debajo de la oreja.

Toda la piel se me erizó, aunque no lo suficiente para reaccionar. No me moví y tampoco desperté del pesado letargo que tenía. Ni siquiera era consciente del tiempo que había pasado desde la última vez que desperté. Pero conseguí abrir un poco los ojos y ver un atisbo de luz, lo bastante como para saber que estaba amaneciendo y que Enrico estaba inclinado sobre mí, con una jeringuilla en las manos. ¿Acaso el aguijonazo que había sentido se debía a eso?

—¿Qué... estabas... haciendo? —balbucí y tuve un espasmo cuando creí ver un destello de preocupación en sus ojos...

—Inyectarte un sedante —susurró Enrico.

¿Eso no debería haber sido trabajo de una enfermera o de un médico? ¿Qué pretendía?

* * *

Era mediodía cuando desperté, y Enrico ya no estaba en la habitación. Lo que me hizo creer que su presencia hubiera sido una simple fantasía.

El fuerte aroma a flores frescas llamó mi atención. Miré a mi alrededor descubriendo que todos los putos rincones de aquella maldita habitación de hospital estaban adornados de ostentosos ramos de flores. Margaritas, rosas, incluso girasoles... Girasoles a finales de febrero, que extraño. Debieron montar aquel invernadero floral mientras dormía y me dio escalofríos imaginarlos rodeándome sin yo saber absolutamente nada.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y apareció una enfermera que me dirigió una sonrisa al descubrir que estaba despierta.

—¿Cómo se encuentra hoy, señorita Carusso? —preguntó amablemente, sin saber que acababa de darme una enorme puñalada en el pecho al pronunciar aquel apellido.

Apreté la mandíbula y erguí la cabeza, sin ánimos para contestarle. Vi que mi muñeca izquierda estaba vendada...

Joder, debería haber sido más rápida.

—Tengo una buena noticia —continuó mientras cambiaba la botella de suero e ignoraba lo mucho que me molestaba que hablara—. Tiene visita.

Se lanzó a mí cuando vio que me incorporaba de súbito. Lo evitó con un suave empujón en los hombros.

—No quiero ver a nadie —gruñí.

—Vamos, Carusso... —Si volvía a decir ese nombre, le arrancaré la lengua—,... lleva dos días aislada, le vendrá genial un poco de compañía.

Se dirigió a la puerta e hizo pasar a la persona que esperaba fuera con un animoso gesto con la mano.

—He dicho que... —Enmudecí al ver a Giovanna aparecer cabizbaja y con las manos entrelazadas en el regazo.

—Hola... —murmuró.

—Os dejo, chicas. —Se despidió la enfermera antes de salir y cerrar la puerta.

Aquella enorme habitación se redujo al más insignificante de los zulos en cuanto nos quedamos a solas.

Era un gesto muy miserable, incluso para Giovanna, presentarse allí en un momento como aquel.

—Lárgate de aquí ahora mismo. —Ambas supimos que habría dado mi vida por poder levantarme de la cama y estrangularla.

—Kathia... yo...

—Eres una maldita perra —le interrumpí—. Siempre lo he pensado, pero nunca creí que serías capaz de venir a regocijarte en una situación como esta.

Si continuaba avanzando, saltaría de la cama. No me detendría hasta matarla allí mismo. La muy zorra parecía realmente consternada al mirarme y no se lo iba a consentir.

—Di lo que quieras, Kathia —espetó a los pies de mi cama—, no voy a reprochartelo, porque llevas razón. Siempre deseé tu mal, pero no pensé que me sentiría tan afectada al verte así —explicó, mirándome intermitente—. He ido al Edificio Gabbana. Puede que te parezca una falta de respeto, pero...

—¡¿CÓMO TE ATREVES?! —grité. La máquina empezó a pitar y la acallé dándole un golpe—. ¡Lárgate de aquí!

Pero volvió a ignorarme, rodeó la cama y se colocó a mí lado con toda la intención de tocarme. Le di un manotazo en las manos antes siquiera de acercarse.

—Espera, deja que termine de hablar. Por favor —susurró desconcertada—. Nadie se enteró de mi presencia, solo... Daniela.

Lo que me faltaba por escuchar. Pretendía hacerme creer que había estado hablando con mi amiga en mitad del Edificio Gabbana con toda la normalidad. Dios mío, ¿cómo podía ser tan perversa, tan malvada? ¿Es que en el seno de los Carusso no había nadie que fuera limpio y honesto?

—No te creo —mascullé—. Ella jamás hablaría contigo. No te puede ni ver...

El peso de mi cuerpo apenas me dejaba incorporarme.

—Escúchame. —Me ordenó alzando ligeramente la voz—, nunca he hecho nada bueno por nadie y no me preguntes porque lo hago ahora, pero...

—No veo que tiene de bueno presentarte en el Edificio ¡cuando tu asquerosa familia ha matado a uno de los suyos! ¡No eres bienvenida allí! —Volví a gritar, esta vez empujándola.

La envié al centro de la habitación. Giovanna cerró los ojos y suspiró profundamente antes de abrirlos. Sus pupilas azul verdoso parecían haber perdido el brillo dañino que siempre les acompañaba, y sus hombros no estaban tan tiesos como en otras ocasiones. Casi parecía otra persona, alguien con integridad. Pero conocía esa mentira. Ya habían intentado jugar conmigo del mismo modo que Giovanna y no lo lograron. No iba a ser diferente ahora.

—Daniela... me ha confirmado la hora. —Captó toda mi atención al reconocer lo que pretendía decirme—. Ella me ha dicho que... el entierro de... Cristiano es esta tarde,... en el panteón —tartamudeó y yo me desplomé, sin fuerzas para continuar con aquella conversación. Apreté los puños y le di un golpe al colchón, haciendo que todo mi cuerpo se tambaleara.

Giovanna tragó saliva, pero sabía que estaba dispuesta a continuar con aquella. Para ella, verme postrada en una cama tras haber perdido al amor de mi vida, no parecía ser suficiente.

—Eres tan frívola... —No lloraría, porque no servía de nada, incluso empeoraría mi estado. Pero, al parecer, mis ojos no opinaban lo mismo.

—No es frivolidad, Kathia, por Dios. —Deshizo la distancia, aunque mi mirada encolerizada la detuvo—. Voy a llevarte allí.

De todas las cosas que podía esperar, aquella fue la más inesperada. Giovanna Carusso, una de las personas más insolentes y altaneras que había conocido, la amante de Valentino Bianchi, quería llevarme al... entierro de...

Me atraganté.

—¿Qué pretendes? —resollé. Si su intención era hacerme daño, ya lo había conseguido. Podía irse en paz.

—Nada —negó acercándose definitivamente ahora que me había noqueado con aquella noticia.

—Mientes. —Miré al techo, impotente. Si apenas tenía fuerzas para respirar, ¿cómo iba a responder a ese ataque? Que tarde lo comprendí y cuanto lamente que así fuera.

Lloré, aunque más que llanto, fueron espasmos los que me asolaron con la caricia que Giovanna me proporcionó al coger mi mano.

—Kathia, he informado al tío Angelo y no tiene reparos en dejarte ir —susurró—. No quiero sacar conclusiones del por qué lo permite, porque son más que evidentes, pero la cuestión es que puedes ir... —Claro que Angelo me dejaría ir, quería que fuera testigo de cómo había superado las barreras y había conseguido matar a uno de los eslabones más indispensable del imperio Gabbana. Aparté la mano con furia y la fulminé con la mirada—. No hablaré más, prima, porque no sirve de nada lo que te diga —añadió, melancólica y cabizbaja.

—No soy tu prima, no soy nada tuyo —mascullé.

Aquella misma tarde enterraban a mi verdadero primo.

—Un... un coche te estará esperando en la entrada, a las seis.

—¿Por qué? —pregunté, de repente.

No serviría de mucho saberlo, nada de lo que me dijera cambiaría la opinión que tenía sobre ella, pero merecía una explicación. Merecía saber porque Giovanna me atormentaba de esa forma.

—Porque... —se detuvo a pensar. Después, frunció el ceño y negó con la cabeza—. No lo sé, Kathia...pero tienes que dejar que haga esto. Tienes que dejar que haga algo bueno.

Entrecerré los ojos, completamente confundida. Si quería enmendar su actitud soberbia y arrogante conmigo, aquel no era el mejor momento. Es más, no la creía.

—No tiene sentido.

—¡Lo sé! —Exclamó, tan perdida como yo—. Pero tampoco pretendo que lo tenga...

—¿Pensaste que querría ir a su... entierro? —Me aferré a las sábanas, apretando los dientes y sintiendo una nueva oleada de dolor.

—Lo amabas... y sé que quieres despedirte de él.

Dejé de mirarla un segundo para controlar mis emociones. Puede que estuviera en aquella habitación hablando con una mujer tan depreciable como Giovanna, pero mi mente, mi corazón y todo mi ser estaban en el Edificio, apunto de darle el último adiós a... Cristiano.

—Vete, te lo pido por favor —supliqué.

—Está bien.

No vi como Giovanna se iba. Solo escuché la puerta cerrarse y después me abordó el silencio. No sé si pretendía jugar conmigo, si se trataba de algún tipo de venganza hacia mí, pero, al parecer, me había dado la oportunidad de despedirme de él. Solo esperé que fuera cierto.

KATHIA

Giovanna no mintió cuando dijo que me llevaría al cementerio. Dios sabe que esperé que lo hiciera, pero me equivoqué. Apareció a primera hora de la tarde envuelta en un bonito gabán negro y con una bolsa entre las manos. No me miró, al menos no de frente, cuando me la entregó. Había tenido la extraña amabilidad de traerme algo de ropa... acorde al entierro.

Minutos más tarde, nos montamos en el coche que esperaba en la entrada del hospital y pusimos rumbo al cementerio. Ignoro el tiempo que tardamos en llegar, siquiera si la radio estaba encendida.

Solo recapacité cuando vi la verja, cuando noté que no podía moverme. Le envié a mi cuerpo todo tipo de órdenes, pero ninguna sirvió. Completamente paralizada, miraba por la ventana el paisaje del camposanto asimilando el silencio y la apacibilidad que emitía y que contrastaba con mi interior. Cerré los ojos y me esforcé por no llorar delante de Giovanna, pero ya me había visto hacerlo. ¿Qué más daba?

Su mano envolvió la mía y no sé qué me exasperó más: sí que me tocara o que me reconfortara su caricia. No entendía como Giovanna estaba logrando aquello.

—¿Quieres que te acompañe? —murmuró buscando mi mirada.

Opté por alejarme de ella y enviarle una ojeada. Puede que tuviera buenas intenciones, pero no estaba dispuesta a descubrirlo.

—Ni se te ocurra acercarte al panteón —mascullé—, ¿me has entendido?

Tragó saliva y asintió lentamente con la cabeza, comprensiva.

—Te esperaré en el coche, entonces —dijo.

Acaricié la maneta antes de abrir la puerta y salir al exterior frío, húmedo. Tremendamente, taciturno.

SARAH

El traslado de la iglesia al cementerio fue horrible, pero el silencio lo fue todavía más. Solo se escuchaban gemidos y sollozos, y en algunas ocasiones, cuchicheos trastornados. Nadie entendía lo ocurrido, no se explicaban que estuvieran enterrando a Cristianno Gabbana..., y yo no podía creer que me estuviera despidiendo de él... para siempre.

Una fila de coches se detuvo en la entrada del cementerio. Habían asistido tantas personas que me parecían imposibles de contar. Ninguna de ellas entraría en el panteón; eso solo se le reservaba a la familia más directa, el resto esperarían fuera en signo de duelo. Así que decidí hacer lo mismo. Puede que la familia me hubiera admitido en su seno y aceptado como una más, pero no me veía con autoridad para entrar en el panteón.

Yo no era una Gabbana.

Me apoyé en un banco y me quedé mirando la fachada de aquel mausoleo. Era enorme, el más grande del lugar, y el más... hermoso. Puede que allí yacieran los cuerpos de los componentes de la familia, pero estaba tan cuidado y mimado que casi parecía un hogar de piedra maciza.

Ofelia apareció, seguida de su marido, Domenico. No se molestó en hablarme cuando me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de panteón. Nos llevó hasta uno de los rincones y se aferró a mí como si eso fuera lo único que le hacía mantenerse en pie. Yo apreté su mano fría y temblorosa, demostrándole que no la soltaría hasta que ella me lo pidiera, y la miré, pero Ofelia no hizo lo mismo. Estaba concentrada en la entrada. Sus pupilas titubearon y se humedecieron casi al mismo tiempo, supe lo que había llegado el momento.

El final de Cristianno.

Los hombres de la familia colocaron el ataúd dentro de un sarcófago de piedra que había dispuesto en el centro. El mismo lugar donde Fabio había estado hasta hacía apenas unas horas. Los Gabbana tenía por costumbre honrar a sus fallecidos de esa forma: colocándolos sobre una especie de altar hasta la misa del primer mes. Después, los transportaban a su lugar.

La madera rechinó al tocar la piedra y tuve un escalofrío claustrofóbico. ¿Cómo podía ser que Cristianno estuviera allí metido? Él se agobiaba con los espacios reducidos...

Que estúpida fui al pensar en ello... porque fue lo que dio pie a las lágrimas. Pensar en su cuerpo, completamente quemado y aprisionado en aquella caja, me estaba volviendo loca. Pero también sentí la furia al ver que Enrico había sido uno de los hombres en transportar el ataúd. Para colmo, parecía entristecido por el suceso...

Maldito bastardo, traidor.

Taparon el sarcófago y creí que desfallecería al ver su nombre grabado a fuego en aquella piedra.

Cristianno Gabbana Bellucci.

13 de julio de 1995 – 28 de febrero de 2014.

Dios mío, ni siquiera cumpliría los diecinueve...

Percibí unas miradas. Enrico estaba tan concentrado en mí que casi creí ver al mismo hombre del que me había enamorado, pero no me mentiría. Ya no conseguiría nada mirándome de aquella forma. Tragó saliva y asintió la cabeza antes de colocarse al lado de Mauro. El por qué hizo ese gesto, aun no lo sé.

De repente, el lugar enmudeció. Todos empalidecieron. Ofelia ahogó una exclamación y tembló bruscamente. No sabía lo que había producido aquel estado en los presentes hasta que miré hacia la puerta.

Kathia estaba allí, concentrada en el altar que tenía justo enfrente.

Nadie se movió, no se oía absolutamente nada, ni siquiera la respiración. Solo éramos capaces de observar a Kathia y el aura de puro sufrimiento que arrastraba consigo.

Jamás creí que el dolor tuviera forma hasta que la vi caminar. Arrastraba los pies como si en cualquier momento fuera a salir de su cuerpo, con los brazos tiesos a cada lado y las manos cerradas en puños. Su rostro... no tenía color, solo el amarillado de sus profundas ojeras y alguna que otra herida, y el gris resplandeciente de su mirada había sido sepultado por un intenso enrojecimiento y una evidente hinchazón. No había vida en aquellas pupilas, aunque ella continuara respirando.

Rozó la piedra con la punta de los dedos mientras bordeaba el sarcófago, pero aquello fue demasiado. Se tambaleó y cerca estuvo de caer al suelo, pero Silvano salió en su busca y la rescató a tiempo. Tan débil y empequeñecida, casi parecía que iba desaparecer de entre los brazos de... su tío.

Ella le miró, completamente ida. Puede que su cuerpo estuviera allí, pero con aquel gesto todos supimos que su alma se había ido... con Cristianno. Ya nada quedaba de Kathia.

Regresó a la piedra y Silvano la liberó lentamente, antes de volver junto a su esposa. Lo que le permitió a Kathia abandonarse a la debilidad de sus piernas e hincarse de rodillas en la madera del altar. Esta vez Silvano no hizo nada, porque supo que no serviría de mucho.

Kathia arrastró los dedos al nombre que había grabado... y comenzó a perfilar cada letra hasta que... se hirió. La piedra le produjo un corte en la palma de la mano y la sangre que se le escapó se coló tímidamente entre los surcos. Pero nadie se sobresaltó por aquello, porque el grito devastado y desgarrador que profirió fue mucho más importante.

Se inclinó hacia delante, apoyando su pecho sobre la piedra, como si estuviera abrazando lo que quedaba de Cristianno.

No pude soportarlo más. No quería seguir mirando, pero me equivoqué al desviar mis ojos. Ellos solos fueron a parar a... Enrico.

Observaba a Kathia con tanto dolor..., tan desamparado que...

No podía ser. Aquellas miradas no podían pertenecer a una persona... malvada. Dios mío, ¿qué ocurría? ¿Quién era Enrico?

Miró a Mauro y le hizo un gesto con la cabeza. No entendí nada hasta que Mauro comenzó a

caminar hacia Kathia. Rodeó su cintura y la levantó del suelo con una suavidad maravillosa. Ella se dejó llevar, con los brazos y las piernas flácidos y sin fuerzas para erguirse. Supe que su primo la sintió débil. Frunció el ceño en un gesto apesadumbrado y la levantó en vilo, cobijándola entre sus brazos protectoramente. Casi creí ver a Cristianno en él. Les seguí fuera del panteón tras sugerírselo a Ofelia con la mirada.

KATHIA

El frío impactó en mi cara. Mis mejillas se estremecieron y me encogí entre los brazos de... Al mirarle no supe cómo sentirme. Todavía no era consciente de adonde me dirigía, solo sabía que estaba siendo transportada por el reflejo más atormentado de Cristianno.

Descendió hasta que supuse que había tomado asiento en un banco, y me colocó sobre su regazo. Cuando desvié la mirada hacia delante, descubrí una imagen que me oprimió el corazón.

La colina verde. Un pequeña pendiente cubierta de hierba y rodeada de árboles, donde el sol apenas tenía cabida y el viento no era más que una leve brisa. El mismo lugar que le había descrito a Cristianno la noche en que... murió; la misma colina que vi en mis sueños.

Suspiré temblorosamente antes de mirarle. Si estábamos allí, entonces esa persona era Cristianno..., porque nadie más sabía aquello.

—Mi amor, no me sueltes. —Me aferré a él.

—Estoy aquí,... estoy contigo.

Solo que lo que dijo, no era cierto. Aquel no era Cristianno... Su aroma no era el mismo.

—Abrázame —musité.

Mis labios rozaron su mandíbula y percibí como se estremecía, como dudaba. No quería herirme con la verdad.

—Claro, mi amor —dijo, pero no se movió. No se giró para besarme como hubiera hecho Cristianno.

Ahora más que nunca, que Mauro se pareciera tantísimo a... nuestro... primo, estaba mortificándome.

SARAH

Mauro me miró consternado. No sabía si mentir a Kathia fingiendo ser Cristianno o decirle que se estaba equivocando. Ambas cosas terminarían haciéndole daño. Así que prefirió decantarse por la primera opción y la abrazó como si de su primo se tratara.

Ella se estremeció y se perdió entre sus brazos, respirando dificultosamente.

—¿Está bien? —murmuró una voz femenina.

Al rodearme, la reconocí de inmediato. Las descripciones de Daniela fueron muy fieles, pero me resultó muy difícil ver a la arpía insensible de la que había hablado tras aquella mirada consternada y entristecida. La analicé. Tenía delante de mí el cabello cobrizo y ondulado, los ojos azul verdoso y la belleza insidiosa de Giovanna Carusso.

Me acerqué a ella.

—Sé quién eres y cómo te has comportado con Kathia, pero... —bajé la voz—... tienes que prometerme que... la protegerás. Porque si no es así, si me entero de que la has hecho sufrir más de lo que ya sufre, te juro, por la memoria de Cristianno, que te mataré. —Explicué más que confiada en mis palabras. Nada de lo que dije sería mentira llegado el momento.

Los ojos de Giovanna destellaron confundidos. Ella también me analizaba, intentando descubrir que vínculo me unía a Kathia.

—No pienso abandonarla... —repuso..., y, extrañamente,... la creí.

—¡Giovanna! —Enrico nos interrumpió—. ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó insolente.

Ella dudó al mirarle, sin saber muy bien qué hacer... Pero no se sobresaltó, ni tampoco demostró miedo cuando, en realidad, había que temer a aquel hombre. Simplemente, lo observó... insolente y un tanto orgullosa.

—Le pedí al tío Angelo que... —intentó decir Giovanna.

—Lo sé, yo mismo le convencí —volvió a interrumpir—. Lo que quiero que me expliques es por qué estás aquí.

¿Él mismo convenció a Angelo Carusso para que Kathia asistiera al entierro? ¿Se podía ser más

rastrero y retorcido? ¿Qué demonios conseguía haciendo sufrir a una criatura de diecisiete años?

—Lo siento... —murmuró cabizbaja—... Me iré enseguida.

—Es lo mejor, sí. —Torció el gesto, le lanzó una mirada de lo más artificial y se dirigió a Mauro—. Sácala de aquí.

—De acuerdo, Enrico... —asintió Mauro, levantándose con Kathia entre sus brazos. Daba la sensación que se había quedado dormida—. Giovanna...

—Sí, ya lo sé, ¿vale? —exclamó ella, ofuscada.

¿Qué sabía? ¿Por qué se estaban mirando de esa forma? ¿Los tres?

—Bien, eso... está... bien —repuso Mauro un poco... yermo.

Giovanna me miró, asintió con la cabeza a modo de despedida y se marchó con Kathia y Mauro. Supe que aquella sería la primera de muchas conversaciones con ella y que, a partir de aquel momento, estaría más que presente en mi vida.

Me rodeé hacia Enrico y le miré de arriba abajo dispuesta a escupirle en la cara.

—Tenías que dejarla venir —mascullé señalando a Kathia con la barbilla—. No has tenido suficiente con arrebatarme al amor de su vida...

—... que además era su primo —intervino. Se llevó las manos a la espalda y comenzó a caminar a mí alrededor—. Verás, me temo que los Carusso querían que estuviera presente en el momento del entierro. Ya sabes... —Frunció los labios.

—Sí, claro que sé. Los Carusso queréis terminar con la tarea de despedazarla y habéis utilizado a esa chica para que intervenga —dije refiriéndome a Giovanna.

—No te equivoques, Sarah —espetó Enrico, deteniéndose a solo unos centímetros de mí—. Ni soy un Carusso ni Giovanna tiene idea de lo que pasa. Puedes estar tranquila, lo único que pretendía esa niñata era apoyar a su prima.

—Qué extraño que haya escogido este momento —susurré entrecerrando los ojos y me marché de allí dejando a Enrico completamente desconcertado.

Puede que él tuviera la situación dominada, que supiera lo que iba a pasar en todo momento, pero aquello no lo había previsto. No esperaba que yo manifestara... dudas. Porque una cosa estaba clara... sus ojos no expresaban lo mismo que sus palabras.

Su mirada mentía.

Lo supe en cuanto un presagio se instaló en mi garganta.

KATHIA

Habían pasado veinticuatro horas. Cristianno llevaba todo un día encerrado en aquel sarcófago, dentro del panteón Gabbana.

Demasiado tiempo separados.

Demasiados minutos de dolor.

Acaricié la barandilla de la azotea de la casa de Carlo.

Puede que la casa no fuera muy alta, apenas unos quince metros, pero sí lo suficiente como para... no sobrevivir al salto.

Coloqué un pie sobre uno de los abalorios de forja, me impulsé hacia delante y pasé una pierna. Después, hice lo mismo con la otra y fui dándome la vuelta hasta quedar de espaldas al balcón, con los brazos sosteniendo mi peso y los pies apoyados en el fino bordillo.

Solté el aliento. Todo era muy distinto desde esa perspectiva. Era increíble que avanzando unos centímetros las cosas tomaran un matiz tan diferente, mucho más real. Como si formara parte de todo y nada al mismo tiempo.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos aflojando los dedos. El viento se coló entre ellos y me rodeó dulcemente, agitándome el cabello. Aflojé un poco más. Pronto, caería al vacío, y esperaba que el golpe fuera lo suficientemente grave como para provocarme una contusión mortal.

Sí, lo conseguiría. El viento estaba a mi favor, intensificaría la caída.

Pero no conté con la explosión de cristales que se dio en uno de los ventanales que había tras de mí.

Alguien venía a salvarme. Otra vez.

Me solté...

... y Enrico me capturó al vuelo, provocando un desagradable crujido de huesos en mi brazo.

Me estampé contra la fachada y solté un gemido, más por el vértigo que me había provocado la maniobra que por el dolor.

Los dedos de Enrico se cerraban desesperados a mi muñeca, tanto que por ellos ya no corría ni una pizca de sangre. Se le marcaban las venas y los nudillos casi parecían que se saldrían de la piel blanquecina.

Él esperó que me agarrara, pero no lo hice. Me sacudí, zarandeando todo mi cuerpo para que me liberara, pero me sostuvo con más fuerza. Lo que me hizo recurrir a empujar sus dedos con la mano que me quedaba libre.

—¡Suéltame! —grité.

—No dejaré que caigas, Kathia —masculló Enrico.

Reaccionó rápido. Me capturó del otro brazo y tiró de mí con una fuerza salvaje que nos arrastró a los dos. Segundos más tarde, estaba tirada en el suelo, con Enrico a mi lado rodeándome con los brazos. Su aliento acelerado rebotaba en mi cuello y su pecho se contraía cada vez que inhalaba.

Y entonces supe que él me había salvado la primera vez.

—Fuiste tú, ¿verdad? —hablé entrecortada y con el corazón a mil revoluciones. El vértigo corría por mi cuerpo, oprimiéndolo todo.

—Si mueres, ¿qué sentido tiene todo, Kathia? —dijo con una voz a medio camino entre la ironía y la ansiedad.

—No dejarás que lo haga —resollé cerrando los ojos.

Que duro fue descubrir que ni morir podría; mi destino era consumirme día tras día.

—No al menos hasta que te conviertas en una Bianchi —me susurró al oído—. Después, podrás reunirte con él, mi amor.

Abrí los ojos de súbito.

LA HISTORIA CONTINÚA...
MUY PRONTO.

Agradecimientos

POR más que me empeñe en buscar una forma de agradecer todo el apoyo, el cariño y la espera, nunca sería suficiente. Pero, aun así, espero que todos los que leáis esto, seáis capaces de comprender cuanto cariño y respeto albergan por vosotros estas palabras.

Quiero agradecer a todos, absolutamente a todos los lectores de la saga y transmitirlos todo mi cariño por compartir conmigo, día a día, la terrible espera. Por alegrar cada una de mis mañanas, tardes y noche con vuestros mensajes. Por vuestros *te quiero, eres una genia, te apoyamos...* Porque yo también os quiero, mafiosill@s, y todo el trabajo que aloja esta novela (que es mucho) está dedicado íntegramente a vosotros.

A Pepa, Mariaco y Consu, mis chicas del club de Fans de Alessandra Neymar, por estar ahí constantemente, soportando la llegada de esas continuas malas noticias que me persiguieron durante casi dos años. Por aconsejarme, aguantarme, apoyarme, valorar todo lo que he hecho. Por todo, chicas... OS QUIERO y espero que nunca me faltéis.

A mi familia por esas reuniones de fin de semana llenas de risas y películas. Por las conversaciones, los debates y las conclusiones a las que llegamos en una cafetería de Valencia, y que luego supusieron llegar a este momento. Vosotros sabéis lo que he vivido por el camino, lágrimas, rabia, desilusión, incluso enfermedad..., y lo habéis soportado compartiendo conmigo cada instante. Mamá, tú lo sabes mejor que nadie, y jamás me has dejado abandonar. Todo lo demás, ya lo sabes; no he dejado de repetírtelo ni dejaré de hacerlo. Merecéis todo mi amor.

Y, por último, a aquellas personas que no confiaron en mí, que con sus muestras irrespetuosas y sus continuas humillaciones tácitas, me hundieron. Os puede parecer un despropósito que los mencione aquí, pero no es así. Les agradezco enormemente todo lo que me hicieron, porque me han convertido en la persona que soy hoy en día. Me han hecho fuerte y conseguir que mis lectores al fin puedan leer mis historias, que, a fin de cuentas, era lo único que me importaba. ¿Quién dijo que tenía que depender de alguien para alcanzar mis metas?



ALESSANDRA NEYMAR, nació en Jaén en Julio de 1987 y vivió su infancia en Barcelona. A la edad de catorce años, regresó a su ciudad natal donde continuó con sus estudios y empezó a despuntar en la literatura, creando pequeños guiones entre amigos y dándole vida a las historias que más tarde marcarían los inicios de su carrera profesional.

Escribió su primera novela dramática a los diecisiete, que no vería la luz debido a una enfermedad que arrastró durante los siguientes tres años. Ya recuperada, decidió optar por empezar una historia más fresca, contemporánea y que mostrara su absoluta pasión por Roma. *Mírame y Dispara* (o, como ella prefiere llamarla, *Bajo el cielo púrpura de Roma*) nació una noche de insomnio. Mezclaría el deseo, el amor prohibido y adolescente y la mafia, y le abriría las puertas del mercado editorial otorgándole el premio ELLAS Juvenil Romántica en 2012.

Diplomada en guion cinematográfico, se considera amante del universo de *El Señor de los Anillos*, de la mitología nórdica y de la historia bélica europea y asiática. Adora la música de cine, en especial Alexandre Desplat, y las series *Vikingos*, *Sherlock* y *Los Originales*.

En la actualidad, vive en Valencia y sigue centrada en su carrera como escritora y guionista.